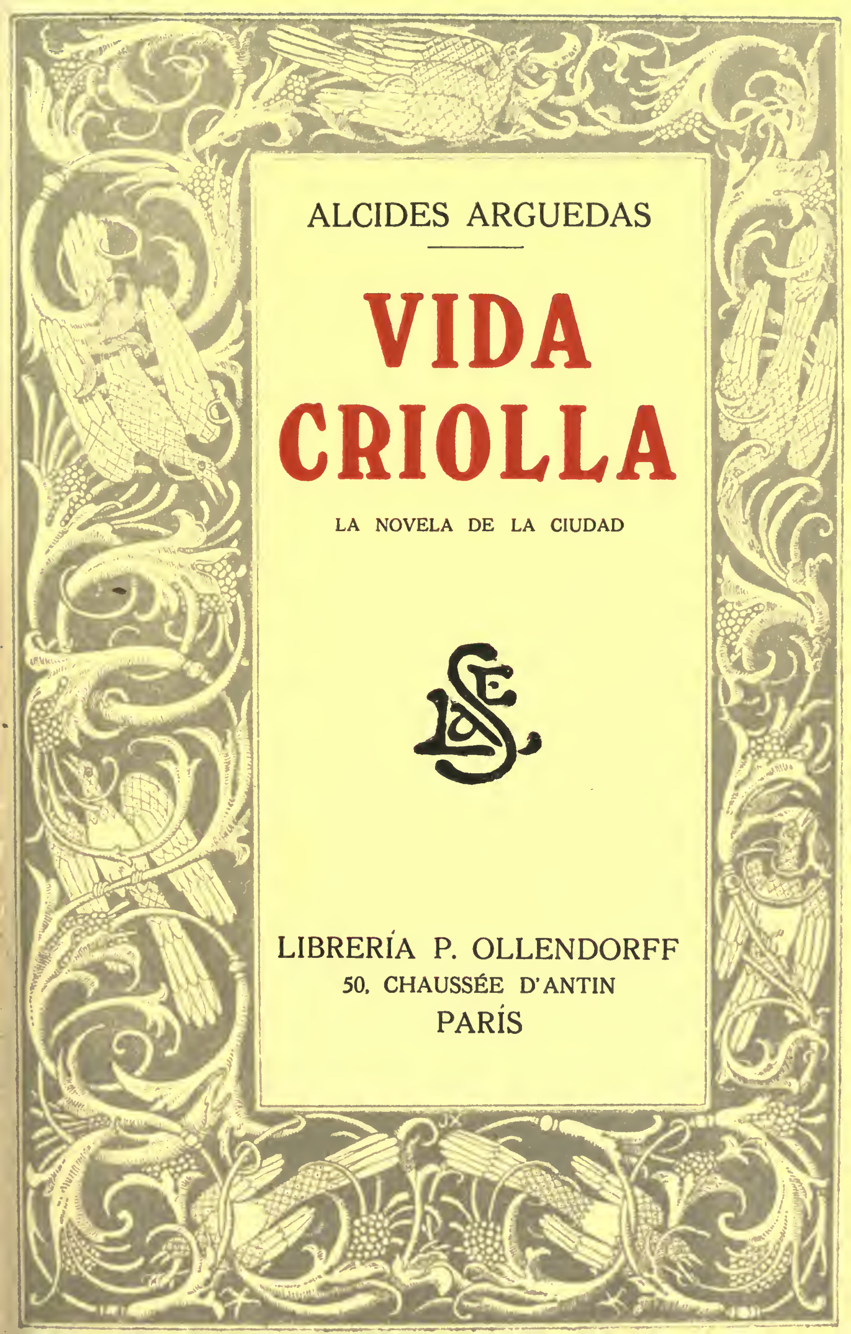


ALCIDES ARGUEDAS

VIDA CRIOLLA

LA NOVELA DE LA CIUDAD

LIBRERÍA P. OLLENDORFF
50, CHAUSSÉE D'ANTIN
PARÍS

ALCIDES ARGUEDAS

Vida criolla

(LA NOVELA DE LA CIUDAD)



Sociedad de Ediciones Literarias y Artísticas
LIBRERÍA PAUL OLLENDORFF
50, CHAUSSÉE D'ANTIN, 50
PARÍS

VIDA CRIOLLA

I

...Los coches saltando por los baches y envueltos en nubes de polvo, salieron del Prado y emprendieron por la ancha y sinuosa avenida bordeada de eucaliptus y sauces llorones.

Verdeaban los árboles por el primaveral retoño poniendo alegre nota en la vasta aglomeración de cerros grises y resquebrajados que cierran el valle por los costados dejando al fondo ancha vía de espacio, limitada primero por las cumbres atormentadas y rojizas de Aranjuez, luego, y encima, por las cenicientas del Alto de las Ánimas que medio velan la perspectiva de la Real Cordillera, y, por fin, en último, por el Illimani, cuya eviterna nieve fulgía á esa hora del mediodía. Á ambos lados del camino y en las faldas de los pelados montes, sembríos de patatas y maíz, en pleno brote, hacían menos ingrata la visión del yermo.

— ¿No es verdad, Emilio, que debe agradarle pasear otra vez por estos caminos? — preguntó Carlota Quiroz, envolviendo á su amigo en la mirada maliciosa de sus pequeños ojos grises.

Doblaban en ese instante los coches el recodo de San Jorge, por la orilla misma del camino abierto en el flanco del monte bruscamente caído sobre el río, y Emilio Luján, sentado del lado de la barranca y sordo al parloteo sustentado por su amiga Quiroz y su prima Elena Peñabrava respecto de unas telas recién llegadas á un almacén de novedades, se entretenía en seguir el pesado vuelo de un buitre que describía inmensas parábolas en el aire luciendo al sol su pardo plumón deslucido con el polvo de los años, y mucho más bajo que él, en lo profundo de la angosta cuenca, casi encima del camino abierto en las faldas del opuesto cerro que aprisiona al río entre la hosca masa de su base y se extiende abajo, como una cinta blanca y retorcida... Al oir la pregunta, volvióse Luján hacia Carlota y repuso con nostálgico acento :

— En mis tiempos, Carlota, esto que ahora es camino, era campo mondo y á él venían las gentes de la ciudad, en la cuaresma, á hacer sus *humintadas*... Creo que eran mejores tiempos que los de ahora, pues me dicen que ya se va perdiendo la costumbre de los *aptapis*; que los hombres se portan como viejos y los viejos no piensan sino en morirse y cuanto antes, mejor... ¡ Cómo cambia todo ! Da miedo la vida.

— ¡ Y cómo lo dice, por Dios !... Es usté un buen cómico. ¡ Quiere hacerse el viejo y apuesto que sólo tiene treinta años ! — le dijo Carlota, siempre calina y dándole en el hombro con el abanico cerrado.

— ¿Treinta no más? Se equivoca usted; ya he pasado de la edad de Cristo, — repuso Luján, picado y retorciéndose con coquetería el fino y menudo bigote castaño. No le hacía gracia que se echase de ver los años que llevaba encima y era de los que sienten vergüenza confesar su edad.

— ¿De veras? Pues no parece. ¿Y cuántos años ha estado usté en Chile?

— Tres.

— Me habían dicho que más.

— Tres cabales. Tres años de vida intensa, de...

— ...Locuras y amoríos, sí, lo sabemos. ¿No es verdad, ché? — añadió dirigiéndose á la señorita Peñabrava.

— Así parece, — repuso ésta distraída y volviendo los ojos atrás deseosa de ver á su novio que venía con su madre en otro coche.

— ¿Amoríos? Ni uno solo. Mi palabra de honor, — dijo, serio, Luján.

— ¡Quite usté con su palabra! Á los hombres les creo menos cuando dan palabra. Yo sé que usté se ha divertido mucho en Chile; que tenía usté amigos, amigas (*la señorita Quiroz recalcó la palabra*); sobre todo amigas; que vivía usté...

Se detuvo temerosa y vacilante. No se atrevía á decir lo que corría en la ciudad respecto del joven. Decíase que había vivido en despreocupado concubinato con una mujer durante el tiempo de su permanencia en la capital chilena; pero lo que todos ignoraban era que dichas voces corrían por boca del mismo Luján que así creía dar mayor realce á su persona.

— Que vivía usté... amado, feliz, contento.

— Ya lo creo, si vivía fuera del país...

— ¡Qué lisura!... Pero no por eso, sino porque vivía usté... ¡Díselo tú, Elena; yo no me atrevo! — dijo tapándose el rostro con el abanico desplegado y como para ocultar un rubor difícil á notarse dada la capa de polvos que cubría sus carnes.

Luján miró á su prima y guiñando los ojos, burlón, repuso con desparpajo ;

— Con una chiquilla menos guapa que usted, sí. ¿Quién se lo ha dicho?

La señorita Quiroz separó el abanico de su rostro sorprendida del cinismo de Luján; y al verlo reir al zoquete, contestó con cierto sobresalto por tener que entrar en detalles escabrosos reñidos con su honestidad:

— Una palomita mensajera.

— Una palomita, no; las palomitas no tienen hiel. Sin duda un cuervo.

Carlota comprendió al punto la alusión. Luján se refería á Rodríguez, con quien había viajado por Chile y la Argentina y cuyas relaciones no eran muy cordiales. Inquirió interesada:

— ¿Y cómo se llamaba *ella?*

— ¿Cuál ella?...

— Su... ¡vamos!... su amiga de Chile.

— Oldegunda.

— ¡Qué nombre tan raro! Pero bonito. ¿Y de dónde era? De Chile, seguro. ¡Ay, esas chilenas!

— No; de Australia.

La señorita Quiroz se quedó en ayunas: cinco lustros hacía que olvidara las elementales nociones de geografía adquiridas trabajosamente en la escuela y hoy no sabía nada de nada.

— Y... ¿era bonita?

— Si no tan bonita como usted, lo suficiente para enamorar á un hombre de gusto.

Carlota, íntimamente halagada por el cumplimiento, dirigió al mozo una de sus más prometedoras sonrisas.

— Yo sé que era preciosa, — intervino la señorita Peñabrava; — me lo ha dicho Andrés.

— Por lo menos ha tenido la amabilidad de la franqueza.

— Andrés siempre es franco. Nosotros le queremos mucho y le prohibimos decir nada malo de él.

— Si me lo prohiben así, con tanta vehemencia, me desato en pestes contra Rodríguez...

— ¡ Aaalto ! ¡ Aaaaltóoo !...

Los gritos partían del último coche, imperiosos. Venían en él Guilarte, el periodista, y sus camaradas Pedrosa, médico, y Barrientos, músico. Habían recibido todo el polvo del camino, y querían refrescar las sedientas fauces aun no saciadas con las continuas copas bebidas desde la salida de la población.

Elena, con pretexto de ver lo que pasaba detrás, se puso en pie y apoyando la enguantada mano en el hombro de su primo, dirigió los ojos al coche ocupado por su galán, el periodista Ramírez, y su madre. Estaba el joven sentado frente á la gruesa señora, quietecito, con los oídos atentos á su incesante parloteo y la imaginación vagando lejos : parecía la imagen misma del fastidio.

— ¿Qué hay?

— No sé, — repuso don César Peñabrava poniéndose, como su hija, de pie en el coche, un *landeau* ordinariote y forrado de rojo. Iba don César acompañando á don Justo Aranda, político de muchas campanillas, senador por entonces y futuro candidato á una de las vicepresidencias de la República. Era don Justo uno de esos hombres de quienes se dice que son buenos, y jamás han patentizado ninguna bondad; virtuosos, y no se conoce ningún detalle de su pasada vida; inteligentes, y nadie sabe el título de sus obras...

Habían llegado al primer puente de la avenida que liga á los dos cerros, y los coches hicieron círculo en la plazoleta abierta en la base del segundo, de roja arcilla, al pie de una pequeña cascada que cae en una especie de

embudo engalanado con berros, ortigas y locos zarzales.

— ¡ Alto, señores, y á beber ! — gritó el abogado y periodista Guilarte, esgrimiendo por el cuello una botella de coñac, medio vacía.

Aprovecharon la parada los viajeros para descender de los coches y cambiar impresiones.

— ¡ Uf, qué calor hace ! — se quejó doña Juana, abanicándose el rostro y esparciendo vahos de barata esencia.

— ¡ Mire, señorita, cómo está bonito el guindal ! — hizo notar la señorita Amelia Encinas, muy dada á la lectura de novelas románticas, dirigiéndose á una de las Orondo, su desdeñosa compañera de coche que durante el trayecto, y por no liar conversación con ella, á quien consideraba de clase inferior, prefirió entenderse con Arturito Olaguibel, otro tipo cursi pero al que siquiera se le veía pasear en las fiestas del brazo de algún encopetado y cuyo próximo matrimonio venían anunciando los periódicos de tiempo atrás. Era la Encinas, de agraciado rostro, muy morenita, baja, regordeta, de ojos negros y vivísimos. Andaba por los 25 años y todo su afán por el momento consistía en conseguir un novio inteligente y letrado aunque fuese pobre : tenía ella de sobra para vivir con relativa holgura y sólo quería fundar un nido donde el amor y la gloria fuesen sus dioses tutelares...

— ¡ Sí, bonito ! — repuso secamente la engreída joven dirigiendo los ojos justamente al otro lado de la huerta, hacia el cerro que, casi á pico, ceniciento, hostil, escarpado, cae en ese punto sobre el camino... La Encinas sintió correr por los nervios un fuerte temblor de coraje, pero dominó la emoción y fingiendo no haber notado el desaire, volvióse á mirar el guindal dando las espaldas á

la Orondo para ocultar la lágrima que el despecho le había arrancado.

Era pura flor el guindal. Agrupábanse los arbolillos en la abrupta falda del cerro formando un oloroso ramillete blanco y luego, dispersos, escalonaban su pendiente hasta la cima, donde viejos eucaliptus levantaban la enredada cimera sobre el fondo luminoso de los cielos.

— ¡ Están sonados ! — dijo Elena al oído de su primo, señalando el grupo formado por Guilarte y sus amigos ya lanzados en discusión con don Ismael Salas, diputado nacional y furioso anticlerical.

— Como siempre. Ya verás la *mona* que se alzarán en Obrajes.

— La una y cuarto. ¡ En marcha, señores ! — ordenó don César consultando su reloj de cobre que por tan bien cuidado le permitía asegurar que era de oro.

Ganaron todos sus asientos. Los aurigas, rivales entre sí, hicieron restallar las fustas y los cariacontecidos jamelgos arrancaron al trote largo.

— ¿Endeveras se casa su amigo Olaguibel? — interrogó la señorita Quiroz una vez sentada al lado de Luján.

— Así me lo ha dicho.

— Le está dando ejemplo : el matrimonio es contagioso.

— Yo estoy vacunado contra esa peste.

— En Chile, sin duda. Dicen allí... Diga, ¿y su amigo Ramírez?

Al oir el nombre de su galanteador prestó oídos la señorita Peñabrava.

— No sé; creo que tampoco.

— ¿También vacunado? No; yo sé que es muy *pololo*. Ese no respeta ni á las sirvientas.

— ¿Y qué joven respeta á las sirvientas?

— ¡ Ay, qué asco !

Y los labios se le contrajeron en gesto de repugnancia que se hizo más expresivo al añadir luego :

— Pero hasta para eso creo que es muy zonzo.

Sonrió Luján recordando que no había que mentar delante de la Quiroz el nombre de su amigo Ramírez por quien sentía aquella invencible aversión. Y como era una de sus particularidades hacer rabiar á la gente, y, además, no le hacía mucha gracia que la Quiroz con sus sonrisas y aun veladas declaraciones hiciese creer á los demás que estaba metida en amoríos con él, quiso contrariarla un poco :

— ¿Zonzo? Se engaña usted. No tiene un pelo de zonzo. Al contrario, Ramírez me parece un hombre á parte, como no hay muchos por estos trigos. En el colegio...

— ¿Es que nos va á contar su historia? Mire que hay cosas más interesantes de qué hablar. ¿Qué le parece el vestido de su prima? Yo lo encuentro precioso, solo que no me gusta esta combinación del rojo con el azul.

— No está mal... ¿Y por qué no lo quiere usted á Ramírez? Le advierto que es el probable novio de Elena.

— ¡ Lisura ! ¡ No faltaría más !

— Pues aunque usted no lo quiera. Estos chicos se aman y...

— ¡ Mentira ! ¡ Eso es mentira ! Elena no lo quiere; sería muy zonza teniendo los partidos que tiene... ¿ Verdad, ché?

La señorita Peñabrava se ruborizó y bajando los ojos quedó callada.

— ¿Qué dices tú, Elena? — interrogó Luján volviéndose á su prima y bastante sorprendido de su silencio.

Elena repuso tímidamente y esquivando la mirada de Carlota :

— Le quiero no más.

— ¿No más? Es decir, poco, casi nada.

— ¡ No le quiere, no le quiere ! — repitió con bastante energía la señorita Quiroz. — Eso lo dice porque está usted aquí y sabe que Ramírez es su amigo íntimo.

Luján calló un momento, sorprendido. Aún recordaba la espontánea confidencia de su prima hecha el día mismo de su llegada de Chile, su resolución de casarse con Ramírez á quien ya se le veía en casa de sus parientes como al novio oficial de la joven, y ahora no podía explicarse el aire embarazado que manifestaba para responder á su pregunta. Comprendió que ejercían peligrosas influencias sobre sus afecciones; y hallando no sólo conveniente sino por demás ventajoso para Elena el que se casase con Ramírez, á quien conocía íntimamente teniéndolo como un hombre serio, honrado, trabajador, inteligente, aunque un poco exaltado y excesivamente quisquilloso, repuso con acento convencido :

— Pues si yo fuese padre de una hija casadera, no ambicionaría mejor marido para mi hija que un hombre como Ramírez...

— ¡ Qué mal gusto, por Dios !

— No se trata de gusto sino de conveniencias.

Hizo otro gesto Carlota y después de vacilar breve rato, añadió :

— Además, me han dicho una cosita... (*poniendo los ojos en blanco*)... un poquito fea, de su amigo...

— ¡ Jesús, Carlota; apuesto que un asesinato !

— No se burle usted; es serio. No me gusta Ramírez por la guerra que les hace á dos jóvenes que estimo mucho y han sido, como usté, sus compañeros de colegio.

— Ya sé de quiénes habla : de la palomita mensajera y de Guilarte.

— Cabal. ¿No es cierto lo que le digo?

— Ciertísimo.

— ¿Y por qué hace eso?

— Porque la palomita y Guilarte siempre han sido, desde el colegio, enemigos de Ramírez. Ellos han llenado últimamente la ciudad con la noticia de que Ramírez mantiene relaciones con una mujer...

— ¡Con una *chola!* — replicó la Quiroz con acritud y ya molestada de que Luján llamase *palomita* á su aristocrático amigo. Elena se agitaba en su asiento sin atreverse á intervenir en la discusión de sus amigos miedosa de disgustar á cualquiera de los dos y sin querer rogarles que cambiasen de charla por curiosidad de conocer todos los antecedentes de su futuro.

— Mentira; eso es una calumnia grosera — protestó el joven, serio.

— La voz del pueblo...

— ¡Ah, la voz del pueblo! Una tontería muy cómoda para el uso de los pícaros que sin riesgo de ninguna clase hacen desbordar la bilis de sus entrañas roídas por el odio y la envidia, — repuso Luján, casi enojado.

— No es usted galante, Emilio; y, á pesar de todo, no me va usted á hacer creer que su amigo sea tan... santo.

— No; santo no, porque esta tierra es incapaz de producir santos y mucho menos mártires; pero siquiera es un hombre mejor de los que conozco y que andan haciendo pregonar falsas virtudes. Con nosotros vienen ahora muchos virtuosos : Pedrosa, por ejemplo. Hizo una estafa, y como su padre era ministro y la estafa fué contra el Estado, se dijo que era una viveza de hombre práctico... Y nuestros virtuosos son de esa laya...

Carlota, herida por el tono de Luján, resolvió vengarse :

— Ni siquiera es rico su amigo, — dijo sonriendo forza-

damente y como si presentase un argumento de fuerza incontestable.

— Ni rico, ni pobre. Antes, su madre tenía valiosas posesiones en los Yungas. Se metió en negocios con gentes de la iglesia y la dejaron casi en la miseria. Murió la excelente señora y entonces mi amigo, para rehacer su deshecha fortuna, fuése á los gomales del Beni donde logró reunir un pequeño capital. Hoy tiene su casa y por delante un porvenir loco. Y creo que no se puede pedir más á un hombre.

Calló Luján y también Carlota; y como durase el silencio, prosiguio Luján dando pábulo á esa su imperiosa necesidad de hablar, de murmurar, que era una de las características de su travieso espíritu :

— Eso sí, y esto no hay cómo negarlo, es un tipo raro y aun original. Tiene sus cosas. En colegio era un chiquillo reservado, tímido, incapaz de un gran grito ó de una bien sentada patada y extraordinariamente flojo para las ciencias exactas y aun más para el latín aunque en historia nos ganase á todos, sin que esto le diese ninguna ventaja sobre los demás. En las clases, siempre á la cola, rezagado; en exámenes, siempre con sus números bajos. Á los 15 años, colegial todavía, se enamoró á su manera de una chica que no tenía más que ojos. Le copiaba, para enviarle, cartas de las novelas que leía y las cuales se quedaban entre los amigos porque nunca tenía el coraje de enviarlas á su destinataria; cartas tristes y desesperadas. Á los 18 años hizo pedir, por mi intermedio, la mano de otra chica morena y la petición me valió á mí el ser despedido de la casa con cajas destempladas y á él la amenaza de una fenomenal paliza si reincidía en la petición. La más insignificante contrariedad amorosa lo ponía de un carácter imposible : tornábase hosco

y mudo. Nada nos consentía entonces y teníamos que soportarle sus malhumores con paciencia...

— ¡ Zonzos que le aguantaban ! — dijo Carlota con acento colérico.

— ¿Qué quiere usted? Eran nuestros padres mismos quienes nos imponían su amistad : lo sabían circunspecto, tímido y respetuoso. Cuando los viejos querían poner un ejemplo de buen muchacho, nos sacaban á Ramírez. Sabían que estando con él no nos embarcaríamos en aventuras de ningún género y menos mujeriles. Y como siempre anduviese el muchacho dándonos consejos y advertencias, le queríamos y le respetábamos, aunque yo creo que más le respetábamos, porque en tanto que nosotros nos rompíamos la cabeza ó los pantalones jugando á los toros, él se abismaba en la lectura de Julio Verne, y nos maravillaba contándonos las aventuras del capitán *Gran*, las audaces exploraciones del capitán *Nansen*, las angustiosas excursiones del *Nautilus*, que él y nosotros tomábamos como reales, y al verle tan sabido, tan adelantado, lleno de erudición nos sentíamos dominados á nuestro pesar. Así llegamos á bachilleres. Yo seguí los estudios de Derecho y él, á la muerte de su madre, se fué, como les dije, al Beni. Al volver, y no sabiendo cómo ocupar sus ocios, compró una acción de *La Lucha*, y hoy le tenemos de periodista y seguramente le veremos mañana sino de ministro, por lo menos de diputado. Sé que el gobierno tiene intención de confiarle algún cargo para apartarlo del periódico, donde, la verdad, hasta ahora no está haciendo sino tonterías. Y no todas las muchachas tienen la posibilidad de casarse con un hombre cuya carrera se anuncia tan brillantemente. Si yo fuera padre — repito, — no vacilaría en entregar mi hija á un hombre como Ramírez.

Carlota, sin responder, se encogió de hombros con manifiesto signo de desdén y dirigiéndose á Elena como para eludir toda discusión respecto de Ramírez, dijo alegremente señalando las primeras casas del pueblecillo que aparecieron en el fondo del camino, al través del caído ramaje de un sauce :

— Ya llegamos, hija. ¿Sabes de cuánto tiempo estoy viniendo á Obrajes? ¡Admírate, hija! De tres años. La última vez que vinimos, Amelia Montenegro destrozó su lindo vestido... ¿te acuerdas? ¡el crema !... queriendo trepar á un manzano... Reímos al morir...

II

Entraron los coches al pueblo y tras corta carrera pararon frente á una casa vieja, de sórdido aspecto, con las paredes sin enjalbegar y cubiertas de telarañas, hundido el techo de paja, rajadas y sin barnizar las puertas.

Ocupa el pueblo una irregular planicie levantada en las estribaciones de los cerros carcomidos por el río Choqueyapu; y tiene una sola calle principal bordeada de un lado por casitas pintadas de colores claros y de uno ó dos pisos, y del otro por un tosco muro de adobes más allá del cual corpulentos árboles yerguen al cielo la pompa de sus ramas. Por el medio de la calle y arrastrando basuras, corre una acequia cubierta en partes por losas toscamente labradas y en ella se bañan las aves de corral, numerosas en el pueblo, y lavan los vecinos sus ropas que luego se hacen secar al sol tendidas sobre los poyos de barro levantados contra las paredes de las casas. Calles laterales, estrechas, sucias y sin empiedre, arrancan de la calle principal con dirección al río. Desde ellas, y por entre el ramaje de los árboles que desbordan las paredes de los jardines, se ven los cerros desnudos, grises y ásperos que se alzan amurallando el poblacho.

Apeáronse de los coches los invitados de la familia Peñabrava é invadieron, guiados por el jefe, el patio empe-

drado con menudos guijos blancos y azules, y luego de admirar las flores que había en él, penetraron á una pequeña galería de cristales construída sobre una reducida y abrupta huerta lindante con el río aprisionado entre enormes pedrones de granito. Al otro lado del río, se yergue en escalones el cerro plomizo y desnudo, confundiendo su redonda cima con las lomas y las hirsutas aristas de otros lejanos y altos cerros, también desnudos, color de greda y que por sus grietas y rugosidades dan la impresión de llevar escondido en sus entrañas algún monstruo que las remueve como el topo sacude con sus lomos los montículos de tierra que acumula y con los cuales, tanto por su falta de vegetación, como por su aspecto, es justo compararlos.

Los invitados encontraron admirablemente bello el paisaje. Guilarte, el periodista, dijo « sublime » con autoridad, refiriéndose á la huerta engalanada de un viejo sauce llorón, de algunos enclenques melocotoneros en flor y de un maizal en brote lindante con el río, albergue á esa hora de una piadora bandada de jilgueros. Las muchachas se adhirieron á tan valioso dictamen. Hechas á vivir siempre la monótona vida urbana, la vista de un árbol, de una flor, de cualquier cosa las entusiasmaba y seducía. Don Justo Aranda, el político, dijo del poblacho, que era « el Versalles de La Paz ». Había viajado don Justo por Europa, se le tenía por uno de los más eruditos parlamentarios del día, de los más inteligentes, y encontraron todos acertadísima la comparación, excepto Luján, que para no incurrir en el enojo de tan alto personaje, huyó, gimiendo, al jardín : — ¡ Qué barbaridad !

En el jardín, Pablo Villar, alias el *Chungara*, mozo de pelo en pecho, ladino y locuaz, se ocupaba de encender una hoguera para caldear la parrilla sobre la que se haría asar

el consabido costillar de vaca que se veía sobre una mesa, doblado en una fuente de plata y nadando en la salsa hecha con la buena mostaza francesa, la pimienta de Indias, el ají del Perú... Densa humareda envolvía al mozo y cuando medio se disipaba, miraba con ojos húmedos, no de sentimiento, el moreno y lindo rostro de Clotilde. Ocupábase la muchacha en disponer el servicio sobre otra pequeña mesa colocada bajo una enredadera de heliotropos y pagaba con sonrisas las codiciosas miradas del enamorado. Su busto aprisionado en una chaqueta roja, moldeaba claramente la turgencia de sus senos vírgenes de corsé.

Faroles venecianos y gallardetes lucían entre el florido ramaje de los árboles; en la opuesta banda del río, sobre el desnudo lomo de una de las estribaciones del monte, flameaba una bandera roja en señal de que allí había un blanco.

No bien hubo descendido del coche doña Juana corrió á la cocina á dar órdenes á los criados, dejando en poder de su hija y esposo á los invitados.

Mirábanse éstos con desconfianza entre sí. Creíase cada uno superior á los demás en rango y merecimientos, y sólo don Justo se mostraba muy sagaz con todos, amable y riente. Guilarte, Pedrosa y Barrientos no se encontraban á gusto en medio de Luján y sus amigos. Las señoritas Orondo hacían muecas á las Encinas; y así, prevenidos y desconfiados, andaban los más cambiando simples frases de cortesía, frías y ceremoniosas.

Este descontento general parecía reflejarse en el rostro de doña Juana. Lo traía la señora agrio y aun descompuesto, y de ello tenían la culpa las señoritas Montenegro. Habíanle éstas prometido asistir á su fiesta, eran ya más de las tres y no parecían. Y si por algo pasó afanes

doña Juana y gastó más de lo necesario, fué por quedar bien con las Montenegro, flor y nata de la sociedad, obligándolas así á tener que corresponderles con otra invitación en su casa, sitio de reunión de lo más granado de la ciudad. Y no quería consolarse con la idea de un nuevo desaire...

Pronto advirtió don César el estado de ánimo de sus huéspedes y dejando la protectora compañía de su respetable amigo y compadre don Justo, invitó á las señoras á pasar á la sala de *toilette* para despojarse de sus abrigos y sombreros. Quedaron los hombres solos en la galería y á poco penetraron los sirvientes conduciendo grandes bandejas con copas servidas de espumante cerveza que los invitados, sin fingir parquedad ni darse pujos de temperantes, se dieron prisa en vaciar. Luego, y cediendo á los afanes de don César, se dirigieron al jardín, y allí, á ejemplo suyo, diéronse á cosechar las rosas florecidas al borde de las acequias y contra los rústicos muros de piedra, linderos de la chacra. Estaban en esta poética operación cuando aparecieron las muchachas, ya aligeradas de sus encumbrantes prendas. Fueron recibidas con lluvia de olorosos pétalos; y quien se distinguía en la faena, era el locuaz diputado Salas : con pretexto de florecer el escote de las mozas las cogía por el talle, palpaba sus carnes y, si podía, la turgencia de sus senos.

Apartados del grupo juguetón y en frente á sus copas á medio vaciar, peroraban, como de costumbre, Luján y Ramírez.

La vida de estos dos seres era una perpetua discusión. Discutían por todo, sobre todo, en cualquier circunstancia, por cualquier motivo. Fuerte era el espíritu de contradicción en ambos. Bastaba que Ramírez dijese de una cosa que era blanca, para que Luján sostuviese que era

negra. La simple afirmación del uno provocaba la negación del otro.

Había viajado Luján por algunos países vecinos y se consideraba dueño de una cultura superior á la de sus compatriotas por quienes sentía, secretamente, injustificada aversión. Era un mozo grandilocuente, absoluto en sus opiniones, calculador, frío é interesado. Elegante, buen mozo, de maneras distinguidas, ocultaba sus ambiciones ó sus malquerencias bajo una apariencia de extremada urbanidad. También Ramírez se la daba de sabido, y, moralmente, se le parecía. Era él quien siempre cedía en las discusiones y esto no por ser más tolerante ó porque llevara la sinrazón, sino porque su espíritu fatigado no le consentía fijar mucho tiempo la atención sobre un mismo punto. Era irritable, nervioso y esencialmente emotivo.

En esta tarde hallábase Ramírez de veras disgustado Toda esa gente nueva en casa de su futura novia, le cau. saba invencible disgusto; y, poco dueño de ocultar sus impresiones, trinaba ahora contra los anfitriones :

— Doña Juana, por economizar algunos reales, ha cometido la más grande de las tonterías. Ha querido halagar á todas sus amigas y ha reunido á las Orondo con las Encinas, y... lo estás viendo, nadie se habla y esto parece un entierro.

— ¿Qué quieres? No es culpa de ella sino del marido. Le han metido en la cabeza la política...

— ¡ Cómo ! ¿Á don César?

— ¿No lo sabías? Pues sí; cree que podrá ser diputado... Cosas de nuestros caciques. Saben éstos que cuenta con simpatías entre los artesanos y le han ofrecido la diputación por la ciudad. El tío se ha entusiasmado y lo tienes ahora lanzado en la política y dispuesto á gastarse algu-

nos miles de pesos por entrar en las cámaras. Y verás cómo entra.

— ¡Qué curioso! ¿Y qué dice doña Juana? Porque es ella quien manda en la casa.

— Te equivocas. Ahora ya no manda doña Juana sino Carlota. Mi tía y la pobre Elena se mueren por relacionarse con la gente de tono. Carlota anda metida entre ella y la adulan y siguen al pie de la letra todo lo que dispone la beata. Esta fiesta, por ejemplo, no la dan para celebrar mi llegada del extranjero, sino para quedar bien con las Orondo que asisten por la primera vez á una fiesta de mi tía. Sé que han invitado á las Montenegro, pero ya ves, no han venido y esto la trae á la señora de un malhumor imposible...

Un puñado de romaza acertadamente arrojado á la boca, le obligó á detenerse y á toser hasta las náuseas. Carlota, de puntillas, había logrado colocarse detrás de los amigos y lanzar sus proyectiles. Corrió Luján tras la provocadora, ya de fuga por entre los árboles, y, alcanzándola, trató de arrebatarle el menudo fruto para, cual es costumbre, metérselo en el cuello. Chilló Carlota pidiendo socorro, acudieron en su auxilio las demás chicas, les salieron al encuentro los mozos y entablóse animado y bullicioso combate.

Corrían los guerreadores por el jardín accidentado, arrancando, voraces, no sólo ya las flores, tiempo há agotadas, ni el grano de la romaza, sino las hojas de las macetas, las hierbas, todo lo que de planta pudieran utilizar para la lucha, olvidando en el calor de ella gestos ceremoniosos y fingidos desdenes. La pusieron fin los sirvientes indios trayendo nuevos y colmados azafates con copas servidas de cerveza.

Ahora se produjo unánime movimiento de reconcilia-

ción entre los invitados. La señorita Encinas, olvidando el anterior desaire, ofreció su copa á la menor de las Orondo que agradeció con una sonrisa cortés, pero fría ,y Guilarte le dirigió la palabra á Ramírez preguntándole si había leído los discursos parlamentarios de Castelar. La misma Carlota, enemiga declarada del gordo y perezoso Arturo Olaguibel, por cursi, le preguntó si era cierta la noticia dada por los periódicos respecto de su próximo matrimonio...

Saciada la sed pero aun no apaciguados los ánimos de su ardor guerrero, bello pretexto para cálidos contactos y reveladores achuchones, retaron á nueva lucha los mozos á las chicas. ¡ No lo dijeran los imprudentes ! ¡ Sin tregua ni perdón ellas la querían ! Sólo que faltaban las municiones é irían á buscarlas fuera. Las señoras y los caballeros, declinaron el honor de la compañía :

— Vayan ustedes, los jóvenes, que son fuertes y pueden corretear. Nosotras los esperamos con el costillar listo, — dijo doña Juana, con la aprobación de las otras mamás.

No se lo hicieron repetir dos veces los bellacos y se lanzaron en tropel á la calle. En el patio llamó Luján aparte á Ramírez, y le previno :

— Á Elena la he notado resentida contra ti y te aconsejo no andar tímido con ella. Nada desprecian tanto las mujeres como la timidez. Préndete de su brazo y llénale de cosas la cabeza. Yo me entiendo con Carlota.

— ¿Por qué dices eso? — preguntó Ramírez, preocupado. Efectivamente, notó que durante el combate del jardín, esquivaba Elena su contacto y corría más bien en pos de los otros jóvenes y él supuso que eso lo hacía para ocultar á los demás la intimidad que entre ellos existía, hasta ahora no muy estrecha.

— Es sólo un consejo. En el camino, Carlota se ha

deslenguado contra ti y temo que la escuche Elena...

Al llegar á la puerta, dispersóse la juvenil bandada. Cada uno, instintivamente casi, buscó su círculo. Se formaron tres grupos. Las Orondo tiraron por la izquierda, calle arriba, acompañadas de Guilarte, Pedrosa y Barrientos; las Encinas, Arturo Olaguibel y el diputado Salas, tomaron una callejuela, camino del río; Carlota, Elena y Laurita, descendieron el camino de Calacoto acompañadas de Ramírez y Luján. Éste, andando, cogió la mano de la chica y se pegó á Carlota. Ramírez arrancó una margarita silvestre y se la ofreció á Elena. Detúvose la joven en la vera del camino con pretexto de consultarla. Gravemente fué arrancando una á una las hojas de la flor, repitiendo : « *Si me quiere, no me quiere, mucho, poco, nada ; si me quiere,* etc... » Salió poco.

— Ya lo ve usté. ¡ Hasta las flores dicen que usté no me quiere !

— ¡ Usted !... ¿Por qué ese tratamiento? — reprochó Ramírez preocupado por las palabras de su amigo y dispuesto á ver en las acciones de la joven un sentimiento de hostilidad hacía él.

— ¡ Ay, hijo, perdona ! Yo creí... ¡ Ya ves ! tú no me amas. ¡ Lo dicen las flores !

— ¡ Si has de creer á las flores ! — repuso el enamorado reteniendo con un gesto á la moza. Y añadió : — Y tú, ¿me amas?

— Te amo, Carlos.

Se la notaba seria y preocupada. La idea de que las Montenegro le infiriesen aun otro desaire no concurriendo á su fiesta, la traía así. Elena, como su madre, consideraba un triunfo social de gran significación la presencia de las Montenegro en su casa; y veía la joven que aun no le sería dable vanagloriarse con él y sufría su amor propio de

indecible manera. Recordaba por otra parte las palabras de su amiga acerca de su enamorado y no le parecía correcto quedarse á solas con él.

— ¿No dirá nada Carlota al vernos solos? — preguntó avergonzada y viendo que su amiga se alejaba demasiado y sin volver los ojos atrás, como absorbida por grave conversación.

— ¿Y qué sería capaz de decir? Nada malo hacemos quedando solos, me parece.

Calló Elena y siguieron andando. Al llegar al seco cauce de un arroyo abierto al pie de una tapia hecha de piedra negra y sobre la que rosales silvestres y matas de carrizales ponían flecos de verdes tonos, preguntó el enamorado á la joven, señalando un trillado sendero lindante con la tapia y á poco perdido entre las revueltas del cauce :

— ¿Quieres que remontemos este arroyo?

Asintió la joven con un gesto imperceptible, cogióla el periodista por el brazo, que ella no esquivó, y siguiendo la senda, la condujo hasta el sitio en que un viejo sauce, herido sin duda por el rayo, había caído abriendo gruesa y honda brecha en la tapia, y la hizo saltar ésta.

Se encontraron en un alfalfar en retoño, jugoso tapiz de la minúscula planicie y de los flancos de una redonda colina sobre la que un manzano en flor lucía su verde y brillante ramaje. Su arrugado y retorcido tronco, servía de linde á otra tapia baja y también cubierta de rosales y arrayanes limitando por ese lado el horizonte azul y vibrante de claridad.

— ¡ Mira cómo florecen las rosas ! — exclamó Ramírez poseído de súbito é infantil gozo, señalando el cerco lindante de la colina.

Elena dirigió los ojos hacia el punto señalado y repuso con acento indiferente y preocupado :

— ¿Te gusta?

— ¡Ya lo creo! Querría tener aquí una casita y venirme á vivir contigo, libre de los afanes de la ciudad, feliz. Á veces creo...

Elena, siempre inquieta, interrumpió el impulso lírico del enamorado :

— Oye : ¿de veras crees que Carlota?...

Ramírez hizo un gesto de reproche :

— Mucho te preocupas de ella. Y es que no me quieres.

— No seas susceptible. Si no te quisiera me habría ido con los otros.

— Verdad. Es una gran prueba : te agradezco.

— ¡Jesús! ¡Y cómo lo dices! Tienes un carácter curioso.

— Pudiera; pero ¡qué quieres! cuando estoy á tu lado me olvido de todo y si á ti te sucediera lo mismo... Amor con amor se paga : ya sabes.

El acento humilde de Ramírez, impresionó á la señorita Peñabrava. Y recordando la historia referida por su primo, tuvo pena y se propuso ser amable :

— Me pasa lo mismo, tontín. Cuando no te veo, estoy fastidiada y quisiera que vengas todos los días á casa.

— No puedo. Tu padre...

— Sí; verdad : papá es caprichoso pero no te quiere mal.

— Es que si tú fueses más buena, podríamos vernos todos los días...

— Tengo miedo. Si papá supiese que tenemos citas en la calle...

— No en la calle, sino...

— No, Carlos; ¡eso si que no! Está bien como nos vemos. Anda cuando quieras ande doña Brígida...

— Me fastidia esa vieja. Jamás nos deja á solas. Siempre espiándonos, escuchando lo que hablamos.....

— Debes tener cuidado... ¡Ah!... y ya no le entregues

tus cartas á Clotilde. Está muy malcriada y no me mira con respeto. Se perfuma con mis perfumes y se pone polvos con mis bellotas. Desde que está de novia...

— ¡Cómo! ¿La Clota?

— Sí. El *Chungara* ha venido ande papá á pedirla, pero parece que ella no lo quiere. Tiene muchas pretensiones. ¡Si vieras!

— Razón de más entonces para que aprovechemos estos momentos. Te amo, te deseo locamente. Yo nunca he querido así á nadie.

— ¡Mentiroso!

— Como quieras; pero te amo. Me basta estar á tu lado para olvidarme de todo y de todos. Cuando te miro así, como ahora, seductora...

— Me va bien mi sombrero, ¿verdad?

Ramírez alzó los hombros con desdén:

— No; no es por tu sombrero; es por ti misma, por tus ojos, por tu boca. Á mí no me importa que lleves un sombrero gris ó morado. Yo te amo por lo que eres... Dime: ¿querrías que fuésemos allí arriba, por detrás de la tapia? Estaríamos más seguros.

— ¡No, hijo, por Dios! ¿Qué diría Carlota si supiese que estuvimos á solas? No hay que ser imprudentes...

Callóse, y reflexionando un momento, dijo con tono preocupado:

— ¿De veras no te importa que vaya vestida de cualquier modo?

— Nada me importa, —repuso ingenuamente Ramírez sin sospechar que estaba hiriendo en lo más hondo la sensibilidad de su amada. Y al verla callar insistió:

— ¿Por qué no quieres ir allá arriba?

La joven, sin responder, hizo otro gesto y dejándose coger por el brazo, comenzaron á trepar la pendiente, ho-

llando la alfalfa recién brotada. Llegados al cerco, buscó Ramírez la parte más baja, y separando el fleco de rosales y arrayanes, ayudó á Elena á saltaı dentro.

Aparecieron en un cerrado espacio. Desde allí se dominaba la hondonada cubierta de arbolitos en flor y de tunales cuajados de fruto verde. Reclinadas en las faldas de las colinas y rodeadas de chumberas, de cactos y de pequeños eucaliptus, se levantaban las casitas de los indios, bajas, con puertas angostas y pequeños agujeros en la pared á guisa de ventanas. En los techos agudos de paja y sobre el lomo, extendían sus brazos cruces de hojalata adornadas con campanillas, paradero de tórtolas y golondrinas. Junto á la casa, en los corrales pegados á ella, se apeñuscaban los rebaños de ovejas, ó roían el verde pasto algunas yuntas enflaquecidas por frecuentes labores. En los patios sin empiedre, cacareaban las gallinas y pululaban los conejos.

Al frente, el cerro caía desgajado, sobre el río. La playa de este punto comenzaba á ensancharse y las aguas turbias y escasas se dividían en pequeños brazos como acequias. En las orillas, se extendían terrenos laborables, defendidos por *reparos*, que son hacinamientos de ramas y troncos secos asentados con montones de piedras. Muchos de éstos se levantaban casi al aire. Arrastrábanse las aguas á sus pies y carcomiendo los cimientos amenazaban echarlos abajo. En los sitios faltos de reparos, se habían metido las aguas en las tierras laborables y dejado en su lugar anchos boquerones de playa donde aun crecían las habas y arbejas. Dominando estos terrenos y la playa, seguía el camino abierto en los flancos del cerro y se le veía perderse á lo lejos, confundido en la playa, blanca por las piedras.

Á la vista del paisaje hosco, Ramírez se sintió lleno de

una loca alegría, de una alegría hecha de flores de campo y de cielo azul. Y embriagado de felicidad desbordante, se encaramó á su amada y mirándola fijamente en los ojos, la dijo con infantil ingenuidad y animado de una audacia de que él mismo se asombraba después y que no era sino el resultado de los sabios consejos de su amigo :

— Y ahora, señorita, déme usted un beso...

Elena levantó con viveza el rostro. Desapareció la sonrisa de sus labios y un vivo rubor cubrió sus mejillas :

— ¡ Eso sí que no !... ¡ No faltaba más !... Si me has traído para eso, me voy ! — repuso fingiendo gran seriedad; pero sus ojos reían.

— Pues si tú no me lo das, entonces...

Y sin concluir, cogió á la joven por los hombros y, antes de que la otra opusiese la menor resistencia, le rozó los labios ligeramente tocados de carmín. Elena ahogó un grito, jiró sobre los tacos y le dió las espaldas en actitud pudorosa é inquieta :

— ¡ Malo ! — reprochó al cabo de algunos segundos sin volver el rostro y llevándose el pañuelo á los enjutos ojos. En su acento no se notaba ni el más leve enojo.

Turbóse Ramírez. Jamás creyera que tuviese tanto coraje. Su invencible timidez nunca había podido ser domada por ningún impulso ni entusiasmo y ésta era la primera vez que se atrevía á mostrarse emprendedor. Pero se arrepintió al punto, y arrojándose á las plantas de la joven, imploró todo confundido :

— ¡ Perdóname, mi pequeña !...

Volvióse la señorita Peñabrava sorprendida por el acento lírico del enamorado y al verle de rodillas á sus pies, quedóse un tanto cohibida por parecerla excesivo que una tan leve falta produjese en el alma del mozo tan grande explosión de congoja. Y confusa, no sabiendo si reir

ó continuar fingiendo enojo, sentóse en el suelo más con ganas de reir que de otra cosa al ver el aire ridículamente consternado del atrevido.

Ramírez, poco diestro en los ardides del amor, confuso todavía por su audacia, ciego para poder darse cuenta de la clase de sentimientos despertados en el alma de su amada y creyendo haberla ofendido gravemente, prosiguió implorando :

— No te enojes, nenita... Nunca me he sentido tan feliz como en este instante y... ¡ te amo tanto !... ¡ Perdóname, mi amor !

En su voz había balbuceos de emoción incontenible, sus ojos miraban con concentrado cariño y era tan rendida su postura, tan llena de ingenuidad, que Elena desarrugó al punto el ceño experimentando algo así como vergüenza el verse amada con tan rendida devoción y tan profunda humildad. Y vaga, confusamente, pensó que era cosa grave en la vida de una señorita de sus condiciones, tener que soportar el peso de un sentimiento tan hondo sin corresponderlo debidamente ni pensar en él con la seriedad que el caso requería. Cabecita de pajarillo atolondrado, toda su preocupación, su ahinco, su vehemente anhelo era pasar la vida sin inquietudes de ninguna clase, libre de pesares. Dogma incontrovertible de su casa era que el amor no engendra sino deberes y responsabilidades y que toda joven, antes de casarse, debía gozar de la vida saboreando los encantos que le son propios. Y estos encantos, tanto para su madre como para ella, no los procuraban sino los trapos, las cintas, las sedas, las flores de papel; los bailes, los paseos, el roce con las gentes de tono, la vida de sociedad, en fin. Y ella vivía esa vida, llevando, como única preocupación trascendental la de estar al corriente de las modas lanzadas en las capitales donde aun

la vida se convierte en cuestión de moda. Si alguna vez, por extraordinaria circunstancia, se la veía ojear un libro, era que en ese libro había figurines ó se hablaba de modas. Las lecturas serias, le causaban insigne malestar y le producían sueño, cansancio, fatiga... ¿Pero para qué leer, después de todo? ¿Quién leía en su medio? ¿Cuál de sus amigas podía vanagloriarse de haber sacado la sustancia á un libro? ¡Ninguna! Para ella el mundo no era sino un vasto espejo en el que sólo su persona podía reflejarse. Íntimamente halagada de sus encantos, le faltaban ojos para mirarse, saborearse, admirarse. Horas de horas pasaba ante su cristal ensayando posturas, sonrisas, gestos. Y podía desquiciarse el mundo, caer desorbitado, sin que ella prestase atención á nada, atenta sólo á su cara, á sus sonrisas, á sus gestos. Sus charlas no tenían sino un tema fijo. Y el tema de sus charlas era sus vestidos ó los vestidos de sus amigas ó conocidas; era la color de sus ojos, de su piel; la formación de sus manos, de su frente, de su mentón. Y, sobre todo, siempre, de sus vestidos. Tenían para ella los vestidos una excepcional importancia en la vida de los seres y aun de las sociedades. Y llegó á dividir por tanto al mundo en dos solas y exclusivas categorías : los que se visten bien á un lado y los que se visten mal al otro, atribuyendo á la primera categoría toda clase de superioridades sobre la otra... Por eso si elevaba los ojos al cielo y lo encontraba bello á la hora del crepúsculo, sentía ansias de poseer un vestido que presentase la variedad discreta de sus tonos; si en alguna ocasión la seducía el fresco verdor de las mieses, ó la palidez de las espigas maduras, ó el florecer de la primavera, pensaba con tristeza que con todos esos colores trasuntados en las telas y puestos á su entera disposición, haría morir de envidia á sus amigas... Y así su vida, engalanada con

flores de trapo, pasaba inodora y hueca pero que á ella se le figuraba laboriosa y aun fecunda, porque siempre había en su casa algún traje que componer, si no suyo, de su madre; alguna arruga que planchar, algún hueco que zurzir, algún botón que pegar. Y esta labor acomodada á sus gustos y preocupaciones, labor que á veces no dejaba de producirle cansancio físico, le permitía en sus horas de fatiga y recogimiento idear toda clase de aventuras amorosas, mas nunca, ni aun en sueños, había llegado á figurarse ni á pensar en un amor como éste tan hondo y que de repente casi acababa de descubrir.....

Y turbada aunque enorgullecida de haber inspirado una pasión tan pura, mas no contenta todavía con tanta sumisión, fingió incredulidad y despojándose del sombrero con aire distraído le preguntó á Ramírez que permanecía mudo y mirando el cielo por el que navegaba una opaca nube :

— ¿Entonces, me amas?

— ¡Te amo!

— ¿De veras?

— Con toda mi alma.

— ¿Y á cuántas has querido hasta ahora?

— Á nadie. Tú eres la primera... te lo juro.

— Y... (*Enrojeciendo intensamente : su voz temblaba*)... Y ¿nunca has querido... (*Con acento precipitado*)... como á mí?

— Nunca.

— ¿De veras? No creo; seguro que me engañas con otra... ¿verdad?

Las vacilaciones de la joven sobresaltaron al periodista. Recordó las palabras de Luján referentes á Carlota y, preguntó no sin cierta inquietud :

— Dime : ¿te ha dicho algo Carlota al venir?

La señorita Peñabrava vaciló un segundo :

— No.

— ¿De veras?

— Á mí, no; á Emilio.

— ¿Y qué le ha dicho?

— No sé... Me parece que no es de una señorita... Creo que...

Y con voz precipitada, como con miedo :

— Dijo que estabas metido con una *chola*...con la criada de tu madre; no sé...

Y se tapó los ojos fingiendo rubor infantil, miedosa de haber dicho lo que acababa de decir y contenta, por otra parte, de haberlo dicho.

— ¿Y crees tú en eso? — inquirió Ramírez con tono brusco y alterado. Elena bajó las manos y le miró la cara : estaba pálido, nervioso. Tuvo miedo y juró que no, que jamás creería.

— Me alegro, porque hay cosas que no deben creerse nunca, sobre todo cuando el que las dice es como Carlota. Tú no sabes cómo es tu buena amiga, y yo...

— ¡Di más francamente que la aborreces!... — le interrumpió Elena, picada de que así hablase de su mejor amiga y creyendo que al contradecirle despertaría en el mozo el deseo de venganza que le obligaría á descubrir algunos detalles en la vida de su amiga para ella todavía ignorados á despecho de sus averiguaciones. Ramírez respondió con rencor :

— Sí, cierto, no la quiero y ahora menos que nunca. Muchas cosas sé de ella para quererla.

— ¿Quieres contarme?

Ramírez hizo un mohín de repugnancia. Entonces Elena, calina y mimosa, extendió la falda de su vestido, invitóle al enamorado con un gesto á sentarse junto á sí

y cuando éste, radiante de gozo, lo hubo hecho, aproximóse á él, acercó su rostro al suyo hasta cosquillear con sus rizos las ahora encendidas mejillas del tímido periodista y echándole el enloquecedor aliento á la cara le rogó dando á su voz acento de niña melindrosa y meneando el busto con movimientos de gata perezosa :

— No seas malo, ampecito, no te enojes. Sólo he querido saber si era cierto... No; tú eres un caballero... ¡ Cuéntame eso que sepas de la Carlota !... ¡ No seas malo !

Y á medida que hablaba le invadía el deseo loco, ardiente, frenético de conocer la vida de Carlota. Había oído hablar mucho de ella, y no sabía cómo juzgar á su amiga. Unos la consideraban mal. Atribuíanle antiguas y pecaminosas relaciones con un secretario de legación á consecuencia de las cuales había tenido que esconderse en un pueblecillo soterrado en las abruptas faldas del Illimani para ocultar las huellas de un amor generosamente concedido. Para otros era una pobrecita alma de cántaro, incapaz de ninguna felonía y preocupada sólo en divertirse sin hacer mal á nadie aunque algo metida á traer y llevar cuentos, pero sin malicia alguna. Y ella, Elena, no sabía ciertamente á quiénes dar crédito.

El acento de la chica tenía ahora dejos melosos. Sus rizos cosquilleaban las afeitadas mejillas de Ramírez. Creyó éste en uno de esos instantes sentir en las orejas el roce sutil y perfumado de una piel de seda. No pudo contenerse; y venciendo todo temor enlazó el talle de su amada y, cautelosamente primero, con vehemencia después al notar la sumisión de la chica, pegó sus labios á los de ella y puso en su beso ardiente todo el amor y el deseo de que en ese, para él divino instante, estaba poseído. Gimió Elena á punto de desfallecer no de pavor, que de gozo, y cual si agradeciese á quien se lo causara y simulando haber per-

dido la cabeza, tendióle, estremecida, los brazos al cuello...

— ¡ E-le-náa ! — vino hasta ellos el penetrante grito de Laurita al otro lado de la tapia y en el preciso momento en que la joven, reparando su pasajera turbación, probaba ponerse en pie para huir. Se levantó de un salto :

— ¿Oyes? Es la chica. ¡ Que no nos vea juntos, por Dios !

Y se puso á sacudir su vestido para estirar los pliegues formados en el breve descanso. Ramírez cogió á la joven por la cintura y le llenó la cara, los ojos, la boca de besos que ella, riendo, esquivaba, y sólo la dejó libre cuando apareció entre el follaje el vestido claro de Laurita.

— ¡ Ligero, por Dios; hazte el que recoges romaza ! — suplicó Elena toda encendida por los impetuosos besos recibidos y corriendo hacia la parte del pequeño cercado florecido de rosas silvestres mezcladas á las romazas, y dióse á arrancar á puñados el menudo fruto.

— ¡ E-le-náa ! — volvió á gritar la chiquilla, medio sollozando.

Ramírez saltó la tapia presentándose bruscamente á los ojos de la azorada pequeña :

— ¿Qué buscas, Laura?

— ¿Dónde está Elena?

— No sé. La he visto (*señalando la parte opuesta á la que se encontraba la joven*) ir por aquel lado á recoger romaza.

— ¿Y dónde está la que tú has recogido?

— No hay por acá, pequeña.

— ¿Y esto? — señaló Laurita una mata de romaza cuajada de fruto y casi al alcance de sus manos. Y añadió entusiasmada y llena de gozo indescriptible la redonda carita morena :

— ¡ Mira como tengo !

Abrió su amplio delantal la chiquilla y mostró su con-

tenido. En medio del abundante y minúsculo fruto verde, emergían los pétalos claros y perfumosos de las rosas silvestres : un aroma de campo, sano, alegre se escapó del traje de la chica. Ramírez, ebrio, la rogó :

— ¡ Déjame olerlas !...

Hundió el rostro en la blanda masa y aspiró con deleite el perfume de los marchitos pétalos. Apareció Elena con las mejillas encendidas por los besos recibidos : traía ostensiblemente en las manos su minúsculo pañuelo de seda con algunos puñados de romaza.

— ¿Es que no has recogido más que eso? ¡ Uy, qué vergüenza !

Y la chica, orgullosa, volvió á mostrar su preciosa carga. Elena, imitando á Ramírez, metió su carita rosada en el sitio en que aun se veía las huellas del rostro del enamorado quien sonrió con indefinible alegría por figurársele esa una prueba de cariño delicada y discreta.

— ¿Y Carlota? — preguntó la joven irguiéndose y sacudiendo de su opulenta cabellera los granos verdes adheridos á ella.

— No sé.

— Vamos á buscarla.

Se cogió del brazo de Ramírez y siguiendo el seco cauce del arroyo, bajaron al camino por donde venían Carlota y Luján, formando curioso contraste. Ella iba prendida del brazo del joven y le hablaba con animación, riendo dichosa, comunicativa y Luján le escuchaba con aire de cansancio difícilmente reprimido. Laurita, al verlos, corrió á su encuentro para mostrarles su cosecha; y pues era largo el trecho á recorrer, aprovecharon el instante los enamorados para hablar. Elena, acortando el paso, dijo al periodista enrojeciendo levemente :

— Oye, hijo; tengo una curiosidad.

— ¿Cuál?

— Quedría saber si Emilio...

Se detuvo sin atreverse á más. Ramírez, curioso, averiguó:

— ¿Si Emilio qué?...

— No, nada...

— No seas... Di, ¿qué?

— Pues, bueno. Quedría saber si Emilio la ha besado á Carlota...

El otro contestó seriamente:

— Te digo que no. Es muy fea para besarla.

— ¡No seas malo, Carlos! No me gusta que hables así de Carlota.

— ¿Entonces dirás que es bonita?

— ¡Claro; es bonita!

— ¡Sólo eso faltaba!

— Bueno, no es bonita pero es simpática. No dirás que no.

— Tampoco. Repito que es fea.

— Pues yo la encuentro bonita, — dijo con ese tono usado por las mujeres cuando quieren dar á conocer lo contrario de lo que dicen, y añadió seria: — Pero como quieras. Pregúntale á Emilio si la ha besado y me cuentas cuando lleguemos á casa. Cuidadito con contarle tus atrevimientos. No quiero que sepa...

— Perfectamente; solo que el secreto vale dos besos en la boca.

— ¡Lisura! ¡En otra ya no me vuelvo á quedar á solas contigo!... Pero ahora hazte el que me hablas de cosas interesantes; de mi vestido, por ejemplo.

Y añadió en voz alta, viendo que se acercaba la pareja y cogiendo la manga de su blusa:

— Es seda y la he comprado en la *Sultana*, y para que

no tengan lo mismo las otras, le he dicho á mi madre que compre toda la pieza...

Se encontraron las dos parejas. Laurita, dirigiéndose al periodista, le dijo tristemente :

— ¡ Tampoco ellos han recogido nada ! Seguro que los otros nos han de vencer.

Las parejas cambiaron una mirada rápida y significativa. Elena enrojeció; Ramírez y la señorita Quiroz, al verse, bajaron los ojos. Luján hizo bromas :

— Excelente, mis amigos; se ve que también ustedes han pasado el rato discutiendo sobre colores. Carlota prefiere el azul y yo el rosa. Es color más simpático...

Elena sacudió el brazo de su primo, en actitud castigadora. Y luego fingiendo consternación, dijo :

— ¿Saben que si no llevamos romaza nos han de mirar con cara larga los papás? ¡ Á recogerla se dijo !

Y alegre, despreocupada, púsose á arrancar el menudo fruto, adorno abundante de un cerco y festón de la acequía que apoyado en él corría alegre. Le imitaron los otros; y cuando hubieron recogido alguna porción, volvieron á la chacra. Al llegar, por sobre los árboles del jardín, vieron elevarse una columna de humo tenue y azulado : un olor á carne asada, incitante, llenaba el ambiente.

— Llegamos á tiempo. Este olor es capaz de despertar el apetito de una momia. ¿Verdad, niñas? — dijo Luján olfateando con delicia el aire. En muchos años no había gustado el sabor de los platos nacionales y tenía un apetito desordenado.

— ¡ Yo tengo hambre ! — confesó Elena, categóricamente.

— Yo también, — dijo Carlota.

Llegaron á casa.

Estaban todos en el jardín, sin faltar ninguno.

Los hombres, provistos de sus cuchillos y platos, hacían torno á la parrilla y cada uno cortaba su presa del costillar humeante y rezumando grasa. De las señoras, unas pelaban papas cocidas y otras servían los platos. Don Justo Aranda y el diputado Salas, ambos dos sentados en la pequeña mesa tendida al pie del sauce, engullían sus raciones, hambrientos y graves. Los sirvientes iban de un lado á otro, ofreciendo copas de chicha y cerveza. *Chungara*, el novio de Clotilde, se multiplicaba incansable y deseoso de recomendarse por su agilidad á los ojos de la exuberante moza.

Comían todos con ganas, con voracidad más bien. Había desaparecido esa tirantez de un principio y ahora nadie pensaba sino en satisfacer las exigencias del estómago. La parrilla veíase frecuentemente asaltada por los más hambrientos; y las mismas chicas devoraban su ración cogiendo la carne asada con los dedos, sin levantar los ojos de su plato, sin preocuparse de hacer dengues, sin mirar á nadie. El paseo, al aire libre, la lucha y el alcohol habían estimulado poderosamente su apetito.

— Yo me muero por la *ranga-ranga* (mondongo) — confesó la encopetada Orondo á la otra Encinas, su ocasional vecina. La Encinas, admirada de que plato tan democrático fuese sabroso á un paladar aristocrático :

— ¡ Yo por el pollo ! — repuso descarnando la pierna de uno y con acento de superioridad gastronómica, como para vengarse por lo menos así del desaire sufrido.

Las frases eran cortas, precisas. No hallaban eco los raros chistes del diputado ni nadie ponía atención en la postura llena de dignidad adoptada por Guilarte, el periodista, ya harto de comer.

Al fin, poco á poco, á medida que se saciaba la voracidad de los comensales, volvía la animación á la charla salpi-

cada de dichos picantes y de vulgares bromas. Las muchachas arreglaron la descompostura de sus trajes, hicieron desaparecer de los labios los últimos vestigios de su glotonería y recuperaron la tiesura momentáneamente olvidada.

— ¡ Que hable Andrés ! — gritó una de las Encinas, la lectora de novelas, consternada por el voraz apetito del músico.

— ¡ Yo no sé hablar ! ¡ Que hable Salas !— gruñó el artista enojado por la insinuación de la Encinas y pensando que el hecho de asistir sin invitación á sus fiestas, no le facultaba á tratarlo con tanta familiaridad.

— ¡ Sí... sí...¡ ¡ que hable Salas ! — insinuó Luján dado á divertirse con la frase incoherente del diputado. Los demás guardaron un prudente silencio : tenían miedo al verbo del popular orador.

— ¡ Señores... !

Allí, apoyado en el rugoso tronco del viejo sauce, pálido y grave, estaba el cronista de *El Eco de la Patria*, Pedro Guilarte, pequeño, gordiflón y de tez oscura. Sus ojos diminutos, grises, redondos y de mirar huraño y hosco, tenían el extraño brillo de la beodez.

Guilarte, por profesión y temperamento, era famoso discurseador. Popular entre las clases bajas, era adulado por los políticos á causa de esta popularidad. Diestro en fingir profundos conocimientos en todos los ramos del humano saber, atribuíanle aquellos sobresalientes cualidades y una fuerza mental incomparable. Así había logrado despertar su exaltable amor propio y se creía Guilarte digno de toda suerte de atenciones y de las más altas recompensas. Colaboraba en casi todos los diarios de La Paz y aprovechando el descuido ó la condescendencia de los directores, él mismo se daba los títulos de « ilustrado »,

«inteligente» ó « distinguido» cuando menos. Sólo de *La Lucha*, el periódico dirigido por Ramírez, no había podido obtener ninguna alabanza y sentía por eso un odio implacable contra Ramírez que lo revelaba escribiendo articulillos agresivos, malévolos, llenos de despecho y en los que le llamaba « pesimista sistemático», « denigrador de las cualidades y virtudes de la raza» y otras tonterías por el estilo, que trascribían los demás periódicos con cualquier motivo y aun sin motivo. El carácter hosco de Ramírez, su vida solitaria é independiente, la intransigencia con que delataba los vicios de su país, le habían creado formidables enemigos en todos los círculos y especialmente en ese que se decía intelectual y escribía diarios.

— Señores : hay momentos en la vida...

Modelo de lugares comunes fué su discurso. Dijo del perfume de las flores, de la belleza de las mujeres, « flores que perfuman el camino de nuestra existencia» y concluyó proponiendo beber una copa « de rubio licor» por la familia de don César Peñabrava, « hombre honrado, hecho en la escuela del deber y cuyo nombre comienza á ser popular en los medios políticos donde se aquilata la conciencia de la nación, porque, como dice...» Y aquí el consabido citar de escritores de todo tiempo y condición...

Un estruendoso aplauso estalló en la concurrencia, seducida por la erudición del periodista. Don César, trémulo de alegría, dióle al orador un furibundo abrazo, puso la casa y la familia á su entera disposición y le aseguró sentirse honradísimo de que un joven de su talla y de su situación, se hubiese tomado la molestia de asistir á una fiesta tan campestre y tan íntima... Las mujeres encontraron encantador el discurso de Guilarte. Doña Juana, no obstante de ser la primera vez que estaba con Guilarte, le llamó por su nombre y le invitó una copa. El diputado

Salas, sobándose las barbas en actitud meditativa, declaró sentencioso :

— Este Guilarte tiene un gran porvenir : seguramente ha de ser diputado. Yo lo conozco mucho. Su madre es de una condición muy humilde; vendía fruta en el mercado y desde que su hijo comenzó á figurar...

En un rincón discreto, tras de un heliotropo, envueltos en la penumbra que comenzaba á caer de los cielos, incensados por el turbador aroma de la planta, hablaban Elena y Ramírez, sordos al discurso que en ese momento, en respuesta al de Guilarte, mascujaba don César, haciendo enrojecer de angustia á todos. Era la primera vez que á don César le tocaba improvisar un discurso y no podía, pese á sus esfuerzos, coordinar dos frases seguidas...

— ¿Entonces ella?...

— Sí, hija; fué ella quien le invitó á sentarse en el suelo y le besó los ojos, la frente, la boca. Dice que no le huele bien... ¿verdad?

— Cierto; debe tener algún mal.

— En cambio la tuya es fresca como boca de niño y sería mi ambición vivir pegado á ella...

— ¡ Que hable Ramírez ! — surgió una voz no bien hubo concluído de hablar el pobre don César. Era de Guilarte. En vista de su éxito oratorio y seguro de haber caído en gracia del anfitrión, se le había ocurrido hacerle la corte á la hija y quitársela á Ramírez.

Fué una gritería general. Ramírez, consternado, probó escabullirse entre la servidumbre, afanada en despachar los restos de la merienda; más fué cogido preso por su amigo Olaguibel.

— No embromes, chico. ¿Qué quieres que diga?

— ¡ Que hable ! ¡ Que hable ! — vociferaban todos.

Creían escuchar un brillante discurso. Á pesar de la hostilidad de Guilarte y su banda, pasaba Ramírez por hombre inteligente é instruído.

— ¡ Que improvise si es intelectual ! — chilló Guilarte poniendo tono de desafío en su acento.

Un impulso de cólera agitó el alma de Ramírez. Las copas bebidas durante la merienda, la pena que sentía por ver que los padres de su amada tenían más preferencias con los otros que con él, la mala voluntad que le guardaba á Guilarte, el deseo de herir á éste, le desataron la lengua.

— Señores : hay momentos en la vida en que vale más comer que decir vulgares tonterías... ¡ He dicho !

Quedaron perplejos los invitados. Creyeron algunos que el periodista se había propuesto criticar la pesadez de palabra del anfitrión, otros maliciaron el ataque á su colega y convinieron casi todos que era pesada la broma y fuera de lugar. Guilarte se demudó hasta la palidez : sus ojillos despidieron un brillo más intenso todavía, y, acobardado, fué el primero en reir fingiendo no haber comprendido la alusión; don César se agitó en su silla cual si mil insectos le picasen á la vez; Elena miró consternada á su galán : no podía explicarse que siendo — como decían — inteligente, soltase vulgaridad tan crasa y dejase perder, tontamente, una ocasión de recomendarse á los ojos de sus aristocráticas amigas, nada benévolas para él ; doña Juana, colérica, dió un codazo al músico Barrientos :

— ¡ Ay, qué habilidad !

Don Justo Aranda preguntó á don César, deseando consolarle :

— Dicen que Ramírez es inteligente : á mí no me parece.

Don César, indignado, hizo un mohín y se encogió de hombros. Á él nada le importaba Ramírez y si lo consen-

tía en su casa era porque había conocido á su madre, una excelente persona. Por lo demás...

— ¿Entonces usted no cree que sea inteligente?

— Si lo fuera habría hablado como Guilarte. ¡Ese sí que es un muchacho inteligente y de porvenir!

— ¿Pero no dicen que pronto será su yerno? — insinuó don Justo.

Don César, fingiendo ser la primera vez que oía tal cosa, investigó con acento severo y abriendo desmesuradamente los ojos, en actitud ingenua:

— ¿Quién? ¿Guilarte?

— No, hombre; Ramírez.

Don César dió otro salto sobre la silla:

— ¿Y quién dice eso?

— Todo el mundo. Es voz general.

— Pues no lo sabía y le agradezco, compadre, que me lo haiga dicho usted. Yo le autorizo pa que desmienta la noticia, y como no quiero que sigan hablando mal de mi hija, es necesario... ¡qué ocurrencia!

Y al ver á Elena todavía en pie al lado de Ramírez, la llamó imperiosamente con un grito:

— ¡Elena! ¡Ven á hacer atenciones á la gente!

Ramírez se estremeció. Púsose primero rojo, lívido después y dominó su emoción sonriendo vaga y desdeñosamente.

— ¡Señores...!

Felizmente estaba allí Ismael Salas cuyo incoherente verbo desvanecería la sombra de angustia caída sobre la endomingada muchedumbre, y todos se volvieron para escucharle, complacidos de que el incidente no pasase á mayores:

— Señores: yo también quiero brindar esta copa por el hombre probo que nos ha congregado en este recinto

para asegurarle que es profunda la gratitud y alto el respeto con que le tratamos sus conciudadanos. El hombre que tenéis delante, señores, (*señalando con el dedo á don César, rojo de emoción por oirse llamar tales cosas y dándose cuenta recién de la utitidad de los banquetes y de su popularidad insospechada*) se ha levantado sólo á esfuerzos de su voluntad. Poco á poco se ha levantado desde lo bajo hasta lo alto y hoy es un grande hombre y estamos seguros de que, como dice muy bien un talentoso joven á quien pronto veremos de diputado porque lo merece (*Guilarte hace una venia y busca con los ojos á Ramírez que ha desaparecido*) figurará en el campo de la política. Á la política, señores, según dicen otros autores muy notables como Séneca, Castelar, Víctor Hugo y Homero, todo-hombre debe llevar el concurso de su experiencia. Don César Peñabrava, señores, es un gran hombre. En su juventud, señores, fué pioner en el campo, hacendado en su madurez y ahora, llegado al apogeo... al apogeo... al...

¿Qué le pasa al orador, que así se detiene balbuciante y compungido? Casi nada; las frases endilgadas al anfitrión habíalas preparado para don Justo Aranda, senador nac, y nal hoy día y probable ministro de Estado de mañanaio-acaba de darse cuenta de ello. É inhábil de ninguna compostura, turbado por la ansiedad con que todos le escuchan y especialmente don César, arranca de improviso :

— « También brindo, señores, por el egregio ciudadano don Justo Aranda, uno de los hombres más prominentes del partido y encargado de dirigir la nave del estado en un futuro no muy remoto. »

En la concurrencia se produjo un movimiento unánime de afectuosidad. Hombres y mujeres se volvieron hacia don Justo con la copa tendida y la insinuante sonrisa en los labios : ya creían verle candidato á la presidencia.

— ¡Con usté, doctor!

— ¡Salud, doctor!

Rafael Pedrosa, médico de profesión y periodista de afición, se entusiasmó; y en feliz iniciativa propuso beber otra copa por el doctor Cosme Endara, candidato á la presidencia y á la sazón de regreso á la ciudad de un viaje político por el interior de la República. Y entonces, unos más que otros, á porfía, comenzaron á alabar los méritos, virtudes y cualidades del candidato ausente, seguros de que todas las alabanzas llegarían á sus oídos por boca de don Justo, amigo íntimo del candidato.

Los signos de borrachera en los hombres, eran ya visibles. El músico Barrientos se divertía colocando caperuzas de papel sobre las descubiertas cabezas de sus vecinos; don César improvisaba, con más facilidad y más incoherencia, otro discurso en honor del candidato presidencial y anunciaba sus propósitos de terciar en las futuras elecciones para diputados; Salas discutía política con Luján, empeñado en oponer al nombre de don Cosme Endara el de don Oliverio Cienfuegos.

— No, señor: usted dice eso porque su padre es cochabambino... (*Y viendo aproximarse al grupo á don Justo prosiguió con exaltación.*) En el país no hay más que don Justo, futuro presidente, y don Cosme Endara, á quien podemos ya llamar presidente. Cienfuegos es cochabambino y no nos conviene que suba al poder, porque, señores, La Paz tiene que ser capital...

Luján escapó del grupo. Las amenazadoras miradas de los invitados le hizo presagiar una próxima paliza y era muy prudente.

Doña Juana, ocupada en vigilar á los sirvientes para que no robasen los cubiertos de plata sacados á lucir en

previsión de que viniesen las señoritas Montenegro á la fiesta, se aproximó al grupo é intervino :

— ¡ Basta de política, por Dios ! Las niñas están esperando con quien bailar... Vayan, sáquenlas y den dos vueltecitas de vals. ¡ Válgame con los jóvenes, por Dios !

La noche había cerrado oscura y estrellada. En el valle no se oía otro rumor que el del río golpeando los pedrones de granito dispersos en la playa.

Encendieron los faroles venecianos perdidos entre el ramaje de los árboles y á la claror de su macilenta luz, dióse el Chungara á templar su guitarra y luego, acompañado de dos *quenas* que soplaban otros dos mozos, desacordando un valsecito llorón y lánguido, debido al númen de Barrientos, pusiéronse á bailar jóvenes y señoritas, sobre el desigual piso del jardín cruelmente hollado.

Y en tanto que las parejas, poseídas de extrañas ansias, holgaban, Ramírez, ebrio de alcohol y con el alma lacerada de pena, de cólera y envidia, huía por la ancha y sinuosa avenida, á pie, sin acordarse ya de la emoción del día, de los primeros besos arrancados á los labios de su amada y pensando sólo en la humillación que le habían inferido.....

III

Ramírez se levantó malhumorado, triste, nervioso hasta el exceso. Un dolor sordo en el occipucio, una enorme fatiga en el fondo de las cuencas orbitales, le traían atolondrada la cabeza y con vehementes ganas de dormir, quedarse en cama, cerrar los ojos, desvanecerse...; mas no podía. Elena le había mandado decir, en la tarde del día anterior, que fuese á esperarla á su salida de la iglesia; y esta cita, aun deseándola, no dejaba de producirle cierta inquietud. Desde hacía poco la notaba á la joven distraída, desatenta y en extremo susceptible.

La noche pasada soñó con ella. Por la tercera ó cuarta vez en dos meses, repitióse esa noche, con poca variante, — esto le parecía extraño, — la lúbrica visión que le traía malhumorado esta mañana, producto de su neurosis y de su agotamiento. Volvió á ver á Elena semidesnuda, con sus senos de virgen al aire y desparramada por las alabastrinas espaldas la ondulosa y abundante cabellera, idénticamente igual á la reproducción de Astí que le obsequiara Luján y que la tenía pendiente del sitio más visible de su habitación, despertando los pudores de la vieja sirvienta encargada de poner en orden la pieza. Y pensaba Ramírez, no sin disgusto, que quizás en su amor entraba más la sensualidad que la ternura; y á esta

advertencia de sus instintos, se rebelaba su temperamento de empecinado soñador...

Cogió su abrigo raído ya por los codos y las espaldas y al endosárselo recordó que su vieja sirvienta, enferma repentinamente con sus repentinas jaquecas, le había mandado decir que en esa mañana no iría á cumplir con sus cuotidianas obligaciones.

Ramírez era ordenado, y se puso á arreglar la habitación. Era vasta, de elevado cielo, con dos grandes y anchas ventanas sobre la calle y servía á la vez de alcoba, de sala de trabajo y de estudio. Casi no había adornos en la tal habitación. Se veía un catre de metal dorado en un ángulo; un estante repleto de libros, en otro; una mecedora muelle y elegante junto á una de las ventanas y contra uno de los muros laterales, en frente mismo de la puerta de entrada, un armario con luna biselada. En medio, una gran mesa oval y encima de ella, las fotografías de Amiel y de su madre, dentro de marcos de fino cristal. En las paredes, y sostenidas por clavos, armas indígenas mostraban sus curiosas formas : había palos pulidos á fuego y á manera de alfanjes, dardos, *macanas* y hondas. Y entre las armas, pendientes de hilos dorados, algunas caretas de yeso donde artistas ignorados imprimieran su emoción, gesticulaban dolorosas ó reían plácidas.

Concluída la tarea, púsose Ramírez el abrigo, cogió los guantes y, calándoselos, abrió la ventana y salió al balcón adornado con tiestos de heliotropos. Caía éste sobre el *choro*, casi á la entrada de la calle Evaristo Valle, pendiente, mal empedrada con gruesos guijos lucientes por el uso.

Era domingo y numerosas tropas de borricos y llamas desfilaban calle arriba, conducidas por indios rotosos,

de greña áspera y larga. Por no fatigar á sus bestias, llevaban éstos en los lomos atados repletos con la pobre merienda del viaje... Por entre las caravanas de bestias, atropellándolas y dispersándolas, rodaban, fragorosos, infinidad de coches produciendo inusitada algarabía en la calle, tranquila de ordinario á pesar de ser, con las otras dos, Chocata y Santa Bárbara, el obligado paso de viajeros, coches ó bestias que entran á la ciudad ó de ella salen.

Ramírez descendió á la calle y al doblar por la del Comercio, tropezó con Juanito Pérez, poeta mimado y autor de las celebradas *Rimas del corazón.*

Era Juanito Pérez de elevada estatura, muy moreno, lampiño y flaco hasta el raquitismo. Su ascendencia indígena saltábale en los ojos grises de pestaña recta y dura, en la cabellera negrísima y áspera y en la frente estrecha y huída hacia atrás. Sus amigos intelectuales, sinceramente entusiasmados por las distraídas vaciedades de una festejada novela francesa, le llamaban « el bohemio » porque creían descubrir ciertas semejanzas físicas y morales entre él y uno de los más curiosos personajes de Mûrger.

El símil fué la ruina del pobre mozo.

Á los más vulgares actos de su vida vulgar, le gustaba darles significación y trascendencia raras. Á veces salía Pérez á la calle sin corbata ó con los zapatos sin abrochar; había temporadas que no probaba un trago de licor fingiendo enfermedades de nervios, y otras en que vivía borracho porque, aseguraba, le era necesario olvidar profundos desengaños y hondísimas penas jamás confesadas á nadie... Su débil consistía en fingirse protagonista de románticas é inverosímiles historias en que había encuentros rabiosos con malandrinas, besos furtivos á la

luz de las estrellas ó de la luna, cópulas deleitosas y refinadas con amantes imaginarias...

Y es que la atroz monotonía de su vida perezosa é indolente y el poder incontenible de su imaginación, habían destruído la simplicidad de su espíritu. El deseo de la originalidad y de la rareza, le obligaba á dislocar su temperamento para presentarse lo contrario de lo que realmente era; resultando así un tipo original de verdad por su manía de las ficciones y bien que en el fondo fuese Pérez un buen muchacho, humilde, inofensivo y hasta ordenado á pesar de que él, en sus charlas salpicadas de giros extravagantes y desusados vocablos, dijese que el orden era suprema cualidad de la burguesía.

Conocíalo así Ramírez y lo estimaba sin hacer gran aprecio de sus inocentes ficciones. Para él, Pérez era un hombre débil, física y moralmente; un pobre chico sin energías para ningún esfuerzo; un degenerado que llevase en el alma la tristeza de su raza enferma y en sus nervios la flojedad de los esclavos vencidos. Y como dejase traslucir en sus maneras esta opinión, sentíase el otro molestado y no eran muy cordiales sus relaciones pese al buen concepto en que mutuamente se tenían, porque si algo envidiaba el poeta al periodista, era la independencia con que vivía y las muchas pruebas que de su talento tenía dadas.

En esta mañana, al ver Pérez á Ramírez, se le acercó cariñoso y le tendió las dos manos con muestras de buen humor:

— ¿Qué le pasa? ¡Vaya la cara que tiene usted!

— Nada, querido; anoche trabajé hasta muy tarde... ¿Dónde va?

Pérez señaló con un gesto á su sirviente que le seguía llevando en brazos un bulto envuelto en un paño de color:

— Aquí cerca, chico, á dejar esta corona que me han encargado entregar, en nombre de la juventud intelectual de La Paz, á don Cosme Endara.

— ¿De *toda* la juventud? No creo; será en la del partido.

El poeta se sonrojó : había olvidado que Ramírez se conceptuaba un intelectual de primera fuerza y era irreconciliable adversario de todos los grupos con ínfulas de partidos. Repuso con cierta sorna :

— Verdad, en la del partido; pero convendrá usted que don Cosme bien merece ser saludado por *toda* (*Juanito recalcó la palabra*) la juventud intelectual del país. Ha hecho lucir á la patria en el extranjero.

— ¿De qué manera?

El poeta abrió los ojos sinceramente consternado :

— ¡Cómo! No desconocerá usted que don Cosme ha representado brillantemente al país. Eso lo reconocen aun sus enemigos.

Ramírez se puso furioso; no le gustaba que contradijesen sus opiniones :

— ¿Brillantemente al país? Pudiera que no se equivoquen... Se ha gastado 100.000 pesos en seis meses y ha invitado champaña á todas las horizontales de París.

La consternación del poeta subió de punto :

— ¡No, hombre! Eso lo dicen sus enemigos para desacreditarlo; pero la opinión pública...

Ramírez se encogió de hombros y no quiso altercar. Sabía que los más de sus amigos no vivían sino con los ojos fijos en algún empleo para sacar de él el pan de cada día... Varió de conversación :

— Usted sí que está pálido. Se explica: los bailes, las mujeres, su activa vida social.

Juanito, sonriendo con gracia, complacido, repuso :

— ¿Bailes? Hace más de un mes que no he bailado

ni una sola *lanceros*. Anoche, por ejemplo, no he podido ir al baile de su novia...

Ramírez le miró perplejo :

— ¿De mi novia? No comprendo; no sé de qué novia habla usted.

El poeta bromeó, incrédulo :

— De su novia, hijo : de Elenita Peñabrava.

— Perdón : esa señorita no es mi novia.

Juanito le lanzó una mirada oblícua :

— No embrome, chico; lo dice toda La Paz.

Y el poeta dijo « toda La Paz » con el mismo contentamiento con que un francés dice « todo París ». Ramírez, vehemente, repuso :

— ¡ Toda la Paz ¡ Eso no es decir nada, querido ! Aquí llaman « toda La Paz » á unos cuantos imbéciles y á otras tantas muñecas que matan las horas pegando ojos y orejas á la cerradura de la puerta del vecino...

El poeta, sin dejarle concluir, le tendió fríamente la mano y se despidió :

— Bueno, querido; parece que está usted de malhumor. Adiós.

Ramírez quedó plantado en la acera, fastidiado y triste por haber resentido á Pérez. Consultó su reloj y viendo que ya habían pasado las nueve, se dirigió con paso ligero á la Merced.

La plazuela, como siempre, estaba poblada por grupos de jovenzuelos metidos en sus trajes de cristianar. Reuníanse en el atrio los domingos para ver salir á las muchachas después de la misa y era su semanal distracción, y luego se dirigían á pasear por la calle del Mercado, toda entera ocupada por las vendedoras de frutas y legumbres, ó á la plaza principal para oir la retreta de las once, en el relevo de la guardia palaciega... Las indias vendedoras

de flores, alineadas contra el tosco y ventrudo muro del convento de las Carmelitas, expendían vistosos y fragantes ramilletes en medio de la algarabía de los compradores, reacios en pagar el precio pretendido por aquellas.

Ramírez penetró al templo.

La misa tocaba á su fin y el desafinado órgano chillaba en una musiquilla de jarana y pataleo... El incienso, quemado en profusión, se alzaba en espirales opacas y azules y se confundía con un rayo de sol que descendía sobre el altar teñido al filtrarse por las vidrieras multicoloras de la ventanilla.

Con la mirada buscó Ramírez á Elena y la vió á pocos pasos de él, arrodillada en el suelo duro, orando con fervor, sin levantar los ojos de su libro de oraciones, y en actitud sumisa. Su rostro blanco y pálido, con blancura y palidez anémicas, sombreado por los cabellos profundamente negros y la mantilla negra también, rostro de líneas regulares y expresión cándida, parecía en ese momento contraído por graves inquietudes.

La cita de la joven lo traía preocupado al periodista y en vano se afanaba en querer adivinar el motivo de ella. ¿Sería para decirle algo respecto de sus padres? Pudiera. De poco á esta parte ya no eran los mismos para con él. Ahora le trataban con seriedad y aun displicentes y en ello veía la acción de su implacable enemiga Carlota. Antes, en cualquiera dificultad de la casa, era él el consejero, « el paño de lágrimas», y ahora parecían huirle. ¿Que más? Hasta se divertían sin su concurso. Y esto y otros muchos detalles vivos ahora en su memoria, le hicieron presagiar futuras contrariedades...

Ramírez fué el primero en salir á la plazuela una vez concluída la ceremonia. Los mozalbetes agrupáronse en

la puerta del templo abriendo calles para que pasasen los fieles, quienes se iban dejando tras sí olor caliente de humanidad sucia y mal cuidada... Al último apareció Elena acompañada de la beata doña Brígida, vieja seca y encorvada en cuya habitación solían encontrarse los enamorados. Ramírez se les acercó con el sombrero en las manos :

— Buenos días, doña Brígida; buenos días, Elena... ¿Qué tal?

— Bien, Carlos, ¿y usté? — preguntó la muchacha vivamente y dando á su carita súbita expresión de alegría. Y añadió luego, sin esperar le respuesta del periodista :

— ¿Dónde se ha metido usté anoche? Le hemos hecho buscar con Clotilde y no estaba.

Ramírez, sorprendido, repuso :

— No es posible; anoche no he salido de casa.

El rostro de la joven adquirió aire de profunda consternación :

— ¿De veras? Entonces seguramente se ha ido á otra parte la criada. Anoche nos han visitado algunos amigos y hemos improvisado un bailecito. Ha sido cosa del momento y no pensábamos...

Su turbación era visible y hablaba con acento vacilante é inseguro. Doña Brígida, instruída probablemente del caso, intervino vaiiando la conversación y preguntando al joven :

— Sé que lo ha hecho llamar el padre Pablo, ¿qué le ha dicho?

Ramírez, repuso de mala gana :

— Aun no he ido. En estos días mis labores no me han dejado libre un solo momento.

Doña Brígida hizo un gesto de consternación :

— ¿De veras? Eso no está bien : debía usté ir cuanto antes. Le conviene. Es un buen padre y ya verá cómo lo arregla todo.

— ¿Arreglar qué? — inquirió el periodista tomando interés en las palabras de la beata.

— Ya lo sabrá cuando vaya. Eso sí, sea bueno con él. Es una categoría el padre. La quiere mucho á la Elena y dice que sólo desea verla feliz. El otro día...

Se puso á contar una banal historia de amor en la que el padre Pablo, de la Compañía de Jesús, había jugado un gran rol reanudando las rotas relaciones de dos novios... Llegaban en ese momento á la esquina de las calles Colón y el Mercado y como á Ramírez no le gustase que le viesen en sitio tan concurrido con Elena, preguntó á la joven despidiéndose :

— ¿Qué tiene que decirme?

— Que vaya usté esta tarde á casa, — repuso Elena tendiéndole la mano y sin reternelo en su compañía. — Vaya usté á ver la entrada y no sea usté tan... raro.

— ¿Por qué raro? — averiguó el periodista, intrigado y resentido.

— Usté lo sabe mejor que yo.

— No sé nada, — repuso ingenuamente el otro.

— ¡ Sí ! usté lo sabe... ¿Por qué se ha escapado usté la otra noche de la chacra, sin decir nada á nadie?

Al recuerdo de la escena, un vivo rubor subió á las mejillas pálidas de Ramírez, y contestó con voz insegura y sin poder hallar una disculpa :

— No sé... me sentía enfermo.

— ¡ No es cierto !... Ya ve cómo es usté raro... Vaya no más á casa : le espero sin falta.

— No sé si pueda.

— ¿Tiene que hacer algo?

— Nada; pero...

— No hay pero que valga. Si no viene usté, me enojo.

— ¿Y... su papá?

— No sea usté rencoroso. Papá es muy distraído y... ¡No le guarde usté rencor; sería feo! Lo ha hecho sin fijarse... Vaya usté no más.

Prometió Ramírez de mala gana y luego de estrechar la mano de la joven, dirigióse á la plaza principal, inevitable sitio de reunión dominguera de todos los habitantes de la ilustre villa.

— « Hé ahí para lo que me ha hecho llamar — se decía caminando — para disculpar á su padre y advertirme que anoche bailaron en su casa sin mí. ¿Vale la pena de amar á una mujer así, egoísta, esclava de todos los prejuicios?...

Llegó á la Plaza y dió de mano con sus amigos Olaguibel y Luján. Estaban sentados en un banco y veían el desfile de las muchachas, también metidas en sus trapos de cristianar.

— Te esperábamos. Es la hora del *coktail.*

— No, hijos; yo no bebo.

Los amigos sonrieron socarronamente :

— Estás loco, querido. Hoy es día de parada y de recepcion triunfal.

— No tengo pizca de ganas... Di, Emilio, ¿estuviste anoche en el baile de Elena?

— Sí, y me extrañó no verte. ¿Y por qué no fuiste tú?

Ramírez se guardó de confesar la verdad. Temía que su amigo buscase excusas para su prima :

— Me sentía descompuesto... Parece que la cosa fué seria. ¿Quiénes estuvieron?

— Gente nueva, hijo : las Orondo, el padre de las Montenegro...

— ¿De las Montenegro? ¡ Caramba ! Eso se va poniendo feo...

— Como lo oyes; y no tardarán en ir las hijas. Fué una fiesta de tono.

— Pues yo creí que era una de esas improvisaciones que solíamos...

— Así lo decían ellos para disculparse de ciertas deficiencias. Pero la cosa estuvo bien preparada. Debías de haber ido; y si sigues haciéndote el interesante, no te arriendo las ganancias.

— ¿Por qué?

— ¡ Claro ! Le haces la corte á la chica...

El periodista se encogió de hombros sonriendo.

— ¿Y te divertiste? De fijo.

— No mucho; la tal Carlota...

— ¡ Qué fea es esa mujer ! Se necesita tener el estómago blindado para hacerle la corte.

— No me hieres, hijo.

— No hay alusión : ella es quien te la hace y como tú eres capaz de galantear á un monstruo con polleras...

— No es mala para pasar el tiempo...

— Para todo es mala, querido, aun para... Si tuviera otras ideas, quién sabe. Pero es hipócrita, pudorosa. La moral jesuíta la tiene metida en los tuétanos. Considera pecado dar ó recibir un beso, mostrar las pantorrillas; y no mentir, calumniar, levantar un falso testimonio, deshonrar... ¡ Los odio á los jesuítas !

— Estás jacobino esta mañana; alguna mosca te ha picado.

— Sí, un fraile... ¿Sabes lo que me ha pasado?

— Ya adivino : alguna barbaridad.

— Pudiera. Hace dos ó tres días me hizo llamar un jesuíta no sé con qué pretexto. Como supuse que me pedirían

cesase en mi campaña contra sus métodos de instrucción, le mandé al diablo y acabo de saber que era para arreglar mi matrimonio con Elena.

— ¿Lo ves? ¡Si ya lo decía!... Entonces la cosa es grave.

— La beata doña Brígida me aconseja ir á verlo. No conoce mi respuesta, y aquí me tienen con que no puedo ir so pena de que el fraile me reciba como al mismo Satanás... ¿Qué les parece?

— Me parece que todos los días no haces otra cosa que tonterías. Ayer atacaste á los diputados, hoy á los frailes, mañana será á los ministros y lo que has de sacar es que nadie pueda verte ni en *calcomanía*.

— ¿Y tengo yo la culpa de eso? Me hurgan, me pinchan y tengo que defenderme...

— Nadie te ataca.

— Pero me revientan con su hipocresía, su estupidez, su...

— Amigo... En la tierra en que estuvieres...

— ¡Al diablo con semejante tontería! Ó los arreglo ó me revientan.

— Te revientan, hijo, te revientan!

— ¡Bien reventado entonces!

Olaguibel temía estas explosiones por las largas discusiones á que daban lugar, é intervino:

— Son cerca las doce, queridos; se pasa la hora del *coktail*.

— Mejor, da asco emborracharse, — dijo Ramírez con malhumor.

— Estás atrasado: eso es viejo como el vino. — repuso Olaguibel.

Luján puso las manos en los hombros de su amigo y mirándole burlonamente en los ojos, le increpó como tenía

por costumbre cuando Olaguibel se permitía lanzar alguna frase por el estilo :

— Dime : ¿dónde has leído eso? Porque no es de tu cabeza.

Olaguibel se sonrojó : efectivamente, eso lo había sacado de una de sus raras lecturas de periódicos. Protestó, sin embargo :

— De la mía, querido. ¿Ó crees que soy bruto como tú?

— Te pasas de bruto. Eres idiota, incapaz de saber dónde llevas las narices.

Olaguibel se encogió de hombros. En esa mañana no se sentía en vena para los insultos. Porque estos amigos se insultaban y se decían sandeces sin enojarse. Su amistad era una mezcla rara de afecto y de excesiva confianza. Se querían pero no se respetaban. Sólo cuando la tristeza les minaba el alma, mostrábanse parcos en palabras y ademanes. En sus mismos juegos eran torpes. Luján y Olaguibel luchaban cuerpo á cuerpo, como gladiadores, respetando siempre á Ramírez porque lo sabían débil y poco diestro en ejercicios atléticos. Para ellos era Ramírez un ser nacido á destiempo, inhábil de alcanzar un triunfo cualquiera, demasiado soñador, demasiado « amujerado »... Ramírez, á su vez, los creía á ellos incapaces de comprensión, muy dados á vivir de las cosas inmediatas, egoísta de temperamento. Para él la mentalidad de sus amigos estaba enferma porque no sabía elevarse hasta las alturas de la idealidad. Pensaba que los mejores y los más aptos, estaban en la obligación de crear obras consistentes capaces de flotar sobre las preocupaciones del momento y él consideraba á su amigos dispuestos á todo menos á chocar contra los prejuicios de su país...

— ¿Es que siempre vamos al *coktail?* — preguntó

Luján, como el más alcohólico de los tres y consultando su reloj de oro.

— Ya es tarde...; salvo que nos quedemos á almorzar. Yo invito, — propuso Olaguibel.

Aceptaron los amigos y se dirigieron á *su* cantina. No pudieron conseguir ni una mesa, ni un sitio libres. La gente hervía como en un hormiguero, y su parloteo unido al incesante ruido de los cristales, de los dados de marfil echados á rodar sobre el mármol de las mesas, no era bastante á apagar los gritos de los bebedores, quienes, unos más que otros, manifestaban su adhesión y profunda simpatía por el anunciado caudillo, don Cosme Endara. Le llamaban « gran hombre », « gran político », « gran patricio » ó, por lo menos, « insigne jefe »; y leían los artículos elogiosos que le habían dedicado todos los periódicos, sin excepción, aun los que se la daban de independientes, como *La Lucha*, el diario en que colaboraba Ramírez. Sobre las mesas, en los rincones, pendientes del muestrario, veíanse grandes coronas de flores artificiales enlazadas con la tricolor nacional. Junto á una mesa discretamente oculta en un ángulo, un grupo más entusiasta que los demás y más ebrio, escuchaba el discurso de un orador callejero. Ponía por las nubes el orador á don Cosme y manifestaba la necesidad de hacerlo pasear por las calles, ungido sobre los hombros del soberano pueblo, — « de este pueblo, — decía accionando desesperadamente y gritando como loco, — enemigo de los déspotas, valiente, viril y que en todo tiempo ha sido tumba de tiranos... »

— ¡ Bravo ! ¡ Bravísimo ! ¡ Bien dicho ! — aullaban los espectadores.

Ramírez no quiso quedarse en la cantina y subieron directamente los amigos á un comedor reservado, con

balcones sobre la calle. Concluído el almuerzo, y á eso de las tres, Olaguibel se fué á lo de su novia, donde acostumbraba pasar los domingos y Luján y Ramírez á casa de Elena, en la que encontraron reunidas ya varias personas.

Don César y su consorte, al ver al periodista, no pudieron disimular una mueca de sorpresa y le tendieron fríamente las manos. Elena, al notar esto, se puso roja y huyó del salón, con un pretexto cualquiera...

En los balcones, y mirando la calle, estaban Carlota Quiroz, las Orondo y otras personitas elegantes y melindrosas, y hablaban con animación manteniendo en equilibrio sus copas de cerveza. Doña Juana cogió dos y se las ofreció á los amigos :

— ¿Es que no has de ir en ninguna sociedad? — preguntó á su sobrino mirándole sonriente y amable.

— No, tía; yo soy amigo del doctor Endara y no creo que se me enoje por no saberme entre la muchedumbre.

— ¿Y usté? — dijo volviéndose á Ramírez, y disminuyendo la sonrisa de su rostro grueso, vulgar y mofletudo.

— Tampoco, señora. Yo...

— Usté es su enemigo... — dijo poniéndose del todo seria.

— ¿Su enemigo? No, señora; su adversario político solamente.

— ¡ Entonces su enemigo, pues ! — añadió con profunda convicción doña Juana, incapaz de establecer ninguna diferencia en los términos.

— No, tía, no es lo mismo, — intervino Luján divertido con el aplomo de su tía. — Ser adversario no quiere decir...

Se detuvo, levantó la mano é hizo una seña amistosa

á Elena que volvía al salón. La muchacha, al oir discutir á su madre con los jóvenes y no previendo los buenos términos en la discusión ni las maneras escogidas, apenas les alcanzó los dedos con tímida actitud y deseando sin duda evitar que los otros se enterasen del tono descompuesto de su madre, sentóse al piano á *chapalear* horrendamente un vals de Barrientos y levantando en punta los pelos en la cabeza de éste, llamado á la casa como profesor de música no tanto con el interés de que enseñase nada á las jóvenes, como para que Barrientos hablase siempre de ellas en los círculos del mundo elegante donde disponía de influencia.

— ¿Y qué quiere decir entonces? — preguntó colérica de que le contradijese su sobrino poniéndose de parte del periodista.

— Quiere decir, tía, que como á hombre no tiene motivos para no quererlo, pero que como á político, como á jefe de partido, no le acepta porque los ideas de éste no están en armonía con las suyas.

— Será como vos dices, — repuso con soberbio desdén doña Juana; — pero para mí no hay más que amigos y enemigos. El que no es mi amigo, es mi enemigo, y creo que así piensan todos, sólo vos... sólo ustedes...

Y sin concluir la frase, hueca, feliz por haber sentado un axioma para ella admirable, se retiró profiriendo una disculpa :

— Dispensen ustedes, voy á atender á mis invitados.

— ¡ Ya viene ! ¡ Ya viene ! — gritó en ese instante Laurita, sacudiendo gozosa el barandaje del balcón.

Las muchachas corrieron á dejar sobre las mesas sus copas vacías y, apresuradamente ganaron los balcones adornados con banderas y gallardetes, como en día de fiesta parroquial. En la calle y la plazuela de San Sebas-

tián esperaba enorme aglomeración de gente que en tropel se dirigía hacia la desembocadura de la Avenida de América, invisible desde los balcones de la casa de don César, situada en la vereda izquierda.

— ¿Se puede? — sonó una voz femenil en la entrada del salón.

Todos se volvieron. Allí, junto á la entrada, con el sombrero de copa en una mano y el bastón y los guantes en la otra, esperaba el diputado Ismael Salas. Laurita, al verlo, púsose á palmotear con alborozo. El diputado tenía por costumbre hacerla saltar sobre sus rodillas y esto le encantaba á la chica.

— ¡ Adelante, mi querido Ismael ! Estaba temiendo que ya no viniera usted... ¿Un vasito de cerveza? — preguntó don César, antes de que el diputado saludase á nadie.

— Gracias, mi distinguido patricio; acepto.

Avanzó hasta el centro del salón y sin fijarse en la bastonera oculta en un ángulo, colocó los guantes, sombrero y bastón sobre una mesa, al lado de una monumental corona de flores de porcelana rica en matices; y galante, obsequioso, púsose á dar la mano á todos, hasta á Laurita que se le colgó al cuello. Don César tomó de una bandeja una copa llena para el diputado y otra mermada para él y ofreciósela, con tono cariñoso. Era mucha la deferencia que guardaba para el diputado por ser muy popular entre los artesanos. Le tenía en alto concepto intelectual y sentía verdadera admiración por la facilidad de su palabra. Le preguntó :

— ¿Se ha decidido usté siempre á hablar frente á casa? Mire que se lo vamos á agradecer. Quiero que don Cosme sepa que en nosotros tiene verdaderos amigos y que somos sus mejores partidarios... Vea usted; le vamos á

regalar esto — dijo señalando con los ojos la corona de porcelana.

El diputado se acercó al monumento de laureles y grandes flores exóticas cruzado con una banda tricolor valiosísima y sujeta á la banda una cartulina dorada donde se veía una estrofa compuesta en honor del caudillo. La leyó en voz alta :

¡ Gloria al invicto ciudadano,
De la patria esperanza !
¡ Gloria al futuro mandatario,
Que nos dará paz y bonanza !

— ¿Quién ha hecho esto? — preguntó lleno de interés. — Está bonito.

Don César, con aire entre orgulloso y consternado, repuso tímidamente, en voz baja, como cuidadoso de que le oyesen sus invitados :

— Indalecio.

— ¿Indalecio? ¿Su hermano?... ¡ Caramba ! Todos le creíamos muerto. ¿Y dónde está que no se le ve por ningún lado? Antes éramos muy amigos y me acuerdo que una vez... Diga : ¿dónde está?

Enrojeció don César y con acento más embarazado todavía al notar que las señoritas Orondo y su madre se habían vuelto para escuchar la respuesta, articuló :

— Está siempre con nosotros, pero... ¿sabe usté?... ¡ Una desgracia ! Mi pobrecito hermano se ha dado á la bebida...

— ¡ Pero papá ! — le atajó Elena, toda encendida y á punto de llorar de vergüenza por la ingenua confesión de su padre. Doña Juana, resoplando de indignación, pasó por delante de su torpe esposo dirigiéndose á las habitaciones interiores y envolviéndolo en una furibunda

mirada que transtornó aun más al pobre hombre, que se apresuró en rectificar :

— Es decir... No... Está enfermo y no sale nunca...

Salas, sin notar la consternación de la familia Peñabrava, dijo :

— Comprendo, amigo, comprendo... ¡ Pobrecito ! Era un gran poeta, un verdadero poeta. Ahora ya no hay como él. Á veces solíamos alegrarnos un poquito, porque, la verdad, le gustaban las copitas y...

Los signos de confusión eran tan visibles en don César y su hija que echó de ver al fin su torpeza el diputado y se calló de golpe; mas notando que unos á otros se miraban muy serios y permanecían mudos, prosiguió dirigiendo felicitaciones á su amigo por la corona :

— Hace usted bien en obsequiarle esto, mi ilustre amigo. Hay que coronarle de laureles en medio del pueblo, como hacían los romanos con sus héroes; enterrarlo con mirtos, rosas y...

—... *Cusill-pankharas!* — le interrumpió Carlota, sin poder contenerse. Odiaba sinceramente al diputado y decía que sus ojos de mirar lúbrico, cuando se posaban en ella, parecían desnudarla.

— ¿También con bromas, doña Carlota? Yo...

Salas se detuvo indeciso. Había visto estremecerse súbitamente las secas y pálidas mejillas de la solterona y cruzar rayos de cólera por los ojos de esta. Se acordó al punto que darle el tratamiento de doña era inferirle mortal ofensa y él nunca podía darle otro tratamiento. Y éste, y no otro, era la causa del odio de aquella.

— ¡ Señorita, si usté gusta ! — rectificó la ofendida con tono incisivo, breve y volviéndole las espaldas.

— Perdón, señorita; no he tenido la intención de ofenderla... Yo creí...

Aprovechó ese momento de expectación Luján para llamar á parte á su amigo Ramírez :

— ¿Qué le has hecho á Elena? Veo que no se hablan. Seguro que se ha enojado por lo que no has venido anoche á su baile. Y tiene razón...

Ramírez sonrió enigmático :

— ¿Te parece?

— ¡Hombre! — y se quedó mirando á su amigo extrañado de que todavía dudase de lo que le decía.

Ramírez, serio, le atajó :

— Ya hablaremos de eso más tarde...

— ¿Entonces hay algo?

— Quizás.

Luján miró en los ojos á Ramírez. Y al verlo tan serio y como si adivinase lo que le ocultaba, le dijo :

— Tonterías. Mientras no la pidas, todo ha de andar mal entre ustedes. Debes de saber que no hay quien dude que sean novios tú y Elena. Te ven visitar mucho la casa; se habla, se murmura y tú con hacerte el muerto lo quieres componer todo. Y eso la hace perder á la chica y debe ponerlos furiosos á los padres.

— ¿Entonces crees que debo pedirla? — preguntó Ramírez volviendo á sonreir con socarronería.

— Y cuanto antes, mejor.

— Toma mi palabra; antes de quince días...

— ¡Ya viene! ¡Ya viene! — volvió á gritar Laurita, esta vez echándose fuera del barandaje y sacando medio cuerpo á la calle.

— ¡Pero chica, te has de matar! — corrigió doña Juana cogiendo á la muchacha por el brazo y haciendo sitio al diputado á su lado. Estaba contenta la señora de que con su torpeza hubiese Salas herido la fibra más delicada de Carlota. Tratábalas Carlota á ella y á su

hija con una especie de altiva superioridad y no podía tolerarle el que siempre estuviese haciendo gala en su delante de sus relaciones en el mundo social distinguido, como para hecerlas comprender que al permitirles su amistad, les hacía un marcadísimo favor del que debían quedarles eternamente reconocidas.

Calle abajo, en desorden, venían grupos de chiquillos astrosos precediendo á las comparsas de bailarines indígenas que avanzaban lentamente soplando en sus zampoñas tristes. Iban los indios vestidos con sus mejores ropas de gala y los jefes de las agrupaciones hacían tremolar en las manos las banderas sacadas á lucir en los solemnes días de la fiesta parroquial ó de cualquier otro inolvidable acontecimiento. Detrás de las comparsas, varios *cholos* conducían á distancia de algunos metros, dos bandas de tela blanca desplegadas en todo lo ancho de la calle y sobre las que, en letras negras, los partidarios habían pintado dos inscripciones :

¡ ¡ ¡ VIVA EL ECRECIO CIUDADANO DON COSME ENDARA ! ! !

¡ ¡ ¡ VIVA EL CRAN PARTIDO... ! ! !

Á continuación de los grupos, se sucedían las asociaciones gremiales de artesanos. Había por lo menos seis : la de los *Socorros mutuos de San José*, de los *Hermanos de la Caridad*, de los *Obreros de la Cruz*, de los de *San Vicente de Paúl*... Sociedades de tiro : la *Olañeta, la Murillo*, la de los *Defensores de la Patria*. Los socios iban por ambas veredas, divididos en dos filas. Sudorosos y y afónicos lanzaban hurras y vivas al caudillo, bien que muchos ni de vista le conociesen : llevaban el rostro abotagado, la mirada turbia, baja la cabeza como doblegada por el peso del trabajo que todavía no ha impuesto

por allí su santa ley de redención é iban con ese aire cansado, deprimido, triste de los seres que viven mal comidos, sin aire, lejos del sol, en perpetua orgía carnal ó alcohólica... Los más llevaban en la mugrienta solapa de la chaqueta ó sobre el poncho deslucido, ó en el ojal de la americana, la insignia de la sociedad á que pertenecían, insignia sacada á lucir, indistintamente, con cualquier motivo, bien en las procesiones del Corpus, ó, como en el presente caso, en las pomposas entradas de un caudillo. Cada sociedad estaba separada de la otra por su respectivo estandarte en cuyas lanzas se veían pendientes las coronas obsequiadas á don Cosme en el trayecto ya recorrido.

Detrás de las sociedades gremiales, venían las literarias y científicas, también con sus estandartes enguirnaldados. Ninguna funcionaba regularmente, por falta, sino de local, de socios; mas en casos como éste aparecían nutridas de ellos y tan gritones, tan entusiastas, cual si las hubiesen fundado y estuviesen orgullosos de su buena y útil marcha. Enrolábanse en ellas, naturalmente, lo mejor de la juventud, los empleados de los ministerios, los de comercio, los estudiantes, los abogados, los intelectuales, en fin...

Detrás todavía y en coches arrastrados por desolladas mulas, venían los directores del partido. Allí había políticos de todos colores, edades y opiniones, animados del común deseo de agradar al candidato, merecer su confianza y, con ella, un puestecillo en la administración « para trabajar en pro de los sagrados destinos de la patria » como decían ellos con perfecta naturalidad.

Y, por último, el caudillo.

Reclinado sobre el terciopelo del coche puesto á su disposición por uno de sus ricos partidarios, miraba á la

turba, triste y al parecer desdeñoso. Su rostro moreno, flácido, quemado por el sol, tenía una extraña inmovilidad. Venía acompañado por don Justo Aranda y era éste quien respondía á las aclamaciones de la turba saludando con la mano, sonriente y feliz, cual si á él fuesen dirigidas todas las manifestaciones. El coche desaparecía bajo las coronas de flores artificiales, de las cintas, las tarjetas, la mistura; y los dos hombres parecían emerger de esa lujuriosa floración de pétalos y sedas. Dos monumentales coronas regaladas por el directorio del partido, colgaban de los faroles del coche y arrastraban sus cintas blancas por el suelo embadurnando con el huano de las bestias sus inscripciones de oro :

¡ ¡ ¡ Á DON COSME ENDARA, EL GRAN PARTIDO... ! ! !

Grupos de jinetes circulaban alrededor del coche recibiendo en sus brazos las coronas y los ramilletes que de los balcones le ofrecían á don Cosme las familias de sus parciales posesionadas en las casas de las calles por donde tenía que atravesar aquél, según el itinerario de antemano establecido por el directorio. Detrás todavía, se amontonaban los curiosos, formando masa compacta y nutrida...

— ¡ La corona ! ¡ La corona ! — gritó don César cuando el coche caudillesco estaba por llegar á los lindes de sus balcones enguirnaldados y sin esperar que su amigo Salas detuviese á don Cosme para espetarle su discurso. En el salón hubo un instante de aturdimiento. Luján dió dos saltos, cogió el artefacto y se lo alcanzó á su tía sin dejar de sonreir al ver el cuarteto de su borrachín pariente.

— ¡ Tírala vos ! — dijo doña Juana á su marido, á la par que arrojaba puñados de mistura á la comitiva en

tanto que sus dos hijas y los invitados hacían llover flores sobre la compacta muchedumbre, ceñida alrededor del coche caudillesco.

— No seas zonza, mujer; debes de ser vos! — gritó don César, agitando su sombrero en el aire y dando vivas al candidato.

— No, hijo, te toca : es tu amigo.

— Me parece que no; es más propio de una mujer.

— Yo no creo...

— ¡ Ligero, bruta, ¿no ves que se pasa? — aulló desesperado don César viendo que el coche pasaba á la altura de su casa sin que don Cosme dirigiese una sola mirada á sus balcones, abstraído por el espectáculo que se descubría en lo hondo de la calle adornada con arcos de flores y colgandejos de plata, pomposamente, á la antigua usanza.

Doña Juana, temblando de furor por el reto, cogió la enorme corona, y, ayudada por el sobrino, la sacó á lucir al balcón. Uno de los jinetes, Guilarte en persona, se abrió paso por entre la muchedumbre y tomó en sus brazos el obsequio. Algunos bravos estallaron en la concurrencia. El caudillo, siempre distraído, no se fijó en la gentileza de la familia Peñebiava.

— ¡¡¡No ha visto, choy!!! — gimió, desesperada, doña Juana.

De pronto hubo un momento de curiosidad en la turba. Un hombre se había plantado sobre una silla interceptando el paso del coche, frente á los caballos que piafaban cubiertos de espuma y unos metros más abajo de los balcones en que la familia Peñabrava y sus invitados seguían aplaudiendo. Ismael Salas estaba allí, agitando su sombrero como una bandera: la calva le lucía al sol, y en su actitud desarticulada se descubría la gran satisfacción

de que estaba poseído su espíritu. La turba, al reconocer en él á su predilecto campeón, reclamó imperiosamente el silencio que cayó, letal, sobre la gemidora masa.

— ¡ Ilustre prócer, — saludó el orador, extendiendo los dos brazos en actitud declamadora y con riesgo de hacerse derribar por la briosas bestias.—Ilustre prócer: el pueblo que alborotado ves á tus pies, me ha dado el honroso encargo de saludarte á ti, hijo de la aurora, heraldo de paz, y coronarte de laureles frescos segados en los jardines de la gloria, donde luce el sol del porvenir...

Las palabras brotaban de labios del diputado, sin hilación, sin coherencia, en franco derroche tumultuoso, valientemente : daba la impresión de un loco atacado de onomatonomanía, tremenda enfermedad de nuestros oradores callejeros y parlamentarios. La muchedumbre le escuchaba absorta, alelada, sin comprender lo que decía pero creyendo firmemente que debía decir cosas hondas, sutiles al ingenio de los burdos, cosas que á ella no le era dado comprender y dignas sólo del talento de un hombre como Salas... En los labios del caudillo apareció una ligera sonrisa : escuchaba satisfecho, reclinado en el coche, sin apartar los ojos del orador y aprobando con la cabeza cada vez que éste, en el azar prodigioso de su verbo, tocaba puntos de política nacional. Uno de esos instantes, sin embargo, desvió los ojos y los fijo en el balcón en que don César no dejaba de agitar su sombrero, consternado; y entonces, una sonrisa de paz y esperanza brilló en todos los labios de la familia Peñabrava...

Estruendosos aplausos acogieron al diputado cuando éste hubo acabado de perorar; y en tanto que descendía de la silla para confundirse con la turba satisfecha con la liberalidad de la familia Peñabrava, incansable en su tarea de inundar de flores y mistura el mar de cabezas

agitado bajo sus balcones, algunos individuos lograron descubrir á los amigos Luján y Ramírez y no pudiendo comprender que hubiese gente que se quedasen en casa tratándose de la recepción de una insigne personalidad como la de don Cosme, llovieron insultos sobre ellos, soeces é irritados insultos...

Siguió su marcha la comitiva y desapareció á poco en el recodo de la calle del Comercio. Los invitados, después de una última copa de cerveza, retiráronse primero de los balcones y después de las casas; y en las calles desiertas, pendientes y mal empedradas, sólo se veía el trajinar silencioso de algún indio,el violento agitarse de las banderas y el tumultuoso mariposear de la mistura que caía y se levantaba en pequeños torbellinos, al impulso de la brisa.

Á la partida de los invitados de la casa de don César, hubo una especie de inquieto malestar en la familia.

— ¡ Ya ves, pues ! — reprochó con agrio acento don César á su consorte. — De no apurarte tanto, le hubieses tirado la corona en el momento en que nos saludó don Cosme. Aura verás cómo no ha de saber que fuimos nosotros...

— ¡ Ay, por Dios ! — repuso doña Juana exasperada por este nuevo reproche añadido á la confesión torpe y desvergonzada. — ¿Y la tarjeta?

— ¡ Puede caerse, mujer, y entonces...

Doña Juana estalló :

— ¡ Haceme el favor de callar la boca y no irritarme. Estoy con jaqueca y... ¡ buen tonto que eres, pedazo de burro !... ¿Quién te ha dicho que digas nada del borracho de tu hermano? Aura verás cómo la beata de la Carlota y las indias Orondos han de llenar La Paz contando que tu hija tiene un tío que vive borracho y tramposo...

— ¡La burra eres vos! — le gritó don César resentido de que así, con tanto desprecio, hablase de su hermano y en incontenible arranque de independencia del que pronto hubo de arrepentirse, pues huyó dejando petrificada de estupor á su dominadora mitad que por primera vez en la ya larga vida de matrimonio se veía insultada por su marido. Y aterrada, convulsa, se arrojó sobre una butaca, llena de cólera y comenzó á lanzar aullidos mezclados de insultos:

— ¡Bandido! ¡Corrompido! ¡Sinvergüenza! ¿Á su patrona? ¿Ha osado insultar á su patrona? ¿Se ha atrevido á insultarme por el borracho de su hermano, por ese corrompido sin vergüenza?

Y se levantó decidida á castigar debidamente tamaño desacato. Sólo que su esposo, espantado de su audacia y de los gritos de su mujer, había tomado las de Villadiego deseoso de evitar la cruel humillación de una paliza.

***

Luján y Ramírez, enganchados del brazo, iban calle adentro en dirección á la plaza principal, malhumorados y un sí es no es tristes. Particularmente Ramírez, no cabía en sí de pena. Le habían hecho mal los insultos de la turba y la actitud desatenta de su amada. Hoy, como jamás, notóla displicente, huraña y aun hosca. En toda la tarde no le había dirigido ni una sola vez la palabra. Pasósela esquivando sus miradas, siendo así que antes, caso de no poder hablarse, vivían devorándose con los ojos, haciéndose caricias con el gesto, diciéndose, al pasar, y en voz queda, ternezas y galanterías...

Desfogó su malhumor, como siempre, hablando mal de alguien. Ahora fué del candidato :

— He aquí los hombres que eleva la turba. Nada ha hecho este individuo sino meterse en dos ó tres revueltas contra las tiranías de Daza y Melgarejo, pronunciar en las cámaras algunos discursos huecos como pompas de jabón y aquí le tienes hoy día aclamado como un dios... ¡ Es un asco ! Este pueblo está perdido, — y escupió, colérico, al suelo.

Luján le contradijo esta vez, más que por costumbre, por convicción. Él era hombre de orden y había que acatar las idolatrías del pueblo en tanto que ellas no turbasen la paz pública. Además, cada época tenía sus tipos representativos y don Cosme daba la medida de la suya. En cuanto al pueblo...

— Dices eso porque no conoces otros pueblos. Y es como los demás y hasta pudiera que un poco mejor. Donde quiera que vayas por América y aun por la vieja y civilizada Europa, has de encontrar, invariablemente, el mismo espectáculo : las turbas son siempre idólatras... El mal entre nosotros, querido, es atávico. Nuestros padres, los indios, eran rebaño, sólo sabían obedecer...

— Quizás. Pero es cochino. Solo se imponen los simuladores, los vácuos, los...

— ¿Y qué esperabas, iluso? ¿Que se premiase el mérito? Buen tipo eres. Para valer algo en nuestro país, convéncete, hay que ser como Salas.

Ramírez se encogió de hombros con desaliento :

— Parece que tienes razón, — dijo repitiendo su gesto brusco; y cambió de conversación.

Era otra de las particularidades de su espíritu enfermo. La atención fija sobre cualquier punto fatigaba horriblemente su ser, todo su ser. En su conversación, en sus actos

y gestos, se notaba una movilidad extrema. Impotente de imponerse á sí mismo un régimen educativo, de trabajar en una labor constante, era variable, inquieto, nervioso. Emprendía mil labores distintas y ninguna le satisfacía ni contentaba : de ahí su depresión constante y su descontento consigo mismo, pues se creía inútil para todo :

— ¿Te has fijado cómo Elena estuvo huraña conmigo? No hemos cambiado más palabras que las del saludo... Eso va mal. Yo siento que todos los días se va enfriando más á mi alrededor la atmósfera de esa casa. Esta mañana te dije que no había ido á su baile de anoche porque me sentía enfermo, y no es la verdad : no fuí, porque no me invitaron.

— ¿De veras? — preguntó Luján, desagradablemente sorprendido.

— Como lo oyes.

Anduvieron algunos pasos sin hablar : ambos pensaban en lo mismo, y Luján agregó con voz grave :

— Ten cuidado. Eres muy hosco, muy tímido y un temperamento como el tuyo no es para nuestro medio. Aquí es de balde que consumas tu vida queriendo trabajar en cosas del espíritu. Eso á nuestras mujeres se les da un comino. Lo que ellas quieren es que vayas bien vestido, perfumado, elegante; que sepas bailar sin equivocarte los más intrincados bailes; cantar, decir chistes, hacer monadas, andar en los paseos públicos acompañando á esas gentes que se titulan aristocráticas, esto es, que seas un pepito insulso, un *futre*, por mucho que en el fondo seas un pícaro que vive de trampas ó lleves en la sangre el virus de mil males venenosos... Aquí hay que ser farsante y mentecato. Y los como tú, los tímidos, los modestos, los *zonzos*, que dicen nuestras muñecas, no

tienen más remedio que dejarse de amoríos ó esperar que á su amada, se la quite un *pije* á la moda y quedarse tristemente sin novia y todavía con la fama de haber sufrido calabazas.

— ¿Crees eso? — preguntó el periodista, grave y pálido.

— Estoy seguro.

— Entonces, ¡ni para qué luchar!; me quedo sin novia.

Y repitió su gesto de desolación, de infinito desamparo...

VI

En la vida ociosa y libre de nobles inquietudes de la señorita Peñabrava, tomaba visos de suma trascendencia la ansiedad con que esperaba la venida del domingo. El domingo para ella tenía un particular encanto. El paseo en el Prado y la retreta en la plaza de este día, las visitas que recibía, hasta el traje limpio ó nuevo con que se engalanaba, eran para ella un motivo de viva satisfacción. Los otros días de la semana, figurábansele de veras ordinarios é incapaces de reservarle una emoción engendradora de dulces recuerdos. El lunes, sobre todo, le era por demás odioso, y en cambio le gustaba el sábado por el simple hecho de ser víspera de domingo. En este día, desayunábase con el sol, ponía en orden su alcoba y luego, con gravedad de sacerdotisa que cumple sus sagrados ritos, se encerraba en su tocador y allí permanecía lo menos una hora, jabonándose, rizándose la cabellera, llenándose de polvos de arroz la cara, las manos, el escote, para salir al cabo de aquel tiempo fresca, coloreada, ágil, perfumada, de veras seductora. Á las diez se iba á la misa de moda de la Merced, y en la tarde, pasado el almuerzo, abría su balcón, llamaba á su madre, y en tanto que la señora hacía alguna labor de mano tendida en su sillón y con los pies envueltos en una colcha de vicuña, acodábase Elena en el

barandaje y pasaba las horas muertas viendo trajinar la gente endomingada, criticando sus vestidos y sus andares. Madre é hija conocían al dedillo los trajes de sus amigas ó conocidas. Cualquier acontecimiento de resonancia podía pasar inadvertido para ellas, menos el día que estrenaran algún vestido las mujeres distinguidas de la ciudad. Esto se les gravaba en la memoria con caracteres indestructibles; y ellas sólo eran quienes podían decidir si una persona hacía ó no componer sus ropas de baile y visita.....

Á eso de las tres venía á anunciar Clotilde que don Justo las esperaba en el comedor. Era la hora de la fruta. Comían á prisa lo que encontraban y volvían á su puesto de observación aun más animadas si cabe para seguir los andares y los gestos de las personas que visitaban su casa ó las vecinas, atentas á la maniobras de los *futrecitos*, que, en grupos, pasaban por la calle, de ordinario triste y silenciosa, diciendo galanterías ó haciendo la corte á las chicas del barrio, acodadas todas, como la Peñabrava, en sus balcones, también curiosas, intrigadas también. Caso de que pasasen algunos amigos de distinción, dirigíales Elena la palabra con pretexto de preguntarles las noticias del día, y concluía por insinuarles su visita. Y subían los pepitos haciéndose bromas en las escaleras, ó imitando la manera de hablar de doña Juana, mitad castellano, mitad aymara; le decían dos vulgares galanterías á la chica, reían de sus ingenuidades, apuraban la inevitable copa de cerveza y se iban á repetirla á otra casa. Y Elena volvía al balcón.

Y así pasaba los domingos la señorita Peñabrava, con los ojos fijos en el calendario, buscando anhelosa los días señalados para el descanso que produce el cansancio de no hacer nada; y con ella, poco más ó menos, todas las señoritas de la ciudad. Jamás ni un cambio, ni una variación... á no ser, de tiempo en tiempo, un bailecito en los salones

de alguna familia acomodada y que se le anuncia en todos los periódicos de la ciudad cual si fuese un verdadero acontecimiento; y cuatro veces por semana, jueves y domingos, tarde y mañana, las retretas en la plaza principal ó en el Prado con sus trozos de música conocida y su público casi invariable... Y luego, siempre lo mismo, domingo á domingo, año tras año, hasta los de veras grandes acontecimientos del matrimonio y de la muerte que vienen á romper ó á desviar en una curva la línea recta de esas vidas....

En la tarde de este tercer y último día de *alacitas*, clara y tibia, Carlota llegó con algún retardo á la casa de la señorita Peñabrava. Habían convenido las dos amigas en ir de buena hora á la popular y alegre fiesta, y como no aparecía la Quiroz, estaba furiosa la joven y se entretenía en seguir con envidiosos ojos el incesante desfile de la gente que, descendiendo de los barrios altos de la Recoleta y Coscochaca, se dirigía á la plaza principal luciendo sus más elegantes prendas. Llevaban las cholas mantas de lana blancas, cremas, rosas ó azules, redondos sombreritos de paja, altas polleras de felpa de vivos colores por debajo de las cuales se veía la curva de sus duras pantorrillas. Iban taconeando menudo metidas en sus lujosos zapatos calados y de altísimo tacón y haciendo balancear enormes zarcillos de perlas ó diamantes que lucían pendientes de las orejas. Al verlas moverse en grupo desde los balcones, parecía la calle animado jardín de enormes flores raras.....

Divirtiéndose estaba con ellas Elena, cuando vió venir á su amiga Carlota. Más que por sus andares, la reconoció por su vestido. Vestía Carlota deplorablemente de rojo, con sombrero rojo y las manos enfundadas en guantes blancos. Dióse á palmotear la Peñabrava con una alegría

impropia de su edad y muy satisfecha de que su amiga presentase traza estrafalaria y llevase un vestido ya bastante conocido poı todos. Probaba eso su mala situación pecuniaria y ella quisiera que todas sus amigas fuesen pobres para que no pudiesen igualarla en la riqueza de sus trajes...

— ¡Ay, buena! Creí que ya no vendıías. ¿Dónde has estado? — le gritó no bien hubo Carlota llegado á las lindes de su casa.

— Ande las Orondo. No me han dejado salir temprano... Bajáaa, te espero; ¿cómo está doña Juana?

Doña Juana se puso en pie y apareció en el balcón :

— ¿Por qué no sube usté, hija?

— No, señora; ya es tarde, — é hizo un gesto de displicencia. Doña Juana adivinó alguna contrariedad en la joven :

— ¿Qué le pasa? ¿Está usté enojada con nosotras?

— Nada, señora, tonterías... ¿por qué?... ¡Tonterías!

La curiosidad de la señora subió de punto :

— Suba usté no más. Le voy á convidar fruta.

Carlota, sonriendo, repitió su malhumorado gesto.

— Entonces, dispénseme. Voy á decir que se apure la Elena.

Corrió á la alcoba de la joven. Estaba Elena, como siembre, mirándose en el espejo. Sobre el mármol del tocador se veían botes de perfume á medio consumir, cajas abiertas de pomadas y cremas, lápices negros y rojos, tijeras para ondular los cabellos, espejitos de mano, pulidores de uñas y otros adminículos delicados y preciosos para cierta categoría de mujeres. Clotilde, de pie á su lado, la miraba componerse y de vez en cuando sonreía con malicia. Tenía en brazos la muchacha un elegante abrigo de seda plomo forrado en crema y era un contraste ver la cara

fresca y limpia de la sirvienta al lado del rostro un poco marchito de la patrona y lleno de polvos, pinturas y afeites...

Ayudó doña Juana á su hija á ponerse el sombrero y al tiempo de salir la dijo :

— Algo le ha pasado á la beata. De seguro que ha peleado con alguien. Si pudieras hacerte contar...

Descendió Elena á la calle, llenó de besos la cara de la amiga y cogiéndola por el brazo, le preguntó :

— ¿Qué te pasa, hija? Tienes cara de vinagre.

— ¡ Ay, nada, ampe ! Mi madre no quiere ¡ figúrate, ché ! que me divierta en Carnaval... Á veces, de veras, es un fastidio tener madre.

— ¡ Jesús, no digas eso ! — exclamó escandalizada Elena.

— ¡ Ay, hija; es que tú no la conoces !...

É hizo un mohín amargo y de viva contrariedad.

Cierto. La señorita Peñabrava no conocía sino de lejos á doña Josefa Quiroz, la madre de su mejor amiga.

Era una viejecita de labios blancos, nariz afilada, pálida y seca. Ocupó en un tiempo, por su nombre y su fortuna, excelente posición social; pero las culpables calaveradas del marido y sus propias magnificencias, dieron fin con la herencia de sus padres. Marido y mujer hacían una pareja muy igual : á ambos les gustaban las fiestas, la ostentación y el lujo; y si ella tiraba el dinero por su lado en trajes costosos y joyas y era despreocupada y manirrota, él, borrachín impenitente y jugador de marca, vivía entre amigos y mujeres de costumbres más que ligeras, sin que ninguno se preocupase en poner freno al capricho y pensase en asegurar el porvenir de Carlota, su única hija. Así vivieron quince años. Y en bailes, trajes, fiestas y mujeres, mermaron buena parte de la fortuna. El resto

se lo llevó el juego. Vino, sino la miseria, la estrechez. No pudo soportarla el marido; y una noche en que, de ebrio, perdiera una cantidad desmedida, al ver que no podía hacer frente á los compromisos en fatal hora contraidos, liquidó su deuda matándose con un tiro en la cabeza. Doña Josefa y su hija quedaron casi en la calle : logró, sin embargo, salvar la señora parte de sus joyas y un pequeño capital del que vivió algunos años aunque sin abandonar sus costumbres de lujo y fausto. Á Carlota la tenía siempre elegante, mimada y perezosa. Cuando se concluyeron los restos de lo salvado, se puso á trabajar. Estaba ya marchita y envejecida; y seguramente no viviera con el producto de sus labores si sus parientes no tomaran á su cuenta, unos, el pago del alquiler de la casa, y otros, el aprovisionamiento de la despensa. Y así vivía entonces.

La cólera de Carlota contra su madre en este día era grande. Organizaban sus amigas una comparsa para divertirse en las fiestas del Carnaval, ya cercanas, y la habían invitado á formar parte en ella; y como en casa no holgaba el dinero, había querido obligarla á su madre á vender el resto de sus joyas, á lo que la anciana se opuso terminantemente. Esas joyas representaban para doña Josefa el pan asegurado de la decrepitud. Tenía la triste convicción de que llegada á la completa decadencia, no habría una mano que se tendiese en su ayuda... ni aun la de su hija. Se lo dijo esta tarde, en toda franqueza :

— Ya me siento cansada. Si después de mi muerte queda algo, será tuyo. Ya los parientes se han aburrido en ayudarnos y no quiero morirme en un hospital...

Chilló Carlota, se hizo dar patatuses, se fué de palabras duras; pero la señora permaneció inflexible. Y entonces, refrenando los nervios y para no pegarla á su madre, había huído á lo de las Orondo y de allí venía.....

Llegaron á la calle del Comercio, hoy llena de gente bulliciosa y endomingada. En muchas puertas de casas había puestos de suertes instalados en los zaguanes. Enjambres de niños de diferente categoría social, sacaban de las ánforas los rollitos de papel, metíanselos en la boca para humedecerlos, y, con infinitas precauciones, los iban despegando poco á poco, interesados por probar fortuna. Á raros los favorecía ésta; escapaban los chicos con cariacontecidos rostros y no muy buen talante.

Al final de la calle tuvieron que detenerse un momento las amigas para dejar el paso á una ola de gente que salía de la plaza. Andaban por en medio del arroyo. Una parte de éste y las aceras, estaban ocupados por las vendedoras indias y cholas. Sentadas en el suelo desnudo, y tristes bajo las oscuras ropas, vendían las indias cerezas ó frutillas acondicionadas en pequeños hacecillos sobre cestos de mimbre oscuro ó de carrizo haciendo avecindar las frutas con quesos frescos, requesones, huevitos de aves, ajíes y *ulupicas* (ají silvestre). Las cholas, bajo toldos de tocuyo blanco, hacían el comercio de panes, tortas, bizcochos y otros comestibles de panadería.

En la plaza, la aglomeración era más apretada é incoherente. Sólo quedaban algo libres las calles transversales del parque. Después, en el arroyo, circundando las veredas del centro y las de los contornos, en la plataforma de la Catedral en construcción, en las calles adyacentes, en las bocacalles, se agitaba un mundo ávido de curiosidad y bullicioso. Había vendedores de toda especie de mercaderías en la plaza. Aquí, frente á la Catedral, sentaban sus reales las ferreteras y ponían á lucir al sol hachas, candados, picos, sierras, martillos, tenazas; pero todo construído en pequeño. Más allá, subiendo por la vereda de la calle Yanacocha, los alfareros exponían esos bonitos muñe-

cos de yeso que representan tipos populares y están hechos con una gracia verdaderamente original. En la otra vereda, paralela á la del Palacio presidencial, y bajo vitrinas elegantes, los joyeros exponían bellísimas y frágiles obras de arte cinceladas en plata y en las cuales aun perdura la habilidad heredada de los joyeros del viejo Potosí, cuando aquella metrópoli, floreciente y en auge, encerraba dentro sus muros diestros y portentosos artífices. Todo era de plata en esas vitrinas, de plata pura ó de oro : las mesitas, las sillas, los cubiertos, los adornos, hasta los pianos... En la otra vereda, en la del *Loreto*, bajo las arcadas de una casa ya demolida hoy y trocada por el nuevo Palacio legislativo, se daban cita las panaderas : en grandes cestos y canastos de mimbre y ramas, se veían los panecitos menudos, los bizcochos; sobre mesas cubiertas de telas blancas, había variada colección de dulces, plantillas, caramelos, suspiros, alfajores, empanadas, bizcochuelos suaves como espuma y espolvoreados de azúcar... Frente al Palacio presidencial, las fruteras expendían los primeros duraznos, y las uvas todavía fuera de sazón, las peras ordinarias, sandías, melones, *pacaes*, tunas, *lujmas*, higos, *paltas*; y todo bien acondicionado en los canastos, á excepción de la fruta ordinaria que se la pone, desdeñosamente, en el suelo, al alcance de las patas...

Mezclados en la muchedumbre y como reyes de la fiesta loca, los vendedores de *equekos*, gamines vivarachos y carisucios, iban de un lado para otro, lanzando al aire su chillido anunciador de la codiciada mercancía.....

Alacitas es aun la fiesta del equeko. Ese deforme muñeco de yeso, con el rostro envejecido é iluminado por una risa maliciosa ó estúpida, según el humor y la filosofía del artista anónimo, con las piernas cortas y regordetas, el vientre enorme cual si todo lo redujese en la vida

á comer, es el gnomo de las leyendas criollas. Comprar un equeko en alacitas y tenerlo en casa, es necesidad y preocupación dominante en las costumbres del pueblo. Generalmente se le adquiere desnudo tal como sale de manos del alfarero y se le viste poco á poco en el curso de la fiesta y á medida de la fortuna de cada cual. Piénsase que de los objetos de que se le provee al grotesco personaje, se ha de llenar la casa en el curso del año. Y así lo primero que se le procura es la ropa : sombrero, chaqueta, calzones, zapatos y unas enormes alforjas que se las cuelgan de los hombros. Luego de comestibles : se llenan las alforjas con panecillos, frutas, recado, cigarrillos y cestos de coca... Cada cual, al equipar á su muñeco, pone en él sus aspiraciones, resume sus deseos. Quien desea viajar durante el año, le compra monturas y arneses; quien tener dinero, llena con él las alforjas del equeko ó le compra objetos valiosos... Y así se les carga de todo lo que gusta ó pide el deseo, hasta hundirlos en una aglomeración incoherente de artículos...

Cargados de sus equekos, haciéndoles hablar y fumar, iban los paseantes esta tarde mezclados en confusión, poblando el espacio con gritos y alegres carcajadas... En los balcones de las casas se veían grupos de señoritas elegantes que se distraían con el ininterrumpido desfile. Y una alegría desesperada ponía en los rostros sonrisas de plácido bienestar.

Animando el espectáculo y dándole un carácter nacional, las bandas del ejército, congregadas en medio del parque, á la sombra y abrigo de los árboles recién vestidos con nuevo follaje, lanzaban al aire las bien templadas notas de sus divinos cobres, perdidas y ahogadas en la delirante alegría de la fiesta, hoy ya caduca...

Las amigas, tras esfuerzos desesperados, ganaron la

vereda del centro y se mezclaron entre la turba de los paseantes. Éstos, numerosos como jamás, iban y venían con paso lento y fatigado y, por esta sola vez, recorrían todas las veradas, sin tratar de amontonarse en una sola. De poco á esta parte, la gente de tono había adoptado la costumbre de no pasear sino en una sola cuadra y no había chiquilla decente que se atreviese á dar la vuelta completa de la plaza. Por cierto que tal costumbre debiera chocar á la señorita Peñabrava porque, refiriéndose á ella, dijo á su amiga :

— Así, como ahora, yo quisiera dar vueltas á la plaza en todas las retretas.

La Quiroz miró escandalizada á la joven :

— ¿Toda la vuelta? Estás loca, hija ¡ qué dirían !

Elena enrojeció :

— ¿Por qué? No se puede andar y le arrugan á una el vestido... ¿De veras fueron las Orondo quienes inventaron esa moda?

— Mentira; lo dicen por alabarse. Fuimos yo y las Montenegro, cuando regresaron de Europa. Primero no éramos sino las tres, después nos imitaron las Orondo y ahora pasean casi todas, hasta las medio pelo.

La señorita Peñabrava preguntó ingenuamente :

— Dime, hija, ¿á quiénes llaman medio pelo?

Carlota no repuso de pronto. La pregunta de su amiga la cogía de improviso y pues la respuesta se le figuraba envolver un grave problema social, se hacía indispensable meditarla un poco. Púsose seria, pensó algunos instantes y dijo :

— Las medio pelo son las... así como así.

La respuesta no satisfizo á Elena. Insistió :

— ¿Y quiénes son las así como así?

— Las desconocidas.

La Peñabrava creyó ver en la respuesta de Carlota una alusión á su familia. También se puso seria. Y entonces, entre las dos, hubo la más trascendental conversación que sustentaran en todo el tiempo de su brevísima amistad.

— Entonces todo extranjero es medio pelo.

— No; es gringo. Dios sabe de dónde vendrán los gringos.

La confusión de Elena subió de punto : las explicaciones de su amiga le parecían incompletas y tentó una pregunta arriesgada :

— Dime, pero esto en secreto : las Montenegro, ¿qué son?

— ¡Ay, hija, por Dios; vaya con tu pregunta! Es lo mejorcito que tenemos...

— ¡Hum! Mi primo Emilio me ha dicho... que su padre era un minero de Corocoro, que allí hizo fortuna, que vino á la ciudad, compró casas, fincas, dió banquetes, se pasó de un partido á otro y se hizo gente « bien ».

— ¡Qué malos son los hombres! Eso serían los padres... Yo las he presentado en muchos salones de mis amigas y desde entonces...

— Emilio me ha dicho...

— ¡Cállate, por Dios! Emilio es un farsante y dice todo lo que se le ocurre. Yo no le creo nada... Oí, ché, ¿está enamorado de alguien tu primo?

Elena miró de soslayo á su amiga :

— No sé; nunca me ha dicho nada.

— ¿Quisieras hacerme un favor?

— Los que gustes.

— Cuando vaya á tu casa, sácale á quien le va haciendo la corte... Quiero saber...

— ¡Pícara! Yo creo que te gusta Emilio.

— Como amigo, sí; pero nada más. Dicen que es muy *pololo*.

— Como todos los hombres. Carlos... (*Se arrepintió de llamarle así á su enamorado y corrigió precipitadamente*)... Ramírez es lo mismito.

— Ese es peor, se mete con las *cholas*. La otra noche lo he pescado persiguiendo á una.

Elena cambió de color.

— ¿De veras?

— Palabra, hija. Yo no sé por qué quieres á un hombre así.

— ¡No seas mala, Carlota! — suplicó Elena, avergonzada de que la amiga supiese tales cosas de su novio.

— ¡Mala! ¡Como si fuera ser mala decir la verdad! Te diré que tus *pololeos* con ese tipo te están haciendo mucho daño. Debes barrerlo con tiempo y... ¿Quieres que te cuente una cosa? Pues ayer me han dicho las Montenegro que si no estuvieron el otro día en tu *aptapi* fué porque no recibes sino medio pelos en tu casa. ¡Claro! ¿Quién ha de querer estar con ese Ramírez, ese Olaguibel, esas Encinas para que después te saluden en la calle y quieran colgarse de tu brazo en las retretas? ¡Ah, no! Con esas gentes, lejos. Si yo fuera tú y vinieran á mi casa, les pondría mala cara ó les haría decir que no estoy... ¿Qué dices?

Elena, avergonzada, repuso :

— No, yo no las quiero; es mi padre...

— ¿Y qué te importa tu padre?

Y luego, sin la sospecha siquiera de haber lastimado el sentimiento filial de su amiga y entusiasmada con el recuerdo de Luján cuyo saludo acababa de responder, añadió refiriéndose á éste :

— ¿Sabes que tu primo es un diablo? Tiene unas cosas... Pero todo se hace perdonar. ¡Figúrate, hija! La otra noche, en el baile de la Legación del Perú, tuvo el atrevi-

miento de decirme que sentía ganas de darme un beso. Tuve que ponerme seria, porque si no, lo hace.

— Y bien que te habría gustado.

— ¡ No seas loca ! Mi confesor me ha dicho que eso es un pecado.

— ¿Y tú te confiesas esas cosas? — preguntó Elena, asombrada de lo que oía.

— No... Fué una de mis amigas que me rogó...

— No es verdad. Seguramente Emilio... ¡ Sí, eso es ! La otra tarde, en Obrajes, le dijeron á Laurita que irían á buscar romaza y cuando volvió la chica, ya ustedes no estaban allí... Yo creo que ese día Emilio...

— Nadie juzga lo que por sí no pasa. Yo creo que ese día Ramírez...

Se miraron en los ojos, intensamente. Carlota juró :

— Por Dios, nada. Dios me castigue si miento. Y tú, ¿lo jurarías?

La señorita Peñabrava vaciló un instante, un pequeñísimo instante y también juró resueltamente :

— Tampoco yo : lo juro.

Y añadió en seguida como para consolarse del falso juramento :

— ¿Y qué? Nada de malo tiene eso, me parece. ¿Qué dices tú?

Carlota repuso con toda naturalidad :

— ¡ Ya lo creo !

Se habían mezclado á la muchedumbre y andaban lentamente, con paso menudo y respondiendo á los saludos que á cada instante les dirigían hombres y mujeres. Éstas se volvían para admirar el abrigo de Elena el cual chocaba un poco con su sombrero de paja de Italia, florecido de rosas y espigas doradas.

— ¿Con que de veras te han dicho eso las Montenegro?

— preguntó la joven inquieta con la noticia de Carlota. Recién se hacía pesar de haber invitado á las Encinas que la privaron de la vanidosa satisfacción de tenerlas en casa á sus rumbosas amigas.

— No miento, hija. ¡ Pero cuidado con decirles nunca nada ! Son muy llevadas de cuentos y serían capaces de enojarse conmigo.

Elena, que desde hacía algunos momentos creía escuchar á su espalda la voz de Rodríguez, dijo bajo, á Carlota :

— Mirá con disimulo quienes nos siguen.

Carlota, con pretexto de recogerse el vestido, volvió la cabeza y vió que, en efecto, Juanito Pérez y Andrés Rodríguez venían tras sus pasos. Lucían, al igual de los otros, sombreros de copa y en las solapas de las levitas, grandes claveles rojos. Rodríguez, más elegante que el poeta, iba enguantado de blanco y fumaba un cigarro exageradamente gordo; y los dos, el poeta y el candidato, andaban cogidos del brazo, orondos, satisfechos de que los paseantes, al mirarlos, les hiciesen signos amistosos que ellos respondían haciendo voltear graciosamente los lucientes *tarros*.

La señorita Peñabrava experimentó el vehemente deseo de ser acompañada por ellos en esta tarde. La solemnidad del día, la serenidad del cielo, rara para la estación, habían llevado á la plaza un mundo de gente distinguida y elegante. Allí, entre la turba, acompañado del prefecto que fulgía bajo los auríferos adornos de su uniforme de general y metido en un grueso levitón de paño gris, estaba don Justo Aranda y la melosa sonrisa que le levantaba el labio sombreado por tenue bigotillo era más amable que nunca; estaban las Montenegro y parecían gozosas de ir escoltadas por los secretarios de las legaciones de Chile y el Brasil: vestían trajes del mismo color aunque de diferente

hechura; estaban las Orondo y las seguían, como siempre, Guilarte y el músico Barrientos; estaban las Encinas pero no las miró Elena ni aun para ver los vestidos que llevaban, lo que en ella era el colmo del desdén. También vió, paseando con otros amigos, á Luján y Ramírez. Se hizo la distraída. Serían capaces de aproximársele y ella quería evitar su encuentro. Ahora sólo deseaba que la acompañasen aquellos. Así suscitaría la envidia de muchos y nada le parecía tan digno de una persona decente como el despertar envidia en los demás.

Andrés Rodríguez y su amigo el poeta abordaron á las jóvenes con harto contentamiento de Elena :

— Oiga, Carlota : acaban de preguntarme por usted las Orondo y dicen que no se olvide de ir esta noche á su casa.

La Quiroz, gozosa de que hubiese sido á ella á quien primero se dirigiese el candidato, repuso sonriente y señalando con un gesto á la amiga :

— No he de poder, Andrés; estoy con ésta y tengo compromiso de traerla á la noche.

— La señorita puede venir con usted, — intervino el poeta. Carlota, alarmada de que los jóvenes quisiesen animar á Elena á entrar en la comparsa de sus linajudas amigas, repuso con viveza :

— ¡ Imposible ! No quedrían sus padres...

— ¡ ¡ Buenas tardes ! ! — y Rodríguez, fingiendo voz mujeril, se quitó el flamante sombrero con una gran reverencia cómica.

— ¡ Jesús ! Casi se cae usté. ¿Quiénes son? — y la Quiroz volvió vivamente la cabeza para ver á las personas que tal saludo le merecían á su amigo.

— Las *taca-taca*.

Carlota hizo un gesto desdeñoso :

— ¡ Ah, las taca-taca ! ¿Por qué las llama así?

Pérez, diestro en estas historias, ilustró :

— Es por su manera de andar. Los loros, cuando andan, menean la cola de derecha á izquierda. Fíjense en las Pérez, — pueden decir de ellas lo que gusten, no son nada de mí, — y verán que andan como los loros...

— ¡ Jesús ! ¡ qué malo es usté con sus tocayas ! — dijo Elena con aire risueño.

— Yo, no, señorita; los otros. Digo lo que sé... ¿Con que la vemos esta noche allá, Carlota?

— Creo que nó : no tengo quien me acompañe.

— Por lo pronto, me ofrezco...

— Gracias; pero ya les he dicho que tengo que traerla á ésta...

Elena, fastidiada por la displicencia con que la trataba su amiga, y adivinando que no quería llevarla á casa de las Orondo, intervino secamente :

— Por mí, no te prives; yo puede venir con...

Iba á decir « con las Pérez » que eran sus vecinas, más después de lo oído, tuvo vergüenza mentarlas y agregó :

—... Con cualquiera, ó no venir.

— ¡ Ah, no ! — protestó Rodríguez, — usted tiene que venir, señorita y ser de los nuestros. Seguramente le habrá dicho Carlota que estamos organizando una comparsa para el Carnaval y contamos con usted.

— No, no me ha dicho nada, — contestó Elena mirando á su amiga con rencor. Entonces ésta, huyendo la mirada, explicó :

— Como les he oído decir á tus padres que se irían para el Carnaval á Obrajes me ha parecido inútil...

— ¿Á Obrajes? ¡ Eso sí que no permitimos los amigos ! Usted no se nos deserta; la vamos á arraigar.

Volvió á quitarse el sombrero como la primera vez y á saludar con igual énfasis.

— ¿Otras cursis? — interrogó Elena, dichosa por lo que acababa de oir y deseando manifestar ante los jóvenes sus prejuicios de clase.

— Las « viernes santo ».

— ¡ Qué nombre ! ¿Por qué las llaman así?

Ahora fué Rodríguez quien ilustró :

— Porque tienen la costumbre de concurrir á todos los entierros de la gente distinguida sin estar invitadas...

— ¿Quieren sentarse? Allí veo un banco libre, — propuso Carlota con gesto de malhumor al ver que los elegantes jóvenes descubrieran á Elena sus planes carnavalescos cuando ella había puesto en juego toda su habilidad para ocultárselos. Aceptaron los otros y ganaron al banco vacío. Y, ya sentados, insistió Rodríguez :

— Ya usted sabe, señorita Elena, que no la dejamos irse á Obrajes. En nuestra comparsa somos pocos, pero escogidos. Están las Orondo, las Montenegro, las...

Oía Elena las palabras del candidato con purísima emoción de alegría y no alcanzó á ver en que dos veces habían pasado por su delante las señoritas Montenegro, mirándola con gesto desdeñoso y diciendo frases en voz baja á sus amigos diplomáticos. Tampoco vió, por cierto, á Ramírez. Estaba apoyado contra la verja del jardín, solo, y no le quitaba los ojos de encima. Se lo hizo notar Rodríguez, con ademán burlesco :

— Ahí tienen un tipo que desde hace rato nos sigue como sombra. ¡ Qué cursi !... Tiene trazas de...

Se detuvo fingiendo un gesto como el que de sopetón se da cuenta de una torpeza. Y añadió mirando en los ojos á la Peñabrava y poniendo más intención en su sonrisa sardónica :

— Pero creo, señorita, que no debo decir nada de él en su delante. Me han asegurado que es su muy amigo...

— Algo más que amigo, querido; dicen que es su novia; — añadió Pérez.

Elena, roja de vergüenza, habría sido capaz de pegarlo en ese instante á Ramírez.

— Yo no tengo novio; algunas veces va á casa á ver á papá... Yo apenas lo conozco, — dijo como disculpándose y sin atreverse á mirar á la Quiroz que había abierto desmesuradamente los ojos cual si la falsa afirmación de su amiga le causase enorme estupor.

— Me alegro, señorita. Aquí la gente es mala y dice lo que se le ocurre. Yo nunca he creído que fuese su novio. Es un tipo muy antipático, de mala conducta y... Yo no lo conozco pero creo que usted merece mucho más que eso...

V

— ¿Saben que comienza á hacerse pesado esto? — y Ramírez, arrancándose el negro antifaz de seda, respiró con delicia el purísimo aire de la noche, profundamente voluptuosa.

Había llovido casi toda la semana anterior y en el ambiente, húmedo todavía, vagaban efluvios primaverales : arriba, fulgían intensamente las estrellas sobre el fondo aterciopelado del cielo, y como sólo allí, bajo el trópico, en la altura de los yermos, saben brillar.

— Sí, hombre; y si hasta dentro de media hora no encontramos donde beber una copa, nos vamos á casa : tengo allí algunas botellas de cerveza.

— ¡ Qué gente tan estúpida, por Dios ! Lo peor es que á esto llama divertirse ! — dijo señalando á los máscaras que, por grupos, iban y venían rompiendo con sus gritos y cantos incoherentes, tristes ó licenciosos, el pesado sopor de la urbe, cuyas calles sinuosas, perdían sus líneas en la sombra. Marchaban los máscaras sudorosos, fatigados, hambrientos. Cinco horas llevaban de recorrer la ciudad de un extremo á otro y eran pocas las casas donde se bailaba. Además, todo el día se lo pasaron sosteniendo encarnizados combates con las chicas instaladas en los balcones arrojando cartuchos de harina, cascarones llenos de agua

teñida, serpentinas, cohetillos y llevaban muertos los brazos y flojos los nervios.

— No hay que ponerse de malhumor. Ya te dije yo que no la encontrarías á Elena en ningún baile. El padre ha consentido que se divierta de día y esto para que la vean acompañada de las Montenegro y su grupo; pero no cejó al permitir que se disfrace de noche... Por lo demás, tú mismo te has empeñado...

— ¡ Sí, yo; pero ya estoy harto de tanta estupidez y no quiero más... ! ¿Entiendes?

El tono áspero de Ramírez chocó á Luján; y ya respondería con alguna viveza si en ese instante Arturo Olaguibel no interrumpiese su altercado, gritando con acento jubiloso :

— ¡ Allá hay un baile !...

Y echó á correr Arturo como si hubiese de librarse de un inminente peligro, pues para el desventurado novio, hecho á las gatunas caricias de las apetecidas *cholitas*, las eternas discusiones de sus amigos, eternamente encontrados, le causaban vértigos y cada día se afirmaba más en él la convicción de intimar con otros seres de su temperamento, que le comprendan mejor y no le echen en cara, como lo hacían aquellos, su inglés aprendido á costa de tan grandes é inauditos esfuerzos. Ese tono dogmático y convencido de sus discusiones ya le había llegado á exasperar, francamente. Bueno que de vez en cuando, por casualidad, se discuta sobre un punto; pero ¡ qué demonio ! que no se convierta la vida en continua pelea olvidando que hay chicas á quienes enamoriscar, botellas que vaciar y rincones discretos donde agitar las piernas en el noble ejercicio de la danza. Razón tenía su amiga la *Chuncha* al no invitarles á sus fiestas campestres, honradas por lo mejorcito del popular barrio de Chocata. Bailábase en ellas con

brío y concluían con lógico remate de amoríos instantáneos y pecaminosos abrazos... Mas, felizmente para él, ya tocaba á su fin ese largo martirio de escuchar sin poder hablar. ¡Se casaba! Se casaba; y de casado haría lo que hasta entonces no se lo habían consentido los amigos : dominaría intelectualmente á su mujer; le impondría la obligación de escuchar sus frases en inglés y ¡qué caramba! le haría admirar su verbo desbordante...

En lo hondo de la calle, lejos, una luz amarillenta rasgaba la espesura de las tinieblas atrayendo á los máscaras que vagabundeaban por la dormida urbe. De lejos se escuchaban las notas de un pianito destemplado.

Corrieron los amigos en pos de Olaguibel y llegaron á la casa. La puerta estaba atrancada por dentro y delante, haciendo grupo, había como unos veinte encaretados. Habían pasado como una hora golpeando puertas y ventanas, y como nadie les hiciese caso, discurrían el medio de entrar á la casa. Resolvieron recurrir al único empleado en esos casos: escalar los balcones. Los más fuertes ó los menos ebrios, formaron un pelotón nutrido y suspendieron sobre sus hombros á un fúnebre nazareno y á dos diablos, uno de los cuales, acaso por tal, consiguió asirse del balcón é instalarse en él. Luego ayudó á subir al otro diablo y al nazareno y los tres, quebrando un cristal de la ventana, corrieron los picaportes y desaparecieron en la media sombra de la habitación contigua á la en que se bailaba y de la que venían los gemidores compases del valsecito *Sobre las olas*, torpemente ejecutado. Notóse en el salón un laberinto indescriptible. Calló el piano bruscamente y se oyó la voz irritada de un hombre. Reprochaba á los asaltantes su impavidez y les hacía cargos por el vidrio roto...

En esto abrióse la puerta de la calle y los máscaras, lanzando tremendos alaridos de gozo, corrieron á las escaleras

apenas alumbradas por una lamparita de petróleo que en lo alto del tumbado se moría, y penetraron al salón en medio de un barullo estupendo : les había enervado la larga espera y estaban furiosos, indignados.

Era reducido el salón y de tumbado bajo. Lo alumbraban dos lámparas de petróleo colocadas sobre dos mesas laterales y una araña central. Los prismas de ésta, demasiado caídos, chocaban con las cabezas de los danzantes que para evitarlos tenían que inclinar el cuerpo al pasar por debajo. Dos inmensas y deslucidas oleografías reproduciendo paisajes de Ruisdael y elegantemente enmarcadas, hacían *vis* con dos espejos pobres en azogue y de marco deslucido. Los cortinajes cremas, renegridos y arrugados, chillaban en el rojo punzó del papel que cubría los desiguales muros. La alfombra, puesta del revés como era costumbre hacerlo en los tiempos en que se jugaba con harina en el Carnaval, para preservarla de las manchas, estaba cubierta de polvo que se levantaba sutil espesando aun más ese ambiente impregnado con el vaho de aguas baratas, flores marchitas y sudores de sobacos.

Algunas chiquillas con la cabeza y el rostro blanqueados por los polvos, yacían sentadas muy serias, en fila, con los brazos cruzados sobre el pecho, en postura santurrona. Parecían enojadas por la irrupción de los mascaritas pero en realidad suspiraban de contento : hasta esa hora de la noche habían bailado con los invitados del anfitrión, casi todos viejos, casados y sin gran influencia social. Se comunicaban al oído sus impresiones, comentaban los disfraces de los intrusos creyendo reconocer por ellos á muchos jóvenes distinguidos de la ciudad, mentaban sus nombres con coquetería, riendo por las bromas que les daban aquellos. Muchos las hablaban de

tú, les obsequiaban vulgares galanterías y aun se permitían acariciarles el mentón.

Aquí, á la dudosa claridad de las arañas, eran en extremo curiosos los trajes de los máscaras, sucios, rotosos, arrugados, remendados. Los más eran de percal, había otros de cotense y algunos, pocos, de seda; casi todos representaban nazarenos y daba grima los colores de que estaban compuestos : negro con oro, verde con blanco, morado con rosa. Aquello parecía más un grupo de mendigos atacados de la manía de los colores, y no un baile de máscaras.

Un diablo verde y deslucido, de cuernos rematados en cascabeles y caídos melancólicamente sobre la estrecha frente, sentóse al piano obedeciendo á la seña de un turco y comenzó á preludiar la introducción de *Al pie del Misti*, vals muy en moda por entonces, tristón, gimiento, melopeíco; los nazarenos se lanzaron en tropel á sacar parejas, pero las chiquillas, ya instruídas por el anfitrión, se negaron á aceptar el brazo repitiendo con cómica seriedad y como una bandada de papayagos : ¡ garantías ! ¡ garantías ! Se había empeñado el anfitrión en no permitir que se bailase en su casa mientras no comprobasen los intrusos su bien linajudo abolengo. Lo dijo rotundamente en un espiche improvisado y con una gravedad de juez cumplidor de sus deberes :

— Señores mascaritas : esta es una fiesta privada y... ¡ qué caramba !... aquí nadies baila mientras no haiga uno que los garantice... ¡ Claro !

— ¡ Somos conocidos, ché ! — chilló alguien, poniendo femenil acento en su voz.

— ¿Y á ti quién te garantiza? — chilló otro, desde el medio de un grupo formado á la entrada del salón.

El exigente dueño montó en cólera :

— Estoy en mi casa y no tolero bromas. Ustedes se han metido por la ventana y si no se descubren ó no hay uno que los garantice, nadies baila. ¡Qué caramba, no faltaba más!...

Entre los máscaras hubo un conciliábulo; y un diablo rojo, cuya capilla acribillada de lentejuelas brillaba como ascua á la dudosa luz de las lámparas, se le acercó al iracundo propietario y le dijo algunas palabras al oído. El anfitrión, riendo complacido, estrechó la enguantada mano del diablo y sentenció :

— Señores : este mascarita y sus cuatro amigos están garantizados, pero no responde por los demás; si alguno...

Se hizo un segundo conciliábulo entre los asaltantes posesionados de la puerta; y no debieran sentirse capaces de abono, porque se salieron profiriendo mil amenazas é insultos contra el exigente dueño. Aun quedaron tres.

— ¿Y ustedes, mascaritas? Si alguno tiene la bondad...

Un fúnebre nazareno se separó del reducido grupo é hizo una seña al propietario. Acercáronse los dos á una esquina y el nazareno hizo ver su rostro :

— Soy yo.

— ¡Caramba, don Emilio! ¡Cuánto me alegro de verlo en mi casa! Si hubiese adivinado...

— Entonces...

— ¡Ya lo creo, no faltaba más! Usted y sus amigos están en su casa... ¿Quieren ustedes aceptarme una copa de cerveza?

Y, gozoso, se dirigió á sus invitados :

— Señoras y señoritas : estos caballeros son mis amigos y pertenecen á la buena sociedad. (*Con énfasis.*) ¡Yo respondo por ellos!

Sonrieron dentro sus caretas los disfrazados escuchando al cándido anfitrión y las miradas de las muchachas á los

trajes de los intrusos se hicieron más inquisidores, cundiendo en ellas el deseo de conocer á sus dueños. El diablo verde y deslucido, que durante el ceremonial no se había levantado de la banqueta del piano, á otra seña del turco, volvió á preludiar *Al pie del Misti*. Parecía ser su fuerte y los máscaras se apresuraron en sacar parejas.

Luján corrió á lo de sus amigos y los presentó al anfitrión con frase ambigua. No recordaba su nombre y sólo sabía que era un político de bajo vuelo :

— Amigos : nuestro futuro diputado quiere tener la honra de beber una copa con ustedes.

El dueño, hinchado de orgullo por la presentación, cogió los brazos de Luján y Olaguibel, é invitando á Ramírez, se los llevó á la habitación por donde habían penetrado los asaltantes, alcoba de ordinario y convertida ahora en repostero. Quedaba todavía en un ángulo un lecho tendido sobre el que los invitados habían amontonado sus abrigos, en horrenda mezcolanza; y veíase en el otro, una gran mesa cubierta con un tapete de hule rojo con cuadros negros y sobre ella algunos azafates con copas de cerveza á medio servir; al pie de la mesa, estaba un balde de agua. Un indio enjuagaba en ella las copas vacías y otro rellenaba las que un tercero metía de la sala...

Allí, y á instancias del anfitrión, depojáronse los amigos de las caretas y apenas aquel hubo reconocido á Ramírez, aproximóse al mozo, le dió un apretado abrazo, se puso á sus órdenes y le ofreció su casa :

— Yo soy admirador de usted, mi amigo. Usted es el único escritor que se atreve á decir la verdad á este gobierno corrompido...

Se deshizo en improperios, lanzó pestes y maldiciones contra los hombres que en el día mandaban, señaló iniquidades. Ferviente y humilde partidario del gobierno

actual en sus comienzos, habíase convertido en tremendo adversario desde el día en que aquel le negara la suprefectura de una provincia donde pensaba hacerse elegir diputado y en la que tenía extensas propiedades incultivadas. Al hablar, iba renovando su copa y las de sus amigos que bebían con voracidad desconcertante :

— Sí, mi amigo, don Carlos; el gobierno es un ladrón y puedo darle las pruebas. Una vez...

— Excelente su cerveza, mi amigo. ¿Quiere usted permitirme que vaya á dar dos vueltas?...

— Una vez... ¿Dos vueltas?... ¡Las que guste, mi don Carlos! Está usted en su casa. Sólo sí — y esto *inter nos* — no se pierda más tarde. Tenemos una regular cenita y vamos á tomarla los amigos de confianza.

Ramírez, dejando á los suyos entre las garras del complaciente dueño, fué á tumbarse en una butaca del salón y se distrajo viendo bailar.

Las parejas se movían lentamente al compás del gimiento vals. El pianista, harto de sueño y de alcohol, había inclinado la cabeza sobre el pecho y cual si estuviese movido por un resorte, tocaba y tocaba sin interrupción, monótonamente. Sus dedos se movían en un solo sitio del teclado produciendo la misma combinación tristona, el mismo compás; y aquello resultaba monótono como el tinteneo de una esquila, inenarrablemente triste. Nadie hacía caso, empero, de la música. La cuestión era bailar y como el espacio era muy reducido, las parejas se refregaban unas á otras, dando saltitos en un mismo sitio. Iban los disfrazados con la boca pegada á los oídos de sus parejas y brillando los ojos detrás de las caretas mojadas por el sudor. Las muchachas, sudorosas, agitadas, sentían correr por los nervios extraños efluvios : seis horas de dar saltitos en un espacio reducido, de pasar de unos brazos á

otros, de oir las mismas cosas, les había puesto fuego en las venas y se movían presas de irresistible anhelo de estrecharse á sus parejas, sentir en el talle la nerviosa presión de brazos acariciadores... La atmósfera se espesaba aun más de ese aroma enloquecedor de esencias baratas y emanaciones de cuerpos descuidados; y pesaba densa en ese reducido espacio, hasta provocar vértigos. Entre los máscaras que no bailaban, unos, aglomerados en la puerta del salón, fumaban cigarrillos, con las caretas vueltas sobre la cabeza: otros, exasperados por el deseo de beber, merodeaban en busca de un refresco y algunos, cansados, partidos, dormían sobre las butacas, con los brazos cruzados, las piernas tendidas y las caras caídas sobre el pecho. Afuera, en la calle, aullaba otra turba descargando horrendos golpes sobre la puerta que crujía amenazando venir abajo.

Ramírez, sin saber por qué, se lanzó á sacar pareja. Acababa de entrar al salón Carlota Quiroz viniendo de las habitaciones interiores y le invadieron deseos de hacerla pasar un mal rato con bromas pesadas referentes á cosas que él sabía; mas cuando la vió colgada de su brazo, no supo de qué manera comenzar la charla. Tenía vergüenza de sí mismo, de su traza ridícula, del color chillón de su disfraz y se sentía tímido como nunca. Se le figuraba que todos le conocían y estaban pendientes de sus labios. Carlota, de natural despejada, viendo á su pareja sumida en pertinaz silencio, le abordó segura de habérselas con algún cursi de esos: bastaba mirar su disfraz nuevo para convencerse de que no era de su clase ese tipo, no siendo costumbre en la gente « bien » usar disfraces nuevos y elegantes:

— ¿Es que ha bailado usté mucho, mascarita? Parece que está cansado.

Se asustó Ramírez : supuso que si le hablaba Carlota, era porque lo había reconocido. Repuso dando á su voz tinte cavernoso :

— ¡ Mucho !

— ¿Y en dónde hay bailes?

— En todas partes...

Un silencio. Carlota paseó los ojos por el disfraz de su pareja é hizo un gesto grave. Decididamente ese tipo no era decente : había que obligarle á descubrirse; eso de bailar con cualquiera en estas noches en que todos se disfrazan para cometer desvergüenzas... ¡ hum ! Ramírez temblaha y para no despertar sospechas, enlazó el talle de la joven, y, cual una peonza, púsose á dar vueltas pero con tan poca destreza que en un segundo dió tres ó cuatro codazos á sus vecinos y aplastó las piernas de un salvaje que dormía apaciblemente. Carlota, sorprendida, se dejaba arrastrar por el vigoroso brazo del mozo, sin fuerzas para detenerse. Un furibundo pisotón del alocado mascarita, le hizo pararse casi de golpe. Y con voz seca, nerviosa, convencida ya del plebeyuno abolengo de la pareja, le dijo :

— ¡Qué desgracia que me haiga tocado bailar con una pareja muda y que no sepa bailar ! ¿Cuántos calza usté?

Sintió la resentida temblar el brazo de su caballero y la voz cavernosa resonó en sus oídos, baja, entrecortada :

— No se queje : quien mucho habla, yerra mucho.

Carlota, miró ostensiblemente los zapatos de su interlocutor. Ese tipo no era lo que había pensado : un cholo no tiene ese lenguaje ni calza como estaba calzado el nazareno. Seguramente era alguno de sus amigos : acaso Guilarte que quería darle una broma y... Pero no; Guilarte, Pérez, Rodríguez ó cualquiera de los suyos sabían bailar en tanto que éste... Tentaría la última prueba, la decisiva :

— Diga, mascarita, ¿quedría usté tomar conmigo un vasito de cerveza?

— Con usted tomaría veneno.

— ¡Jesús! yo no quiero morirme. ¿Me aborrece usté?

— La amo.

— Esa es una declaración : cuidado que le tome la palabra...

Se detuvo. Al pasar por delante de una de las ventanas que alguien, exasperado por la pesadez del ambiente, se había tomado el trabajo de abrir, un purísimo soplo de aire fresco venido de la calle habíale levantado el volante del antifaz y descubierto un mentón y el perfil de una nariz que ella conocía. Además, la voz, esa voz... ¿Sería posible? Pudiera : ella sabía que *él* no bailaba : *ella* se lo había dicho varias veces... Se le vino una idea : ya vería.

—... Sería triste porque no quisiera causarle mal á una personita que yo conozco y que vive por San Sebastián...

Segundo estremecimiento en el brazo del máscara, ahora harto visible y sonrisa maliciosa y triunfante en los labios de Carlota. La voz cavernosa se hizo oir más honda que nunca :

— No sé lo que usted quiere decir.

— Yo sí. ¡Lo conozco!

— ¿Quién soy?

— Alguien que anda detrás de esa personita de la plazuela. Lástima que no esté aquí para su contento.

— Yo soy feliz á su lado.

— ¿De veras? No creo; yo sé que usté me odia.

— ¿Entonces usted sabe quién soy?

— Me parece; y para que lo vea, le voy á dar un consejo : no la persiga más á esa personita. Los padres no lo quieren.

Repentina cólera encendió el ánimo de Ramírez. Repuso hosco y sin fingir la voz :

— Pero ella, sí.

— Tampoco.

Se detuvo y miró á su pareja. Encendida, grave, sonreía triunfante, con sonrisa infinitamente cruel. En la expresión de su rostro había algo de piedad, de orgullo, de altivez insultate y victoriosa.

Al pie del Misti seguía sonando. Dormitaba ahora el pianista sobre el instrumento y sus dedos ya no caían sino sobre dos teclas solamente, formando dos compases eternos, invariables. Aquello se hacía desesperante, lúgubre. Los bailarines, casi enlazados, seguían dando saltitos menudos. Algunos máscaras ebrios fumaban ya dentro del salón y arrojaban el humo de sus cigarros al rostro de los bailarines, con aire provocativo : estaban desesperados de no encontrar dónde apagar su sed. Fuera, en la calle, la segunda tropa de disfrazados, aullaba hasta el delirio y sus golpes resonaban potentes en la calle desierta y oscura. Otro grupo de acróbatas intentaba escalar las ventanas.

— Sí, señor, no lo quiere, — insinuó, falaz, Carlota. — Si ella le ha dicho otra cosa es porque... ¿cómo diré?... es porque le tiene miedo. Cree que sería usté capaz de suicidarse...

Ramírez rompió en nerviosa carcajada; y fingiendo perfecta tranquilidad, dijo á la joven con risueño acento y conduciéndola á un diván :

— ¿Suicidarme? Sería el colmo del... amor. No, que no crea esto Elena y luego á usted, su mejor amiga y consejera (*Ramírez acentuó la palabra*) me haga el obsequio de decirla que ella es libre y que yo veré siempre con alegría su bienestar. (*Y señalando el diván, con gesto elegante.*) La noto agitada y querrá usted descansar, seguramente. Gra-

cias entonces, señorita, por el servicio y perdone el pisotón. Ya usted sabe que no sé bailar...

La hizo sentar junto á una viejecita que dormitaba de cansancio y fué en busca de sus amigos. Luján le interrogó :

— Has hablado tendido con Carlota y tenía cara de enterrar muertos. ¿Alguna otra perrada?

— Al contrario : hemos quedado amigos... ¿Sabes que se me pega la lengua al paladar? Como Cristo, te pido de beber, Judío.

— Caes á pelo. Nuestro anfitrión me ha hecho ver el comedor. ¡ Admirable, chico ! Vino, cerveza, helados, pollos, picana, jaleas, frutas, confites, champaña... Tiene intenciones de tratarnos como á príncipes. Está enamorado de ti y querría le eches un discurso llamándole insigne : se llama Darío, Darío no sé cuántos... Pero ahora hazte el del angosto; viene nuestro hombre... ¡ Ole, don Darío ! ¡ Aquí lo tiene usted á nuestro periodista....

Don Darío, gozoso, se prendió de Ramírez y llamando á sus compañeros, se los llevó al comedor.

Estaba profusamente alumbrado por cuatro lámparas y en los aparadores se veía azafates con galletas, dulces, pasteles y otros comestibles apetitosos.

Ofreciòles don Darío una copa de cerveza y soltó la lengua en ansia incontenible de hablar. Á Ramírez le aseguró que estaba suscrito á *La Lucha* nada más que por leer sus « vibrantes y luminosos artículos », pues él era enemigo declarado de las camarillas, del desbarajuste administrativo y de la rutina política...

— El país lo que necesita es... ¡ caramba !... que lo remuevan, que lo revuelquen. La patria, amigo don Carlos..... la patria, ¿sabe usté? es lo más querido del hombre. ¿Dónde hay en Bolivia una ciudad como La Paz? Los paceños somos... ¡ caramba !... ¿Qué prefiere usté después,

don Carlos? Diga con confianza : aquí hay champán, coñac, duraznillo fino... La patria...

Un alarido tremendo y vibrante retuvo al orador con el dedo levantado á la altura de los ojos y la copa tendida en actitud brindadora. Venía del patio y oíase el tropel tumultuoso de una horda que subía las escaleras.

— ¿Qué hay?

Nadie repuso. La puerta se abrió con estrépito y entraron en el comedor unos veinte ó más encaretados gesticulando como locos, chillando, pateando. Al distinguir á los amigos, dos ó tres se dirigieron á ellos y con voz de falsete les dieron bromas :

— ¿Qué estás haciendo aquí, sabio?

— ¿Y dónde la has dejado á tu gringa, Lujancito?

— ¿Y tu novia, gordito? Cuidado con los cuernos.

— ¿Es que nos convidas, Darío? ¡ á tu salud !

Y comenzaron á beber de las copas servidas de cerveza, sedientos, hidrópicos, con ansias, hasta con cólera. Algunos cogían dos copas y mientras consumían la una ocultaban la otra bajo la capilla del dominó ó detrás la espalda. Otros, más prácticos, hacían desaparecer las botellas en el amplio capuchón de las mangas y pegados á la mesa, se soliviantaban las faldas de los disfraces y, á puñados, se metían galletas y confites al bolsillo, en descarado asalto.

Al ruido de la invasión y presintiendo un escándalo, acudieron desoladas al comedor la señora de don Darío y una de las hijas y viendo el saqueo, protestaron corajudas :

— ¡ Por Dios ! ¡ Esta es una banda de saqueadores !

— ¡ Qué se calle esa momia ! — gritó uno de ellos, con voz ronca.

La señora, roja de indignación, repuso con viveza :

— ¡ No; de bandidos !

Fué el diluvio. Abalanzáronse los ébrios al aparador y

derribaron con gran estruendo los servicios de copas que había encima, esparcieron las flores de la mesa, desgarraron las cortinas... ¿Bandidos? ¡Pues toma, bruta, para que sepas tratar á la gente!

Ramírez y sus amigos y dos ó tres invitados, probaron detener el furor de la turba; y allí mismo, casi sobre las mesas, entablóse briosos combate á puñetazo limpio. Las mujeres, espantadas por el ruido de la pelea, gritaban pidiendo socorro. Don Darío, despertado de su estupor, huyó en busca — dijo — de un revólver; y entonces los asaltantes emprendieron la fuga echando al suelo lo que podían encontrar de frágil, tumbando las sillas, atropellándose. Al bajar en tropel las gradas, arrancaban las flores de las macetas escalonadas á lo largo del barandaje de la escalera, las arrojaban con furia al suelo. Muchos, armados de golletes rotos, gravaban inscripciones groseras en la pared contra el dueño de la casa á cuya simple amenaza corrían. Y una vez en el patio oscuro, unánimes desatáronse en sandeces contra don Darío y sus hijas, mas al verlo aparecer á éste en el corredor y oir el tiro que al aire disparara, corrieron miedosos á la calle donde se diseminaron por grupos y se perdieron en la sombra, comentando con gozosas carcajadas la fechoría.

Ramírez, Luján y Olaguibel, maltrechos, tristes, emprendieron camino de su casa. Andaban mudos, con el alma vibrando de dolor. Llevaban rotos los disfraces y acardenalados los rostros.

— Inicuo, espantoso. Esto no debe pasar en ninguna parte, ni aun entre los bárbaros... ¡Qué asco, por Dios!

Olaguibel, hacía repicar los cascabeles de su bonete de estudiante salamanquino aunque sin participar de la indignación de su compañero. Estaba acostumbrado á esas escenas y muchas veces había participado de ellas. ¿Por

qué tomar las cosas á lo trágico? Una bromita, algo pesada, cierto, pero que se ve en estas noches del Carnaval, muy á menudo. De lo que sí sentía y muy de veras, era de no haber podido darse un atracón de las sabrosas carnes, de las gelatinas rubias, y, sobre todo, del buen vino dorado.

— De veras, da asco, — repuso Luján refregándose con su pañuelo un cardenal de la frente y asintiendo por la primera vez á una afirmación de su amigo.

— ¡ Si supiera quienes son, los pondría de vuelta y media ! — dijo el periodista, colérico.

— ¿ Quieres que te lo diga? Son todos esos pepitos que se dicen nobles. Hasta me parece haber reconocido en alguno de ellos á nuestro amigo Rodríguez. Creo que estaba con su banda...

— ¿De veras? ¡ No es posible !

— Sí, eran ellos. Y por cierto que nos sacudían de lo lindo, — asintió el gordo Arturo, siempre indiferente.

— ¿Sí? Pues... ¡ ya me lo pagarán ! — exclamó Ramírez ardiendo en deseos de encontrarlos en ese momento para zurrarles la badana.

Luján rió con excepticismo:

— ¿Y qué has de hacer? Nada. Todos son así. Para ellos esto que han hecho esta noche es una gracia y mañana lo contarán en todos los salones de sus amigas y cada uno se vanagloriará de sus fechorías. La otra noche... ¡ ja, ja, ja !... la otra noche nos invitaron las Orondo una taza de té y con ese pretexto bailamos hasta las primeras horas de la mañana. Cuando los invitados nos dirigimos á coger nuestras prendas — ¡ ríete, querido ! — tropezamos los hombres con que no teníamos con qué cubrirnos la cabeza. Todos los sombreros estaban deteriorados : unos, no tenían faldas; otros, estaban partidos por la mitad, el que menos tenía un agujero ó una cuchillada...

— ¿Y qué dijeron los dueños de casa?

— Los padres no se enteraron de la cosa y las chicas la encontraron graciosísima.

— ¿Y eran?

— Probablemente la media docena de pepitos que moscardoneaban por los corredores sin atreverse á bailar por no saber qué decirles á sus parejas; acaso los mismos que no hace poco saquearon la cantina y nos molieron á palos.

— ¡Entonces esa clase está podrida!

— No hay tal clase. Es el germen indio que resucita, es sangre aymara ó quéchua que corre bajo pieles blancas. Las viejas familias aristocráticas de verdad, han desaparecido ahogadas por la chusma. Todo eso que ahora se dice aristocracia, son grupos de formación artificial. Cada una de nuestras numerosas revueltas políticas, elevaba de la plebe, improvisando generales y caudillos, tipos ignorantes y de baja condición, los cuales, negociando con las cosas del Estado ó desempeñando altas funciones administrativas, llegaban á adquirir fortuna á la par que prestigio social, aquí donde para ser algo, sólo basta que te nombren cualquier cosa. La constante repetición de este fenómeno, natural en pueblos sin cultura y sin ideales, ha creado una categoría especial de tipos que son los que ahora dominan y se dicen nobles. En el fondo son héroes de revuelta, caciques ó curacas, cuando no pobres esclavos aun no libertos de fatalidades atávicas. Fíjate bien en todos los actos íntimos de esos seres y verás que el carácter indio salta claro, neto, sin deformaciones. Los indios son rencorosos, envidiosos, vengativos, y todas estas pasiones son características de aquellos que alardean pureza de sangre. Los indios de calzón partido, sólo se preocupan de hacer males á la hacienda del patrón. Si pudieran vivir eternamente á su costa, lo harían. Los indios intro-

ducen sus ganados á los pastos del patrón; en altas horas de la noche, cosechan los campos del patrón; negocian y viven con las cosas del patrón y no pueden permitir que nadie tenga más que ellos. El indio de levita, tiene otro patrón : el Estado. Necesita estar empleado, porque de otra manera no sabe cómo vivir. Y el Estado le suministra techo, pan y abrigo; y como el Estado es un patrón indolente, lo explotan hasta esquilmarlo, y quienes no lo consiguen, andan en la oposición pregonando pureza de programa y de intenciones, lanzando manifiestos seductores pero falsos. Llegan á formar mayoría, promueven una revuelta y suben y... lo mismo. La podredumbre viene de la cabeza...

Había amanecido.

Un claror amarillento se extendió por el espacio y comenzaron á saltar de las sombras los colores vivos de las casas.

Grupos de indios arreaban por las calles desiertas y sucias sus recuas de burros ó de llamas de regreso á sus pagos. Las campanas de la iglesia repicaron soñolientas llamado á los fieles á esta primera misa de ceniza. Una que otra beata, arrebujada en su manto, se deslizaba con paso menudo y silencioso mirando con ojos de pavor á los máscaras que, ebrios perdidos, se recogían á sus casas con paso inseguro, cubiertos de lodo y cantando esos aires tristes ú obscenos en que saltan las preocupaciones de la raza. Varios iban caballeros sobre los flacos y macilentos asnos, y algunos, armados de las escobas que á punta de patadas les habían arrebatado á los barrenderos indios, peinaban con ellas las revueltas lanas de las llamas, ó, con corchos quemados, ponían ceniza sobre la pecadora frente de los fieles...

VI

Juanito Pérez releyó sus versos por la centésima vez, plegó el periódico en dos, guardóselo en el bolsillo y se marchó á la plaza en busca de sus camaradas.

Cinco eran éstos y cada uno tenía alguna particularidad y ninguno profesión conocida. Pertenecían todos á esa categoría de seres que en los pueblos pequeños, por cualquier causa, generalmente por su riqueza, por su nombre, por su apariencia física, por su elegancia, ó, lo que es raro, por su talento, se imponen en los círculos sociales, los dominan ó los subyugan, y hacen aceptar sus gestos, sus gustos, sus preocupaciones... Pronuncian sus nombres con coquetería las mujeres y con envidia ciertos hombres. No hay reunión social de alguna importancia que no los cuente entre el número de sus asistentes. Y viven agasajados, loados, mimados hasta que se casan ó dan al vicio, después de un período más ó menos largo, según su tacto, ó, lo que es más común, son sustituídos por otros de la misma laya, así huecos, así vanos, así superficiales y así felices!...

Andrés Rodríguez era el más festejado de los cinco. Había viajado por algunos pueblos limítrofes, derrochando dinero y juventud en fáciles y escabrosas aventuras mujeriles, y al volver á la tierra, luego de publicar en medio de su azarosa vida de trasnochador, un tomo de insulsos

versos elogiados en esos periodiquillos donde se pagan las alabanzas, fué recibido en ella con inequívocas muestras de consideración. *El Eco de la Patria*, dijo que «había levantado en el extranjero el nombre del país»... Los otros periódicos, le llamaron « insigne», « talentoso»... y agotaron en honor suyo su lisonjero vocabulario al que Rodríguez prestó atento oído. La vanidad, una vanidad mujeril, era su flaco. Su manía, la de hacer hablar de sí á los periódicos. Tenía un libro de recortes, para él de inestimable precio. Coleccionaba allí todo lo que, á instancias suyas, publicaba la prensa de su persona. « El solo caudal honroso que les voy á dejar á mis hijos, si los tengo, es esto» — decía mostrando los recortes del libro, muchos de los cuales, sin referirse directamente á él, lo mentaban como á concurrente en algún acto social. Entonces Rodríguez subrayaba su nombre con lápiz rojo; y aquellas alabanzas y estas menciones, creía él que constituían un serio título á un justo renombre en el porvenir, y le daban derecho á ocupar los altos puestos que ambicionaba...

José Barrientos había compuesto un vals desconcertante: *Sobre las olas del Titicaca*, y por tal le decían artista. Ejecutaba en el piano, y á su manera, los mejores trozos de los más celebrados músicos. Su predilecto era Chopin; é interpretado por Barrientos, resultaba un Chopin raro, turbador, neurótico en exceso. No era el poeta de las pasiones inconfesas, de los ahogados celos, de las infinitas nostalgias, sino un Chopin lánguidamente idílico, gimiento, con mucha sangre de esclavo aymara en las venas.....

Rafael Pedrosa, médico de profesión y periodista por afición, gustaba hacer gala más de esta cualidad que de aquella, con lo que ponía de relieve sentimientos altamente humanitarios. Era cronista impago de *El Eco de la*

Patria, y, cual Rodríguez, conceptuábase feliz en ver citado su nombre en los periódicos y entre los asistentes á las fiestas mundanas. Consistía la particularidad de éste en saberse de memoria las fechas de los cumpleaños de las chicas notables de la ciudad. Semejante particularidad le había conquistado por cierto, el aprecio y la admiiación del mundo femenino. Cuando alguien quería conocer la fiesta onomástica de alguna muchacha de consideración, iba á preguntárselo á Pedrosa, quien, orgulloso por servir en asunto de tanta trascendencia, satisfacía la curiosidad tras breves momentos de honda meditación y dos ó tres frotamientos de cabeza, perfectamente fingidos, como para hacer ver que el número de sus relaciones era tan vasto que se le hacía difícil, así como así, resolver asunto de una tan complicada contabilidad.....

Estos amigos, con Pérez y Guilarte, constituían grupo separado en la villa. Creíaseles ligados por firme amistad porque en todas partes se les veía juntos; pero cada uno, por su lado, se consideraba superior á los demás en talento ó en cuna, y, dando como un hecho esa superioridad, se ayudaban unos á otros en lo que podían. Y juntos se divertían, ideaban planes de conquistas mujeriles; juntos soñaban en días de renombre y poderío. Y esta vida estrecha y estas aspiraciones incolmadas, los ligaba con lazo indestructible y les obligaba á estimarse y aun á quererse, aunque en su cariño hubiese sombras de recelos y rivalidades...

En esta noche Pérez encontró á sus compañeros en el preciso instante en que, tras largo silencio, hablaban de arte. Quien dirigía estas discusiones, era, por supuesto, Rodríguez. Las ligeras visitas que hiciera por algunos museos le dieron vagas nociones artísticas. Los otros, de cuadros, por ejemplo, no conocían sino las oleografías

baratas vendidas por los mercachifles ambulantes ó por los turcos. Discutían, sin embargo, con pasión. Unos, naturalmente, se mostraban partidarios de la Corte de Versalles, por sus fiestas campestres artificiosas, sus amoríos frágiles y loaban Watteau; otros preferían el Renacimiento y se pasmaban ante la obra de Rafael ó Miguel Angel, loas y pasmos emprestados á cualquiera de los muchos autores que leían...

— Se parece á una virgen del Botticcelli, — había dicho esta noche Barrientos, viendo pasar, colgada del brazo de su madre, á una de las Orondo, chica pobre de carnes, algo desgarbada y picada de viruelas.

Rodríguez opinó :

— Á mí me hace el efecto de una pastora de Watteau por su gracia ligera, aristocrática, ennoblecedora, transparente, si puede decirse. Tiene un no sé qué inimitable. No es bonita, pero es graciosa. Sería una buena querida y una mala mujer.

— ¡ Salud, ilustres ! — saludó Pérez apareciendo en ese instante.

— ¡ Hola, bohemio ! Faltabas. Estamos mordiendo á la Carmencita Orondo. ¿Qué te parece esa chica?

— Una cualquier cosa.

— No tienes gusto, querido; es la mujer más graciosa de La Paz.

— Para mí no vale un comino. Prefiero á la menor de las Montenegro.

La asamblea protestó unánime :

— ¡ Qué barbaridad !

— ¡ Qué falta de estética !

El poeta explicó con algún cinismo sus preferencias :

— Es que la menor de las Montenegro, aunque fea, tiene donde caerse muerta, en tanto...

— ¡ No se trata de eso ! — le atajó Rodríguez, algo fastidiado.

— Ya sé; pero entre elegir á una ú otra, me quedo con la que mayores ventajas ofrezca.

— Nadie te ha dado á elegir entre las dos y eres un vil interesado. Parece que no fueras poeta; siempre andas buscando el dinero...

— ¿Y crees que un poeta, por serlo, está condenado á no buscar dinero?

— ¡ Por cierto ! — repuso con autoridad Rodríguez.

Y arguyó :

— Un puro artista vive fuera de lo real, abismado en visiones de belleza é idealidad y este género de ocupaciones lo aparta de esas luchas cuyo objeto es conseguir un fin inmediato y práctico... Los grandes poetas, por eso, murieron pobres.

Juanito Pérez, temeroso de habérselas con Rodríguez, hombre de profundas nociones biográficas, desvió arteramente el curso de la conversación :

— Pudiera que no todos. Además tu tésis... Pero eso sería largo de discutir y esta noche (*poniendo los ojos lánguidos*) no tengo ganas de nada... ¡ Qué noche tan triste !

— Como todas, querido.

Era una noche clara, de luna llena. La plaza, las calles, la población toda yacía bañada de amarillenta luz, y rielaba el astro sobre un cielo profundo de invierno, manchado, de largo en largo, por alguna tenue nubecilla. Ninguna otra luz alumbraba la ciudad; y las gentes, al deslizarse por calles y plazas, tenían aspecto de sombras.

Los amigos permanecieron mudos largo rato. Cada cual pensaba en sus cosas y parecían tristes. Y es que nada tenían que decirse los amigos. Cada uno, de los demás, conocía sus menores gestos, sus aventurillas sensuales ó sen-

timentales, sus correrías, sus frases preferidas, sus horas de comer, soñar y desahogarse... Ninguna sorpresa les reservaba ya su trato. Y su vida se deslizaba, libre de accidentes y sobresaltos, siempre igual. Hasta de las visitas estaban ya hartos. Sólo Rodríguez y el médico Pedrosa las frecuentaban : ambos, cansados de su solterío, querían coger una novia rica y bonita. Los otros jamás pensaban en ellas. Su monotonía y su igualdad, les causaba horror. Al entrar á una casa, ya sabían de antemano las frases que iban á decir, las que iban á oir; conocían las preguntas que se les harían, las que ellos dirigirían... Las charlas eran siempre las mismas en todos los salones, los gestos también, y las sonrisas, la taza de té, el modo de ofrecerla... Y distraían su ocio ó su tedio frecuentando los prostíbulos y los hoteles y derrochando en ellos el caudal de sus padres, porque, de entre todos, el único que tenía una ocupación fija, como empleado en uno de los hospitales, era Pedrosa. Los otros, « vivían de sus rentas » como por allá se dice, esto es, vivían en la holganza... Habían querido las familias que fuesen profesionales y se graduaron todos en la Universidad, de médico uno y los otros de abogados. Y eran ahora, por fuerza, candidatos á la política y á la administración...

— ¡ Brr !... ¡ Hace frío ! — exclamó Pérez, estremeciéndose. Los amigos permanecieron ahogados en mutismo y les increpó el poeta :

— ¿Pero qué tienen? Parecen mudos.

— De veras; no me había fijado que no hablábamos, — dijo Barrientos como despertando de un largo sueño.

— ¡ Qué noche tan bella ! Sería delicioso declamar versos en oídos de la amada, — prosiguió el poeta buscando así la manera de llevar la conversación al punto que deseaba. Tampoco respondieron los otros. Entonces levan-

tóse Pérez, lanzó un suspiro y, con voz queda, se puso á recitar :

Hondas penas de cosas que han pasado,
Ó que han de venir;
Secretas ánsias de goces ignorados,
Ó gozados ya;
Sordas cóleras de heridas abiertas
En lides acerbas;
Sed inextinta de ardientes aplausos,
Ó blandas caricias;
Proterva angustia del que se da vencido,
Sin haber caído;
Llanto irredento del que en sus pupilas lleva,
Visiones de honda pena...

Penas, angustias, cóleras sordas, llantos sin consuelo,
Todo lo que en lo hondo quema las entrañas;
Visiones hoscas, recuerdos tristes, marchitos sueños
¡ Cómo hacéis la vida pesada y larga !...

Y lanzando un suspiro más hondo que el primero, cayó sentado en el banco.

— ¿De quién es eso? Está bonito, — preguntó Rodríguez dirigiéndose al poeta.

— Mío; lo acabo de publicar en una revista de Cochabamba.

— Está bien. Pero has medido con elástico.

— Es un ensayo de metro libre...

— No lo vuelvas á usar. El metro libre sólo se presta para las sutilidades psicológicas ó la expresión de emociones menos vulgares de las que describes. Todo lo que has dicho, cabría en una estrofa...

Pérez sintióse mortificado, más que con los reparos de Rodríguez que él consideraba dictados por la envidia, por el obstinado silencio de los otros.

Pasaron algunos minutos. Los paseantes iban desapareciendo poco á poco de la Plaza. El frío se hacía más intenso y las nubes se habían desvanecido en el cielo.

— Bueno, señores; yo me voy, — dijo Pérez levantándose del banco y ardiendo en cólera.

— ¿No vamos al cacho? — preguntó Pedrosa.

— Si invitas.....

— La primera copa; las otras, lo dirá el cacho.

Se encaminaron al hotel, repleto de bebedores. En la sala principal del entresuelo, dos aficionados jugaban carambolas torpemente haciendo saltar las bolas á cada instante fuera de las bandas. En una mesa rinconera varios ebrios disputaban sobre si La Paz debía ó no ser la capital de la República; en otra jugaban *pinta* dos comerciantes, un propietario de gomales cuyos dedos iban cuajados con piedras de valor y un ex ministro de Estado, y se empeñaban en desbancar al ex ministro, favorito de la fortuna en esta noche. En cada una de sus felices jugadas pedían champaña obligando á los mozos á que destapasen las botellas con el mayor ruido posible, sola manera — aseguraban — de convencerse de la legitimidad del licor. Los mozos, ya prácticos en esto, dirigían el gollete hacia el techo reennegrecido con el humo de las lámparas y hacían saltar con estruendo el corcho que hería el tumbado demasiado bajo, y, rebotando, iba á perderse en algún rincón de la cantina...

La atmósfera del salón era pesada. Vahos de la próxima cocina y del urinario vecino á la cocina, se mezclaban á los de la sala donde los consumidores fumaban cigarrillos, desesperadamente...

Los amigos tomaron asiento en una mesa y después de saborear la copa invitada por Pedrosa, pidieron, como de costumbre, un cubilete para jugar el inevitable cacho.

— Adivinen las noticias que sé, — les dijo el poeta, buscando siempre la manera de hablar de sí.

— Que te casas.

— Que te han ganado anoche en la pinta.

— Que te hacen diputado.

— Que eres nombrado *attaché* de legación.

Juanito meneaba la cabeza de un lado á otro, consternado de la estolidez de sus envidiosos camaradas. Cortó sus suposiciones :

— No, hombre; una tontería en verdad... Se trata de Ramírez...

Los amigos hicieron un gesto de burla. ¿Tanto misterio para eso? ¡Bah, qué tipo! Sólo Rodríguez preguntó con algún interés :

— ¿Y qué hay con Ramírez?

— Que lo rajan en una revista de Cochabamba.

— ¿Y cómo lo sabes?

El poeta, manifestando no dar ninguna importancia á sus palabras, les dió la respuesta meditada :

— Soy colaborador de esa revista. Alguna vez publicó mi retrato y mi biografía.....

Inequívocos signos de burla en los amigos, le obligaron á detenerse. Rodríguez dió un codazo á Guilarte, Guilarte otro á Pedrosa, éste buscó, por debajo de la mesa, el pie de Barrientos y comenzó á pisarlo, pero era el del vate. Pérez, exasperado por el pertinaz silencio de sus compinches prosiguió heroicamente sin turbarse en lo más mínimo y respondiendo á la pisada del médico :

— Yo creo que sería necesario hacer transcribir ese artículo. Ramírez nos ha insultado el otro día al contar en su periódico la broma que le hicimos á ese don Darío...

— ¿Y qué le dicen? — preguntó Rodríguez, sin hacer alusión á las propias alabanzas del poeta.

— Horrores. Le tratan de estúpido, ignorante y pedante... Aquí tienen el artículo...

Metió las manos al bolsillo y sacó la revista. Era pequeña, con cubierta de color, y sus veinte páginas impresas en papel ordinario estaban adornadas con viñetas que representaban palomitas volando ó posadas en ramas. Contenía diez ó doce composiciones cortas, transcripciones las más. La de nuestro vate *Añoranzas de infinito*, iba en cabeza y estaba simplemente precedida de la mención : *de Juan Pérez*, solemne y glorificadora... Pérez abrióla por la página señalada y se la alcanzó á Rodríguez. Éste, después de haberla leído para sí, la pasó á los otros, y dispuso :

— Es inútil. Los insultos no son tan fuertes y en cambio... No hay mejor arma que el silencio.

Saboreó su copa, encendió un cigarrillo y agregó refiriéndose á Ramírez :

— Ya no hay que preocuparse de ese tipo. Esta noche nos las pagará todas juntas. Don César ha debido recibir el anónimo...

— ¿Y si no cree?

— Creerá. Carlota anda por el medio y conoce su papel. Lo único grave es que Luján trabaja mucho por su amigo.

— ¿De veras esta noche la pide?

— Seguro. Ayer ha solicitado audiencia del viejo.

— Daría no sé qué por verle la cara.

— Se suicida.

Pérez, al escuchar esto, manifestó sus temores :

— ¿Y si de veras se suicidara?

— No creo, — repuso Rodríguez.

É improvisó una disertación :

— El suicidio es un excelente medio de eliminación de

los inadaptados y de los débiles. Sólo los degenerados se se suicidan. El instinto vital...

Larga fué la plática y en ella anduvieron mezcladas las teorías de todos los moralistas antiguos y modernos. Señaló mil casos, pronunció media docena de nombres raros de patólogos rusos y alemanes; recordó los suicidios de Gerardo de Nerval, de Acuña, de Lara, de Asunción Silva y otros sin dejar, por cierto, de advertir que el problemático suicidio de Ramírez, no tendría jamás ninguna atingencia con la literatura; y conforme hablaba, su voz iba dominando el ruido de la disputa promovida en la mesa de los acaudalados jugadores, quienes amenazaban al ex ministro con darle de bofetadas por haberlo cogido en flagrante delito de robo...

— ¿Quién ha perdido este turno? — preguntó Guilarte envidioso por la plática de Rodríguez y disponiéndose á echar otro discurso sobre el mismo tema; mas en ese instante se levantó de un salto y, pidiendo disculpa, se fué al encuentro de dos individuos que, riendo á carcajadas, acababan de entrar á la cantina. Quedaron los cuatro amigos y ninguno respondió á la pregunta del periodista. Pedrosa inclinó la cabeza.

— ¿Creo que has sido tú? — le preguntó Barrientos. Y le propuso : — Tú has perdido un turno y yo otro, ¿quieres jugar la contra?

Rechazó el médico y persistió el músico : se le había ocurrido ganar y era regla de jugador seguir las primeras impulsiones. Pedrosa no quiso aparecer cobarde y aceptó. Apartaron las copas vacías y rodaron los dados sobre el mármol. La suerte le fué adversa al médico :

— Bueno, son mías las copas, — repuso malhumorado. Y luego, dirigiéndose á Rodríguez, le preguntó : — ¿Hablaste ayer con don Justo Aranda?

— Sí, hijo, ¿por qué?

— Nada. Curiosidad.

— Hablé, y me ha saltado con tonterías. Apenas ha subido al ministerio, se ha puesto orondo como un pavo real. Ahora ya no conoce á nadie, ni... ¡ Pero así son los cholos ! Cuando desempeñan alguna función se ponen díscolos, orgullosos, insolentes. Antes de ser ministro era mi mejor amigo y ahora... y ahora me salta con mil disparates.

— ¿De veras?

— Ya lo creo. Me dijo que mi nominación dependía del Directorio del Partido, que hablase con el presidente y mil tonterías por el estilo... ¡ Que se vaya á freir monos ! Si no me hace de grado, será por la fuerza... ¡ qué demonio !... ¿Es que soy menos que Luján ó que ese idiota de don César Peñabrava?

— ¡ Cómo ! ¿También Luján y don César?

— ¿Acaso no lo sabías? Pues todo el mundo lo sabe. ¡ Ríete, querido ! Don César Peñabrava y Emilio Luján son candidatos á la diputación... ¿Qué te parece?

Los amigos hicieron un gesto de incredulidad y quedaron mirándose unos á otros con sorpresa y desencanto. Aquello les parecía imposible. Verdad que Luján era considerado entre la juventud estudiosa como un hombre preparado, más que por sus conocimientos, por los viajes que había hecho en el extranjero, pero todavía no se le consideraba apto para desempeñar una representación cualquiera. En cuanto á don César, aquí sí que no cabía disculpa ninguna. Don César era una perfecta nulidad en todo sentido, una insignificancia política y aun social, un cero. ¿Quién conocía á don César? ¡ Nadie ! Pasaba ignorado por todos y si no fuese por los vestídos elegantes de la hija...

— Me parece extraordinario, chico; tan extraordinario, que ni aun puedo creerte. ¿Don César y Luján candidatos? Seiía el colmo.

— Pues, como lo oyen. Anoche se ha decidido eso en el Directorio, y como los dos tienen dinero, ya pueden decir que son diputados.

— ¡ Admirable ! ¿Y qué dicen de ti?

— Nada : no quieren lanzarme por la capital sino por una provincia y esto me fastidia. Y yo, — me parece, — bien puedo ser diputado por la capital con mayores títulos que Luján y don César.

— ¡ Ya lo creo ! — asintió, convencido, Barrientos.

— El que tiene padrinos... Pero es lo de menos. Tú también serás diputado y una vez en las cámaras, supongo que no harás tonterías.

Rodríguez, sonriendo maliciosamente, confesó con todo cinismo :

— ¿Yo tonterías? No me conoces, querido. Yo voy á que me nombren alguna cosa fuera del país y en las cámaras se consigue todo lo que uno quiere... Y tú, ¿cuándo te lanzas?

— Nunca, no sirvo para esas cosas. Quizás algún día.

Guilarte, regresando de su entrevista, interrumpió la charla :

— ¡ Ché ! Dispensen, los voy á dejar. El oficial mayor del ministerio quiere beber una copa conmigo.

Y desbordando alegría los ojillos grises, de mirar solapado y cínico, añadió en tono confidencial :

— Les aviso, y esto con mucha reserva, que Emilio Luján y don César Peñabrava han sido señalados candidatos por la capital...

— De eso hablábamos cuando llegaste.

— ¿Ah? Entonces (*sonriendo triunfal y agresivo*) tengo

el placer de anunciarles que á mí me han hecho oficial primero del ministerio de Gobierno. Ya está extendido mi nombramiento y dicen que mañana me lo enviarán... ¡ Adiós, señores !

Los amigos quedaron mudos, mirándose unos á otros. Ninguno tuvo una frase de cumplimiento para el agraciado. Sólo Rodríguez le dirigió un cumplimiento banal :

— Hombre, tienes suerte : te felicito.

— ¡ Qué leche la suya ! — exclamó Juanito Pérez viendo que Guilarte, rojo de cólera y triste, se alejaba ideando los medios de vengarse por la maldad de sus amigos.

— El que tiene padrinos... — repitió Pedrosa, haciendo una mueca.

— Parece que vino persiguiendo la cosa desde hace mucho tiempo.

— Desde cuando don Justo Aranda subió al ministerio. ¿Se acuerdan de ese famoso brindis en la chacra de Elenita Peñabrava? Entonces ya sabía que iba á ser nombrado ministro y venía preparando el terreno....

— ¡ Quién lo creyera !... Pero eso tenía que ser así. Nuestro amigo es... ¿cómo diré?... un poco cargoso.

— Requetecargoso.

— Le gusta sacudir de firme el bombo... Me alegro; es un buen amigo.

— Sí, un buen amigo, aunque algo... bruto.

— Y sabe agarrarse. Á mí me consta que iba todos los días á visitarlo al que desde mañana ha de ser su patrón.

— Es listo en adular.

— Yo apuesto que dentro de poco lo ascienden á oficial mayor.

— Ó saca la secretaría de una legación.

— Ó es diputado.

— ¡Qué demonio, no tanto! — protestó Rodríguez indignado; y añadió en seguida : — aunque nada de extraño sería. Nuestro amigo reune todas las condiciones para vencer : es bajo, adulón; sabe coger el lado flaco de los hombres, que es la vanidad... ¡Ya ha vencido!

— Este país da asco, — protestó el médico; — sólo los pícaros se imponen. No se reconoce el mérito. Francamente, y no porque se encuentre presente, pero nuestro bohemio vale más, en todo sentido, que Guilarte.

Pérez se inclinó. Estaba triste : el nombramiento de su amigo le había hecho mal. Y repitió :

— Oveja que bala...

— No es eso; los lobos de la misma camarilla se favorecen. Don Justo Aranda y Guilarte son de la misma casta : ambos son cholos.

— Verdad; no había pensado en ello. Dicen que la madre de Guilarte era frutera.

— Yo la he conocido. Tenía su tienda de alcohol y frutas frente al Seminario... ¡Buenas *chauchas* que nos ha robado á los colegiales vendiéndonos alfajores secos y frutas podridas! Guilarte nunca aparecía por la tienda y se enojaba cuando la preguntábamos por su madre.

— ¡Al fin cholo! — dijo con desprecio Barrientos, y se puso en pie.

— ¿Nos vamos ya?

— Sí, son las doce.

Se levantaron. Pedrosa llamó aparte al candidato y con sumo desdén le pidió prestados cinco pesos.

El sableado hizo un gesto agrio : los otros amigos guiñaron los ojos y sonrieron maliciosamente :

— No he de poder, querido; mañana voy á Obrajes con las Montenegro y no dispongo mucho para gastar. Te doy uno.

— No seas. Dame tres.

Rodríguez sacó tres billetes de la cartera y se los tendió, displicente :

— Aquí tienes. Con estos...

— Sí, chico; no me olvido : te deberé veinte. — Y volviéndose á los otros, les dijo : — Vayan saliendo, ya los encuentro.

Se dirigió al dueño de la cantina. Los codos apoyados sobre el zinc del mostrador, miraba éste jugar. Pedrosa, arrogante, le dijo :

— Oiga, amigo; apúnteme lo consumido.

El patrón, volviendo los ojos á su libro de cuentas, repuso hosco :

— No puedo : usted tiene dos cuentas pendientes y mientras no las cancele, no puedo fiar.

Pedrosa tomó una actitud digna. Habían oído la respuesta los jugadores capitalistas y dijo con fanfarronería :

— ¿Es que usted cree que no le voy á pagar?

El patrón, sin responder de pronto, fojeó algunos segundos su libro y poniendo el dedo en un renglón contestó con voz más fuerte y mirándole duramente en los ojos :

— Así parece.

— ¿Es que usted me insulta?

— ¡No, señor! — gritó el patrón con insolencia. Y añadió levantando el libro á la altura de la cabeza del médico : — No le insulto, sólo le advierto que su cuenta ya tiene cerca de un año y hasta ahora no ha podido usted cancelarla. ¡Eso no se hace, señor : el que no tiene dinero para pagar lo que consume, no debe beber.

Pedrosa, todo confundido, repuso ya con voz más tímida :

— Oiga usted, amigo : sepa que soy conocido...

El hotelero le interrumpió furioso y dando grandes manotadas sobre el zinc del mostrador :

— Yo no quiero saber nada. Se me debe y pido que se me pague y no me importa que sea usted conocido ó no. Y si usted no me paga, publico su nombre por la prensa. ¡ Vaya con los... !

Pedrosa, humillado, rojo de vergüenza, arrojó dos billetes sobre el mostrador y salió escapado de la cantina. En la puerta los amigos se daban la mano, despidiéndose. Pedrosa y Barrientos, vecinos de la calle E. Valle, se cogieron del brazo :

— ¿Sabes que es malo Rodríguez? Á Ramírez no lo puede ver ni pintado : seguro que le duelen sus amores con la chinita.

— Rodríguez odia al mundo entero. Es malo, envidioso. Se cree el centro del universo y, aun intelectualmente, vale poco. Apuesto que le tiene envidia á Guilarte...

Sus pasos resonaban huecos en el profundo silencio de la urbe. Había pasado media noche y todo dormía bajo la claridad pálida y fría de la luna. Algunos perros vagabundos, acurrucados en los huecos de las puertas, cascaban, hambrientos, los huesos recogidos en el muladar de la Paciencia ó una infecta roña traída del fondo del río cuyas aguas arrastraban gruesos pedrones de granito llenando con perenne ruido la dormida urbe. De vez en cuando un chorro de luz viniendo desde las alturas de un balcón ó cerniéndose de entre las entrearbiertas puertas de una tienda hacía pensar en la vigilia de los enfermos... De lejos venían las frases entrecortadas de un vals gimiente ejecutado al piano y arriba, en el cielo, fulgían las blancas luminarias.....

—... Es envidioso, malo y miserable. Por un peso es capaz...

Un hombre pasó corriendo por su lado, como una sombra y, al oir voces, se detuvo y volviendo sobre sus pasos,

se dirigió al médico con acento anheloso y que revelaba profunda alegría :

— ¡ Gracias á Dios, doctor, que le encuentro ! Venía de su casa y como no había llegado todavía, iba á buscarle...

— ¿Para qué? ¿Qué hay?— preguntó ansioso el médico, creyendo en alguna desgracia.

— Una persona se está muriendo, doctor.

— ¿Dónde?

— Acá cerca, doctor; ande la señora X...

El médico, tranquilizándose, repuso :

— Lo siento; pero no puedo ir.

— Doctor, no sea usted así, — rogó el desesperado.

— Ya le he dicho que no puedo.

El hombre lanzó una grosera amenaza y siguió corriendo. Barrientos interrogó al médico :

— ¿Y por qué no vas?

— Porque no puedo, hijo. Ese enfermo tiene su médico de cabecera y yo no puedo meterme en sus negocios.

— ¿Pero en este caso?

— En ninguno, querido. Se me llamó cuando la vieja cayó enferma. La examiné y vi que tenía apendicitis. Lo dije y no me creyeron ó desconfiaron de mi ciencia y llamaron al otro. Éste, por lucirse y hacer ver que yo no sabía mi oficio, dijo que no había tal apendicitis sino una peritonitis. La familia me pagó mi visita y se quedó con el otro, y, ya ves, la vieja se muere.

— ¿Y por qué no vas ahora, la operas y haces ver que eras tú quien tenía razón?

— Ya es tarde, querido. Si ahora voy y se muere la cliente, el otro me echa la píldora y dice que yo la he matado. Es mi prestigio que defiendo.

— ¿Y si no muere y la salvas?

— Se muere, querido, se muere. Enfermo que no come...

— ¿Había perdido el apetito?

— No tenía qué comer.

— ¿Cómo?

— Si, hijo, no tenía qué comer. Esa familia es una lástima. Tú no sabes cuántas hay como esa. En las retretas, bonitos sombreros, capitas nuevas, guantecitos blancos y en casa la miseria negra, el pan duro, el hambre perpetua. El otro día entró una de las chicas viniendo de paseo y estaba, como siempre, lujosa; pero esa mañana no se pudo comprar un litro de leche para la enferma. Éste que has visto, ayuda para la despensa y es el novio de una de ellas, ó querido, ó no sé qué. Ya puedes suponer que yo nunca veía mis honorarios. Un día les pasé una cuentecita barata y comenzaron á llorarme pobreza y á prometerme que me pagarían no sé cuando. Las eché á paseo y llamaron al otro : me han dicho que está dando á los diablos, porque tampoco le pagan... ¡ Que se las chupe !

— ¡ Ca !... ¡ Ha de dar pena cobrar á gentes así !

— Claro, da pena; pero con eso vivimos los médicos. Si no nos pagaran nuestros enfermos, más valdría que nos ocupásemos en hacer zapatos ó arar el campo. La vida es dura, querido, y mucho más para los profesionales. En otras partes á un médico se le pagan 10 ó 20.000 pesos por una operación; aquí presentamos una cuenta de 2.000 pesos y los más ricos saltan ochenta varas. Aquí no se puede vivir, querido; es un pueblo miserable. Además, y hablándote en confianza... Pero dame palabra de honor que esto no lo contarás á nadie.

— Palabra.

— Bueno, pues aquí estamos entre los médicos como perros y gatos y todos nos perjudicamos de lo lindo. Somos muchos para una población tan reducida. Conozco á algunos que se van á ofrecer para curar gratis á condición

de que el cliente les publique un bombo por el periódico; hay otros... ¡ Ja, ja, ja !... hay otros que no tienen ni un solo enfermo y se pasean, sin embargo, toda la mañana por la ciudad en su *tojlo* (escuálido) caballito. Somos malos, querido, muy malos y muy... cochinos. Una vez, uno de nosotros, tuvo que hacer una operación fácil á un ricachón desconfiado que exigía la ayuda mía y de otro. Se la hicimos y convenimos que su médico de cabecera le pasaría una cuenta de dos mil pesos. Ocho días después el compañero nos daba á cada uno de nosotros 333 pesos asegurándonos que su cliente había encontrado excesiva la cuenta y que no había pagado más que mil pesos. Mentiras del muy pillo : el rico aflojó todo y él se quedó con más de la mitad... ¿Qué te parece? Somos ricos los médicos... ¡ Ja, ja, ja !

Reía fuerte, con la boca grandemente abierta, llenando de ruido el silencio de la calle ahora oscura, convencido de que lo que contaba no era nada, feliz, despreocupado, satisfecho de su papel, contento de su importancia, dichosos de sentirse estimado, halagado y de que sus pocos enfermos le publicasen los remitidos que también él, acaso por imitar á los otros, les exigía publicar...

VII

— Le contaré una cosita, — le dijo Carlota deteniendo en la calle á Luján con sonrisa irónica y gesticulando frente al espejo de una tienda de modas. — Don César lo ha barrido á su amigo y bien barrido. ¿Lo ha visto usté?

— No; hace más de quince días que no le veo.

— Vaya á consolarlo, no sea que haga una locura, porque dicen que es muy exaltado. — Y, siempre sonriendo, hizo un gesto de piedad desdeñosa.

Luján, furioso, corrió á lo de Ramírez. No quería creer en la noticia : le parecía absurda. ¿Por qué su tío se opondría á que Elena se casase con Ramírez si él mismo, con su actitud cariñosa y sus frecuentes invitaciones había dado lugar á que el joven hiciese la corte á su hija?

Lo encontró al amigo tumbado en una mecedora, con los pies apoyados sobre una silla, fumando un cigarrillo, en postura indolente. Estaba pálido, enflaquecido, arruinado. El color moreno de su tez tenía transparencias de cera y los negros ojos parecían habérsele hundido más dentro del cráneo.

— Dicen que te ha barrido el viejo, — le sopló, sin saludarlo.

— Íntegramente, querido. ¿Quién te lo ha dicho?... Seguro Elena.

— No, hasta ahora no la he visto. Fué Carlota, no hace

rato, en la calle. Por cierto que se está muriendo de gozo la muy estúpida.

Ramírez se alzó de hombros, desdeñosamente :

— Ha de llenar La Paz con la noticia; pero si sé que dice cosas malas de mí...

Se puso en pie, dió algunos pasos, arrojó por la ventana abierta el cabo del cigarrillo y prosiguió :

— Pues, sí, querido, me ha barrido el viejo. Lo peor es que recién anoche he descubierto el odio que me tiene. Si lo hubiese sabido antes, primero me hago ahorcar que pedir la mano de su hija.

— ¿Y por qué crees que te odia?

— Sospechas mías. Me dijo que mantenía relaciones ilícitas con una chola... ¿sabes?... eso que han hecho correr Rodríguez y su banda; que mi vida no era sino una bacanal eterna; que... Tonterías. Es un viejo chocho.

— ¿Y qué pretexto puso para negarte la mano de Elena?

— Ninguno... Aunque sí, dos : que soy muy joven y... ¡ ríete, querido ! que no tengo una posición social adquirida... ¡ Posición social ! Esta muletilla ya me va cargando. Yo no sé, de verás, á qué llaman posición social. Me parece que á bailar en los salones de las Montenegro y... Pero hablemos de otras cosas; eso es tonto... ¿Qué me cuentas de nuevo?

Y como Luján no respondiese á la pregunta, prosiguió Ramírez con una verbosidad desbordante y rara en él. Parecía que con ella quería ocultar su emoción :

— ¿Sabes que hace dos días he tenido la alta honra de hablar con el Excmo. Sr. Ministro de Gobierno, don Justo Aranda? En nombre de su colega el Excmo. Sr. Ministro de Relaciones Exteriores, cuyo cargo va supliendo para mayor honra de la familia, me ha ofrecido el Consulado del Pará.

Luján abrió los ojos extremamente sorprendido :

— No lo sabía, chico; te felicito. Es un buen puesto; honroso, sobre todo.

— ¿De veras? Pues he renunciado á la honra.

— ¡Cómo! ¿Has renunciado, dices?

— Sí, he renunciado.

— ¿Y por qué?

— No sé; no quiero ser empleado.

Luján miró á Ramírez entre burlón y sorprendido. Creyó que se le estaba burlando :

— No embromes, querido; eso no es verdad.

Ramírez, enrojeciendo, se detuvo frente á Luján :

— ¿Por qué? ¿Te parece que estoy por debajo del cargo?... Gracias; es palabra de amigo.

Luján se apresuró en rectificar :

— No, hombre, no lo digo porque dude de que te hayan ofrecido el cargo, sino... Yo sabía que andaban muchos detrás de él, diputados los más, y como tú no tienes vínculos con el gobierno y por el contrario... ¿Por qué lo has renunciado?

— ¡Dale!... Porque no quiero ser empleado; porque me parece que si lo aceptara, todos se reirían de mí; porque creen que habiendo sido liberal mi padre, también debo serlo yo; porque...

— ¡Estás diciendo tonterías, querido! ¿Por qué se te habrían de reir? ¿Acaso tú lo has pedido? Te ofrecen y tú aceptas; nada más lógico...

— Sí, lo que quieras; pero me fastidian nuestros hombres, me fastidia todo. Yo sé que si me ofrecen ese empleo no es por mi linda cara, sino por apartarme del periódico y holgar á su gusto. Además, te repito, dirían las gentes que me han comprado...

— ¿Y qué te importan las gentes? Que digan lo que quieran... Tú no serías el primero.

— Ni el primero ni el último, lo sé; mas, ¿qué quieres que te diga? me da asco la política. Que otros se revuelquen en ese lodo; yo, no.

Luján se sintió herido. En las palabras de Ramírez creyó ver una alusión. Y replicó :

— Si todos pensasen como tú, ¡pobre país! Felizmente eres el único. Es un deber meterse en política para mejorarla si está podrida, como lo crees. Yo, por ejemplo, y esto ya lo sabrás, he resuelto presentarme á las elecciones del año entrante, porque creo que me debo á mi patria y á mi raza, entidades superiores, sin fijarme en la mezquindad de los detalles. Así concibo yo el patriotismo.

Ramírez no quiso discutir. En el fondo pensaba como Luján y le dió á entender que no era la lucha lo que le disgustaba sino las armas empleadas para luchar; que no ambicionando triunfos políticos y creyéndose diferente por eso de los demás, sería irremediablemente vencido porque nunca sabría recurrir á los procedimientos empleados por la generalidad.

— Por lo mismo entonces debías aceptar el puesto que te han ofrecido. De ese modo, sirviendo lejos los intereses del país, te ponías fuera del alcance de sus luchas, que tanto temes, — le replicó el candidato.

El periodista confesó :

— Sí, quizás he cometido una ligereza. Sólo que me disgustó mucho la manera como ese idiota de Aranda me ofreció el empleo.

— ¿Y cómo fué ? Todavía no me has dicho nada.

— ¡ Pshé ! Hace dos ó tres días me hizo decir don Justo que deseaba hablarme de un asunto muy urgente. Me sorprendió el mensaje y acudí á la llamada del buen hombre

y apenas estuve en su presencia, fingió no conocerme ni de vista :

— « ¿Es usted don Carlos Ramírez? » — me preguntó mirándome de pies á cabeza y con un aire grave que helaba.

Me indignó la pregunta. Y tuve ganas de contestarle : — « ¿Y es usted don Justo Aranda? » Sonreí y me encogí de hombros. Parece que á don Justo le irritó mi irreverencia porque á quemarropa me sopló con tono solemne :

— « ¿Cuál es el objeto que lo guía al difundir los principios anarquistas, esos que son el azote de las sociedades contemporáneas? En el gobierno se piensa que su acción es peligrosa, porque va contra el derecho y la constitución, y ya usted sabe, el gobierno está encargado de mantener el orden y las garantías otorgadas por nuestra Magna Carta ! »

Al pronunciar las palabras « Magna Carta », « constitución », « derecho » inflaba el pecho y ahuecaba la voz; y al accionar con gesto animado, me miraba á mí y se miraba él de soslayo en un espejo que guarnecía una de las paredes... ¡ Ridículo, hijo ! Yo quería reirle en las narices, silbarle, y sin duda estos mis deseos se transparentaban en mi rostro, porque el del buen señor se empurpuraba cada momento más y más y yo sentía que la cólera le iba montando y que concluiría por estallar. Pero se contuvo y prosiguió su peroración aprendida de memoria para descargármela impunemente :

— « El gobierno tiene mil proyectos entre manos, desea echar las bases de nuestra nacionalidad y para ello quiere la paz y no la anarquía. Donde no hay orden, mi amigo, no hay nada; la paz es un maná del cielo. Quiere además regular las rentas nacionales y esto no puede hacerse con malos empleados. Su intención es, por consiguiente, po-

ner en la administración hombres honrados, íntegros, sobre todo en la que actúa en el extranjero y como se sabe que usted es uno de esos hombres, el gobierno, por mi órgano, le ofrece el Consulado del Pará, donde tenemos grandes intereses que salvaguardiar.» — Yo me incliné haciendo una profunda reverencia. Lá cólera me ahogaba y, dominándome, repuse imitando el tono solemne del incauto señor : — « Siéntome profundamente honrado, excelentísimo señor Ministro, del gran honor que ha pensado conferirme el Supremo Gobierno; y tengo el hondo pesar de manifestarle que no me es posible aceptar esa honra»... Te aseguro que si ves la cara de nuestro hombre al oirme, te mueres de risa. Expresaba la consternación, la duda, la extrañeza, quizás el espanto...

Al escuchar á su amigo, meneaba Luján la cabeza con aire de disgusto y de sorpresa. Consideraba loco á Ramírez, loco de remate, loco de camisa de fuerza, loco de manicomio. ¿Renunciar un empleo así? No; eso sólo á él podía ocurrírsele, á un hombre desequilibrado como Ramírez, porque, ahora sí, sin ninguna duda, su amigo era un desequilibrado y de la peor especie : pertenecía á esa de los que se consideran llamados á arreglar el mundo y la sociedad en que viven; de los visionarios fáciles en llegar al anarquismo de hecho para poner remedio á lo que su extraviada imaginación les presenta atacado de mal... ¡ Si á él, á Luján, le ofreciesen un empleo así ! Lo cogería con las dos manos para no soltarlo sino á la fuerza; y se marcharía lejos de la patria, lejos de sus luchas, que en verdad, y como lo decía el desequilibrado de Ramírez, eran tristes y desleales. Desde que se lanzara su nombre para la diputación, amigos y rivales asediaban el palacio de Gobierno con el exclusivo objeto de aconsejar á los dirigentes de la cosa pública dejasen de patrocinar su candi-

datura. Para todos ellos, él, Luján, no tenía otros méritos que haber recorrido por Chile gastándose los cuartos de su padre en placeres de baja calidad, cuando había en el partido buenos y abnegados servidores, inteligentes, ilustrados. Y Luján, al conocer todo esto, sentíase triste y decepcionado : chillaba su orgullo. Se le ocurría que querían desconocer sus méritos, sobresalientes, según su propio criterio. Así que ahora, al escuchar á Ramírez, no pudo reprimir un movimiento de envidia : consideraba injusto el que se ofreciesen empleos honoríficos á quienes no pedían nada y aun tenían la soberbia de rechazarlos.....

— ¿Qué dices de todo esto? — preguntó Ramírez, rompiendo el grave silencio del candidato. Luján repuso categóricamente :

— Bueno, querido, no te enojes; pero eres un tipo raro y recién me voy convenciendo de que ha hecho bien mi tío en negarte la mano de Elena.

Ramírez le miró entre sorprendido y enojado.

— ¿Y por qué?

— Porque no sirves ni aun para marido. Eres muy escrupuloso, ó, como dicen aquí, muy *zonzo*. ¿Ocurrírsete rechazar uno de los mejores empleos del Gobierno? ¿Qué quieres entonces ser en tu vida? ¿Cómo piensas vivir aquí? Ten por seguro que si don César hubiese sospechado siquiera que te iban á proponer el consulado del Pará, no te negaba jamás la mano de su hija.

— ¿Te parece?

— Estoy seguro. Lo que él quiere es ver brillar á Elena dentro ó fuera del país, y ningún medio mejor que ese. Aquí la mayor parte de los padres entregan á sus hijas sólo á quienes tienen las expectativas de un empleo rentado por el Estado. Y como yo estoy seguro de esto, he resuelto hacerme elegir diputado, pese á los ataques de los envi-

diosos y de los ruines. He de ser diputado; y te aseguro que aquí donde me ves, dentro de dos ó tres años, tengo mi capital hecho y una posición envidiable.

— Llevas excelentes proyectos.

— No te rías ni te burles. No voy sólo á lucrar como otros sino á trabajar y á que me paguen mi trabajo. Mi primera obra entrando á las Cámaras, ha de ser presentar un proyecto que reglamente la graduación en los empleos públicos para evitar esos abusos que se cometen improvisando empleados y colocando á los improvisados por encima de los que ya llevan largos años de servicios; luego... ¿es que me oyes?

— Sí, hombre, te oigo... ¿luego qué?

— No, no me oyes; estás pensando en no sé qué y tienes un aire de aburrimiento...

— Te oigo, hijo, te oigo. ¿Por qué no presentas otro proyecto exigiendo de los candidatos á diputados que sepan leer y escribir á lo menos con corrección?

— ¡No seas ca...!

— Lo digo en serio, querido. ¡Hay tanto imbécil en las Cámaras!

— Te prohibo decir nada malo del Congreso.

— Como quieras. Yo que tú, presentaba ese proyecto.

— Si tienes ganas de divertirte á mi costa, te dejo con un palmo. Adiós, chico... Dime, ¿qué piensas hacer ahora, después de la negativa del viejo?

Ramírez se encogió de hombros:

— No sé; creo que nada. Si ella me quisiese de veras, podíamos casarnos sin su consentimiento, huir...

Luján meneó la cabeza:

— Locuras, chico. Tú no debes pensar en nada extraordinario ni violento. Ella pasaría por todo, menos por desobedecer á sus padres y hacer algo sin su voluntad. Ade-

más — y esto ya te lo he dicho — no creo que su amor vaya hasta concederte un sacrificio. Yo que tú, tomaría la resolución de no pensar más en ella.

Ramírez se le acercó al amigo y mirándole hondamente en los ojos, le preguntó :

— Dime en confianza : ¿es ese un consejo tuyo, de amigo, ó te lo han dicho que me lo des?

Luján, sonrojándose, repuso con acento enojado :

— Es mío, Carlos, bien mío; ¿por qué esa pregunta? Jamás he sido tu alcahuete, creo...

VIII

Llegó al fin para Arturo Olaguibel el tan ansiado día de participar oficialmente su matrimonio á los amigos y á la parentela suya y á la de su novia. Era un domingo del mes de marzo.

Vistióse un elegante traje de levita gris, hecho expresamente para tan solemne acontecimiento de su vida, chantóse el flamante sombrero de copa, empuñó el flexible bastón de junco, y lanzóse, entusiasta, á la calle.

No fueron largos sus andares. Arturo Olaguibel contaba pocos amigos entre la gente distinguida; los más pertenecían al mundo de la clase media y no se atrevió á comunicarles su dicha. Desde que se enamorara, placíase en recordar que su padre había muerto siendo ministro de Estado bajo la administración del general Daza, y este hecho le parecía darle facultad para hacer gala de ambiciones aristocráticas. Se había contagiado de la debilidad de su novia, quien, contagiada á su vez por el ejemplo de la señorita Peñabrava, tenía fervoroso empeño en hacer la conquista del mundo llamado aristocrático seduciéndole con la riqueza de los trajes... Con sus íntimos, usó Olaguibel de una ejemplar concisión :

— ¡ Ché ! — les dijo esa misma noche en el hotel, des-

pués de la retreta y vaciada la tercera ó cuarta copa de cerveza, —en la semana entrante me caso y quiero que sean mis testigos. ¿Aceptan?

Los amigos chocaron las copas en signo de asentimiento y pidieron champaña.

— Que seas feliz, Arturo, y dés muchos hijos á la patria.

Luján se enterneció :

— ¡ Adiós calaveradas y borracheras ! Desde mañana, la vida reglada, medida, honorable... ¡ Bebe, hijo; despide tu juventud !

Arturo no quiso beber. Esa noche había reunión de confianza en casa de su novia y le esperaban. Invitó más bien á los amigos, pero éstos rehusaron la invitación. Les molestaba las presunciones de la familia y no veían con agrado la importancia que se daba la novia. La encontraban demasiado pagada de su persona, frívola y fría.

— Ven más bien á comer con nosotros mañana. Será nuestra última comida de solteros.

Aceptó enorgullecido. Ya le habían dado, según costumbre, dos ó tres banquetes los demás amigos y le agradaba mucho ver en los periódicos la relación que hacían de las fiestas ofrecidas en su honor. Todas esas frases encomiásticas de los papeles le hacían adquirir un alto concepto de sí mismo; le gustaba verse rodeado de gente solícita y como creía encontrar gran número de ella en el banquete ofrecido por sus compañeros de infancia, fué grande su decepción cuando, al día siguiente, al entrar al hotel embutido en su *smoking* y con retardo de una hora como signo de buen tono, no descubrió por comensales sino á sus dos amigos simplemente trajeados con ropas de todos los días. Los camaradas, al notar su contrariedad, le dijeron :

— Hemos querido que esta fiesta se haga en la intimi-

dad, entre nosotros solos, tus mejores, tus verdaderos amigos.

Gustó de la excusa Olaguibel y abrazó enternecido á sus contunos. Pensaba que era la economía que les había obligado á mostrarse parcos y no otra cosa. Apuraron algunos aperitivos y subieron luego á uno de los comedores reservados del hotel, un pequeño comedor con una ventana sobre la calle del Comercio, de tumbado bajo y sucio y adornada ahora con flores y ramilletes de los que emergían pequeños focos eléctricos. En medio, se veía una mesa, ocupando casi toda la habitación y guarnecida con flores y frutos. Frente á cada cubierto, ringla de copas mezclaban sus reflejos : copas de champaña, de Jerez, de coñac; copas cristalinas, anarajandas, verdes y color del Rhin.

La comida, poco abundante en sólidos, estuvo espléndidamente rociada de vinos falsificados y costosos. Á la hora de los postres, ninguno conservaba el equilibrio de sus facultades. El periodista, los codos sobre la mesa y el rostro entre las manos, miraba el mantel con rara tenacidad : desde la negativa de la mano de su novia, se había hecho más aguda su taciturnidad y se le veía meditativo, triste y silencioso. Arturo, con la cabeza turbada y las mejillas encendidas, luchaba con un enorme cigarro, empeñado en no correr y estaba inquieto por el giro que Luján iba dando á la charla : días anteriores había caído en manos de éste un libro de Smiles y ahora sentía la obsesión de buscar una orientación á la vida :

— Hay que idealizar la vida, rodearla de preocupaciones graves, única manera de hacerla fecunda.

— ¡ Se vive para gozar ! — opinó desdeñosamente Olaguibel, metiendo los dedos en la comisura del chaleco y orgullosos de su frase. Olaguibel, á pesar de sus habituales

ocupaciones y de sus eternas correrías galantes, se las componía para hallar algunas horas libres y en ellas leía las novelas de Paul de Kok, su autor favorito y fojeaba un método de inglés. Siendo comerciante, hasta él había llegado la noticia de que el inglés era la lengua dominante en el mundo de los negocios. Y á fuerza de ímproba labor había logrado, merced á la constancia de su compañero de escritorio, un inglés altote como eucaliptus y también borracho, fijar obstinadamente en su cerebro algunas frases que él repetía en cuanto tuviese algunas copas demás entre pecho y espalda : *Ovw do you do, The times monaie, All right* y otras por el estilo.

— ¿Gozar de qué?

— Del amor; de... de... de la amistad; de... de... ¡caramba!... de...

Tragaba saliva el novio, sin poder dar con la expresión justa, con aquella que tradujese su profundo pensar.

Luján, no tanto por contradecir á su amigo en una fiesta ofrecida por él en honor suyo como para consolar á Ramírez, profundamente triste, le arguyó :

— No te entiendo. Hasta ahora yo no sé cuáles sean los signos constitutivos de aquellos sentimientos. Entre nosotros, por ejemplo, decimos que existe amistad...

— ¿Es que no crees?... — le interrumpió el novio, blando de entrañas.

— No me interrumpas, te suplico. La amistad, el amor y todas las demás pasiones, son como el fuego : necesitan combustible para vivir. Y el combustible del amor es la ilusión y el de la amistad, el desinterés. Ahora nosotros somos amigos porque tenemos la costumbre de vernos desde nuestra niñez, odiamos á los mismos seres y las mismas cosas, somos iguales y estamos sujetos al dulce encanto de la fraternidad, la gran mentira; nos hemos

respetado la mujer y el dinero, la piedra de toque de la amistad, mas desde el instante que yo quisiese hacer la corte á tu novia ó tú comer solo de mi pan, concluiríamos rompiéndonos el alma á balazos...

— ¡ Caramba !, estás terrible. ¿Qué dices tú, Carlos?

Ramírez irguió la cabeza :

— Siento que Emilio tiene razón. Á veces yo he pensado lo mismo, solo que nunca he tenido el coraje de decirlo.

Olaguibel vació su copa :

— ¡ Basta de lata, vámonos ! — propuso súbitamente disgustado por quedarse solo con su opinión, en concepto suyo la única razonable y ansioso de estar con su novia á la que no había visto en todo el día sino un momento en la mañana, durante el almuerzo hecho en su casa.

Luján lo cogió por la falda del *smoking* y le obligó á sentarse de un golpe sobre la silla :

— Siéntate, joven enamorado; quiero hablarte del amor.

— Bueno, bueno, — dijo disgustado el novio queriendo evitar á todo trance las divagaciones del candidato, — de eso hablaremos otro día.

— ¿Otro día? Ya sería tarde, infeliz. Es ahora que tengo que hablarte.

— ¿Y qué tienes que decir? — repitió haciendo acopio de paciencia.

Luján, con acento declamatorio, comenzó como si hubiese de recitar :

— El Amor, divino Amor...

Más de pronto se detuvo y añadió recuperando su naturalidad :

— ...No; caería en lugares comunes. Prefiero darte algunos consejos sacados de mi experiencia... Ante todo, ¿estás siempre decidido á casarte?

Olaguibel miró á Luján sin saber si se le estaba burlando ó si hablaba en serio. Contestó sin embargo :

— Sí, lo estoy.

— ¡ No te cases !... Hé ahí mi mejor consejo.

— ¡ Cásate ! — opuso Ramírez con toda gravedad.

Olaguibel abrió los ojos alarmado. Entonces Luján, abandonando definitivamente su postura melodramática y lo más serio del mundo, repuso con ese tono dogmático y enfático, natural en él :

— ¡ Cásate !... Ese consejo puede ser todo lo sabio que se quiera, pero no es completo. « ¡ Cásate con quien debes » ! es mejor. Y con quien debes casarte es con una mujer que tenga tus mismos gustos; que de la vida tenga el mismo concepto que tú, que la contemple de la misma manera que tú; porque si tú la ves blanca y ella roja, son dos visiones que no pueden completarse ni aun armonizarse... ¿Entiendes?

Olaguibel meneó la cabeza con toda ingenuidad. Y Luján explicó :

— Y, sin embargo, es claro lo que quiero expresar. Para que en el matrimonio haya equilibrio, es necesario, fatal, absolutamente indispensable que los cónyuges tengan iguales gustos y, sobre todo, estén igualmente educados. Si tú eres intelectual, — y llamo intelectual al hombre que á los afanes jornaleros de la vida prefiere las cosas espirituales — y tu mujer no lo es; si tu preocupación dominante es cultivar tu espíritu, mejorarte, estudiar, hacerte más digno y tu mujer sólo se preocupa de trapos, de modas, de frivolidades; si tú eres amigo de la soledad, del silencio, de la meditación y del ensueño y tu mujer lo es de la sociedad, del ruido, de la apariencia, no pueden ser felices aunque lo quieran, no deben de ser felices. Se opone el instinto de los dos, el gusto de los dos, las preferencias de

los dos, el alma de los dos, en fin. Para serlo en estas condiciones, acaso sería preciso quererse mucho, amarse con amor trascendente, es decir, superior á los egoísmos, y un amor así aun no es flor de nuestro medio. En nuestros matrimonios, y aun en todos, uno de los cónyuges tiene que someterse al otro, sacrificar sus gustos, su manera de vivir, sus costumbres, esto es, tiene que haber una víctima. Y si no hay víctima, si cada cual quiere permanecer lo que es, sin sacrificar nada de lo suyo, sin transigir ni tolerarse, entonces no pueden vivir juntos, no deben, so pena de amargarse la vida mutuamente, reprochándose sus actos y ofreciendo un espectáculo entristecedor á los demás... ¿Entiendes ahora lo que quiero decir?

Olaguibel, sin hablar, hosco y preocupado, hizo un signo afirmativo con la cabeza. Las palabras de su amigo le habían hecho daño. Luján prosiguió :

— Ahora permíteme hacerte algunas preguntas... ¿Tiene dinero tu novia?

Olaguibel volvió á hacer otro signo afirmativo.

— ¡ Malo !... ¿Es celosa?

— Sí.

— Peor... ¿Le gustan los trapos?

— Le gustan.

— Mucho peor... Ahora escucha mi consejo : escribe mañana una carta á tu novia diciéndole que no puedes casarte; ensilla un caballo, lárgale las riendas y vete lejos, donde te lleve, y no vuelvas sino cuando sepas que tu novia se haya casado... Me lo agradecerás siempre.

— Estás loco, querido, — dijo Olaguibel con acento despechado, riendo nerviosamente y convencido de que era el alcohol que hacía disparatar al candidato. Y añadió : — Vámonos. Si seguimos aquí, hemos de concluir por rajarnos la cabeza contra la pared.

Se levantaron y descendieron á la sala. En una mesa central vecina al mostrador, algunos jugadores ensayaban su suerte en la inevitable *pinta*. Los dueños del hotel, por economía, habían apagado las lámparas rinconeras y la sala yacía en una penumbra bochornosa, cargada de humo y pesada. Los jugadores, al ver á Olaguibel le invitaron á tomar parte en una jugada. Olaguibel, maestro en toda clase de juegos de azar y quizás por consolarse de su acerba tristeza, se aproximó al grupo y en dos paradas consecutivas se ganó algunos puñados de pesos y abandonó la mesa respondiendo con un gesto expresivo á los insultos que le prodigaron los perdidosos.

Ya en la calle, un golpe de aire frío, sutil, penetrante, medio les disipó la borrachera é hizo que se dieran cuenta de su estado. La noche estaba oscura y bochornosa; amenazaba llover y lejanas centellas iluminaban los vastos espacios.

— ¿Dónde vamos? — preguntó Ramírez al notar que sus amigos le hacían tomar una dirección distinta á la de su casa.

— Á la *legación*, chico, — contestó Luján.

— Excelente idea, — aprobó el novio.

Ramírez, á pesar su ebriedad, sintió cierta repulsión al ver que fuese Olagüibel quien desease ir á una mancebía. Se lo dijo :

— ¿Y tú has de ir allá, tú, que te casas mañana? Lo que es yo, no voy.

Callóse el novio y Luján salió en su defensa :

— Hace bien; debe aprovechar el último día de libertad que le queda, — y lanzó una carcajada que turbó la callada quietud de la noche.

El novio, algo cohibido, lo compuso :

— No, hombre; lo dije por reir. Yo tampoco voy.

— ¡ Tonterías ! Lo hacen por no gastar, — les reprochó Luján.

¿Por no gastar? El reproche les tocó en lo vivo. Y, sin decir ya palabra, mortificados en su amor propio, se cogieron del brazo y emprendieron camino de la mancebía.

Una lamparilla de aceite clavada en lo alto de la pared indicaba la entrada, y otra difundía una luz amarillenta en el zaguán, pendiente y sinuoso. Del oscuro fondo del patio venían los briosos compases de una *cueca* ejecutada en un piano destemplado y chillón.

Al llegar á la sala, Ramírez se detuvo en la puerta cohibido por la novedad del espectáculo.

Era la sala una amplia habitación rectangular, vestida de rojo y adornada con multitud de espejos de todo tamaño y forma, y bailaban en ella desaforadamente dos parejas.

Iban medio desnudas las mujeres, cubiertas sólo por la camisa cuyo ancho escote dejaba en descubierto parte de sus senos... Una de las mujeres era blanca con cabellera dorada, morena la otra, las dos feas, con los labios teñidos al rojo vivo y torpemente embadurnadas de carmín las mejillas... Ellos estaban del todo ebrios, lucían finas ropas y bailaban á saltos, quebrando el cuerpo, agitando los pañuelos á lo alto de las cabezas, imitando, al encontrarse con sus parejas y marcando el compás de la musiquilla soez con los talones y las rodillas, gestos lascivos que ellas reproducían alzándose las ropas hasta mostrar las sombras del sexo...

Tendidos sobre los divanes rojos y deshilachados, junto á las copas llenas palmoteaban los parroquianos. Los más eran gente acomodada é influyente. Allí había el heredero de un distinguido comerciante caído en desgracia; un ex diputado acaudalado y con ínfulas de auténtica no-

bleza, un vago con aficiones deportivas, Andrés Rodríguez y sus amigos Guilarte y Pedrosa.

Aquellos eran los preferidos de las pensionadas y tan alta distinción, — así calificaban éstos la preferencia, — la habían conseguido á fuerza de gastar dinero y de asistir, noche por noche, á las orgías de la casa cuyos umbrales hollaban orgullosos, altivos, dándose aires de dispensadores de las caricias de esos pobres seres, espuma de bajos fondos, cantos rodados por todas las urbes de los países vecinos donde habían dejado juventud, belleza, ilusiones, hasta dar, envejecidas, usadas, rotas, en esa ciudad de los yermos para encontrar allí, como recompensa, el caliente homenaje de toda una juventud...

Ramírez, á la vista de sus rivales, no quiso franquear la puerta temeroso de provocar algún escándalo. É iba ya á retirarse cuando vió que Rodríguez, al descubrirlo, se levantaba de un salto y salía á su encuentro con gesto burlón y provocativo.

— ¡ Adelante el ilustre periodista que se digna honrar esta noble casa con su presencia ! Sea bienvenido y encuentre propicios los brazos de Venus...

Burlona era su voz, desdeñosa su sonrisa. Los parroquianos, enterados de la profunda enemistad que separaba á los jóvenes, comprendieron al punto que gozarían de espectáculo gratis. Abandonaron sus copas y se aproximaron á los rivales. El músico, sin dejar de chapalear el piano, se volvió hacia el grupo como hombre hecho ya á estas escenas vulgares en la casa.

El periodista, lívido, avanzó hacia su provocador dispuesto á pegar; mas apenas había franqueado los umbrales, recibió un golpe en la cabeza asestado por Guilarte y lodó Ramírez por el suelo, aturdido. Olaguibel y Luján ranzáronse sobre el agresor; salieron en defensa Rodrí-

guez y Pedrosa y comenzaron á menudear los golpes, en tumulto incontenible. Las barraganas pidieron socorro de los vigilantes estacionados de exprofeso en el zaguán. Entraron los rotosos representantes del orden público y se mezclaron en la contienda en cumplimiento de su elevada misión, pero como los adversarios no diesen paz á los puños y antes les hiciesen participar alguno que otro golpe intencionado, enojáronse los vigilantes y á requisitoria de las pensionadas, furiosas de que un tipo que por primera vez pisaba los umbrales de su establecimiento levantase tan grande escándalo, y de los amigos de Rodríguez que consumían sin gastar, fueron conducidos todos á la Policía, donde Rodríguez y los suyos entablaron querella contra el periodista.

Los representantes de la autoridad, tiempo há prevenidos contra el mozo, prestaron atento oído á la querella y lo cerraron á la defensa. Ramírez, indignado por la parcialidad, protestó, juró, amenazó y aun se fué de palabras duras, en vista de lo cual fué arrestado en un calabozo por « desacato á la autoridad » que falló el ejemplar justiciero, disponiendo á la vez que los demás, amigos y enemigos, se fuesen, libres, á sus casas...

IX

Al día siguiente *El Eco de la Patria* dió cuenta del escándalo:

« Anoche un redactor de *La Lucha*, muy conocido por sus » ideas anarquistas y que hace poco estuvo persiguiendo » uno de los consulados en el extranjero, atacó en un » sitio de placer á dos jóvenes distinguidos de nuestro » mundo social, también periodistas, que habían ido con » objeto de documentarse sobre las irregularidades que » dicen cometerse en ese lugar. Lamentamos el hecho y lo » señalamos para que la vindicta pública caiga, inexora» ble, sobre el delincuente. »

La información fué escrita por Guilarte y produjo honda sensación en los lectores del popular periódico. El nombre de Ramírez, divulgado por Rodríguez y sus amigos, anduvo en todas las bocas.

La cólera y la decepción del periodista fueron profundas. Tuvo, en un momento, intenciones de relatar el incidente tal como había pasado y poner las cosas en su sitio; mas se vió obligado á callar cediendo á las súplicas de sus amigos Olaguibel y Luján. Pensaba Olaguibel que de realizar Ramírez su propósito, quizás ocasionaría la ruptura de su matrimonio, y para él la dicha y el bienestar estaban en la mano y en la dote de su novia; Luján

temió el disfavor de sus partidarios y quizás el retiro de su nombre de las próximas listas electorales, y ni uno ni otro quería andar en boca de las gentes ni perder un ápice de la respetabilidad de que gozaban. Ramírez, sin poner gran empeño en su intención, desdeñoso del concepto de las gentes, y si bien más molestado que dolido de la conducta de sus amigos, callóse y sólo fueron grandes su cólera y su desengaño cuando, dos días después, recibió de Elena un lacónico y mal escrito billete :

« *No benga usted porque estoy enojada con su proceder. ¿Qué á hecho usted? No benga; mi papá no quiere verlo. Usted no me ama. Adiós.*

ELENA. »

Y no volvió á ir.

¿Para qué? De sobra conocía, para ir, la tremenda limitación que daban Elena y sus padres á los conceptos de moralidad, decencia, honorabilidad y todas esas frases aplicadas allí á los actos de pura apariencia. Se puso á trabajar más bien con ahinco en el periódico. Á poco se sintió laxo, disgustado, triste de su labor. Todos sus afanes, sino estériles, eran inútiles por el momento. En el periódico su prestigio andaba de menos minado por el propietario y director principal de *La Lucha*. De un día para otro se había convertido éste en fervoroso partidario de don Cosme Endara, en su antiguo concepto « el más redomado de los bribones » y el secreto de su repentina conversión estaba en que don Cosme le había prometido una cartera en cuanto fuese proclamado presidente.

Fué un golpe para Ramírez. Unióse á ese hombre creyéndole distinto de los demás y resultaba ahora uno de tantos ambiciosillos vulgares que andan en la oposición porque no tienen nada que coger en el círculo dominante....

Renunció su cargo de redactor impago. El periódico se iba á fondo, disminuían los abonados y aumentaban los de *El Eco de la Patria*... y era imposible seguir sosteniéndolo á pura pérdida, mucho más si aun no había la costumbre de vender los números por la calle ni las clases populares se interesaban en la discusión de las ideas. ¿Para qué luchar entonces? Era inútil. La lucha en esas condiciones, sujeta á las conveniencias y sin un fin desinteresado que alcanzar, además de estéril, era peligrosa no en su aspecto individual sino colectivo : engendra la desconfianza en las masas, la cual impulsa su egoísmo... ¿Qué había conseguido él, trabajando en el periódico? ¡Nada! Hacerse de terribles adversarios, quienes, sino le llenaban de insultos, le hacían pasar por un demagogo idealista flotando siempre en el mundo de los sueños, incapaz de inspirar un cualquier movimiento de orden práctico. Guilarte desde *El Eco de la Patria* y con aplauso de la mayoría de diputados y de los miembros del gabinete, había desatado sobre él, como un calificativo humillante y tomándolo como sinónimo de impotencia, el de «soñador pesimista»; y como Ramírez, soberbio, orgulloso, se encerrase dentro de un absoluto mutismo, dijeron sus émulos que se encontraba incapaz de entrar en polémica con Guilarte y era su inferior, intelectualmente. El mismo Guilarte llegó á suponer esto; y, altivo, feliz, paseaba por las calles contoneándose, sacando el pecho, escupiendo por el colmillo, dichoso con su importancia...

La vida de Ramírez tornóse monótona como nunca, triste. Sus dos mejores amigos, acaso sintiéndose responsables de su fracaso y de la hostilidad del medio hacía él, ó quizás por vergüenza, ó por puro egoísmo, dejaron de buscarle con la acostumbrada frecuencia. El uno, casado ya y brutalmente convencido de la esclavitud del matri-

monio, estaba sometido á un riguroso régimen de vigilancia y no era libre de sus actos; el otro, mezclado de golpe y porrazo en la política, temía que sus correligionarios le tachasen de mantener estrechas relaciones con un hombre sindicado de perturbador del orden. Y ambos huían su presencia. Cuando, por casualidad le encontraban en la calle, Olaguibel, con aire encogido y acento nada convincente, le aseguraba que sus expansiones hogareñas le quitaban tiempo para buscar á los amigos; Luján sacaba á lucir imaginarios trabajos en su bufete de abogado por parte de día y compromisos sociales, por parte de noche... Y así, tranquilos con la buena apariencia de su disculpa, jamás aparecían por casa de Ramírez creyendo que éste encontraría justificados los pretextos, sin acordarse que su amor propio era excesivo y nunca se inquietaba, aunque le doliese, de averiguar la causa del resentimiento de las personas amadas que desviasen su afecto al antojo de la veleidad ó de las conveniencias. No dejó, con todo, de sentirse humillado por la conducta de sus amigos y tomó la resolución de no buscarlos en tanto que no fuesen á su casa. Y, cada día más huraño, dejó de frecuentar las fiestas y paseos públicos pues la gente, al verlo, se daba de codazos, maliciosa y cruel: — « ¿Sabes? Lo ha barrido la Peñabrava... »

Vendió, por la mitad de su precio, su acción del periódico á su ex asociado y buscó refugio en el valle. Sin despedirse ni ver á sus amigos, se fué á Caracato, á la finca de don Tomás Torres, un lejano pariente suyo, hombre ricachón, de plácidas costumbres y algo ambicioso.

Estaba la finca de don Tomás una legua más abajo del pueblo de aquel nombre, ya casi destruído por las anuales corrientes del río, y se extendía, como casi todas las propiedades de esa región, á los pies de cerros pobremente vesti-

dos de cardos, espinos, algarrobos y *kuphis*, planta de madera dura é indomable á los embates del viento que sopla perenne en aquellas playas haciendo crecer á los árboles con sus troncos inclinados en un mismo sentido. Un cerro rocoso avanzaba sobre la pedregosa playa y defendía á la propiedad de los estragos de las corrientes, mas no del viento, siempre tenaz á mediodía. La casa de hacienda, deforme, baja, con sus toscas paredes enjalbegadas, su techo de paja sucia y ennegrecida y á la que llegaba por un ancho portalón de adobes, se erguía pegada contra una de las estribaciones de aquél cerro, en una altura, y la habitación de Ramírez caía sobre una galería desde la cual se dominaba, por encima de las copas de las huertas, la playa desierta y la extensión de la propiedad, siempre amenazada por los torrentes que en tiempo de grandes lluvias se despeñan por los flancos hoscos de los cerros arrastrando lodo y arena y cayendo como catapultas sobre el llano, matando hombres y bestias, enterrando las viñas bajo una capa de lodo amasado en rocalla....

Levantábase Ramírez todos los días con el sol, bebía una taza de leche recién ordeñada y dos ó tres copas de aguardiente de uva con quinina para no atrapar las fiebres, y se iba á vagar por las huertas de peras y duraznos de los colonos y por los viñedos cuajados en ese mes de racimos maduros, y era una de sus diversiones favoritas ver huir á su presencia en bandadas á las aves y caer sobre los árboles mezclando sus trinos y silbos al perenne rumor del río y al incansable gemir del viento....

Con la escopeta al hombro, la bolsa al costado, un tomo de *Don Quijote* en el bolsillo, llenos los ojos de luz y los pulmones del buen aire, pasaba horas de horas en feliz contemplación de la hosca belleza del campo y se

sentía más aliviado de sus rencores, más á gusto con la soledad, más tranquilo. Todas las ficciones de la vida urbana aun no del todo libre de la marca de primitiva barbarie, todas las preocupaciones de la sociedad, muy de hecho aristocratizada y aun no plasmada en elementos de verdadera civilización, ahora le parecían estúpidas. Pensaba con pena en ese vehemente deseo de aparentar de las gentes; de las pobres y pequeñas ambiciones que acicatean sus ánimos; de la vida toda, en fin, triste por su frivolidad, por la falta de preocupaciones elevadas....

Muchas veces, en medio del galopar demoledor de sus ideas, y cuando menos lo pensaba, se levantaba de entre sus pies de algún repliegue del terreno, una perdiz y desaparecía antes de que él pudiera domar el sobresalto de sus nervios y dirigir la puntería de su arma. Volvía á caminar con los ojos atentos y entregado el oído a dulcísimo canto de las calandrias, ese animalito tímido, en busca siempre de sitios solitarios y agrestes para piar. Le gustaba verlo posado sobre cactus espinosos y derechos como columnas y levantar el vuelo á su presencia y alejarse lentamente por el aire, con las alas desplegadas, dejándose mecer por la perfumada brisa é hinchando su garganta blanca con su armonioso y divino canto.

Se dió á la caza con pasión, alentado por los consejos de don Tomás.

Tenía éste una habitación forrada con las pieles de todas las bestias que matara en su vida : venados, cóndores, gatos monteses, onzas, osos. Diestrísimo tirador en sus mocedades, primero los años y después las copas habían marchitado sus bríos y echado á perder la firmeza de su pulso; y ahora á las correrías por montes y barrancos, prefería la compañía de los vallunos y vecinos, casi todos amantes del buen vino y de los excelentes licores que

las propiedades se produce y es el solo negocio lucrativo de la región... Con todo, le acompañaba en veces y hacían ambos largas excursiones á los montes y á las altas serranías visibles desde el fondo del valle, y volvían trayendo buena provisión de carne que se obsequiaba á los colindantes y á la indiada de la hacienda; mas nunca, pese á los deseos de Ramírez, había podido dar con las huellas de un oso.

— Si quieres matar osos, — le dijo un día don Tomás, — tienes que ir más adentro, cerca las *Juntas*. Hace tiempo que ya han desaparecido del valle y creo que yo he matado el último. Ahí tienes su cuero, — y el viejo cazador extendió la mano y señaló una piel parda deshecha por las polillas.

Convinieron en hacer un viaje. Ramírez había oído hablar mucho de las Juntas como de un sitio digno de verse por su trágica belleza, y, además, estaba resuelto á no dejar la hacienda sin llevar consigo la piel de un oso.

Y un día, al rayar el alba, montaron en fuertes mulas y emprendieron río abajo, camino de las Juntas.

El valle, siempre amurallado de altos cerros por los costados y con sus huertas acurrucadas en los repliegues de aquellos, sobre plataformas dominando el río, se abría á trechos para dar paso á alguna abra y se cerraba otras hasta convertirse en un callejón oscuro y tortuoso.

Antes de mediodía y estando en uno de estos callejones vieron que en lo hondo se ensanchaba la playa á manera de plazoleta rodeada por cerros é iluminada por una gran claridad que de los cielos caía. Era el vértice del río Luribay y su ancha playa se abría por la derecha como un inmenso boquerón. Encontrábanse las aguas de los dos ríos en bullicioso abrazo : rojas eran las del Luribay; oscuras las del Caracato y corrían las dos por largo espacio

sin confundirse y formando una especie de cinta bicolora y ondulada... Siguiendo los ojos por el boquerón se veían caer sobre la estrecha playa los flancos desgarrados de los cerros rojos, con un rojo encendido : dijérase esa tierra amasada en sangre...

Soplaba el viento en ese punto tenaz, desesperado y tan tibio cual si fuese salido de una fragua y se dividía por los dos boquerones, corriendo vega arriba y meciendo el vasto follaje de las huertas.

Continuaron los viajeros su áspera ruta sólo adivinada por el huano seco de las caravanas y á poco volvía á rajarse la playa por la izquierda para recibir el caudal del río de La Paz. Ya los cerros, plomizos, informes y desmesuradamente altos, se inclinaban á veces sobre el angosto cauce cual si quisiesen echarse abajo y enterrarlo; otras se erguían derechos y cortados á pico, mostrando la estructura de sus rocas rayadas horizontalmente y en líneas regulares cual la perforación practicada en las hojas de un libro.

Claro se veía — y es voz de la ciencia — que aquestos valles cubiertos *in illo témpore*, por las aguas de un lago ó mar interior, del Titicaca sin duda, y sobre las que las cumbres nevadas de los altos montes sobresalían como islas, no pudiendo romper el granito de la cadena de los Andes, domaron algún día sus vallas y se precipitaron formando esa honda depresión, vegas hoy perfumadas y jocundas....

Detúvose don Tomás junto á un gran pedrón de encendidos tonos que obstruía la playa en medio y acercando su mula á la de su sobrino, habló á gritos á éste, sola manera de hacerse entender en ese fenomenal concierto del viento y de las aguas enfurecidas :

— Á esto llaman las Juntas, pero hay que ir más

adentro para ver lo mejor... ¿Te animas? Es ahora el momento; más tarde, ya no podríamos....

Ramírez hizo un gesto de asentimiento. Entonces don Tomás, por señas, le indicó que bajase de su cabalgadura. Descendió al mismo tiempo él de la suya guareciéndose detrás del pedrón, se despojó trabajosamente del poncho, lo dobló y lo sujetó con una correa contra la maletera, apretó aun más la cincha de la bestia y sacando un enorme pañuelo del bolsillo, lo torció como una cuerda y con ella sujetóse el sombrero por debajo de la barba.

— Haz como yo, — le gritó á Ramírez, — y sácate el poncho que no sirve sino de estorbo...

Puso Ramírez en ejecución el consejo de su tío y en tanto que luchaba con el poncho, juguete en alas del viento, don Tomás, considerando á su sobrino inútil para las faenas de caballería, hizo con la cabalgadura del joven lo que con la suya hiciera.

Volvieron á cabalgar, y dejando á su derecha la tortuosa cuesta de Challara que sube caracoleando por el borde de hondos precipicios, continuaron descendiendo por la playa. Un ruido más sordo que el del río, rico ya en caudal, se dejaba oir por el fondo, continuo, grave.

Este fondo no era sino un callejón oscuro y de paredes escarpadas y llenas de oquedades en las que crecían menguadas hierbas que el vendaval sacudía arrancando de sus fibras extrañas concertaciones. Entrábanse por el callejón las aguas, dando tumbos, casi negras, y era su embate contra las rocas causa de aquel lejano ruido...

Caminaban las pobres bestias paso á paso, como queriendo aferrarse con los cascos en las piedras de la playa, é iban pegadas contra el murallón cuyos salientes ángulos medio atenuaban la violencia del viento, ahora más bravo

y llevaban gachas las cabezas y las orejas con los pabellones vueltos para atrás.

Don Tomás, venciendo el ronco rumor de las aguas en lucha con el viento, volvió á hablar á gritos á su sobrino :

— Estamos en la primera angostura, al pie de Milluni. Fíjate : aqu la playa sólo tiene diez y seis metros de ancho y más adentro... ¡sólo cuatro!... Á las dos ó tres de la tarde el viento levanta las piedras menudas del suelo... Una vez, doña Mariquita, la de *Jau-Jau*, por asujetarse el poncho, ató en las esquinas cuatro piedras de á libra... ¿creerás?... Pues el viento le levantó el poncho y con las piedras le rompió la cabeza por dos partes.... Casi se muere....

Apenas entendió Ramírez lo que su tío le dijera. Entonces éste, con otro gesto, le indicó que continuara avanzando.

Salieron del callejón no apenas de veinte metros de largo y luego de caminar por los recovecos de la playa obstruída en partes por gruesos pedrones llegaron á un punto en que las paredes de los cerros se levantaban verticales y se perdían en el cielo sin delatar la menor huella de una rugosidad ó de una curva, ni presentar más espectáculo que su conformación rocosa rayada, y luego se iban angostando poco á poco hasta convertirse en un sajo de roca viva, hondo, oscuro y altísimo.

Metíanse las aguas, casi mansas, en el sajo, y de él salía el viento chiflando con voz aguda...

Y, las aguas hasta las rodillas, chapaleando en ellas, y desafiando al viento, metiéronse también los viajeros por él...

Ramírez ya no podía más de angustia. Inclinado contra el cuello de su mula, las piernas fuertemente apretadas contra sus flancos, calado hasta los huesos por la lluvia

que allí producían las fuertes rachas, llevaba grandemente dilatados los ojos por el estupor y de vez en cuando los alzaba al cielo.

Se le veía arriba, lejos, azul, azul como añilina y no era sino una banda dividida en medio por el puente colgante de Araca, pendiente sobre la negra sima...

Las paredes del sajo, altas é incomensurables, levantábanse lisas hasta cierta altura. Y luego, cual truncas impostas, negras y angulosas rocas sobresalían diseñando sus contornos sobre la limpieza del cielo azul entrevisto apenas de las honduras de esas entrañas de montes...

Chocaba el viento contra los sillares aullando á veces con voz de gemidos, rugiendo otras amenazador, lamentándose algunas, y su voz grave era lo sólo que indicaba la vida en aquellos solitarios parajes por los que casi nunca se atreven los viajeros, y, si lo hacen, es temblando de angustia, con el corazón apretado de zozobra y en los labios una oración por todos aquellos que allí por siempre quedaron...

Volvieron sobre sus pasos satisfecha ya la curiosidad de Ramírez y tomaron el camino que serpea por la vertiente del cerro. Pasado medio día llegaron á la altura y en el breve descanso que hicieron para merendar, le preguntó el cazador á su sobrino :

— ¿Qué te ha parecido?

Todavía estaba pálido y emocionado el joven é hizo un gesto de estupor.

— En tiempo de lluvias, quien anda por esas rinconadas expone á cada paso su vida.

¡ Ya lo creo que se debía exponer la vida ! Y recién se explicó Ramírez esa despreocupación, la dureza y el coraje que había observado en las gentes de esos valles. ¡ Claro ! Estaban hechos á esta clase de espectáculos y vivían en

perpetua lucha con los elementos, más crueles que los hombres...

También, y tendiendo los ojos sobre el mar de cumbres y quiebras que desde esa altura se descubría, se explicó por qué el viento soplaba con tanta furia en las Juntas. Eran éstas el vértice de todos los valles formados por la violenta evacuación de las aguas al romper sus moldes. Aparecían los valles desde la enorme altura, casi á vuelo de pájaro, separados unos de otros por altísimos montes, para trasponer los cuales hay que emplear todo un día. Venían á ser las Juntas como la boca de un embudo, por la que entran más de diez ríos y torrentes que á lo largo de ellos corren, provenientes todos del deshielo de la Cordillera cuyas cumbres elevadas sobresalen por encima de las cimas grises que se arremolinan por todos lados fulgiendo á la luz cruda del atardecer... Y el frío de aquellas nieves eternas mezclado al sofocante calor de los valles ricos en viñedos y olivares formaban ese contraste de temperaturas y hacían saltar al viento que no pudiendo escalar las alturas, se metía por la boca del embudo y refrescaba el cálido aliento de esas tierras bañadas por el buen sol...

Casi una semana duró el viaje.

Recorrieron todas las rinconadas del valle de Araca y volvieron á Caracato cansados y molidos, pero satisfechos: habían causado hecatombes en las tropas de venados, numerosísimas en esas regiones, y traían consigo media docena de cueros de osos.

Ramírez no volvió á intentar ninguna otra distante cacería y se dió á limpiar de toda alimaña la finca de su tío.

Sociable y amiguero era don Tomás, como buen valluno, y el día que no tenía dos ó más comensales en su mesa, iba á buscarlos al pueblo ó en las propiedades vecinas. Y en su casa ó en la de los colindantes, el supremo halago

eran las fiestas al aire libre y las abundantes comilonas hechas en la huerta, bajo los árboles y espléndidamente rociadas del buen vino y de la espumante chicha. Cada vecino al conocer á Ramírez y saber su calidad de periodista, quería tenerlo en su casa lo menos por un día. Las invitaciones le llovían y se vió forzado á acudir á todas para no resentir á esas gentes que hacen lujo de hospitalidad y son cariñosas y en extremo obsequiosas.

Dos meses de esta vida bastaron para acentuar en Ramírez sus aficiones á las bebidas alcohólicas.

Cuando volvió á la ciudad tampoco le buscaron sus amigos. Entonces, venciendo la mortificación de su orgullo, propúsose darles una lección de cortesía y generosidad, y una mañana fué á lo del candidato.

La recepción de Luján le produjo profundo desagrado.

La ausencia de Ramírez de la ciudad y sus frecuentes visitas á las cantinas á su regreso habían dado lugar á que se dijese que el periodista, harto de desengaños, buscaba en el alcohol remedio á sus males. Prestó oídos la Peñabrava á estas voces, y, vagamente inquieta, pensó que era preciso tener en su poder las cartas que le escribiera en sus momentos de «burro», como ella dió ahora en llamar á aquellos en que, anhelante de la embriaguez del amor, fijara sobre el papel sus pobres frases amorosas, llenas de faltas de ortografía, banales y apasionadas. Mandó llamar á su primo y contándole su caso, le rogó recoger, de manos de Ramírez, por cualquier medio, sus papeles. Convino Luján que, en efecto, era indispensable tener esas cartas y, llevado de estas intenciones pensaba ir á lo de Ramírez en uno de esos días. Y estando en tal disposición, le había cogido la visita de su amigo. Por eso la gravedad con que lo recibiera esta mañana :

— ¡ Hola; chico ! Por fin se te ve en casa.

— Te sorprende, sin duda, — repuso, sonriendo con sorna, Ramírez.

— Confieso que sí. ¿Dónde te has metido todo este tiempo? No te he visto en ninguna parte.

— Estuve en el campo.

— Con razón. Pero (*guiñando los ojos con malicia*) estás ojeroso. Cualquiera diría que has vivido en pura jarana.

— ¿Qué quieres? Estuve en Caracato y allí no se hace otra cosa que beber. Y tú, ¿trabajas mucho?

Luján alzó los hombros con énfasis :

— ¡ Uf, hijo, si vieras ! Pero no es tanto el bufete que me quita el tiempo como mis compromisos políticos. Quieren hacerme diputado y hay que trabajar. Ya llevo gastados la mar de pesos que me los desquitaré cuando sea diputado.

— Llevas buenas intenciones y... tienes razón. Todas las cosas hay que tomarlas hoy bajo su aspecto utilitario...

Luján se sintió herido por el tono de voz de Ramírez y no queriendo contradecirle para no agriar los ánimos y enfriar todavía más su vieja amistad, se aproximó al balcón y, mirando la calle, se puso á tamborear sobre los cristales.

— ¿Qué me cuentas de nuevo? ¿Qué has hecho en todo este tiempo que no te he visto? — insistió Ramírez, adivinando por la cara del amigo que éste le reservaba alguna sorpresa.

— ¿De nuevo? Nada. Aquí nunca pasa nada. Es desesperante. De ti me han dicho que piensas emprender campaña contra los diputados y van echando *periquitos* contra ti. Si no te moderas, pueden jugarte una mala partida.

— ¿De veras?

— ¡ Ya lo creo ! Á Guilarte le han encargado que te provoque, que te ataque y que si no te defiendes, te insulte en último caso; y como Guilarte no tiene nada que perder, bien puede hacerte alguna perrada.

— Le muelo las costillas á palos.

— Peor. Te meten á la cárcel por tentativa de asesinato.

Ramírez se indignó :

— ¿Entonces me dejo ramosear con ese cholillo? ¡No faltaba más !

Luján guardó silencio un momento y preguntó al fin :

— ¿De veras has dejado el periódico?

— Sí.

— Me alegro por ti.

— ¿Por qué?

— Porque no hacías otra cosa que crearte enemigos.

Ramírez sonrió encogiéndose de hombros y cambió de charla preguntando con aparente displicencia :

— ¿Qué es de tu prima? Casi todos los días la cita *El Eco*... y me dicen que ahora ya es íntima de las Montenegro y que le va haciendo la corte Rodríguez. ¿Verdad?

Se alegró Luján de que fuese Ramírez quien le diese pretexto para abordar el asunto que iba á llevarlo á su casa. Y repuso con acento indiferente y fingiendo á su vez interesarse por su compañero :

— Creo que hay algo de eso. Elena ya no es la misma de antes... No; tú debieras hacer lo posible por romper con ella. Es demasiado frívola, demasiado dada á la sociedad para hacer la dicha de un hombre retraído como tú... Ahora — verdad — creo que va escuchando las frases almibaradas de Rodríguez. La otra noche se la pasaron juntos bailando en la *matinée* de la legación del Perú y todos andaban haciéndoles bromas. Á mí no me ha con-

fesado nada; creo que me tiene vergüenza... ¿Es que tú ya no la visitas?

— No, ya no la visito. Á los dos días de aquella noche que comimos juntos, me envió una carta modelo de... Á propósito, hijo, ¿no sería conveniente que te constituyeses en profesor de tu prima? No sabe pizca de ortografía...

— ¿Y quién sabe ortografía, querido? No hay una sola mujer en todo el país y aun tentado estoy por decir que en toda América, que sepa ortografía... Bueno, ¿y qué?

— Pues nada; que me mandó un papelito en que me decía muy cortésmente que dejara de ir á su casa. Una semana después la encontré en la calle : iba con esa momia de la Quiroz y al verme se pasó de largo, sin dejar que la saludase. (*Paseando por la habitación.*) Á ésa pobre chica le van volando el seso.

— Tonterías de novios, querido. Ustedes los pobres ingenuos (*recalcó la palabra*) ya no tienen nada que decirse entre enamorados, y riñen. Lo peor es que después quieren casarse todavía; se casan, y á los ocho días resultan arrojándose los platos á la cabeza... Esto le ha pasado á Arturo. Anteanoche tuvo la primera borrasca con su cara mitad : ella le arrancó un mechón de cabellos y él casi la estrangula. ¿La causa? No me la dijo, pero me la dió á entender : creo que le ha prohibido terminantemente que nos busque pues dice que somos nosotros quienes le echamos á perder... ¡ Figúrate ! Esa chica fingió candor angelical durante los seis meses del noviazgo : apenas casada, el ángel resultó un tremendo diablillo. Hasta sucia es la pobre : la otra tarde me invitó á tomar el té y sus uñas tenían un admirable borde negro. Á su marido lo ha convertido en un monje. Se acuesta á las nueve, se levanta á las ocho, come á las seis; el domingo da una vueltecita por el Prado con su cara mitad, y así, día á día, sin descanso. Se acabaron por

siempre las excursiones nocturnas por los barrios populares; nada de borracheras ni tonterías. Ahora al lado de la bien amada, soportando sus jaquecas, sus malhumores, sus... ¡Horror, chico!... Ven, vamos á dar una vuelta, á respirar el buen aire de la libertad.

Salieron y se encaminaron al Prado. Al llegar á la calle Loayza, torciendo la esquina, un espectáculo banal y conocido, detuvo sus pasos.

Un grupo de chiquillos desastrados y carisucios perseguía á un perro que los agentes de la Policía habían envenenado con estrignina. El pobre animalucho, flaco, cubierta de grandes costras su piel lanuda y sin brillo, corría dando saltos, con la lengua arrastrada por el suelo, los ojos inyectados en sangre y de mirar torvo, topando con las paredes, metiéndose entre las piernas de los caminantes. Deteníanse algunos de éstos á contemplar, riendo, las horribles contorsiones del can y otros escapaban llenos de asco y de horror. Á veces la pobre bestia se echaba al suelo, con las patas rígidas temblantes y levantadas á lo alto, presa de feroces convulsiones y entonces se detenía la chiquillada á celebrar con grandes alaridos las convulsiones del enclenque animalucho. De un salto se volvía á levantar, molestado por las patadas de los gamines, y, quejándose, corría, corría, sediento de espacio, hasta volver á caer por la centésima vez. Y todos reían complacidos de que los agentes públicos llenasen de tan singular manera su deber de sanear la población...

— ¿Con que te ha escrito así Elena? — preguntó Luján al llegar al Prado y fingiendo no saber nada de las cosas de su prima.

— Así me ha escrito. Yo he resuelto no volver á su casa.

— Haces bien y me alegro por ti. Hoy don César te considera un perdido de marca mayor y cree que de veras

mantienes relaciones con la antigua criada de tu madre.

— Algún cuento sin duda.

— Le han escrito un anónimo...

Ramírez se encogió de hombros y sonrió. ¡Cómo era ridículo, torpe, mezquino todo eso! ¡Cómo... ¡oh, la vida!

Llegaron á los portales y propuso Luján seguir el paseo hasta la plazoleta de los kioskos, avenida abajo, á la sombra de los eucaliptus y sauces que bordean el pendiente y ancho paseo.

Lanzaba oblicuamente sus rayos el sol, un claro sol de invierno, y el cielo ostentaba ese azul que sólo en esas latitudes se ve. Amarilleaban los rastrojos en las chacras y ya el viento había arrancado la mayor parte de las hojas á los álamos que tendían sus escuetas ramas temblorosas. Camino abajo, lejos, se veía jugar una ronda de pequeñuelos vestidos de colores claros.

— ¿En qué piensas? — interrogó Luján, rompiendo el acerbo mutismo de Ramírez.

— En nada, — y añadió sacudiendo la cabeza y mostrando á dos muchachas que traían su dirección: — Esta mañana han venido muchas chicas á pasear. Fíjate en aquellas que vienen por nuestro costado. ¿Puedes conocerlas?

Luján miró en los ojos á su amigo y, compasivo, repuso:

— ¿Qué tienes, Carlos? Te noto otro. Has cambiado mucho en estos últimos tiempos.

Ramírez, sin responder á la cariñosa pregunta, insistió alegremente:

— Me parece á mí que son las Encinas... ¿No crees tú lo mismo?

— Lo que creo es que todos los días te vas haciendo más incapaz. Antes era yo tu confidente y ahora me huyes...

— Perdona, Emilio : si hoy yo no hubiese ido á tu casa quizás no nos viéramos en mucho tiempo....

Sonrojóse Luján por el reproche y se disculpó :

— Ya te he dicho que mis labores... ¿Y te has visto con Arturo?

Ramírez repuso lentamente :

— Ahora ya nadie me busca. Á Arturo hace tiempo que no lo veo... ¿Por qué?

— Hace dos ó tres días me dijo que iría á verte para pedirte un favor. Está empeñado en que le nombren subprefecto de alguna provincia y quiere que le apoyes en el periódico. En la subprefectura ve el sólo remedio á su situación. Yo le he aconsejado que separe á su mujer del ambiente de su hogar y se la lleve donde los padres no puedan verla...

— ¿Y de dónde cree Arturo que yo puede ayudarle?

— Es que no sabe todavía que has dejado el periódico.

— Si lo sabe, no vendrá.

— ¡No, hombre! ¿Por qué crees eso?

— Porque es así, — repuso volviendo á sonreir como hombre que ya no se espanta de nada. Luján, sobresaltado, cambió de charla :

— Verdad : creo que son las Encinas esas que vienen...

Ramírez se detuvo y cogiendo nerviosamente á su amigo por el brazo dijo con voz opaca :

— ¡Es *ella!*

Efectivamente; era la señorita Peñabrava y venía amorosamente cogida del brazo de Carlota. Desde que el médico Pedrosa tomara la costumbre de citar en *El Eco de la Patria* los nombres de todas las muchachas que iban al Prado, de ordinario desierto y triste, enorme concurrencia llenaba las avenidas del arbolado paseo y no había joven casada ó soltera de regular posición que no qui-

siese verse citada por tan popular periódico, leído y comentado en todos los círculos sociales. Cuando la señorita Peñabrava no leía su nombre, mandaba con Clotilde papelitos á la imprenta : « *Señor cronista, nos á extrañado mucho no ber en la lista de las personas que fueron ayer al Prado el nombre de la señorita Elena Peñabrava, una de las más distinguidas, espirituales, elegantes y vellas de nuestra sociedad....* »

En esta mañana, al reconocer las jóvenes á los dos amigos se detuvieron algo azorosas, cuchichearon un momento y, con disimulo, pasaron á la vereda de frente y continuaron su marcha, sin mirar, fingiendo no haber reparado en su presencia.

— ¿Lo ves? Esto hace siempre conmigo, — dijo Ramírez sonriendo con despecho, profundamente amargado.

Luján sintió vergüenza por la ligereza de su prima y no se atrevió á disculparla y menos á llenar su cometido.

Entretanto, Elena y su amiga, alejándose, parloteaban con locuacidad de papagayos :

— ¿Qué estará diciendo de lo que le hemos hecho? Ha de estar saltando de cólera.

— ¡ Cómo está pálido, por Dios ! Estará enfermo.

— Quien sabe lo que tendrá. Seguramente alguna enfermedad contagiosa.

— ¡ No seas mala, Carlota ! — dijo riendo la señorita Peñabrava con acento que quería ser compasivo y era indiferente.

— Y tú no seas hipócrita, — contestó su amiga, también riendo. Y luego, con súbita animación en el gesto y en la voz, le preguntó;

— Díme : ¿has de ir al baile de la legación de Chile?

La señorita Peñabrava repuso con sobresalto y embarazada :

— No; no me han invitado.

— ¿De veras?

— De veras.

— ¿Y por qué no te haces invitar?

Elena miró á su amiga con ojos sorprendidos.

— ¿Y cómo?

— Es sencillo : que tu padre vaya á la legación y pida una tarjeta.

— ¡Ay, no! ¡qué vergüenza! — protestó ingenuamente la señorita Peñabrava.

Carlota la miró sorprendida :

— ¿Y por qué? Casi todas hacen lo mismo. Es costumbre.

— ¿De veras?

— ¡Ya lo creo! Las (*púsose á citar nombres de personas conocidas y respetables*) siempre lo hacen. También las Orondo.

— ¡No digas! ¿También las Orondo?

— ¿Y por qué no? Así se han hecho conocer.

La Peñabrava guardó silencio. Había tomado la resolución de enviarlo á su padre á la legación...



No dejó Luján de contarle á Olaguibel, preocupado, la fuerte impresión que el estado de ánimo de Ramírez le había producido y le aconsejó ir á verlo :

— Parece que está resentido con nosotros y no sería malo que lo buscaras y le hicieses saber, discretamente, las dificultades que diariamente tienes con tu mujer. Á ver si eso lo consuela. Dicen que mal de muchos...

Olaguibel no pudo ir de pronto. Se habían sublevado los

indios en una de las propiedades de su mujer y tuvo que ponerse en campaña contra los levantiscos colonos. Estuvo á verle de regreso de su viaje, aun hinchadas las manos por el uso del látigo y el palo, y era una mañana de comienzos de primavera, tibia y alegre. Lo encontró acostado y leyendo su inseparable *Don Quijote*. Estaba ojeroso, pálido. En su revuelta cabellera negra saltaba el brillo de algunas canas y su inculta barba oscura, que se la había dejado crecer desde hacía poco, hundía en sombras su rostro moreno y flaco. Sobre la mesa de noche una botella de coñac ponía reflejos de cobre al mármol de la mesa... También sintió Olaguibel inmensa conmiseración por su amigo... Le obligó á levantarse y, quieras que no, se lo cargó — ¡ otra vez ! — el Prado. Olaguibel estaba envejecido, descuidado, deplorable. Con voz marchita y acento melancólico, le contó sus desventuras...

¡ No era feliz ! Se casó porque le pesaba la soledad y creía tener en su casa esas pequeñas fruiciones inherentes á un hogar bien constituído, y se había engañado. Entre él y su mujer no existía ni la más remota semejanza. Él era ordenado, metódico, meticuloso en sus cosas, amigo de la paz y el orden y su mujer era perezosa, egoísta, indolente. Educada bajo la ficción de la riqueza, creía que todos le debían acatos y homenajes y ella nada á los demás. Acostumbrada á mandar á las criadas de su madre, á no hacer nada por sí, á encontrarlo todo al alcance de las manos, consideraba una humillación el entenderse personalmente con el manejo de la casa, arreglar sus detalles. Pasaba las días pegada al balcón de la alcoba, ó bien tendida en un diván, oyendo y comentando los chismes que le llevaban sus hermanos — tenía dos, — y si no hojeando catálogos de modas ó figurines, haciéndose rizos, empolvándose la cara, puliéndose las uñas. Jamás

se la veía coger un libro. Si algo leía, era la crónica social de *El Eco de la Patria*... Le habían hecho consentir en que era bonita y estaba pagada con la idea. Se sentía feliz, dichosa con ella. Y encontraba incompatible y aun absurdo que una mujer bonita se preocupase de las pequeñas tareas del hogar, ocupación ordinaria y propia de gentes vulgares. Casóse ella para crearse un círculo correspondiente á su rango y ante el cual pudiese lucir sus trajes, y le guardaba rencor á su marido que no representaba en la sociedad el papel que ella le había atribuído, seducida por las alabanzas de aquél, y lo abrumaba con reproches cada vez que Arturo, fastidiado por el desorden y el abandono de su casa, tenía la pretensión de llamarla al cumplimiento de sus deberes. Entonces, con palabras duras le echaba en cara su oscuridad sin cesar de oponer á su apocamiento é insignificancia, la notoriedad de su amigo Luján, quien, según ella, estaba destinado á jugar un importante papel en la sociedad y en el mundo de la política, quedando para su marido y el hereje de Ramírez, la oscuridad, el desdén, el olvido...

Y Olaguibel, cansado, triste, se sentía poco á poco más aburrido con su esposa, pareciéndole el colmo de la testarudez el que ésta no comprendiese que con solo ser algo cuidadosa en el arreglo de la casa, con darle un poco de libertad, haría de él cualquier cosa, su esclavo, pues sus sentimientos de independencia eran fácilmente domables, sus gustos simples pedían poco para encontrarse satisfechos, sus ambiciones modestas sólo le exigían esas pequeñas fruiciones que á los espíritus limitados procura la amistad interesada de los personajes del día y el goce de algún prestigio social ó político que haga codiciable su suerte á los demás.

Ahora, como un medio de transacción y para librar á la

mujer del influjo deprimente de sus padres, había dejado su empleo comercial y estaba resuelto, por consejo del candidato, á perseguir otro administrativo lejos de la población. Echaría mano de aquél, cuyo ascendiente político se acentuaba más cada día y él mismo, Ramírez, podía ayudarlo. No pedía mucho : se contentaba con la subprefectura de Pacajes ó de cualquiera otra provincia...

— No, no es lo mismo, ché, — concluyó amargamente Olaguibel. — Tú te haces mil ilusiones, sueñas mil encantos y... ¡ nada ! ¡ Lo mismo que las otras ! ¿ Recuerdas lo que me aconsejaba Luján? Me decía que no me casase; yo creí interesado su consejo y tenía razón. Y ahora yo te digo á ti : « No te cases nunca... »

Entraron al Prado y siguieron por la avenida de la derecha, la angosta y larga avenida sombreada por el espeso ramaje de los árboles copudos. Una honda acequia cavada al pie de los troncos y cuyo bullicioso y turbio caudal había puesto al descubierto las raíces, salpicaba en sus caídas los botones de oro que crecían en los bordes de la acequia, cubiertos de césped. Algunas avecillas piaban discretamente entre el follaje; y los rosales silvestres, plantados á lo largo de la línea de troncos, en calles que impedían ver la avenida del centro, despedían penetrante perfume y daban al paseo grato aspecto de rusticidad, desaparecido ya hoy merced á las modernas construcciones y á la nueva plantación de árboles importados del extranjero...

Al llegar al fondo de la avenida, casi cerca de los portales empapelados con papeles que representaban escenas de caza y tranquilos paisajes con lagos de onda muerta, rumor de risas cristalinas se elevó de la avenida del centro. Y vieron los amigos, por entre los huecos del ramaje, un alegre grupo de jóvenes, entre los que Ramírez reconoció

á Elena. Cogió al amigo por el brazo y le obligó á detenerse tras el cortinaje de ramas que los ocultaba por completo.

Las jóvenes estaban sentadas en uno de los bancos, bajo la sombra espesa de un viejo sauce llorón á cuyo melancólico ramaje habían enredado sus grandes flores rojas un *tumbo* y un floripondio. Tantas eran los jóvenes que formaban dos grupos y hablaban todas con animación, con fiebre, á la vez, llenando de risas el paseo y haciendo volver la cabeza á los paseantes. Hablaban de modas y de amoríos; se felicitaban por sus trajes y se hacían bromas de sus conquistas, mezclando ambos motivos de conversación y asociándolos íntimamente.

De pronto una de ellas, señalando á un hombre que marchaba por el medio de la avenida central leyendo un libro, dijo con voz alegre :

— Allí viene Mariño.

— ¡ Ah, Mariño !

Se volvieron todas con viveza y vieron á un hombre joven, moreno, casi encorvado, elegante, acicalado.

— ¡ Mariño ! ¡ Mariño !

Repetían el nombre cariñosamente, con deferencia. En muchos labios aparecieron sonrisas plácidas.

El joven cerró el libro, y descubriéndose, avanzó hacia las jóvenes y sonriente, almibarado, detúvose á saludarlas tendiéndoles elegantemente la mano :

— ¿Qué tal, Mariño?

— ¿Dónde se nos ha perdido, Mariño?

— ¿Qué es de su vida, Mariño?

El joven, sin dejar de sonreir, habló con marcada acentuación chilena :

— Esta es una reunión de hadas... ¡ Qué de grazia reunida, por diozito mío ! ¿Que dónde estuve? Pues

trabajando, amables zeñoritas. En la legación no nos damos ahora punto de reposo.

— ¿Verdad que su ministro piensa ofrecernos un baile como el del Perú? Eso es distinguido...

— ¿Y cómo está la novia?

— ¿Y por qué no estuvo usted en el baile de la legación del Perú?

— ¿Y...

Hablaban todas á la vez, solícitas, prometedoras...

— ¿Quién es este mono?—inquirió Ramírez á Olaguibel.

Arturo hizo un gesto desdeñoso :

— No sé con certeza. Creo que es uno de los secretarios de la legación de Chile.

— ¿Y qué está usté leyendo ahí? — preguntó una de las muchachas que no había dirigido la palabra al mono y sonriéndole graciosamente.

— Una obra admirable, *El Discípulo*, de Bourget. Ustedes seguramente la conocen. ¿Verdad? — dijo con énfasis el mono levantando el libro á la altura de los ojos.

Una piedra cayendo en un charco de ranas, no habría producido más silencio que la pregunta del diplomático. Se miraban unas á otras las jóvenes, cohibidas.

Ramírez cogió á Olaguibel por el brazo y lo arrastró tras de sí :

— ¿Lo ves? Esto causa horror. Casi todas nuestras mujeres son así : sólo son hábiles para hablar de modas, bailes ó amoríos. Desde el instante que se les saca de ese terreno, ¡ fuera ! las pobres se encuentran perdidas y no saben cómo responder á una pregunta de un pedante como ese que todavía cree que se puede aprender psicología en las novelas de Bourget, hechas para mujerzuelas de confesonario y de salones donde... ¡ Ven, vámonos; esto causa espanto !...

X

Pasaron todavía dos meses y el verano se anunció manchando el purísimo azul del cielo con deformes nubarrones blancos, altos por el momento y que no tardarían en deshacerse convertidos en lluvia.

Don César Peñabrava, más por vanidad que por deseo, trasladó á su familia á Obrajes, á la casita sórdida y desmantelada del fin del pueblo.

En el jardín levantado sobre el río en forma de gradas, florecían los miosotis al pie de los claveles y los rosales y una acequia, saltando en su tortuoso lecho, unía su canción de burbujas al piar glorioso de los mirlos, gorriones, jilgueros y *kochipaches*. Habían construído las aves sus nidos entre el frondoso ramaje del viejo sauce llorón, y las gentes, alrededor de su tronco, levantaron una rústica mesa hecha de barro y de ladrillos, paradero en las tardes, después del baño, de la familia Peñabrava.

Eran tardes plácidas, llenas de silencio y tibias. Sólo el ruido del río turbaba la santa quietud del valle, ó un lejano bufido de algún toro en celo, ó el furioso ladrar de un can. El poblacho parecía dormido y se le creyera muerto si el obstinado tropel de borricos, llamas y mulas no sacase de su quicio á la vecindad perezosa...

Al finalizar el mes de octubre, y por pocos días, volvió la familia á la ciudad. Laurita dejaba el internado para

las vacaciones, y no quería perder las fiestas de difuntos, Elena.

Al regresar, llevó ésta consigo á su amiga Carlota, y pronto se aburrieron las dos. Ninguna belleza descubrían sus ojos en el campo y preferian la ciudad. Extrañaban los paseos, las visitas, y, sobre todo, las retretas. Para matar de cualquier modo el tiempo y el fastidio, remontaban la calle principal y única del pueblo y se distraían con los patitos recién salidos del cascarón que, cual bellotas movientes, se metían al agua lodosa de la acequia que por medio de la calle corre, arrastrando restos de cocina y otras suciedades, regalo de los hambrientos canes.

Una mañana, á instancias de doña Juana, se levantaron con el sol y descendieron el camino de Calacoto abierto sobre el río y en las faldas de los cerros. Baja ese camino por las laderas, se hunde en las quebradas, y mira el río que corre de un lado á otro de la playa, haciendo *eses*, metiéndose por los pies de las huertas, ó arrastrándose muelle por la playa cubierta de guijos y enormes pedrones de granito.

Era una mañana sin sol, tristona. Á eso de las ocho una lluvia menuda, tibia, imperceptible casi, principió á caer lentamente, lentamente, con desesperante persistencia. Las jóvenes buscaron refugio en los portales de una casita abandonada de indio y se sentaron en un poyo de barro, á la vera del camino.

Concluía allí el cerro y sus faldas por ese lado se tendían suavemente en la playa y caían hoscas y á pico por el otro, vecinas al río Calacoto. El camino lindaba en ese punto en una tapia defendida por espinos y cardos. Al otro lado de ella se extendía una huerta de duraznos, alegre en aquella hora por los trinos de una bandada de jilgueros. Avecindando con la huerta y en la cultivada

delta de los ríos Calacoto y La Paz, algunas indias, diez ó doce, elegantemente ataviadas con sus *phullos* y polleras de colores vivos, cosechaban arbejas cantando sus melancólicas canciones, monótonas, gemebundas, que tomaban aire de melopeas el mezclarse al perenne ruído de los ríos. Corrían las aguas chocando en inmensos pedrones de granito, encima de los cuales estaban posados algunos cuervos, unos con las alas extendidas cual si volasen en seco y otros espurgándose indolentes y confiados.

Pasaba y pasaban en caravana lastimera y doliente, los viajeros indios y sus ennegrecidos rostros causaban á las melindrosas jóvenes invencible aversión. Y, sin embargo, no todos eran morenos y en algunas indias eran blancos y no mal parecidos. Los de color claro habitaban los valles vecinos á la ciudad y sus trajes nuevos acusaban la holgura de su bolsa; los más morenos, raídos, canijos, de greña áspera y huraño mirar, moran la sierra, las nevadas alturas, paradero de llamas y cóndores y las quiebras abruptas de Illimani...

— ¡ Qué triste es todo esto, por Dios ! — dijo la señorita Peñabrava señalando los cerros rojos manchados en trechos, y como por descuido, de un color plomizo, casi negro y que se levantan frente al camino, al otro lado del río. En la falda, rodeada de tunales y en una plataforma hecha en un corte brusco del cerro, se erguía una casita pequeña de indio, alegre con su establo donde ahora balaba persistente el rebaño deseoso de triscar por cerros y llanos.

Carlota no repuso. Desde hacía rato tenía los ojos inmóviles sobre la galería de una casa de indio, vecina al solar donde estaban guarecidas. Á la sombra del establo, una india joven y fuerte, con el poderoso y erecto seno al aire, desnudos y membrudos los brazos limpios de vello,

ordeñaba las ubres de una vaca negra, alta, de lustroso pelage y arisca. Sujetábalo al ternero por las patas traseras, un indio también joven, que miraba impasible los duros senos de la india.

Elena se volvió hacia el punto que miraba su amiga y al ver el cuadro, un vivo rubor encendió sus mejillas.

— ¡ Jesús ! ¡ Cómo son inmorales estas indias !

Había cesado la garúa y emprendieron el camino de regreso á la chacra.

Otro día, y no siquiera por curiosidad sentimental, sino porque sus vagabundeos las había llevado por ese lado, fueron las jóvenes al sitio donde Elena dejara que Ramírez, por primera y última vez, gustase el sabor de sus labios. Si algo sintió la señorita Peñabrava al recordar, frente al paisaje, ese incidente de su vida, fué una especie de vergüenza mezclada de satisfacción. ¡ Cómo habían cambiado para ella los tiempos desde aquel entonces ! Su existencia de hoy no era ni la sombra de la de ayer.

Hoy, las gentes más conocidas de la ciudad ya no sentían escrúpulos en andar, colgadas de su brazo, por las retretas y los paseos públicos; los aspirantes á su mano y á su fortuna eran los más solicitados jóvenes de la aristocracia; los mejores y más leídos periódicos citaban su nombre sin que ella se viese obligada á mandar papelitos anunciando el día de su cumpleaños y de las reuniones mensuales en su casa... ¡ Era feliz !

A fines de noviembre comenzó el tiempo á descomponerse. Llovía casi á diario y el río aumentaba de caudal. Corrían las oscuras aguas reventando contra los pedrones de granito y haciendo temblar desde los cimientos á la casita gris y desmantelada.

Don César dió orden de partida. Se aproximaba ya el

período de las elecciones y era preciso preocuparse de los trabajos preparatorios.

Aprovechó de esta circunstancia Elena para llevar á cabo un proyecto que de algún tiempo á esta parte venía acariciando. Viendo que entre las personas de copete había muchas que aun se mantenían rehacias á su amistad, pensó que era indispensable hacer más frecuentes los días de recepción en su casa. Bien sabía ella por lo que había visto, oído decir y aun por propia experiencia, que no eran muchas las gentes que dejasen pasar dos invitaciones seguidas sin acudir á la casa del invitante. Había entonces que reducir á esas personas, vencerlas, ó, sino, humillarlas. Sólo que — y aquí la dificultad, — su salón no era lo suficientemente amplio ni los muebles respondían á la fama de ricos que tenían sus padres, y á sus deseos de lujo y ostentación.

Dió parte del proyecto á su madre y á Carlota, y éstas lo aprobaron enteramente. Ahora sólo quedaba lo más difícil: convencer á don César en la necesidad de comprar nuevos muebles y abrir la bolsa con más frecuencia y menos refunfuños.

Mañana y tarde, á la hora de la comida y del almuerzo, ella, su madre ó Carlota, con ó sin motivo, poníanse á hablar de los salones de sus conocidas, del color de los muebles, del buen gusto que tales ó cuales tenían para arreglar su casa, y, sobre todo, de la consideración que éstas ó aquellas gozaban en la sociedad y debida única y exclusivamente á las frecuentes reuniones dadas en honor de sus amistades. — « ¿Quién las conocía hace tres años á las Montenegro? Nadie, pero desde que daban frecuentes bailes y reuniones... » Don César escuchaba y comía, sin despegar los labios, serio.

Al fin, una noche habló claro y sin reticencias doña

Juana. Era preciso imitar á las Montenegro. Elenita ya estaba en la edad de pensar en un novio que le conviniese. Además, la situación de él como candidato por la ciudad, sus compromisos políticos, la respetabilidad de su situación, le ponían en la obligación de comprar otros muebles más presentables y elegir otra pieza más amplia de la casa para que sirviese de salón, pues la que de tal hacía, era de reducidas dimensiones y no podían caber muchas parejas en ella. Á pesar del tono autoritario de su consorte, opúsose en un principio don César al trueque y si transigió al fin, no fué tanto á las órdenes recibidas, pues no era hombre capaz de hacerse intimidar ni aun con el mismo demonio cuando se trataba de disminuir las rentas, sino á la poderosa consideración de que siendo ya visible su notoriedad y muchos los méritos que le atribuían los amigos políticos, le era indispensable rodearse de cierto aparato en armonía con su nueva situación y sus más nuevas aspiraciones...

Hízose dar entonces baño de pintura al tumbado de la habitación más grande de la casa, se cubrieron las paredes de un papel azul con medallones dorados, se sustituyeron los envejecidos muebles con otros comprados á un rico que se marchaba á Europa y á los que se hizo poner nueva vestimenta por ser demasiado conocida la vieja; vendióse á precio irrisorio el antiguo piano de teclas amarillentas y gastadas y se le reemplazó con otro mejor, de la misma procedencia que los muebles y al que se le mandó construir, para disfrazarlo, una gran funda de paño rojo que resaltaba vigorosamente sobre el azul desleído de las paredes. En el comedor se instaló un enorme repostero con vidrios, en los muros se colgaron oleografías reproducidas de los cuadros de caza de Deschamps, se compró una vistosa lámpara colgante y una docena de

sillas forradas en cuero y *estrenóse* todo esto el día del cumpleaños de Elena, admirable flor de carne, con un banquete de confianza al que asistieron las señoritas Orondo, Andrés Rodríguez, Guilarte y otros. Al final del banquete, Guilarte repitió su brindis de la chacra, celebrando la determinación de don César de mezclarse en la política del país y augurándole seguro triunfo en las futuras elecciones...

Pero hizo más don César. Pensó en su persona. Hasta entonces, sólo había usado á guisa de cuello un pañuelo de seda negro anudado al cogote y prendido por un alfiler de cobre. Proscribió el pañuelo, se proveyó de media docena de camisas baratas y, por la primera vez en su vida, se hizo dos trajes á un tiempo, de levita el uno y de *jaquet* el otro, compróse un sombrero de copa, zapatos de charol y un bastón con puño de estaño que bien podía pasar por plata; y, dueño de estas prendas, se sintió otro, más noble, distinguido, más persona. Luego, y pareciéndole natural que un hombre elegante y candidato á la diputación poseyese por lo menos ciertas ideas generales sobre los problemas económicos y políticos del día y supiese la manera de atraerse partidarios, resolvió acudir á las luces de su sobrino Luján para que éste le indicara lo que de preferencia debiera conocer un hombre público. Luján, al oir la petición de don César, tomó una actitud digna y respondió solemnetmente :

— Hay que comenzar por la geografía, tío.

Don César abrió los ojos sin alcanzar á comprender qué relación podía existir entre la geografía y la política :

— ¿La geografía?

— Perfectamente, tío. Para comprender un país es preciso antes darse cuenta de sus condiciones geográficas; de allí va usted al estudio de sus costumbres, que son,

puede decirse, resultado de aquellas : así por ejemplo, la comunidad incásica, es el producto del suelo del altiplano. Luego, del estudio de las costumbres, pasa usted á la de las instituciones ó sea la ética (¡ !) y en seguida se remonta á la previsión de los problemas inmediatos que es propiamente la política, y aun aquí está usted obligado á conocer los problemas de los demás pueblos, peculiares á cada uno y que son el producto de su organización, de sus instituciones, de la raza. También...

Don César le atajó con gesto de espanto :

— ¡ Basta, basta muchacho, por Dios ! ¿Es que todo eso conocen los demás?

— No, tío; pero están obligados...

Don César golpeó los hombros del sobrino y le dijo riendo con sorna :

— Entonces, hijo, dime lo que saben los otros y déjate de zonzeras. Todos eso de ético y pamplinas son cosas de ustedes que han viajado por el extranjero y nos vienen á embaucar. Lo más importante, yo creo, es de leer los discursos de Castelar.

— ¡ No, tío, no ! — protestó, consternado, Luján. — Leyendo á Castelar aprende usted á hacer frases y nada más. Hay que estudiar por lo menos un poco de historia, otro de geografía y otro de economía política, sin descuidar por cierto, la historia patria...

— Para historias estás vos; y si todos te oyeran, yo creo que nadie sería nadas.

Y lo dejó plantado al sobrino y más bien resolvió pedir consejo á Guilarte que iba á su casa todas las noches deseoso de rolar con gente distinguida y de jugarle una mala pasada á su amigo Rodríguez haciéndole la corte á Elena... Cuando Guilarte recibió la consulta, se puso, como Luján, grave y solemne y falló :

— Léase por dos ó tres veces la constitución del Estado ó sea la magna carta y, si posible, apréndasela de memoria.

— ¿Y geografía? — preguntó don César, íntimamente convencido de que Guilarte era más instruído que su sobrino.

Al oir la pregunta abrió los ojos el periodista y sin poder reprimir una sonrisa olímpicamente desdeñosa, repuso :

— ¿Y qué se ha de hacer con la geografía? Ya usted sabe que por el momento nuestras cuestiones de límites no ofrecen novedad alguna y no se han de tratar en este congreso. Si usted quiere...

— No, hombre, no; yo no quiero nada, sino que mi sobrino Emilio me ha dicho...

— Permítame decirle, don César, que su sobrino Luján tiene las ideas más raras del mundo. ¡ Figúrese usted que ahora nos ha saltado con que nuestras ideas, nuestro modo de ser, con el producto... ¡ Ja, ja, ja !... ¿de qué cree usted?... pues del suelo, don César, del suelo... ¿Comprende usted eso?

Don César repuso en el acto sin comprender nada:

— Á mí me ha dicho lo mismo y aun me ha asegurado que los Incas eran pobres por el suelo cuando un niño de escuela sabe que al contrario tenían muchos tesoros y sus ropas estaban bordadas en oro. Ó sino ¿cómo hubiese podido reunir ese Inca un cuarto de oro y otro de plata para dárselos á los españoles? Pero no hay que hacer caso de Emilio... ¡ Oh, mi don Pedro ! No vaya usted nunca al extranjero. Allí aprenden sólo á ser farsantes.

— Ya lo creo que lo es Emilio. Tiene unas ocurrencias... Ahora ¿sabe usted cuál es el mejor medio de conseguir electores? Dé usted fiestas, hágase amigo de los artesanos más influyentes y convide usted alcohol á troche y mo-

che. No hay nada como el alcohol y un poco de dinero...

É hizo don César lo que tampoco había hecho jamás en su vida : se suscribió á tres periódicos para ponerse al corriente del movimiento político del país. Tenía la candidez de creer que los periódicos reflejaban una opinión cualquiera; compró un ejemplar de la Constitución, los discursos de Castelar, un tratado de Economía Política y cuando, decidido á meterse todo esto en la cabeza, quiso ponerse á estudiar, vió que le sería imposible aprender tantas cosas y tan profundas á la vez. Su vida de trabajos manuales no le había permitido adquirir el hábito de la lectura. Él creía que leer era ocupación que no necesita aprendizaje y en cuanto cogió uno de sus libros vió que cada una de sus páginas le causaba efectos de narcótico. Y pese á su buena voluntad y mejores intenciones, guardó los libros y prefirió más bien seguir la segunda parte del consejo de su amigo Guilarte.

Todos los domingos, en su casa ó en el campo, según la calidad de las gentes, ofrecía banquetes á sus amigos políticos de distinción y alegres fiestas campestres á sus partidarios artesanos, alternando aquellos con éstas. Guilarte, Rodríguez y Luján eran los encargados de los discursos en los banquetes. Todavía no se atrevía el anfitrión á dirigir la palabra en reuniones de gente letrada y sólo desataba la lengua en los *aptapis* ofrecidos á los artesanos. Y fué en el curso de tales fiestas donde Andrés Rodríguez se hizo perdonar con Luján la paliza propinada á éste en la mancebía, le devolvió su estima y conquistó definitivamente el corazón y la voluntad de la señorita Peñabrava á la que dió palabra de matrimonio y de cuyos labios arrancó, junto con sabrosos besos, la promesa de un amor inextinguible.

Una vez metida Elena en amoríos con Rodríguez, considerado en la ciudad como uno de los mejores partidos por los antecedentes de su familia, su envidiable posición social, su fortuna, su fama de inteligente y hasta su buena apariencia física, sintió vergüenza por su pasado de oscuridad y privaciones; renegó de las remembranzas que ese pasado suscitaba á veces en su memoria y proscribió definitivamente de su corazón el recuerdo de Ramírez. Carecía para ella el mozo de toda buena cualidad : no era ni elegante, ni estimado en el gran mundo. Decían algunos que era inteligente; pero el talento para ella era una cualidad secundaria. Quizás lo único que tenía Ramírez era ser bueno. Así por lo menos lo barruntaba, aunque sus amigas dijeran que eso no era bondad sino tontería, en lo que también estaba por creer...

Pensaba de la suerte la moza cuando las contrariedades afligían su espíritu. Porque, la verdad, no era del todo plácida su vida. Había en ella ciertas sombras que no alcanzaban á descubrir quienes de lejos la envidiaban. Todo lo suyo despertaba en sus amigas celos, y odios y rivalidades; y cada uno de sus triunfos le costaba muchos sinsabores. Y quien se complacía en atizar esos sentimientos en las otras, inventando toda suerte de pequeñeces, era Carlota, la amiga íntima, enferma de rencor al pensar que estaba condenada á quedarse siempre soltera...

Las más de sus amigas de colegio y juventud, casadas ya, eran madres de familia y ocupaban alta situación en el mundo respetable. Sólo ella se había rezagado en esa carrera de la busca de la dicha. Y quienes la galanteaban haciéndola consentir en la probabilidad de un matrimonio, no era sino por pasar el tiempo y divertirse, pues nadie querría casarse con una mujer ya madura de edad y acostumbrada á no prescindir de ninguna fiesta y andar

siempre de un lado para otro, gastando el dinero en cintas, plumas y trapos.

Creyó Carlota que este alejamiento dependía de la poca riqueza de sus trajes y sintió entonces crecer en su alma el odio hacia Elena, siempre bien puesta, halagada, solicitada...

Tal cosa estaba lejos de sospechar la joven. Y vivía contenta con su amistad, oyendo sus consejos, siguiendo sus advertencias, haciéndose consolar en sus aflicciones muy pronto olvidadas en el lento ajetreo de su vida incolora...

XI

Clamoreo de tambores y flautas indígenas anunciaron las fiestas de Navidad.

De noche, y viniendo de los salones donde aun quedaba la piadosa práctica de hacer nacer al Niño para alegría de devotos, refugio de desesperanzados y consuelo de almas añoradoras, oíanse alegres é inocentes villancicos cantados por grupos de gamines desastrados y traviesos. Iban los carisucios provistos de sonajas, panderetas y *pajarillos* y acudían á los salones con apetito y animación de hormigas para cobrar, en pago del enloquecedor concierto de sus notas desconcertantes, las primeras peras verdes que salen á lucir en los canastos de las fruteras, como esperanza de primavera pródiga en sol y frutos.

Inusitado trajín animaba las calles, de ordinario silenciosas en la noche. Y es que los fieles, no bien concluído el modesto yantar, echábanse fuera ansiosos de recorrer, una á una, las casas que á tan piadosa costumbre aun permanecían adictas por aquél no distante tiempo, y cuyas puertas se abrían á quien se diese el trabajo de pasar por ellas.

Indefectiblemente aparecía el Niño en un establo, en brazos de su madre. Bueyes apacibles, mansos y humildes borricos y ovejas de albo vellón, pastaban entre las ma-

duras mieses. Una vaca, amorosamente inclinada hacia el Niño, le daba calor con el vaho de su aliento; los Reyes Magos caminaban por el desirto llevando en manos sus presentes y siguiendo el fulgor de la anunciadora estrella, pendiente del tumbado por un hilo invisible. Estaba el establo en las lindes de una llanura; en medio había un lago poblado de aves marinas y lindaba la llanura por elevadas montañas cubiertas de pinos, con sus cimas coronadas de nieve y los flancos ricos en torrentes y cataratas que iban á alimentar el caudal del lago...

Acudían los devotos á estas casas llenos de contrición y respeto; entraban los desastrados chicos y, también emocionados, rompían en loca fanfarria chillando con sus vocecitas ya destempladas por los continuos canturreos :

Esta noche es Nochebuena,
Nadie tiene que dormir.....

Y no se dormía, en efecto.

Tampoco era posible.

Del atardecer hasta media noche no cesaban de trajinar las gentes en pos de los susodichos nacimientos y sólo se detenían cuando las campanas de todos los conventos é iglesias lanzaban su tonante voz de bronce llamando á la misa de gallo, oída con santo fervor y profundo recogimiento...

Pasada la misa, recogíanse las familias á sus hogares á tomar la consabida picana y á bailar, llenas de tonificadora alegría, de gozo sentido, de espontáneo entusiasmo, los bailecitos de la tierra, en tanto que por las calles oscuras recorrían innumerables pandillas de gentes del pueblo deteniéndose en los puestos de ponche, provisoriamente instalados en las plazas. Cada grupo llevaba su respectiva orquesta y en cada orquesta gemían los violines y se que-

jaban las *quenas* tristes. Y los noctámbulos, ebrios de alcohol, penetrados del santo y turbador misterio de la navidad, lanzaban al aire frío de la noche y con voz preñada de sollozos, esos villancicos de fúnebre intención traídos por los descendientes de los conquistadores y en los cuales la raza parece reconocer sus propias tristezas y sus mismas inquietudes :

La Nochebuena se viene,
La Nochebuena se va
Y nosotros nos iremos,
Y no volveremos más...

. . . .

Entre las muchas casas que por tradición tenían la legendaria y poética costumbre de arreglar nacimientos y celebrar con bailes el advenimiento del Niño-Dios la noche del 24 de diciembre, después de la Misa del Gallo, era justamente renombrada la de las señoritas Montenegro; y los amigos de ella esperaban impacientes la llegada de la tradicional fiesta, y, más que de la fiesta, de la invitación que para celebrarla recibían todos los años, con regularidad loable y simpática.

En este año de 189... el *Eco de la Patria* primero, y después los demás periódicos, contaron, como de costumbre, y con muchos días de anticipación, que los preparativos en casa de las mencionadas señoritas en esta vez eran excepcionales y realmente solemnes.

« Toda La Paz ha de estar invitada» — decían, con fruición, quienes parecían enterados de los proyectos de aquellas; y no se hablaba de otra cosa que del baile de Navidad de las señoritas Montenegro, de los trajes que llevarían las principales invitadas, ya conocidos en los cuatro costados de la ciudad merced á la indiscreción de

las costureras y á las alabanzas de los dueños, y se sabía, por ejemplo, que el traje de la señorita Peñabrava sería crema con adornos plateados; azul el de Carlota, rosa el de las Orondo, para no citar sino los de las personas de nuestro conocimiento; y no había quien dejase de inventar algún detalle sobre la fiesta, ó sacase á rodar un rumor cualquiera sólo por pasar el tiempo y matar las horas... Estos rumores callejeros eran recogidos por los periódicos. Y así, día á día, las gentes y los papeles, no se preocupaban de otra cosa que del baile de las Montenegro, de veras interesados, de veras curiosos.

Doña Juana Peñabrava y su hija pasaban horas enteras hablando de la fiesta, previendo lo que en ella se vería, calculando el número de invitados, gozando de antemano de las lisonjas dedicadas á la elegancia de sus trajes y al esplendor de sus joyas, la mayor parte falsas. Y era una de sus fruiciones mostrar sus prendas cuyo precio cuadruplicaban, y vivían poniéndose polvos de arroz á los senos, la cara y las manos; ensortijándose el cabello con papelillos de plomo, suavizándose el cutis, acostándose temprano para tener fresca la tez, como dice que lo hacían muchas cuyos nombres andaban en boca de las maliciosas gentes...

El 21 de diciembre lanzaron á circular sus tarjetas de invitación las Montenegro y el 23 aun no las habían recibido en casa de las Peñabrava. Una justa inquietud cundió en la señora y su hija y subió de punto cuando Carlota, con malicioso gesto, les dijo que ella sabía de segura fuente, que las Montenegro sólo reunirían en sus salones á las personas de verdadero tono... El mismo don César, indiferente á las alarmas de su hogar y muy preocupado en reunir electores y partidarios, hizo un gesto de sorpresa al saber que los suyos no habían recibido ninguna invita-

ción... Como hombre ducho, y á parte de convenir que era censurable ingratitud en las Montenegro no corresponder en la misma moneda las halagadoras invitaciones y las frecuentes visitas de su hija y de su mujer, pensó que algún grave motivo debieran tener aquellas para, á despecho de las siempre graves consideraciones de reciprocidad, excluírlas de su fiesta; llegando á sospechar, en exceso de malicia aguzada de poco há merced á su obligada asistencia al Directorio de su partido, que en esta exclusión tenía buena parte su joven amigo y buen propagandista Andrés Rodríguez. Durante mucho tiempo se había dicho en la ciudad que Rodríguez era aceptado en casa de la Montenegro en calidad de novio de una de ellas, y ahora, á excepción de Ramírez, nadie ignoraba que el aristocrático y elegante joven cortejaba á su hija y... ¡ caramba !... la verdad... Y así se lo explicó á su consorte; pero la buena señora no quiso prestar oídos á ninguna razón. Para ella y su hija la única razón, clara y terminante, era que las Montenegro querían humillarlas, hacerlas ver el poco aprecio que les tenían, y esto sí que no se lo perdonarían en jamás de los jamases.

Y llegó el 24, mas no la tarjeta. Hubo gran duelo ese día en casa de don César. Doña Juana se fué de palabras duras con Clotilde, porque ésta, al servir el almuerzo, había quebrado un plato : la amenazó con echarla á la calle; Elena se deshizo el moño y pasó el día en su alcoba, llorando. Sentíanse las dos heridas en su amor propio, humilladas, y á su dolor se mezclaba la pena de haber gastado inútilmente el dinero comprando vestidos, adornos, y otros menudos objetos.

Don César no pudo permanecer indiferente á tanta aflicción, y discurriendo el modo de tomar debida venganza de las Montenegro, halló una idea que le pareció

genial, simplemente. Aconsejaría á su mujer dar un faustuoso baile en Año Nuevo excluyendo de entre los invitados á las orgullosas jóvenes... De perlas les supo la idea á las inconsolables. Y quizás por la primera vez de su vida encontraron que don César, bajo apariencia de *bonus vir*, era un hombre inteligente. Así se lo dijeron, sin reservas, y sintióse feliz el caballero con la alabanza : recordó que el reconocimiento de los propios méritos comienza siempre por la familia.

Algunas horas después, la casa estaba en revolución. Todo era risas y cantos en ella : se diría haberse descubierto un *tapado*. Los mismos domésticos no se daban punto de reposo con los mandados. Doña Juana y Elena, halagadas con la idea de la pronta venganza, olvidaron que ese día y el siguiente eran de guardar y sin preocuparse de misas ni cosas santas, se dedicaron con ahinco en los preparativos de la fiesta : desocuparon una pieza vecina á la sala é hicieron otra de baile, formaron las listas de invitados y las de las compras urgentes.

Un momento hubo en que don César se arrepintió de haber dado á los suyos muestras de su talento : fué ese en que le presentaron las cuentas á pagarse por comestibles y otras gollerías... Con todo, y reflexionando que bien valía la pena de gastar algunos cuartos para tener contentas á su hija y mujer, mucho más si la fiesta podía aprovecharla él convidando á algunos personajes de marca que le ayudasen en sus trabajos electorales, aflojó los lazos de la bolsa y para que todo anduviese mejor tomó, por su cuenta, los cuidados de la publicidad. ¡ Rudo trabajo, en efecto, para don César ! Confinóse en su escritorio previa orden de no ser molestado por nadie ni para nada, y en medio día de incansable labor, confeccionó dos notas para los periódicos. Decía la una : « *Se dice que*

don César Peñabrava, nuestro hombre público y su distinguida familia preparan un espléndido baile para la noche de Año Nuevo. Estará invitado nuestro mundo aristocrático y lo más saliente de la política y de la diplomacia.» Y la otra : « *El distinguido candidato por la ciudad, don César Peñabrava, ha invitado á un núcleo distinguido de sus amistades para pasar la noche de Año Nuevo en los aristocráticos salones de su casa. Será una fiesta que deje imborrables recuerdos en sus felices invitados.»* Los periódicos insertaron las notas pero suprimieron los adjetivos. Don César se puso furioso; y entre él, su esposa é hija estuvieron unánimes en acordar que era triste cosa vivir en un país injusto é incompetente para poder medir el mérito de sus prohombres...

El 31 de diciembre madre é hija llamaron á Clotilde y se fueron al mercado para proveerse de frutas. Lo primero que les ocurrió fué encontrarse con las Montenegro en la calle del Comercio. Las Montenegro, al verlas, acortaron el paso, cambiaron algunas palabras y la mayor, intrépida, avanzó hacia las dos mujeres que se detuvieron en la vereda, como previniéndose á un ataque. Llegó la otra, estampó un par de sonoros besos en las retocadas mejillas de Elena, estrechó la mano de doña Juana, y luego, sin darles tiempo á que profiriesen una sola palabra, increpó á la joven, regocijada de que en sitio tan principal la besase su aristocrática amiga :

— ¡ Ay, buena !; eso sí que no se lo perdono... ¡ Está bien ! Eso no se hace... ¡ Gracias !

— ¿ Pero qué? — preguntó doña Juana, alarmada por el acento de reproche de la Montenegro.

— Nada, señora; que la noche del 24 no he estado á gusto en casa esperando á esta señorita. ¿ Por qué no la ha dejado usted venir? Eso sí que no le he de perdonar nunca !...

Doña Juana miró consternada á las jóvenes y Elena enrojeció de emoción.

— ¿Pero qué está usté diciendo, hijita?

— Que la otra noche la hemos esperado inútilmente á su hija. Si usted no podía acompañarla, debía haber venido con su papá, y si no, sola, en último caso... ¡no faltaba más! Se habría quedado á dormir en casa.

— ¿Y acaso ustedes nos han invitado? — gritó casi doña Juana, presintiendo la mentira en el mirar cándido de la señorita Montenegro. Ésta fingió sentida consternación:

— ¿Qué dice usted, por Dios? ¡Claro que las hemos invitado, y han sido las primeras!

— ¡Pues no hemos recibido nada! — confesó con perfecta ingenuidad la señora, profundamente afectada por el contratiempo y ya sospechando de la veracidad de sus jóvenes amigas cuyos rostros graves tenían expresión indefinible.

— ¿De veras? Entonces ahora me explico por qué... ¡Oh! ¡si yo siempre le decía á Luisa que algo debía haber pasado cuando no vino Elena hasta las diez! Usted no sabe, señora, cómo se sufre con los mozos. Feliz usted que no los tiene: ganan de balde la plata... Seguro que han perdido su tarjeta y también las de las Orondo porque tampoco han venido...

— ¿Tampoco las Orondo?... Sí, entonces eso es... — repuso doña Juana tomando como una prueba concluyente de la buena fe de las Montenegro la ausencia de las Orondo de su baile. Y, reconciliada con ellas, humanizada y aun enorgullecida, agregó con una buena gracia encantadora: — ¿Saben? Nosotras también estamos preparando un baile para mañana y contamos con ustedes. Si no vienen, nos enojamos de veras.

Hicieron un gesto de estupor las Montenegro y una de ellas respondió :

— Gracias, señora; vamos á ir... Y ahora mismo voy á averiguar lo que han hecho de su tarjeta los mozos... ¡ Adiós, doña Juana; no se pierda ! ¡ Adiós, preciosa; ya sabe que la adoramos en casa !... ¡ Jesús, que son terribles los mozos ! Recuerdos á don César... Adiós... Adiós...

Otro par de besos, un apretón de manos y, estallando de risa, se metieron á una cercana tienda de modas. Doña Juana, al sorprender su risa, quedó plantada en la calle, con el pecho palpitante de incertidumbre.

— ¿Crees? — silbó á Elena. La joven hizo un mohín :

— ¡ Psh ! Pudiera; yo creo que me quieren...

— Yo no. Son muy envidiosas estas sapos para invitarte... Arréglate el pelo; allí viene Andrés y, cuando ríe, algo sabe... Endeveras son amables las indias : nos han saludado en la calle y á ti te han besado... ¡ Buenos días, Andrés !... No se ha asomado; yo creí que nos iba á encontrar : tendrá que hacer. ¿Por qué se reirá?

Habían llegado al mercado y se metieron entre las arcadas sucias y malolientos. Hechas las compras, despacharon á Clotilde á casa y como aun fuese temprano, encamináronse á la plaza y se dirigieron á la vereda de moda donde se sentaron á la sombra de un eucaliptus copudo, sobre un banco pintado de verde.

— No me gusta tu sombrero; esas flores rojas no le vienen, — dijo doña Juana, mirando complacida á su hija, cada día más simpática. Y añadió luego recordando el encuentro con las Montenegro : — Yo creo que hemos hecho mal invitando á las indias...

En ese instante aparecieron las Orondo : venían de haber oído la misa de las diez en la Catedral y estaban envueltas en sus mantos de espumilla, que dan á las mujeres

aspecto de *tanagras*. Al distinguir á Elena y su madre, corrieron á su encuentro, las llenaron de besos y una de ella, Carmen, gritó triunfante y llena de mil aspavientos :

—¿Han leído? Miren que es una lisura eso. Así la gente no ha de poder hacer nada... ¡ Buenos días, señora; buenos días, azucena! ¿Qué dicen ustedes de eso? Es terrible.

Doña Juana, novelera en extremo y presintiendo alguna terrible catástrofe, preguntó anhelosa :

— ¿De qué habla usted, hija?

— ¡ Cómo señora! ¿ Es que no ha leido usted *El Eco...*?

Doña Juana se ruborizó. Ella jamás leía nada, ni aun los periódicos, á no ser su libro de oraciones, ya sabido de memoria. Para enterarse de las noticias locales tenía á doña Brígida, la beata, iletrada también pero muy al corriente y con detalles no consignados en los periódicos, de todas las noticias de la ciudad y sus alrededores y cogidas en el confesonario. Respondió con evasivas :

— No, hija; hemos salido temprano de casa.

— Lástima... Hacen dos horas que estamos averiguando de un lado para otro y nadie puede darnos razón. Acabamos de tropezar con las Montenegro en « El Águila» : reían como locas porque dicen que denantes hicieron tragar molinos á unas *virlochas*. Tampoco ellas pudieron adivinar... ¡ Pero, por Dios, señora!; se ha puesto usted pálida. ¿Qué le pasa?

— Nada, hija; una jaqueca.

— Es terrible eso; no debía usted salir á la calle... Las Montenegro tampoco han podido adivinar. Ni yo. Ni ésta. Yo creo que se trata de una de las Montenegro; pudiera que de las.....

— ¿Pero qué, por fin? — exclamó exasperada doña Juana á punto de caer muerta de cólera.

— Una... (*se detuvo algo cohibida la Orondo sin saber la manera de determinar la cosa*)... Una... noticia de *El Eco*... Dice... Pero será mejor que usted la lea, aquí la traigo.

Abrió su libro de oraciones y, de entre las hojas, cogió un recorte de periódico y se lo alcanzó á doña Juana :

— Tome usted, señora, y lea en voz alta; á ver si así caigo mejor en la cuenta.

Doña Juana, sonrojándose, pasó el papelillo á su hija :

— Tomáa, lee vos; ya sabes que me hace mal.

Elena se ruborizó y leyó lentamente y tropezando á cada línea :

« En *perspectiva:* Venus y Adonis hacen de las suyas en « esta estación en que la flores abren sus corolas y hay « en el aire arrullos de aves parleras. Dícese por ahí, en el « mundo, que en estos días habrán varios cambios de aros « entre los que se cuentan los siguientes que los damos con « reservas :

« *Él* gallardo mancebo cuyo porvenir se anuncia lleno « de promesas, escritor inspirado de las glorias resplan- « decientes de la patria, que ha cosechado muchos lauros « en torneos intelectuales de fuste donde sólo penetran los « príncipes de las letras y los elegidos de la fama. Hoy se « anuncia campeón en las lides electorales, de las que segu- « ramente saldrá vencedor porque tiene talento y ener- « gías. . . . . . .

« *Ella*, fragante violeta blanca... violeta... (*la voz de la lectora se quebró; ardíanle las mejillas y el papelillo temblaba entre sus enguantados dedos cual si fuese sacudido por la brisa*)... blanca, bella y elegante como las divinidades « griegas á quienes se parece, más que por sus encantos, « por su nombre, propicio á la rima...

—... ¿Qué te pasa, hija? Estás pálida vos también; algo te ha de dar, — y la Orondo cogió por el brazo á la

lectora y la miró fijamente en los ojos, cambiando una fugaz sonrisa con su hermana.

Elena, sin responder, confusa y anhelante de gozo, leía para sí el recorte, absolutamente convencida que era de ella de quien se trataba, pues muchas veces Rodríguez en sus trasportes amorosos, la había llamado « violeta blanca » y le había dado á comprender que la aludirían en *El Eco*...

Insistió la Orondo ante el silencio de la joven :

— Cualquiera creería que te has emocionado. Si no fuera imposible creyera... ¿No es verdad, señora, que él, es Andrés?

— ¡ Así parece ! — repuso secamente doña Juana, sorprendiendo la sonrisa de las jóvenes.

— Seguro, señora; es el único de los escritores que es candidato.

— ¿Y Emilio?

— ¿Luján? No, señora; imposible. Emilio dicen que ha cambiado aros en Chile y yo creo...

De un salto se puso en pie y, precipitadamente, comenzó á despedirse.

— Dispénseme, señora; allí veo á las X... y voy á ver si ellas lo adivinan. Le aviso que todavía no he recibido la invitación para su baile... Adiós, señora; adiós... *violeta blanca.*

Rozó sus labios en las empolvadas mejillas de Elena y escapó estrechando las manos de la señora. Doña Juana estalló :

— ¿Has visto cómo nos han mentido las indias y nos han llamado *virlochas?* ¡ Di pues aura que te quieren esas sapos ! ! !... Me las han de pagar las indias : les voy á hacer una que les duela... ¡ Virlochas !... ¿Y quiénes son ellas?

¡Como si no las conociera! Su padre ha sido arriero y su madre una... cualquiera...

Las once sonaron lentamente en el reloj de la plaza. Madre é hija se pusieron de pie y tomaron camino de la casa. Al pasar por delante de los escaparates de las tiendas, se detenían las dos un momento para ver reflejar en los cristales sus trazas, y especialmente la madre, orgullosa de que su hija llamase la atención por la elegancia de sus trajes. Creía con toda convicción que la riqueza de la ropa, suplía toda deficiencia; y habría preferido sostener toda clase de luchas con el marido con tal de no privar á su hija de una pluma costosa ó de un rico vestido. Su hija era para ella un medio de lucir; sabía que sin Elena, no sería nada en la sociedad. Su luctuosa historia no estaba tan alejada del tiempo para poder ser olvidada...

Llegaron á casa. Don César los esperaba sentado al sol en el patio. Leía *El Eco de la Patria* y el cabo de un cigarrillo colgaba de sus labios sombreados por un bigotillo corto, grueso y bastante renegrecido con cosmético. Al ver entrar á las dos mujeres se puso en pie y agitando el papel entre las manos salió á su encuentro fingiendo profunda indignación:

— ¿Qué les parece la bribonada? Yo creo que es preciso contestar eso... ¿Qué dices, Juana?

La señora, indignada todavía, se quedó mirándole de hito en hito:

— ¿Qué estás diciendo ahí?

— Pues ésto; lo del *Eco*... El periódico dice...

— Ya sé lo que dice... Disparates: que el Andrés ha cambiado aros.

— Que ha de cambiar, mujer.

— ¡Bueno!... Da á lo mismo!

— No, mujer.

La contradicción encendió aun más su cólera:

— ¿Y á vos qué te importa que el Andrés haiga ó no haiga cambiado aros?

— ¡Ya lo creo que me importa que no digan nada de mi hija... ¡Ocurrencia!

Elena, toda confusa, se dirigió á un ángulo del patio donde, sobre una banqueta, florecía un rosal y comenzó á sacudir los parásitos que infestaban las nacientes guías, dando las espaldas á su madre. Doña Juana, al oir la noticia, sintió subírsele la sangre á la cabeza. Increpó, indignada, al marido:

— ¿Y qué tiene que ver tu hija en esto? Parece que estás loco.

— La loca eres vos. ¿Acaso no sabes que *ella*, la del periódico, es aquella? — y señalo con un gesto á la joven que, de rodillas ante el tiesto, daba pruebas de un decidido amor á las plantas sin perder una sílaba del amoroso diálogo de sus padres:

— ¿Qué estás diciendo, por Dios? ¿Dónde has leído eso?... Seguramente los amigos te han hecho tomar...

— Yo no he leído nada, porque nada hay en *El Eco*,... pero otros han leído y ¡caramba!... Se necesita no tener ojos...

— Y bien que los tengo... ¿Y quién te ha dicho que es aquella?

— Pues don Ismael. Me ha dicho que... No me acuerdo bien lo que me ha dicho. Creo que en Grecia, Jerusalem ó no sé dónde las mujeres se llaman *elenas*...

— Déjate, animal, de esas cosas; en *El Eco* no hay nada de eso...

— ¿Acaso lo has leído? Sería la primera vez.

— Las indias Orondo...

— ¡No digas así; te han de oir!

— ¡ Quéee !... Las indias Orondo me lo han hecho leer y también han dicho algo de aquella... (*dirigiéndose á la florista*)... Oí, Elena; andá ver si el almuerzo está puesto... De aquella, pero no querían creer, me parece, que fuera verdad. ¿Endeveras crees?

— Sí, mujer; don Ismael me ha dicho que es de nuestra Elena...

Doña Juana ya no le oía. Con el mantón colgado del brazo, subía lentamente las gradas, deteniéndose en cada tramo, y sus ojos acuosos, de arrugados y caídos párpados, se entrecerraban molestados por la refracción que el sol arrancaba de las paredes, pintadas de azul. En su interior sostenía trascendental monólogo : — « Sí; de veras quedría que fuese cierto nada más que pa darles ajo que morder á las sapos de las Montenegro y á esas indias de las Orondo... El Andrés es rico y de buena familia y dicen que le estaba haciendo la corte á la menor de las sapos. Si se casara con él, buen sopapo que le daría; pero... »

Arrugó el ceño doña Juana... Sí; buena cosa era hacer rabiar á las amigas y quitarles el novio, mas una vez casada Elena, ¡ adiós bailes, y paseos, y retretas, y visitas ! La vida seria tirada á raya, monótona, hasta que crezca Laurita y Laurita...

Cerró los ojos y exprimió una lágrima. El corazón le latía de pena.

Don César siguió á su mujer, pensativo : — « ¿Qué pasará? Yo creí que iba á llorar, gritar, maldecir y no ha dicho nada. Aquí hay gato encerrado... »

Caminaban los dos por el corredor, uno tras otra y graves llevaban los rostros . Al llegar á la puerta del comedor, volvióse doña Juana hacia su marido y, en voz baja, le dijo :

— ¿Sabes? Pues quedría que fuese cierta la noticia nada

más que porque revienten de envidia las Montenegro... ¡ Sapos !

Abrió inmensamente los ojos don César y tuvo ganas de besar á su mujer, cosa que olvidara hacerlo desde hacía la mar de años. Repuso poniendo los ojos tristes é indignándose con la rencorosa señora :

— ¡ Sí, sapos !... Yo también quedría. Andrés es un buen partido y tiene asegurada su elección, como yo. Nos apoya el gobierno...

— Así dicen, pero yo no me fío. El que quiera casarse con mi hija tiene que tantearse los bolsillos pa pagar sus antojos, porque no permito que se case con un pelao á quien servir. Pa eso está mejor en casa con sus padres...

Se enterneció. La idea de que alguien viniese á quitarle la hija la hacía sufrir cruelmente. Porque, después de todo, lo que doña Juana sentía por Elena, no era amor, sino orgullo. El orgullo de madre que engendra hijos fuertes y bellos. Y la señora estaba orgullosa. Pequeña, chata, deforme, había engendrado á Elena, chica esbelta, graciosa y eso probaba la bondad de sus entrañas...

Sobre la mesa humeaba la sopa en los platos. Elena, de pie junto á la vidriera, miraba la calle por entre las gasas del cortinaje y entretenía el apetito comiendo un retazo de pan. Su madre la retó :

— ¡ Dale con el pan ! por eso tienes esa cara de muerta. ¡ Qué mujer !

Cada cual ocupó su asiento y el almuerzo fué frugal y duró sólo algunos minutos. Comían todos en silencio preocupado cada uno en sus cosas y no se oía otro ruido que el de los platos servidos por Clotilde. Pensaba don César en las próximas elecciones de mayo y no estaba tranquilo. Pensaba doña Juana en el insulto de las Montenegro y se sentía furiosa. Pensaba Elena en su probable matrimo-

nio con Rodríguez y se creía feliz. Hasta Clotilde tenía cosas graves en qué pensar. El *Chungara*, con tono serio y amenazador, le había obligado á darle una respuesta definitiva sobre si aceptaba ó no casarse con él y temía desengañarle por miedo de que cometiese alguna barbaridad con Juanillo, su presunto rival.

Con el último sorbo de chocolate, levantóse doña Juana, se envolvió en su mantón y salió escapada al convento de los Jesuítas, á lo de su confesor. Lo hizo llamar con un monaguillo y en tanto que viniese, arrodillóse ante un altar y se puso á orar mecánicamente, aunque removiendo en su cabeza la clase de venganza que tomaría de las Montenegro. Sorprendióla en esto su confesor. Era un fraile alto, grueso, rosado, bien cuidado, pulido, con las uñas esmeradamente recortadas en triángulo, la barba hecha con esmero, elegante dentro la tosquedad de sus hábitos negros. Traía un fuerte olor á tabaco y parecía fastidiado.

— ¿Estás ahí, Juana? Algo grave te trae á estas horas y dímelo pronto porque no tengo todo mi tiempo : le debo una visita á la Angelita y debo pagársela hoy mismo. Te prevengo que no te perdono mi siesta.

Le cogió la mano y se la apretó fuertemente, mirándola en los ojos.

— Sí, padre; cosas graves. La han hecho casar á Elena. Mire usté este papel.

Cogió el recorte el jesuíta y sin leerlo, le dijo sonriendo y sarcástico :

— ¿Y qué más quieres? Andrés es un buen chico.

Doña Juana le miró con gran sorpresa.

— Sí, padre, pero...

— ¡Cállate, hipócrita; te conozco! Tú quieres que se case con ese mozo tu hija y andas ahí diciendo que no... Entonces, cómetela en escabeches...

Sonrió doña Juana y repuso humildemente :

— ¿Entonces usté aprueba, padre?

— No seas tonta, mujer. Es aquí que le he aconsejado á Andrés que haga uso de la prensa, por si se te ocurriese entregar tu hija á ese sinvergüenza de Ramírez...

— ¿De dónde no más? Entonces usté...

— Sí; sábelo. ¿Estás contenta?

— Sí, padre; y... (*comenzó á hacer pucheros*).

— ¡ Vamos ! Alguna cosa te está mordiendo ahí, en la conciencia... ¡ Anda, échalo fuera ! ya sabes que me espera la Angelita.

Hablaba con voz de reproche y se le sentía cansado, disgustado.

— Pues que usté tiene nuevas amigas y ya no viene por casa...

— ¡ Quítate de ahí con esa tu eterna musiquilla que se hace cada día más pesada ! Yo ya te he dicho que no debo ir á tu casa sino una vez al año. No quiero que vuelvan á decir nada de nosotros. ¿Te parece poco lo que han hablado? Pues si tú no tienes bastante, yo lo tengo hasta la coronilla. No, no debo ir á tu casa. ¡ No faltaba más !

Y desligando las manos de las de doña Juana, se levantó y perdióse en las tenebrosas sombras que envolvían el templo...

XII

— ¿Y le has visto, dices?

— Sí, señorita.

— ¿Estaba solo?

— Solito.

— ¿Y qué te ha dicho?

— Nada.

— ¡Cómo nada! No seas zonza. ¿Es que le has contado lo que te he dicho que le cuentes?

— Le he contao. ¡Si ya lo sabía!

— ¡Ya lo sabía!... ¿Entonces te ha dicho algo? ¡Ay, por Dios, que eres burra!

Sonrió Clotilde y con su mal castellano, contó:

— Estaba yendo ande la señorita Carlota pa pedirle el traje que l'a prestao usté, y en la esquina de las monjas miré qu'el niño Carlos bajaba del lao de los Jesuítas. Y m'a dicho: — «¿Aonde vas, Clota? — Ande la niña Carlota. — ¿Y cómo está el caballero? — Está bien. — ¿Y la señorita? — También...» S'a callao y su cara estaba amarilla y parecía mareado. — «Usté ya no va á casa, niño Carlos», — l'e dicho. Entonces él, riéndose, m'a contestao: — « ¿Pa qué? Ya tu señorita no me quiere, m'a olviado...» Al hablar así, señorita (*poniéndose seria*) parecía triste, el resuello se le cortaba, y hablaba despacito, como un enfermo...

— ¿Y estaba bien vestido? — preguntó Elena, sin quitar los ojos del biselado cristal del armario.

— No, señorita; estaba todavía más peor que antes. Los botines, sucios; el cuello, sucio; el pelo largo... Parecía un mozo, señorita.

— ¡Pobrecito!

— Sí, probresito. Yo lo quiero más qu'al niño Rodríguez, señorita Elena: me parece más güeno.

Elena hizo un gesto vago y aproximándose aun más al espejo, cogió el sombrero de manos de la muchacha y se lo puso, pasándose el largo alfiler adornado de piedras falsas, entre el tejido de paja y los cabellos.

Estaba encantadora.

Vestía traje celeste pálido de ancho vuelo y menudos pliegues y ceñía su talle, cruelmente adelgazado por el corsé, un lindo cinturón blanco. Por entre el ralo tejido de la fina gasa, veíansele los brazos tersos, carnudos, sombreados por ténue pelusilla morena; y sobre la carita redonda, y ligeramente retocada de carmín, de mentón hoyueleado, hacía sombra el claro sombrero guarnecido de encajes que sobresalían y chorreaban, graciosamente, de la paja.

— ¿Estoy bien? — y se plantó frente á Clotilde, recogiéndose un poco la falda y dejando ver la fina zapatilla de charol y la calada media de hilo. Con la otra mano se apoyaba graciosamente en la sombrilla, sosteniendo el cuerpo un poco echado hacia atrás.

— ¡Ay!, está usté lindísima, señorita; no es capaz que haiga otra como usté.

— ¿Endeveras crees que no haiga? — preguntó sonriendo con sincera satisfacción y preveyendo la afirmativa respuesta en íntimo convencimiento de la superioridad de sus gracias.

— Endeveras, señorita; es usté la más mejor de sus amigas y no me gustan ni las niñas Pérez...

— Ya te he dicho que no las mentes á las Pérez; no quiero que me hables nunca de ellas y mucho más cuando estoy con mis otras amiguitas...

— ... Ni las niñas Montenegro, ni las Orondo, ni tampoco doña Carlota...

— ¡ Doña !... ¡ Ay, que eres burra, por Dios ! ¿Cuántas veces te he de decir que hay que llamarla señorita?... Ya sabes que no está contenta cuando se le dice doña. ¿Qué más?

— ¡ Qué color y qué granos tan feos tiene la señorita Carlota... ! ¡ Puf ! parece una muerta, señorita Elena. Toíta la cara llena de mochos y más amarilla qu'el niño Carlos. Cuando l'e visto antes de ayer, daba miedo y m'a dicho que no saliría á la calle sino cuando se la haígan pasado. Á mí me da risa porque le gusta mucho mirarse del espejo. La otra tarde se quedó ahí, donde está usté y me preguntó dónde ocultaba la pintura que se ponía en los labios y en la cara y cuando le dije que usté no se ponía nada, se rió y me dijo que usté me enseñaba á mentir.

— ¿Eso te ha dicho? — preguntó inquieta y sonriendo nerviosamente.

— Sí, señorita; después se puso polvos y se empapó la ropa con media botellita de este perfume, — y señaló un frasco, medio vacío.

Elena dió una patadita de cólera en el suelo :

— ¿Con que te ha dicho eso, há? Ya lo vamos á ver... Sacáa del cajón los botes vacíos que haigan, llénalos de agua de té y ponlos en lugar de éstos, y, si quiere, que se perfume...

La sirvienta, riendo maliciosa y suspicaz, puso en inmediata ejecución la orden de la patrona con gran contenta-

miento de su parte. Le guardaba profunda antipatía á Carlota, desde cuando ésta, en reunión con sus amigas, la reprendiera duramente por un insignificante descuido y diera á entender que en casa de Elena usaba de los mismos derechos que en la suya...

Y en tanto que Clotilde cogía uno á uno los vacíos frascos y los llenaba con agua de té, la señorita Peñabrava, siempre en frente del espejo, se miraba con gozo, con fruición, con hambre, con refinada coquetería; se miraba los ojos negros orleados de largas y retorcidas pestañas; los labios menudos, algo carnosos, sensuales; el mentón redondo y hoyueleado; la frente menuda, limpia, estrecha como perdida entre los abundantes bucles de la cabellera y cual si ocultasen las pocas ideas que revoloteaban dentro, con inconstancia mariposil, — su personita toda con avidez hasta entonces desconocida en ella. Parecía que ignorante de sus encantos, los hubiese descubierto de hecho, en impensado momento, como al conjuro de una revelación. Y se sentía mareada de orgullo, de vanidad, de contento, de dicha.

Todo le sonreía en esos instantes. Había por fin alcanzado la dicha de entrar, aun olvidando el desaire inferido, á los salones de las señoritas Montenegro y bailar en ellos con su novio en una gran fiesta dada por aquellas; sus viejas y modestas amigas, no la miraban más en la calle; su antiguo enamorado jamás pisaba los umbrales de casa y no había cometido la tontería de recordarle sus promesas y obligarla á cumplirlas; el poeta Pérez le dedicó en *El Eco de la Patria*, un lindo poema; su padre, lanzado en la política con bríos insospechados en él, era citado de continuo en los periódicos como un político de marca y se creía asegurado su triunfo en las próximas luchas electorales... Todo le sonreía y le halagaba. No había fiesta so-

cial á la que no estuviese invitada, ni periódico que no la mentase... Era feliz, feliz, feliz...

— ¿Con que no te ha dicho nada, hé? — volvió á preguntar acordándose de Ramírez y poniendo en orden un rebelde rizo.

— Nada, señorita.

— ¿Y á nadie más has visto?

— Á nadie, señorita... ¡ Ah, sí ! Al niño Rodríguez.

— ¿Y qué te ha dicho?

La muchacha metió la mano en el bolsillo, sacó una carta y entregándosela á su patrona :

— Nada. M'a dao esto pa usté.

Sonrió levemente Elena, cogió el papel y echando una última mirada al espejo, corrió á lo de su amiga Carlota llevando consigo la carta y deseosa de saber lo que su novio le decía.

Clotilde, al verse sola, hizo un mohín de burla y, según su rara costumbre, púsose á monologar dándose polvos en la cara con la bellota de la patrona :

— ¡ Ya está ! Antes el Carlos, ahora el Andrés. (*Cerrando el cajón de los perfumes y en actitud meditativa.*) Antes, cuando venía el Andrés, por no salir á recibirlo se hacía la enferma la señorita, ó si salía, no le contestaba, abría la boca como si teniera sueño y ahora le sonríe, se van juntos á la ventana, se agarran de las manos... ¿Será el querer así?... (*Animándose súbitamente*)... ¡ De donde no más ! (*Se aproxima á la ventana y apoyando la frente en los cristales, prosigue mirando con interés la calle por entre las cortinillas*)... Allí está el Juanillo. Ya tres veces ha pasao desde esta mañana y creyo que quiera hablarme. ¿Qué quedrá decirme? Seguro que lo de siempre : que me quiere. Cada vez que me encuentra, lo único que sabe es llorármelo y decirme que si no me caso con él, lo de matar

al Chungara. Yo le dicho que nos hemos de casar pa la Asunta; pero eso... ¡ naranjas verdes !

***

Cuando la señorita Peñabrava entró en casa de su amiga Carlota, por la segunda vez desde que la conociera, no pudo evitar una penosa impresión de disgusto. Su amiga estaba en una traza imposible. Una bata roja, algo grasienta y deshilachada por los bordes de las faldas y de las mangas, envolvía su cuerpo seco, flaco y anguloso. La cabeza llevaba erizada de horquillas y papelillos en los que había enroscado mechones de su rala cabellera castaña, vieja y sin lustre; el rostro le brillaba por la mucha grasa que se había echado para conservar el cutis y como no tuviera tiempo de avivar el colorido de los labios, de ponerse cejas, estaba horrible con su color amarillo cadavérico, las mejillas flácidas, arrugadas, los labios exangües, irritados los mochos del mentón y la nariz, sin sombra de pelo en las cejas.

Elena tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para besar á su amiga. Carlota, notando el disgusto que le había producido, se apresuró en excusarse :

— No te esperaba y dispensa, hija, este trapillo. Me siento algo enferma y no pensaba salir... ¡ Pero siéntate, hija, ahí, donde puedas !

La Peñabrava no se atrevió á complacer á su amiga. Todo estaba lleno de polvo, sucio, y temió perder su vestido.

— No, hija gracias; he dado un salto para verte : quiero que leamos un papel que me ha mandado Andrés. ¿Dónde está tu madre?

— Ha ido á misa... ¡ Pero qué futre estás, ché ! Á ver, dáte la vuelta; te veré la espalda.

Elena, con la carta en una mano y la sombrilla blanca en la otra, arqueó un poco el cuerpo y comenzó á girar lentamente sobre los tacos. Su amiga, sin poder disimular el despecho, opinó :

— Está bien y solo hace arruga en el brazo y hay que componer... ¿Qué te dice ese badulaque de Andrés?

Elena, gravemente, depositó, no sin vacilar, la sombrilla sobre una mesa más limpia que los restantes muebles, ricos en hechura y calidad, rasgó la cubierta y echó una rápida ojeada al papel y, súbito, quedó seria. Se lo pasó á Carlota sin proferir palabra.

— ¿Y por qué no lees?

— No, es mejor que lo leas vos. Es grave.

La amiga, con trabajo, devoró el texto. Tuvo que hacerlo dos veces para coger el significado :

— ¿Por qué grave? Te pide una cita y eso no es grave. Es tu novio.

— ¿Vos crees? — preguntó Elena, asombrada.

— Me parece; yo no sé.

— Sí, tampoco creo yo que sea grave una cita, pero él quiere de noche, á solas... Y eso es grave.

Carlota fingió perfecta ingenuidad :

— ¿Por qué, por Dios? Tú te encuent as con tu *pololo* á las cuatro de la tarde en el Prado y no es grave; te encuentras á las diez ó doce de la noche y ya es grave. ¿Por qué eso?

Á Elena le pareció incontestable la lógica de su amiga; no supo qué responder. Dijo sin embargo :

— No sé... me parece...; no sé. Yo creo que es... peligroso.

Creció la ingenuidad de Carlota y repuso como si se

asombrara del intenso rubor que había encendido la frente de la joven:

— ¿Peligroso? ¡Al contrario, hija! De día es peligroso encontrarse con el *pololo* porque todos te ven, y te miran, y te chismean: de noche están solos, sin testigos, libres... Pueden decirse lo que quieran; ya no hay el temor de los padres, de las sirvientes, ni de nadies.

La Peñabrava quedó un momento pensativa y luego preguntó de hecho á Carlota:

— ¿Irías vos á una cita de noche?

— ¿Por qué no? Iría.

— Y... ¿no tendrías miedo?

— ¿Á qué?

— Á... él.

— ¡No, puesto que le amaría!

— ¿Alguna vez has ido á una cita así?

Tumultuoso rubor invadió las mejillas de la solterona, sus ojos adquirieron extraña expresión y con acento hondo, turbado, acaso patético y preñado de remembranzas, repuso con vehemencia:

— ¡¡¡Sí!!!

— Yo, no; tendría miedo.

— No se tiene miedo, zonza, cuando se ama; al contrario. Se espera la hora de la cita con ansias y los minutos te parecen largos, eternas las horas... Después, cuando estás á su lado, nada: los minutos vuelan, las horas huyen y quedrías que el sol no salga, y que fuese siempre de noche... ¿Endeveras no quieres darle la cita que te pide?

Elena se asustó:

— No, Carlota; eso sí que no hago. De día, sí, donde él me diga, pero no de noche. Además, aunque quisiera, ya sabes que no podría; duermo al lado de mis padres, casi en la misma habitación... No, no puedo.

La señorita Quiroz hizo un mohín y repuso secamente :

— Como quieras, hija; y no digas que eso no es bueno : nada de malo tiene. Es tu novio, todo el mundo ya sabe que te has de casar con él, y para el que quiere, no hay imposibles.

Se acercó á un espejo y con un pañuelo comenzó á comprimir un mocho que le había crecido desmesuradamente en el mentón y supuraba. Luego vino hacia Elena y cogiendo la tela de su rico vestido, le preguntó :

— ¿De ánde has comprado este género?

Elena esperaba hacía tiempo la pregunta y, con aire candoroso, le dió la respuesta de antemano meditada :

— No hay aquí, hija : me lo han traído de París, — y la joven acentuó la palabra París, sin quererlo, hinchada de vanidad.

La Quiroz se puso verde. Sintióse herida en lo más sensible de sus entrañas y se imaginó que si su amiga hablaba de París, era por echarle en cara la pobreza de sus ropas y hacerle notar el contraste de sus trazas. Le entraron deseos de inmediata venganza y asestó su golpe con candor infantil :

— ¿De París, eh? ¡ Curioso, mi azucena ! El otro día la he visto á una de las Montenegro con otro traje igualito á éste... ¡ Probablemente de París también !

Y sonrió burlona, incrédula, agresiva. Elena sintió miedo; pero como se tratase de su ropa, lo único de importancia para ella, repuso poniendo en su acento ese veneno sutil que esconde toda lengua de mujer :

— ¡ Di mejor que es el mismo; pero te equivocas, hija : no tengo costumbre de hacerme prestar la ropa de nadies !

Carlota dió un salto. La alusión de la joven era directa. Y ya sin embozo, exasperada de veras, cansada de fingir más tiempo con ella, de soportar su elegancia, arrojó de

hecho la bilis acumulada en todo el corto período de su amistad :

— ¿Es que eso lo dices por mí? Pues vos también te equivocas altamente. La ropa que me has prestado... ¡ Malagradecida ! No me dijieras nada si te hubiese dejado en tu rincón con tus *virlochas*...

Elena, sofocada por la sorpresa, el miedo y la indignación, abrió los ojos hasta dilatar las párpados y su rostro adquirió una palidez cadavérica. El seno le latía con tumulto levantando y deprimiendo la tela de su blusa. Se acercó á la mesa, cogió la sombrilla y se puso á sacudirla del polvo que había dejado una ancha raya oscura en la impecable blancura del artefacto. Luego se recogió el traje y, de puntas, cual si atravesase un charco, con la brillante mirada fija en el suelo, llegó á la puerta y, una vez en el umbral, se volvió hacia Carlota y con voz vibrante, la dijo :

— Adiós. Si lo ves á tu amigo, le dices que se ha equivocado : yo no tengo costumbre de dar citas á nadie, porque si las diera tendría que irme á ocultar á Cohoni... y... ¡ je, je, je !... y allí...

Mas se detuvo azorada, inquieta. El color pálido de la solterona se había descompuesto hasta tomar tonalidades verdosas. Sus ojos, también desmesuradamente abiertos, echaban llamas. De dos saltos llegó junto á la joven y metiendo su descompuesto rostro al de Elena, que dió un paso atrás poseída de súbito miedo, silbó echándole su mal aliento á la cara :

— ¿Qué, qué dices?... ¿Á Cohoni? Bueno, á Cohoni; pero es siempre preferible irse á Cohoni para parir hijos á un soltero y no, como la virlocha de tu madre, quedarse en casa para parir hijos á un fraile. ¿Es que crees que no sé las cosas de tu casa, mosquita muerta? Pues las sé más de

lo que crees y por eso puedo mirarte de arriba á abajo porque no soy *candelero* como tú...

La joven ya no le oía. Aterrada, con la cabeza oculta y baja, huía escaleras abajo, aturdida, alelada, sin poder comprender bien lo que había oído, llena de miedo, de un miedo de chiquilla ante la amenaza de un castigo, llena de pavor...

Se vió en la calle y sintiendo que los sollozos le llenaban la garganta, corrió á su casa y echándose sobre un diván en el cuarto de doña Brígida, rompió en llanto amarguísimo é inconsolable y lloró hasta que se hubo serenado un poco. Luego subió á su dormitorio, se arregló los rizos, se echó un poco de polvos é hizo desaparecer de su rostro toda huella de llanto. No se atrevió á decirle nada á su madre. La sabía capaz de emprender en plena calle á bofetadas con la beata; pero sintió nacer en su alma un odio atroz, inmenso, inaudito, como nunca había sentido por nadie, uno de esos odios que llenan toda una vida y se les cultiva con fervor; y sabiendo que igual pasión dominaba en el alma de Ramírez, se acordó de sus palabras, de sus profecías y recién entonces, por la primera vez quizás, sintió simpatía y gratitud por el mozo y aun le perdonó su oscuridad, su insignificancia social y hasta su desgarbo en el vestir...

XIII

Ramírez se sentía más desganado, más abatido que nunca. Todo le disgustaba ó le aburría. La neurastenia, empujada por el alcohol, hacía de las suyas. Hosco, insociable, huía del trato de las gentes y sólo en la quietud y en el aislamiento encontraba cierto alivio á sus penas. Compendiara en los compañeros de infancia sus aspiraciones de sociabilidad, y pues le habían herido, ahora desconfiaba de todos. Luján y Olaguibel fueron un pretexto para que desarrollasen en él las inclinaciones pesimistas de su temperamento atávicamente desequilibrado. El amor á la soledad, el retraimiento, su seriedad, eran legado de su abuelo, un testarudo catalán que murió haciendo ascos del mundo por verse atado á un empleo en la vejez cuando libre viviera en su juventud y al saber que el pan servido en el lecho donde pasajera enfermedad lo retuviera, lo debía á la caridad de su colonia...

La decadencia de Ramírez fué rápida y casi brutal. Los resortes de su energía se habían aflojado al choque de pequeñas contrariedades y no tenía ánimos para nada.

Tampoco se sentía dispuesto á mezclarse en las luchas políticas ó económicas del país. Desconfiaba de sus fuerzas y creía que poco podía conseguir en su medio. Para hacerse de influencias políticas, era menester transigir con

todas las preocupaciones y él era de esos hombres que en la lucha política prefieren hacer de pastores y no de rebaño; para trabajar en la industria ó en el comercio, le faltaban hábitos de laboriosidad y los instintos del negocio sin los cuales nada se puede conseguir en aquel campo. La única arma de que podía servirse, el talento, estaba anulada en sus manos por su falta de ambiciones y de voluntad. Para imponerse el talento en ciertas partes, tiene que ir acompañado por lo común de absoluta ausencia de escrúpulos y cierta ductilidad de la conciencia fácil á plegarse á las circunstancias imprevistas y á los acontecimientos nuevos.. y Ramírez no estaba dotado de estas otras condiciones. Su talento, dedicado solo al libro pudiera crearle quizás cierta notoriedad, pero sin proporcionarle los medios de vivir. Subordinado al periódico.... ¡Ah, no! Sabía él bien lo que era eso en su tierra. Jamás había visto ni oído decir que un periodista ganase tanto ó siquiera igual que un mediano albañil ó carpintero...

Estaba, pues, provisto de una arma imposible de servirle en las luchas de su país. Cualquiera, el menos listo, podía vencerlo.... ¿Y entonces?

Hízose él mismo la cruel pregunta y no pudo hallar la respuesta que envolviese una esperanza.... Tuvo pena; y si no sintió mie do, fué porque, al fin, contaba por lo menos con los suficientes recursos para poder vivir, sino todos, los más de los días de su vida.

Pero no había que vivirlos allí. No, no, no.

Tampoco podría.

Para vivir contento pedía de los hombres de su medio más de lo que podían dar, sin concederles él lo que ellos de su parte exigían. Demasiado ingenuo ó excesivamente vanidoso, no sabía atribuir á la vana lisonja ó al galante mimo el valor que allí, como en casi todas partes,

tienen. Y apartáronsele, si no disgustados, indiferentes.

De tal cosa no supo percatarse Ramírez, ó no pudo. Desde jovenzuelo y frente á las burlas de sus condiscípulos se le había clavado en la conciencia la idea de la hostilidad del medio hacia él, perceptible, creía, en pequeños detalles fugitivos al análisis, imprecisos quizás y sólo patentes á la aguda penetración del que sufre, siempre exacerbada, y esto le parecía injusto. Tenía la flaqueza de considerarse superior á sus coterráneos y aullaban su amor propio y su vanidad heridos al ver los aplausos tributados á los demás. Creía que allí se vivía de pura ficción y engañándose todos y sufría de la maldad y de la tontería que él creía descubrir en los demás.

Y triste, amargado, envidioso, dejaba correr los días firmemente decidido á irse lejos, quizás regresar al Beni, meterse en las minas, huir; y si no llevaba de pronto á cabo esta resolución, era porque nadie quería pagarle el precio pedido por su casa, otro motivo de enojo con sus paisanos á quienes, amén de agoístas, le dió en figurárseles tacaños é interesados...

Se apartó de todos, llegando al placer enfermizo de examinarse y de tallar su alma con la parsimonia de un Amiel con sangre aymara. Este aislamiento provocó en él un desmesurado crecimiento del egoísmo. Se analizaba, se veía por todos lados, con fruición, y acabó de perder la noción de las realidades... Buscaba dentro de él mismo los elementos afectivos, guardando en lo íntimo sus secretas ansias, su infinita sed de gloria y de amor. El continuo análisis, la constante comparación de sus actos con los actos de los otros, obligóle, fatalmente, á considerarse distinto, superior á los demás. Á diferencia de los otros, sentíase incapaz de dependencia. Pensaba que estar sometido á alguien, subordinarse, era perder parte de la

dignidad y que el hombre verdaderamente libre, debía aspirar á una independencia absoluta, casi feroz. « No pedir nada, no aceptar nada » — era su divisa. Y el cumplirla, le había conquistado la animosidad general, haciéndole pasar, ante unos, como un ser de pasiones tremendas, de odios incontenibles, y, ante otros, como un vanidoso, un envidioso; sin que nadie supiese avalorar sus actos ni tratar de comprender su conducta, penetrarse de sus ideas y temperamento. Y melancólico y enfermo, buscó Ramírez la soledad y el silencio; mas todavía impotente de convivir en la reclusión absoluta, aun no suficientemente templada su alma, débil para soportar el peso de sus preocupaciones ó poblar de más consoladoras visiones su soledad, dejóse arrastrar por sus apetitos y buscó consolador refugio en el alcohol, ahogando en la inconsciencia de la ebriedad, las muchas penas que gravitaban sobre su alma triste.

....

Entretanto se aproximaba el día de las elecciones y había fiebre en la ciudad.

Era ese el tiempo en que estaba dividida la población en dos partidos únicos, rivales entre sí. Contaba el uno con el apoyo decidido y franco del gobierno y el otro con el de la opinión pública, y luchaban los dos por llevar al congreso el mayor número posible de representantes, empleando, para vencer, toda clase de procedimientos.

Don César Peñabrava y Emilio Luján eran candidatos oficiales; y si no contaban con el apoyo de los mejores, tenían de su parte, y merced á la ayuda oficial y al dinero que gastaban, la incondicional adhesión de los policiales y esbirros que entonces formaban legión, y la de los vagos, de esos pobres seres sin opinión, sin nociones de ninguna

clase, que viven como bestias en miserables tugurios, trabajando en cualquier cosa cuando el hambre los abruma y viviendo el resto de su vida en jarana constante, sin más preocupación ni deseo que embriagarse y correr tras las diversiones, indiferentes á su destino, resignados con la miseria, y haciéndose matar á veces por quien satisface sus vicios ó las solicitudes de sus hambrientos estómagos.

Era, pues, de ver la gravedad y el aire de importancia con que don César y su sobrino Luján se mostraban por las principales calles, frente á sus partidarios desastrados que, de dos en dos y formando interminables columnas, iban vitoreando sus nombres y provocando furiosos choques con los partidarios de los candidatos rivales y de los que aprovechaban los agentes del gobierno para reducir á prisión á los enemigos y dejar el campo libre á los suyos, los cuales, seguros de impunidad, cometían toda clase de abusos y aun de crímenes que la prensa oficial se esforzaba en ocultar ó atenuar por lo menos... Creíase don César poderoso y dueño de la situación. Al escuchar los aplausos de la turba, pensaba que sólo sus méritos lo habían impuesto á la consideración de sus paisanos y creía que de allí á poco ya podía aspirar á más altos cargos y á mejores destinos. Y loco de vanidad, de alegría, sacaba el dinero á manos llenas y estaba decidido á triunfar y á no permitir que nadie le disputase la victoria...

Una de esas noches en que Ramírez, ebrio como nunca, vagaba solo y sin rumbo por una calle de extramuros, estentóreos gritos y nutridas aclamaciones lo retuvieron á la puerta de un viejo caserón en cuyo zaguán dos velas de sebo pegadas á los enjalbegados muros chisporroteaban dejando en ellos ancho surco de hollín. En la puerta, y á guisa de centinelas, dos hombres de mala catadura y que por sus trazas desastradas parecían gente de tribunales,

invitaban con gesto prometedor y palabra insinuante, á entrar al interior á todo el que por delante de la puerta pasase.

Ramírez, sin saber bien por qué, acaso por distraerse, mezclóse á un grupo de hombres que en ese instante llegaba á la puerta y penetró con él al patio. Era el patio vasto y estaba circundado por un corredor del que pendían farolillos de vidrio blanco difundiendo amortiguada luz en derredor. Junto al portal de las gradas y bajo el corredor, un alto estrado avecindaba á una habitación que debiera servir de cantina según el olor á alcohol que de ella escapaba y de la avidez con que á su umbral acudía el abigarrado público que en el patio había.

Era un club político y estaba formado por el diputado Ismael Salas. Se le veía á éste moverse yendo de un grupo á otro, bebiendo con los cholos, llamándolos por sus nombres, estrechando sus manos sudosas. En los rincones, y recatados, varios hombres envueltos hasta los ojos en sus bufandas, miraban sin acudir á la cantina ni mezclarse con el grueso del público, para quien, su abstinencia y su empeño en ocultarse, era prueba evidente no de parquedad ni de otra cosa, sino de su disconformidad en opiniones, razón por la que se les miraba de reojo y muchos no ocultaban su deseo de emprender á palos con ellos...

Á cierta hora cerróse la puerta de la cantina y Salas apareció sobre el estrado. Se hizo el silencio. Entonces, el orador, estirándose los puños de la camisa y carraspeando, como tenor de feria, dos ó tres veces, sonrió, hizo una venia é iba ya á arrancar en uno de sus desconcertantes discursos, cuando Ramírez, súbitamente enfurecido á la vista del diputado, reclamó en alta voz y en medio del silencio profundo, el uso de la palabra.

La turba, al reconocerlo y sabiéndolo adversario del

partido, montó en cólera. — « ¡ Que se calle ! ¡ Que se calle ! — aullaron los energúmenos. — ¡ Que hable ! — respondieron los misteriosos embozados; y como si esta insinuación hubiese constituído gravísima ofensa, aquellos, sin escuchar razones ni esperar á que el periodista pronunciara una sola palabra, emprendieron á golpes con él. Ramírez, que desde la amenaza de Guilarte iba siempre armado, sacó su revólver y disparó dos tiros al aire. Corrieron los timoratos á poner en salvo su pellejo; los valientes, incitados por el alcohol y por las palabras de Salas, lanzáronse contra el joven decididos á lincharle, y vieran cumplidos sus deseos si los embozados no saliesen en su defensa trabando descomunal combate con los ebrios y admiradores del diputado. Aprovechó el instante Ramírez para, arrepentido de su actitud, ponerse en salvo y escapar á la parte opuesta de la ciudad, al Prado, el solo sitio desierto á esa avanzada hora.

La noche estaba oscura, fría. Las ampollas de luz eléctrica, pendientes de hilos tendidos de árbol á árbol en todo lo ancho de la avenida, se balanceaban con el viento como péndulos de reloj y proyectaban amarilla y macilenta luz en pequeños radios, formando manchas claras en el oscuro fondo del paseo. Nadie trajinaba por él. De vez en cuando algún indio aparecía surgiendo de un matorral para llenar su cántaro en la pila del centro y se perdía en la sombra, sin hacer ruido. Los elevados eucaliptus mecían sus mal pobladas ramas produciendo chasquidos prolongados : las hojas secas, empujadas por el viento, iban de un lado para otro, en pequeños torbellinos. Navegaban por el cielo, bajas é informes nubes negras raras para la estación y se veía centellear, por entre sus desgarraduras, alguna estrella pálida y distante.

Lentamente dieron las nueve en un reloj lejano. Los rondines tocaron sus pitos y las campanitas del convento de la Concepción, voltearon tristes y soñolientas. Se oía el rumor del río, perenne, en el profundo silencio de la noche.

Ramírez se sentó en un banco, levantóse sobre las orejas la solapa del abrigo; metió las manos en los bolsillos del pantalón y púsose á meditar.

Indudablemente había cometido una estupidez. Hasta ahora los nervios tenían buena culpa en sus desgracias y de esta vez sí que no se libraría impunemente. ¿Qué le harían? ¡ Psh ! ¡ lo que quieran ! : estaban en su derecho. Bien decía Luján... — « Este Luján es divertido : me ha renegado por complacer á sus amigos... Necesariamente aquí son curiosas las gentes : cada uno para sí y al diablo los otros. ¿Compañerismo? ¡ Tonterías !, primero el dinero y después lo demás. Olaguibel.... ¡ Qué estúpido ! Hace veinte años que nos conocemos... ¡ Pero cómo es puerca la vida ! No recuerdo que nadie me haya querido como mi madre. Ella sólo fué grande, generosa, buena conmigo... Francamente ¡ ca... ! da asco la vida. Luchar, padecer, morir.... »

Hizo un gesto brusco y se limpió con la manga del abrigo los ojos : el alcohol le subía en llanto á las pupilas.

« .... Lo curioso es que me voy á largar de éste país sin haber sido nada... Luján, que se decía independiente, altivo, anda ahora de cola de ese imbécil de Aranda, mendigándole una diputación; Rodríguez y el pobre don César, serán diputados; Pérez, Barrientos, Guilarte, cada uno por su lado ha conseguido lo que deseaba. ¡ Hasta Olaguibel, hasta el burro de Olaguibel es empleado público !... »

Levantó los ojos al cielo y sonrió desconsolado. Se sentía triste hasta las lágrimas; triste por no haber des-

pertado simpatía en nadie, por su juventud fracasada, por haber pasado por su medio sin dejar quizás en él durable huella, sólo con sus quimeras y sus ensueños...

Dieron las diez. Ahora el silencio de la población era profundo, solemne casi : no lo turbaban sino el ruido del viento, el rumor lento del río y el pitear de los rondines que anunciaban los cuartos y las horas.

Alzóse Ramírez y, con precauciones, se dirigió á casa de su amigo Luján donde pensaba encontrar refugio. Ya adivinaba su suerte. Sufríase entonces de la terrible presión gubernativa. Un artículo de prensa algo violento, la menor protesta, se pagaba con la prisión ó el destierro...

Estaba iluminado el cuarto de su amigo y desde la calle se veía proyectarse una sombra en la persiana, pasando y repasando por delante la ventana. Ramírez llamó á Luján con un grito. Inmediatamente la sombra redujo sus dimensiones y se vió alzarse casi de golpe la persiana. Apareció Luján en el balcón en mangas de camisa :

— ¿Quién va?

— Abre, Emilio; soy yo.

Luján, sin cerrar los volantes, desapareció en la pieza y se oyeron sus gritos despertando al pongo que dormía, como es costumbre, en el zaguán. A poco la puerta de la calle se abría de un golpe seco y se volvía á cerrar con violencia y levantando eco en el silencio de la calle. Ramírez subió á tientas las gradas y avanzó por el corredor tropezando con los tiestos de flores que había en todo lo largo de él. Cuando Luján vió aparecer á su amigo con las ropas deshechas, el sombrero partido, ensangrentado y amoratado el rostro con expresión entontecida, sintió miedo.

— Vengo á pedirte un favor, — le dijo el periodista; — quiero que me ocultes en tu casa.

— ¿Por qué? — preguntó Luján con viveza y todo alarmado.

Ramirez, sin entrar en detalles, narró la banal escena....

— Seguramente — dijo al concluir, — se la han de pasar la noche buscándome, y quiero evitar que cometan atropellos conmigo. Sería capaz de emprender á tiros con los policías...

— Y... ¿no has matado á nadie? — le preguntó Luján haciendo un gesto agrio. No prestaba mucha fe á la relación de Ramírez y creía que éste había despachado á algunos á la tumba.

— No, hombre; ¡qué disparate!

— ¿De veras?

— Por lo menos yo no he visto ningún cadáver, — dijo Ramírez sonriendo de buena gana. Y prosiguió luego al notar la indecisión de su amigo :

— Parece que no te hace mucha gracia el escucharme.

— ¿Por qué?

— Me parece.... Has hecho un gesto....

Desarrugó el ceño Luján y repuso con fingida naturalidad :

— Te equivocas.

— Mejor... ¿Puedes tenerme entonces algunos días en tu casa?

— Con mucho gusto, ya sabes; pero...

— ¿Qué?

— Nada; pero comprendes que también han de venir á buscarte en casa. Saben que eres mi amigo...

— ¡Tuyo? No; lo que saben es que eres amigo personal de don Justo Aranda, Ministro de Gobierno y su candidato favorito... Pero si de veras crees que puedo comprometerte... — dijo Ramírez con profunda extrañeza por la reservada actitud de su amigo.

— No seas tipo; tú tomas siempre las cosas al revés... ¡ Sí, ya está : te quedas en casa, y...

Se aproximó á un mueble, cogió un abrigo y endosándoselo, prosiguió :

— Quédate aquí hasta que yo venga. Voy á ver lo que has hecho. No tardo.

Encendió un cigarrillo y salió á escape. Estuvo de vuelta á la media hora : venía agitado, pálido y se le notaba inquieto, azoroso, disgustado :

— ¡ Buena la has hecho !... ¿Sabes lo que ha mandado decir el Ministro de Gobierno al Prefecto? Pues que te busquen donde estés, debajo de tierra, si posible; que te pongan grillos, como á un criminal, y que si te resistes, que te maten, ¿oyes?, que te maten.

— Demonio; la cosa es grave, — dijo el periodista, indiferente.

Luján se enfureció al ver su calma :

— ¿Pero qué se te ha metido, hombre de Dios? ¿Por qué has usado de tu arma? ¿No sabes, acaso, que te pueden encarcelar fácilmente por tentativa de asesinato? ¿Crees...

Se detuvo al percibir la irónica sonrisa que vagaba en labios de Ramírez. Tuvo más cólera : creyó que quería burlarse de su agitación y le increpó con voz exaltada :

— ¿Y por qué has disparado?

— ¿Y creías tú que me iba á hacer matar así como así? — repuso Ramírez siempre riendo del aire consternado de Luján. Éste le interrumpió con tono vehemente :

— ¿Y quién te mete á ti de redentor?...

— Es que no puedo... — probó responder el otro, ya poniéndose serio al ver la actitud enojada de su amigo. Éste le atajó con un gesto autoritario :

— Si no se puede, se revienta de asco, de vergüenza,

pero... ¡ No puedo ! Nadie puede nada, querido, ni Dios. Si todos son unos ladrones, hay que imitarles á robar; si unos cínicos, hay que ser sinvergüenza; si unos... ¡ Pero de veras eres curioso !

Paseaba de largo á largo, en grandes zancadas, nervioso, fastidiado de la situación comprometida en que le ponía su amigo, irritado. Ramírez, confuso, le oía sin saber á punto fijo de qué manera interpretar la agitación de Luján, si era causada por un sentimiento de simpatía hacia él, ó, al contrario, por el temor de verle refugiarse en su casa, en vísperas de elecciones, comprometiendo así su éxito electoral.

— Hay que conformarse con las costumbres, querido, ser práctico, mirar las cosas como son y no como querría uno que fuesen. Tú no conoces nada todavía y por eso te exaltas. Si fueses á otros países, aun á los más civilizados, como los Estados Unidos, por ejemplo, verías que es lo mismo...

Hablaba Luján con tono de absoluta convicción y manifiesta superioridad, como hombre práctico, hecho á acomodarse á un medio y sacar ventajas de su deficiencia.

— ¿Entonces, te parece que se debe dejar todo como está sin pretender arreglarlo? — le interrumpió Ramírez ya molestado por el cinismo de su amigo y por oirle, otra vez, reprocharle su ignorancia; — ¿es que crees que el egoísmo y la cobardía...

— ¡ No grites, ché; duermen al lado ! — le atajó Luján profundamente herido, pues adivinaba, *sentía* que eso lo decía por él.

— ...Es que, — prosiguió Ramírez bajando de hecho la voz, con el acento ronco y los dientes apretados, dispuesto casi á pegar, — es que aquí somos una tira de cobardes y de codiciosos y no hay que ser egoísta...

— ...Pero tampoco loco, querido; y es locura hacer lo contrario de lo que todos hacen, — repuso Luján, fríamente... Luego encendió un cigarrillo sin ofrecer otro á su amigo, se tumbó en una butaca y se puso á lanzar bocanadas de humo, tratando de hacer coronitas y mirando la luciente punta de sus zapatos charolados y con caña de color.

Se hizo un momento de silencio.

Afuera, por la calle, se oía, de vez en cuando el lento y rítmico paso de las patrullas de soldados lanzadas por la policía para mantener el orden en la ciudad y, dentro, en la estancia, el isócrono palpitar de un péndulo. Ramírez, apoyado en una mesa, garabateaba con un lápiz sobre una hoja de papel. Como se hacía pesado el silencio, interrogó Luján indolentemente :

— ¿Y qué piensas hacer ahora?

— ¡Nada!....

— ¡Muy lindo! Indudablemente es buena cosa no hacer nada, pero hay circunstancias en las que forzosamente algo hay que hacer.

— Yo creo que será preciso fugar.

— No preciso; necesario, y cuanto más antes, mejor. ¿Tienes dinero? Sí, yo sé que tienes... ¿Cuánto?

— Me están ofreciendo veinte mil pesos por mi casa.

— Bueno, ya es algo. Si quieres la vendo y compro letras sobre Buenos Aires. ¿Estás?

— Gracias; como quieras.

— Además, y para que no te molesten, puedo ir mañana donde don Justo Aranda, confesarle que estás en casa y decirle de tu parte que consientes en expatriarte, á condición de que te dejen la elección del sitio... ¿Qué te parece?

— Me parece bien.

— Entonces mañana mismo...

— ¿Mañana mismo? Mucho te apuras, Emilio: querría antes arreglar algunos asuntos.

Sonrojóse Luján por el tono de reproche de Ramírez y como le parecía que estaba cometiendo una verdadera imprudencia al acogerlo en su casa, imprudencia que quizás le costaría la diputación, el solo asidero de su vida odiosa; furioso por no poder ocultar la inquietud que le atormentaba y de presentarse en postura nada leal ante los ojos de un ser ligado á su vida por más de veinte años de compañerismo y cuyas ideas no estaban de acuerdo con las suyas, resolvió hablar claro, mostrar los sentimientos que en ese instante atormentaban su espíritu. Y de golpe casi, con tono serio, le dijo sin meditar bien el alcance de sus palabras, en instintiva necesidad de defensa:

— Bueno, querido, las cosas claras. Tú sabes que el gobierno se ha empeñado en hacerme diputado, ó, si prefieres, que soy yo quien me he empeñado con el gobierno para que me haga diputado... No sonrías, querido; no es para tanto. Legalidad, justicia, independencia, derecho, ideal, honor, sí, palabras bonitas para hacer bonitos discursos y nada más. Es verbo que no se convierte en pan... Hay que vivir ante todo, Carlos, es decir, hay que gozar. Dirás tú que con una moral así, nunca se hará nada; pero ¡qué quieres!... es la de la vida... Ocultándote en casa, no sólo soy desleal con el gobierno, sino que me pongo contra él.... (*Atajando con un gesto otro de Ramírez*)..... Te repito, hijo, las cosas claras. En la lucha entre la amistad y el interés, solo en el corazón de los héroes triunfa la amistad, y yo no soy héroe, ni creo que tampoco lo seas tú... Á ti te hace falta salir de Bolivia, conocer mundo, sufrir del egoísmo de los demás y verías que variaban tus ideas y llegabas á la misma conclusión que yo... Aunque no lo creas, yo te quiero más de lo que tú te imaginas; te

quiero con ese cariño hecho de experiencia que vale más que el otro hecho de pura sentimentalidad, y me da pena verte tan soñador, tan ajeno á las ambiciones y á las preocupaciones de tu medio, tan cándido... ¡No! Vete; es mejor para ti...

Hablaba Luján y mirábalo Ramírez con extrañeza, con curiosidad más bien. Estaba grave y la sonrisa burlona había desaparecido de sus labios. Y pálido, con los ojos desmesuradamente abiertos, le oía con el alma ahogada en mil sensaciones tumultuosas, como la sorpresa, la indignación, la pena, todo reunido, en caos espantoso. No podía saber si su amigo le hablaba en serio ó era una broma, bastante pesada, la que le jugaba. Lo conocía á Luján, sabía de la inconsecuencia de su carácter; mas en el fondo lo creía bueno, generoso.... ¿Á qué entonces todo eso? Seguramente algo extraño turbaba en ese instante la lucidez de su criterio... ¡Pero no!... Estaba allí, tranquilo, indiferente, hablando fríamente, midiendo sus frases, cual si se hallase en frente de un auditorio... Se levantó, cogió su sombrero de encima la mesa y le tendió la mano:

— Tienes razón, Emilio, no había pensado en eso. ¿Qué quieres? El hombre es siempre egoísta... Tienes razón; lo comprendo... Hasta vernos.

Sonaba su voz lentamente pero rota. Sin ser solemne ni dramática, expresaba todo el horror de un cruel desengaño. Mil vibraciones tenía: era una voz hueca, profunda, como salida de un pozo.

Luján dióse al punto cuenta de su torpeza. Su situación no era tan grave para romper así, tan hondo, con un amigo de la infancia. Por otra parte tenía asegurado su triunfo electoral y, aun cuando chocase su conducta, ya era tarde para improvisar otro candidato é imponerlo. ¿Con qué objeto entonces herir tan profundamente á un ser que

siempre le había manifestado adhesión? Sintió cólera y pena de su torpeza. Y, arrepentido, le habló :

— No, hombre, ¡ qué disparate ! Tú te quedas en casa, aquí, en mi cuarto y yo me comprometo á arreglar tus cosas, con calma.

— Gracias, Emilio; pero prefiero irme. Yo creo que no me sucederá nada grave.

Luján se indignó de veras :

— No seas porfiado y espera que pasen estas cosas. Mañana es jueves y puedo arreglar tus negocios; el domingo son las elecciones y el lunes...

Y viendo que Ramírez le escuchaba de pie y con el sombrero en las manos, se le aproximó, le quitó el sombrero que arrojó sobre un mueble y cogiendo á su amigo por el brazo, como en los tiempos de juventud y compañerismo, le obligó á sentarse en la butaca que él antes ocupara :

— No seas porfiado ni testarudo, especie de animal. Todo se ha de arreglar sin violencia, con calma... Si te aconsejo que te expatríes, es por tu bien. Cuando estés lejos, recién se te apreciará haciendo justicia á tu carácter. Vete á la Argentina, donde los periodistas ganan por lo menos con qué vivir y... No, vete á Europa. En Europa vives bien y con poco dinero. Sé de individuos rusos y españoles que se la pasan con 150 francos al mes en París, ó sean 70 pesos, más ó menos. Me lo ha dicho don Justo Aranda... Te voy á hacer un presupuesto en el acto y verás cómo la cosa es fácil. Como pensaba marcharme á Europa he hecho cuentas y estoy al corriente de los pasajes, del coste de la vida y de todo.

Cogió un lápiz y, sobre un papel, comenzó á sacar cuentas, deseoso de hacer olvidar á Ramírez sus anteriores palabras, con una alegría ficticia, pues se encontraba disgustado consigo mismo :

— Mira : tienes 20.000 pesos ó sean 40.000 francos, en números redondos Quitas para el viaje de ida y vuelta, 3.000 francos, pues has de ir y volver en segunda porque no tienes para los lujos de la primera. Ahora si te haces un doble presupuesto que el de esos tipos y logras vivir con 300 fr. al mes, que es un presupuesto de que dicen no gozan todos los estudiantes del *Quartier latin*, gastas 3.600 al año. Ponle 4.000 fr. con gastos extraordinarios de ropa y viajes : puedes quedarte... Espérate...

Y, á media voz, se puso á calcular : « ocho por cuatro, treinta y dos..; nueve por cuatro, treinta y seis...; treinta y seis y tres, treinta y nueve... Sí, eso es... ! » Y, alto, agregó :

— Puedes quedarte nueve años lo menos, tiempo suficiente para que cambie este estado de cosas y se te haga la justicia que mereces... ¿ Verdad?

— No sé, — repuso, distraído, Ramírez.

Luján, al nombre de París, se entusiasmó. Creía, como muchos sudamericanos, que fuera de París no hay nada más en el vasto mundo :

— ¡ Sí, vete á París, á esa ciudad luz, al cerebro del mundo ! Dicen que en París, á poco de chapurrear el idioma, se vive bien y con poco dinero. No vayas á España sino de paso y sólo por ver algunas corridas de toros. Don Justo me ha dicho que España está peor que nosotros... De tener dinero me iría yo contigo, pero no lo tengo y, además, quiero llegar á ministro de Estado, ahora que todos lo son : ya ves á don Justo y, si tuvieras tiempo, lo verías también á tu antiguo amigo el director de *La Lucha*, pues, sabrás que, con el nuevo gobierno, ha de tener la cartera de Hacienda, él, que alguna vez fué contador de una casa de comercio... En París se vive, querido; aquí se vegeta... Conocerás el Moulin Rouge, Mont-

martre, la Torre Eiffel, el Louvre, la Sorbona; tendrás amistad con Mimíes y Musetas; beberás el licor glauco con los bohemios del Barrio Latino; conocerás á (*aquí los nombres de algunos escritores y poetas vivos de la America latina*) y ellos te presentarán á los literatos y pensadores de renombre... ¡ Oh ! ¡ qué feliz !... ¿Te parece bien que te vayas á París?

Hablaba abundantemente, con animación, de veras entusiasmado. Recordaba sus copiosas lecturas de algunos cronistas y ya creía ver ese París falso que en sus crónicas, sóla savia de tantos de por allá, pintaron para burla de la verdad sacrosanta...

— Me parece bien.

— Perfectamente. Mañana, ó pasado, ó cuando quieras...

— Mañana.

— Bueno : mañana le digo á don Justo que estás en casa, ó, mejor, que yo te he ocultado en casa y luego arreglaremos el viaje... ¿Estás?

— Sí; mejor. Antes, no lo hubiese querido; ahora, lo anhelo... Esta atmósfera... no sé; me parece extraña....

— Sí, hijo, está podrida, envenenada... Más de eso hemos hablado ya muchas veces y son cerca de las doce.... Hasta mañana, querido.

Quedó Ramírez solo, y, sin desnudarse, tendióse sobre un diván con intenciones de dormir, mas no pudo. Un peso enorme sobre el pecho le ahogaba y no le dejaba respirar libremente. Y pasó la noche en vigilia, sin poder coordinar sus ideas y no viendo su salvación sino en la huída á países lejanos, donde nunca más oyese el sordo rumor de las pasiones exasperadas. Durmióse al fin al amanecer y fué despertado por los rayos del sol que alumbraban de lleno la estancia. Alguien, probablemente Luján, había dejado

sobre la mesa los periódicos del día. Se puso á leerlos. *La Lucha*, en un editorial lleno de lirismo y de falsa piedad, entre otras cosas, decía : « *Á pesar de los lazos que hasta hace poco nos ligaban á don Carlos Ramírez, no podemos dejar de protestar de sus manejos anarquistas que de ser observados por todos los ciudadanos, producirían la ruina inminente del país ; y es deber de patriotismo oponerse á ese espíritu de destrucción, aunque sea imponiéndonos amputaciones dolorosas y excluyendo del seno de nuestra sociedad á miembros activos y llenos de vigor mental, desgraciadamente contaminados del gangrenoso virus de las ideas más disolventes, como son todas aquellas que se fundan en los principios sustentados por espíritus antirreligiosos como los de Renán, Schopenhauer, Niezsche y otros.* » — Y concluía en incontenible impulso de reconocimiento : — « *Aconsejamos á nuestro amigo y hoy adversario en política, que deje de alucinarse con teorías inaplicables al país y de ninguna trascendencia social. Lo que ésta querida patria quiere son hombres prácticos y de acción, no soñadores que viven en el mundo de las quimeras y, sobre todo, espíritus pesimistas que tienen desarrollado con exceso el sentido de la crítica y no pueden producir ningún movimiento de orden práctico y sólo sirven para juzgar las cosas y los acontecimientos, al través de su temperamento desequilibrado.* »

El Eco de la Patria registraba un artículo violentísimo de Pedro Guilarte. Lucían en él los eternos lugares comunes que constituían la cultura de Guilarte, y su fondo era el mismo que el de *La Lucha*, como si ambos hubiesen sido inspirados por alguien que de cerca conociera al periodista. ¿Quién? Para Ramírez eso era ya lo de menos. Nada de lo que ahora viera, lograría consternarle ó sorprenderle. Desde anoche estaba curada para siempre su alma de sorpresas y de desengaños :

« *Es necesario,* — decía Guilarte en su artículo, — *poner coto á los desmanes de los demagogos ignorantes y pretenciosos que quieren destruir el orden social guiados solamente por su ambición desmedida; es preciso que no sean los más inmorales quienes pretendan dirigir la opinión pública sin tener ninguna cualidad. La sociedad está en el deber de defenderse suprimiendo de su seno á los seres insociables é inútiles. Debe el Supremo Gobierno tomar medidas enérgicas para que no vuelvan á repetirse las salvajes escenas de anoche que vienen á turbar la libre deliberación de los ciudadanos conscientes, imponiendo un severo castigo á los que pretenden turbar el orden público, la sola garantía de los pueblos libres.*»

Y concluía :

« *Anoche se ha cometido un delito común, de aquellos que están previstos por nuestro Código Penal, y debe aplicarse la pena correspondiente. Se ha hecho uso de armas prohibidas, se ha impedido la libertad de reunión y todo esto merece una sanción y un castigo severo, que, creemos, será aplicado por los Poderes del Estado.*»

Los demás periódicos, hicieron coro á estas dos opiniones variando sólo en la elección del castigo á imponerse al culpable, abogando unos por la cárcel y otros por el destierro, y sin que ninguno relatase el hecho tal como había pasado y buscase las atenuantes del caso. Sólo un periodiquillo bisemanal, con visos de independiente, se atrevió á querer probar la inculpabilidad de Ramírez, tomando la defensa de éste; pero ese periodiquillo nadie leía y su opinión sirvió, al contrario, para que los demás atacasen duramente al periodista y sacasen á lucir su vida privada...

En el gobierno hubo consejo de gabinete; y á proposición de don Justo Aranda, aconsejado por Luján, y pasando

por los ordinarios trámites de procedimiento, dispúsose que Ramírez fuese desterrado del país con prohibición de volver á él en tanto que así no lo ordenase el mismo gobierno.

Y tal determinación fué aprobada.

XIV

La puerta se abrió con violencia y apareció Emilio Luján con el rostro radiante de contento :

— ¡ Triunfo, querido, completo triunfo ! ¡ Hemos ganado en toda la línea !...

Ramírez no pudo reprimir una sonrisa al oir á su amigo. Estaba sentado junto á un balcón interior que se abría del lado del río, frente al plano de Cusipata cuyos hoscos flancos pedregosos caen hostiles sobre el camino de Challapampa. Por otro balcón se descubría una confusa aglomeración de techos rojos y pendientes.

— ¿ Y acaso has creído un solo instante que serías derrotado ?

— ¿ Y por qué no ?

— Eres curioso. ¿ Y por quiénes ?

— Por los enemigos.

Ramírez se encogió de hombres sin ganas para discutir. Y preguntó :

— ¿ Y has arreglado ya mis asuntos ?

Luján metió las manos á los bolsillos y extrayendo de su cartera algunos papeles, se los alcanzó al amigo :

— Aquí tienes tus letras y todas son sobre París. Don Justo sabe que estás en casa y me ha dicho que te presentes esta noche, sin falta, en la Policía. Estaba con el pre-

fecto cuando le hablé de ti y en mi delante le dió la orden de tratarte con todo miramiento... Si quieres, puedo ir contigo.

— Gracias; prefiero ir solo.

— Como gustes. Solamente no olvides que debe ser esta noche.

— No lo olvidaré. Y gracias por todo.

Reclinó la cabeza en la silla y dejó errabundear los ojos por el cerro. Sentíase más tranquilo con la idea de irse, recorrer otros países, romper con la monotonía de su vida de ahora, librarse de la pesada atmósfera que le envolvía.

Apenas cerrada la noche, salió de la casa de Luján, y, seguro de no encontrar obstáculos, fuése á la suya. Ya en su habitación comenzó á recoger en una maleta los objetos que le eran más preciados : el retrato de su madre, los papeles en que había vertido sus preocupaciones en horas de cruel abandono; su *Don Quijote*, un volumen de Shakespeare, otro de Schopenhauer, los versos de Vigny y el *Fausto* de Goethe. Cerró la maleta, y al revisar los cajones de su mesa de trabajo, tropezó con un legajo de cartas sujeto por una cinta rosa. Eran las cartas que en tres años de amoríos frívolos le dirigiera Elena, cartas apasionadas, llenas de pobres frases comunes y de faltas de ortografía Y, sin saber exactamente por qué, acaso por pura curiosidad ó por un resto de sentimentalidad, se le ocurrió ir á devolvérselas personalmente. Cogió el paquete y encargando á una inquilina guardase la maleta hasta que viniesen á recogerla de la Policía, tomó el camino de la casa de su ex-amada, á la que llegó á eso de las diez de la noche.

Ya cerca á la puerta, un cuadro extraño lo detuvo junto á los umbrales. Un hombre alto y grueso la tenía sujeta á la muchacha Clotilde por las muñecas, crucificada casi contra la pared; y debieran ser formidables sus fuerzas

porque la muchacha se debatía en vano sin imprimir ni un solo movimiento al cuerpo del coloso que parecía de piedra. Vacía estaba la calle y su silencio era turbado por los briosos compases de una cuadrilla ejecutada en los salodes de la casa Peñabrava, espléndidamente iluminados.

La sirvienta, al descubrir á Ramírez, apoyó la cabeza contra la pared y con voz resuelta aunque no irritada, repitió por dos veces como afirmando una declaración anterior:

— ¡ No ! ¡ no ! l'é dicho que no. ¡ Déjeme !

— ¿Qué hay, Clotilde? — inquirió el periodista, dispuesto á socorrer á la muchacha.

Entonces el hombre se volvió irritado y reconociendo al joven, soltó á la muchacha y se quitó el sombrero. Era Juanillo, el herrero.

— Buenas noches, niño Ramírez.

La sirvienta, al verse libre, recogió sobre sus hombros la manta roja que se había deslizado hasta las caderas y repuso avergonzada y tímida :

— Nada, niño Carlos; estábamos jugando.

Y sonrió con desconfianza, mirando de soslayo á Juanillo. El deforme rostro de éste, picado por las viruelas, estaba intensamente pálido y le temblaban los labios, próximos al sollozo. Al oir la respuesta, también sonrió el cholo y repuso con voz temblorosa y profundamente triste :

— Endeveras, niño; ella está jugando conmigo !

El tono de Juanillo era de reproche y Ramírez sospechó alguna veleidad de la moza. Y sin dar importancia al acento del enamorado y curioso por saber si era cierta su sospecha, preguntó :

— ¿ Y cuándo se casan ? Porque yo sé que están de novios.

Entonces Juanillo, al oir esto, hizo un movimiento brusco y anhelosamente, con pasión, repuso :

— ¡ Pues nunca, niño : ésta no quiere, y de eso astábamos hablando aurita mismo... ¡ Parece que quiere á otro !

Ramírez miró á la chica : estaba pálida y sus ojos negros, profundos, rodeados de un círculo oscuro bastante pronunciado, tenían huellas de llanto. Repuso con voz lenta y firme :

— Quiere que le quiera á la fuerza, y yo no puedo. Si me caso con él, seremos desgraciados los dos... Además, m'é acostumbrao con la señorita...

— No le crea usté, niño; no es cierto eso qu'está diciendo. Su madre m'a dicho qu'está aburrida y quiere salirse d'esta casa. Lo que más bien creo es que algo se l'a metío á la cabeza. ¡ Está desconocida, niño ! antes no era así. Endenantes m'a dicho que lo quiere al Chungara... ¡ Miente, niño ! Á mí me parece, — y usté perdone, —que algún *kara* (*joven de alta clase social*) l'a volao la cabeza. Aura no sabe sino hablar d'usté, de sus amigos y á nosotros ya no nos hace juicio...

Hablaba con acento abatido, triste : en sus ojos brillaban las lágrimas y daba pena ver á ese hombrote expresarse con balbuceos de niño miedoso... Ramírez probó consolarle :

— No creo eso que dices, Juan. Seguramente le has jugado alguna perrada á esta coqueta y te quiere hacer sufrir un poco para castigarte...

— ¡ No, niño Carlos, eso no ! — interrumpió Clotilde muy seria y casi enojada. Y añadió con cierto retintín :
— Yo no soy coqueta como usté dice : eso está bien para los señoritas... No lo quiero ¡ Velaí !

Quiso Ramírez hacer otra broma á la muchacha y le detuvo el acento trágico de Juanillo :

— ¿ Lo oye usté, niño ? ¡ No me quiere !

Y acercando bruscamente el rostro al de la muchacha, le gritó mirándola fijamente en los ojos :

— ¿Y entonces por qué, cochina... — perdone usté, niño — por qué m'as hecho creer que me querías y t'as jugado con mi corazón?

La muchacha hizo un gesto vago y, sin responder, cerró los ojos y apoyó la cabeza en la pared mostrando la tersura de su garganta morena y redonda. Y Juanillo, exasperado, hizo una cruz con los dedos y besándola, gritó con voz ronca :

— Por éstas, que vamos á ser desgraciados todos. T'as jugao de mí y m'é de vengar. Te lo digo delante del niño...

Inclinó la cabeza, de un golpe se encajó el sombrero hasta la nuca y, á grandes zancadas, se apartó del grupo, sin saludar, hosco, sombrío.

Así siempre, con la cabeza caída como un toro bajo el yugo, llegó á la cuesta de Coscochaca, donde tenía su casa, y entrando á su habitación adornada con estampas de color que representaban los episodios de la guerra franco-alemana, tumbóse en el lecho y hundiendo el rostro en la mugrienta almohada, lloró largo rato, silenciosa, calladamente, en hipidos menudos.

Eso ya no tenía remedio posible. Las palabras de Clotilde habían sido contundentes : — « Seré no más tu amiga, pero no tu mujer... » ¡ Cristo ! ¡ eso sí que no ! Él la había conocido antes, de mocosa, cuando con los pies desnudos, iba á buscar agua á la pila de Challapampa, deteniéndose en el cenizal para arrojar piedras á los cerdos que hociqueaban la basura en el fondo del río. Y en tanto que él, Juanillo, obligado por la necesidad se fuera á la herrería de su padre á tirar del fuelle y achicharrarse las carnes con las salpicaduras del hierro candente batido en el

yunque, ella se había metido á servir en la casa de un ricachón donde conociera al Chungara, mozo de hotel unas veces, cochero otras, vago las más. Que era elegante el Chungara y tenía mejor cara que él, sí, cierto, pero ¡ caramba ! era un mozo no más, en tanto que él, había heredado el taller de su padre, allí en media ciudad, en los bajos de la Catedral y era ya patrón... Todas las curiosidades salían de su mano : herrajes, chapas, rejas de sepulcros, candados, llaves. Entre sus clientes estaba nada menos que el presidente de la República, á cuyos caballos ponía herrajes... ¿ Es que acaso con sus economías y ahorros no había comprado ésta su casita, con jardín, corredor y corral para gallinas y conejos? ¡ Claro ! y si él quisiera, aun podía comprarse una finca, porque allí, donde él solo sabía, muy oculto, guardaba, íntegro, el legado de su madre : anillos con diamantes, orejeras guarnecidas de perlas, pendientes, cadenas, topos... ¿ Fuerzas? Ya sus enemigos los *negros* podían atestiguar que las tenía de sobra, acaso demasiadas; y una vez estuvo á punto de ir á la cárcel por haber intentado, en una jarana, y por apuesta, alzar de golpe á cinco hombres juntos : uno de ellos había rodado con las costillas hundidas... ¡ Claro ! No en balde se llega á los treinta años habiendo batido el hierro por espacio de quince. Todo tenía él, Juanillo, menos suerte para enamorarse. ¡ Pucha con su cara fea ! Ya una vez lo barrió la *supaya*, mas eso no le hizo mella : la conocía fácil y tornadiza y la habría muerto á puntapiés. Otra vez, Candelaria, su novia, se casó con el rival en tanto que él peregrinaba en romería por Copacabana. Tampoco le hizo mella : Candelaria tenía un hijo para un ricachón de la ciudad y no debía ser bueno dar cariño á hijos que no son de propia hechura... Es en Clota que pensaba siempre, en Clota, la muy sucia que él vió crecer, desarrollarse y llegar

á hembra garrida, fuerte. Tenía no sólo inclinaciones por ella, sino derecho legítimo, porque la muy cochina le había prometido casarse con él, desde mocosa y antes de que conociera al Chungara y sólo después... ¡ Dios ! ¡ eso sí que no se lo permitiría jamás; primero los degollaría á los dos y después él se mataría !... Robar, mentir, clavar una puñalada cuando se tiene cólera, romperle por detrás los pulmones á un enemigo, jurar en falso... bueno, pase; pero no hay que jugar con el corazón ¡ con el corazón ! lo sólo que nos hace alegres y vuelve bonito lo feo, dulce lo amargo, bueno lo malo... El corazón es cosa de no jugar; es como las andas de la *mamita* de la Asunta : lo sólo santo... Además...

Aquí se cortaron las meditaciones de Juanillo. Algo tumultuoso y extraño sintió dentro su ser; un deseo impreciso de llorar ó hacer llorar... Se levantó de un salto del lecho, restregóse los ojos y fijándolos en la pared donde un cuchillo mostraba el moho de su hoja y cuya cacha había sido forjada por él, se puso á pasear la reducida estancia... Las manos le ardían, le hormigueaban y sentía vehementes ansias de calmarlas con el frío de un acero. Quería estrujar, hundir las uñas en la carne palpitante, matar. Su injerta sangre de indio esclavo, rebullíale tumultuosa dentro las venas. Y la idea de la venganza, una sorda idea de hacer daño, cometer una fea acción, se le había clavado fijamente en la conciencia.....

Ella era su todo : nada conocía sino el amor... ¡ y se la quitaban !... ¿ Por qué? ¡ Nada ! Porque el otro era más buen mozo y tenía mejor cara... ¿ Pero eso sólo le daba derecho á quitársela? ¡ Eso sí que no ! Se tiene derecho sobre lo que uno se encuentra de balde; pero *eso*, la Clota, era de él solito, de él que la había conocido de pequeña, criado, mimado... ¡ No, por Dios ! Iría donde el Chungara,

al que acababa de ver, como de costumbre, en la tienda de su querida, una vieja chichera que le daba plata para que se vistiese y pagara sus deudas, le hablaría de á buenas no más para que no se enoje, le haría ceder y si no... ¡ Cristo ! ¡ Correría la sangre ! ! !... La vida ¿pa qué sin ella?

Arrancó el cuchillo de la pared, embozóse el cuello con un chal de vicuña y... ¡ á la calle ! á casa del rival... Lo encontró á los pocos pasos de la suya, al pie de un foco de luz eléctrica. Le llamó :

— Oí, Chungara; tengo que hablarte dos palabritas.

Su voz ruda y áspera, temblada. Chungara se le acercó sonriendo, mas no sin cierta inquietud. ¡ Vaya con la color de la cara del tipo ! ¡ Si parecía que tuviera tercianas !

— ¿Qué quieres? Hablá pronto, ché. M'espera la Clota.

— ¿La Clota? ¡ Güeno; d'eso venía a'blarte? ¡ La quieres endeveras?

— ¡ Yáaa, el tipo, ché ! ¿acaso no sabes que me caso pa la Asunta?

Á Juanillo le dió un vuelco el corazón. ¡ Santo ! ¡ Y cómo apretó la empuñadura de su cuchillo fuertemente cogido dentro del bolsillo !

— ¿Con que la quieres endeveras, ché? ¡ Güeno ! Pues yo también la quiero. ¿Sabes?

Chungara retrocedió un paso, temeroso : había visto pasar por los ojos de su rival un fulgor extraño y ¡ pucha ! había que andar con cuidado con Juanillo á quien fácilmente se le subía la sangre á la cabeza. Además, él no tenía confianza en el cariño de la Clota. La notaba esquiva, desdeñosa y no eran sus intenciones casarse con ella, solicitado como se veía por gente de mucho más mérito que la Clota. Ni aun condescendiente era ahora ella con él. Antes, por lo menos, consentía en bajar á la puerta de la calle cuando todo el mundo dormía en casa de sus patrones y

conversaban largo rato, hasta coger frío en los huesos; mas desde hace algún tiempo, no sólo no acudía á ninguna cita sino que evitaba encontrarse á solas con él y jamás le decía nada de su próximo matrimonio, del que parecía todos los días más alejada.

— ¿Y te quiere ella?—preguntó el Chungara, con fatuidad.

— No sé, pero yo la quiero... ¿Te recuerdas de tu magre? Pues yo la quiero más á la Clota. Por ella yo he olvidado reunirme con los compinches y mis ayudantes me dicen que me parezco á un animal enfermo, qu'e perdío la color, que no me río y que debo tener malos pensares... Ella es mi vida, mi corazón, mi todo... ¿Sabes? El otro día la'e visto rezando ante la *mamita* de la Asunta, en la iglesia de Churubamba y... ¡ endeveras te juro, ché Chungara! m'a parecío más linda qu'ella...

— ¡ No hables así, ché ! — le interrumpió el Chungara, asustado por la blasfemia.

— ¡ Sí, ché ! — insistió Juanillo con convicción exaltada. — Sí, ché; más linda y más güena... La quiero pa toda la vida... y ¡ oí, Chungara ! no me la quites porque sino... ¡ te mataría ! — sollozó Juanillo con el pecho palpitante y apretando fuertemente el arma hasta incrustarse las uñas en la palma de la nerviosa mano.

Se atemorizó el Chungara, mas no quiso que creyera que le tenía miedo. Repuso con voz insegura :

— Mátame, ché; yo también la quiero...

Un estremecimiento sacudió el cuerpo de Juanillo. Y con voz humilde volvió á rogarle cogiendo á Chungara con la mano libre, amigablemente por el brazo :

— Mira, Chungara qu'estoy resuelto á todo. No me tientes, ché; me dolería el corazón si te haciera algo porque eres mi amigo. Te juro (*besando la cruz de la mano*),

te juro por la *mamita* de Copacabana, qu'á de suceder una desgracia. Anoche he soñao con toros: ya sabes qu'eso quiere decir sangre, y esta mañana ha salido, volando, un *taparacu* (mariposa negra) de la tienda : ya sabes que dice muerte... Déjame la Clota, Chungara, y seremos amigos más bien. Vos puedes tropezar con otra más mejor y más bonita : ya sabes que hay más mejores y más bonitas que la Clota; vos tienes güena cara, vistes bien, eres futuro y yo sólo me ocupo de trabajar pa dar de comer á mis güerfanitos y no quiero más que á ella... Déjamela, Chungara y te juro que haíga ó no haíga suerte en mi vida, siempre te quedré y te respetaré, mientras que si me la quitas, puede que todos seamos... Mírame bien, Chungara, aquí, á la luz : estoy llorando y ya sabes que los lloros de un hombre son *kenchas* y traen desgracia... Déjame ser feliz con la Clota y oí mi consejo : no te cases con ella. Vos seguramente has de ser munícipe y diputao después, y entonces puede que te dé vergüenza la Clota qu'a servido en las casas... Además, francamente, ché Chungara, yo creo que tampoco te quiere la Clota. Así me l'a dicho endenantes.

El Chungara al oir esto se sintió lastimado en lo más hondo de su orgullo, y habría cedido si el otro continuase rogándole con ese tono amigal y sin hacer mención de su fracaso, pero aulló su vanidad de buen mozo acostumbrado á los triunfos mujeriles y á las galantes conquistas de gentes superiores en rango á la sirvienta. Y la idea de ver proclamada por el rival la vergüenza de un rechazo, mortificó su amor propio y repuso con arrogancia y desplante :

— ¿No me quiere? Mientes, ché. Es á vos que no te quiere esa cochina y si aura está hablando que no me quiere, es porque yo la'í despreciaó. Es ropa vieja....

— ¿Endeveras dices, ché, Chungara?— preguntó, temblando, Juanillo.

— Endeveras.

Levantó el herrero la mano y una centella se vió surgir de ella, rápida y fugaz.

— ¡ Pues, toma !...

Fué un golpe brutal, salvaje. La hoja penetró hasta el cabo en el pecho del Chungara que, al caer, se asió de las ropas de Juanillo y dió con él en el suelo. Una pasante, único testigo del golpe, dió un grito horrible. Corrieron algunos curiosos y separaron á viva fuerza á los hombres que se revolcaban por tierra. Juanillo se puso en pie sin bufanda y sin sombrero. Chungara quiso hacer lo mismo y sólo alcanzó á poner una rodilla en tierra y á erguirse sobre sus piernas dobladas. Y mirando con ojos desorbitados á su agresor, pudo articular entre dos vómitos de sangre negra, señalando á su asesino :

— ¡ Ese... ese m'a matao... ese !

Le vino otra bocanada de sangre y cayó boca abajo al suelo.

Juanillo quiso huir, pero media docena de brazos lo detuvieron. Algunos transeuntes, viendo retorcerse al caído con los hipos de la agonía, levantaron los brazos, indignados, contra Juanillo. Entonces éste, inclinando humildemente la cabeza, los ojos ahogados en terror y la voz temblona, dijo :

— ¡ Sí, yo l'e matao ! ¡ La Clota m'a dicho que lo mate !... ¡ La perra !...



— ¿Verdad que no le quieres? — preguntó Ramírez cuando Juanillo los hubo dejado tan bruscamente. Clo-

tilde se encogió de hombros y, arrimándose contra el quicio de la puerta, repuso :

— No, niño; para marido no lo quiero.

— ¿Y al Chungara? Apuesto que á ese sí; es un buen mozo.

— Tampoco; yo no quiero á nadies...

— ¿De veras?

— Sí, niño; yo no quiero á nadies de esos que usté cree...

— Es curioso. ¿Y quieres á alguien?

Sonrió con tristeza la muchacha y respondió :

— ¿Y pa qué quiere usté saberlo, niño? Yo... ¡Sí, quiero !... ¡ Velaí ! ¿Está usté contento?

Reía nerviosamente y sus palabras se rompían en sollozos. Ramírez quedó perplejo. La actitud de la sirvienta le parecía extraña. Se sentía mirado por ella con insistencia, con tenacidad y su mirada estaba impregnada de bondad y de ternura.

— Me alegro, Clota, y me gustaría verte feliz... Dime, ¿podría hablar con la señorita Elena?

Un gesto imperceptible, doloroso y resignado, pasó por los labios exangües de la muchacha y respondió indicando la algazara del salón :

— ¡ Lo ve usté : está bailando !

— Mejor; así podrá venir sin que nadie la vea.

— N'a de querer bajar. ¿Por qué más bien no sube usté?

Rió de buena gana Ramírez imaginando la cara que al verlo pondrían don César y su hija. Repuso burlesco :

— No, Clota; no estoy en traje de baile... ¿Y quiénes están ahí?

— Muchos : el niño Rodríguez, el niño Guilarte, don Ismael Soria, don Justo Aranda, las niñas Montenegro, las Orondo y otras que no conozco... Hay mucha gente

— ¿Y por qué bailan?

— Es santo de la señora. ¿Acaso no se acuerda que usté también bailó el año pasao?

— Me acuerdo. No fué el año pasado, sino el otro.

Y, sin quererlo, pensó Ramírez que en tan corto espacio de tiempo habían sufrido profundas modificaciones sus ideas y sentimientos; que sólo dos años bastaron para dar nuevos rumbos á las vidas que florecían á su alrededor, viendo, su antigua amada, colmados en ese tiempo sus mejores anhelos y satisfechas las ambiciones de sus amigos y adversarios; que en dos años había cambiado de esencia la trama de su vida y que de sus viejos dolores sólo guardaba el recuerdo, lejano é impreciso... Antes, de la casa de don César Peñabrava, era el mejor, el más considerado amigo, y ahora...

— ¿En qué piensa usté, niño? — interrogó la criada notando la profunda abstracción del periodista. Ramírez hizo un gesto y encogiéndose de hombros, volvió á inquirir :

— ¿El santo de doña Juana, eh? De seguro que ha habido banquete.

— Sí, pero el banquete ha sido para el caballero porque ha salido de diputao.

— Mejor, hija : doble motivo de fiesta... ¡ Ja, ja, ja!

Su forzada risa causó dolor en la muchacha. Creyóla arrancada por el contento y ella habría preferido verlo triste al mozo, vencido, anonadado para darse así cuenta del estado de su pobre alma martirizada.

— ¿Con que está ahí Rodríguez?

— Sí, y también el niño Emilio.

La risa se ahogó en los labios de Ramírez :

— ¿También Luján?... Seguramente....; es de la familia...

De pronto se detuvo y prorrumpiendo en una exclamación, dijo alegremente :

— ¡ Pero si también ha salido elegido diputado !... ¿Y viene seguido Rodríguez?

— Todos los días y las noches.

Ramírez frunció el ceño.

— ¡ Demonio ! Entonces ya es oficial. Sólo un novio visita de día.

Quedó perpleja Clotilde viendo que el mozo ignoraba los últimos acontecimientos de la casa, y encontró allí un buen pretexto para abrir huella en el alma del atolondrado, lacerarla, romperla. Y contó :

— Sí, es ya su novio y viene todos los días. L'a pedido el otro día el padre del niño Rodríguez á la señorita y dicen que s'an de casar pa el 16 de julio, en el santo de la señorita. Aura se van solitos á pasearse, y la señora los deja en la sala y allí se están agarrando de las manos, muy juntitos los dos, y él la besa en la boca y ella...

Hablaba la moza sin separar la mirada del rostro de Ramírez, envejecido y marchito. Sus cansados ojos, hundidos dentro las cuencas, miraban con extraña inmovilidad; le blanqueaba el cabello por los témpanos y era más amargo el rictus doloroso de sus labios. Y confusa, vagamente, advirtióle á la criada su temperamento de enamorada devota y sincera, que esa vida llevaba sello de profundos desengaños. Tuvo pena; y, arrepentida y piadosa, quiso curar el mal que creyó haber causado :

— ¡ Qué pálido está usté, niño Carlos ! Seguramente estará usté enfermo.

— No es nada, Clota. Yo soy siempre así... ¿Te animas á llamar á la señorita?

— ¿Y si no quiero bajar?

— Ha de querer. Dila que vengo á despedirme y le traigo sus cartas.

— ¡ Á despedirse ! ¿Y dónde se va usté? — preguntó, temblando, la doméstica.

— Lejos, Clota.

— ¿Y por qué se va usté?

— No sé; aquí ya nadie me quiere.

— ¡ No diga usté eso, niño !... Todos le quieren más bien.

— Y tú, ¿me quieres?

Agachó la cabeza la doméstica y, suspirando, dijo con voz honda :

— Sí; le quiero.

— Gracias, Clota; yo también te quiero. Eres buena y me has hecho muchos favores.

— ¡ Muchos favores ! — repitió Clotilde amargada de que el torpe mozo no supiese descubrir el fuego que consumía sus entrañas y al saber que sólo le había inspirado un simple sentimiento de gratitud, egoísta y aun mezquino. Y haciendo un gesto de resignación, repuso :

— Espéreme, entonces; voy á llamar á la señorita.

Ramírez, temblando de frío, quedóse en el zaguán escuchando un vals de Barrientos al compás del cual bailara muchas veces con su ex-novia y tocado quizás por las mismas manos; y su cólera y su tristeza se hicieron más acerbas. La muchacha lo sorprendió abismado en crueles meditaciones.

— Venga usté; aquí está la señorita y dice que un solo momento l'a de oir.

Penetró el periodista al patio y, bajo las arcadas de la escalera, vió que Elena le esperaba, vestida de blanco.

— ¿Es usté?... Clotilde me ha dicho que quiere usté hablarme. ¿Qué hay?

La voz de Elena era breve, inquieta y algo imperiosa.

— Nada, señorita, y disculpe la molestia. Quería verla un momento para entregarle algunos papeles, — repuso el joven con timidez y repentinamente turbado con la presencia de Elena á la que no había visto desde hacía muchos meses.

— ¿Y de veras se va usted?

— Sí, señorita.

— ¿Y á dónde se va usté?

— Á Europa.

— ¿A Europa? ¡Qué feliz! Lo felicito...

Quedaron en silencio, uno frente de otra, bajo la sombra, mirándose casi con avidez, cual si se hubiesen vuelto á encontrar después de una larga ausencia. Ella manifestaba vivos signos de inquietud. Apartaba á cada instante los ojos del rostro de su antiguo enamorado para fijarlos en el corredor con sobresalto, y se encontraba pesarosa de haber consentido en bajar. Ramírez callaba; y como durase el silencio, ella comenzó á taconear afiebradamente sobre el empiedre, disgustada de su postura.

— ¿Entonces se va usté endeveras?

— Sí, señorita; me voy.

— ¿Y por qué se va usté?

— Porque debo irme. Acá soy un estorbo.

— Á nadies estorba usté, — dijo, displicente, la joven.

— Quién sabe, Elena: el hombre estorba al hombre.

Volvieron á callar. Ella estaba inquieta, deseosa de acabar de una vez, furiosa consigo misma; él, triste, desencantado, lleno de vergüenza por la emoción de que se sentía poseído, sin explicar la causa ni saber por qué.

— Entonces... — y prosiguió taconeando Elena, ya sin saber qué hacer, ni qué actitud tomar. Al saber que Ramírez estaba en su casa, había experimentado invencible deseo de curiosidad, de ver al que en otras veces la hiciera

soñar y pensando que si solicitaba de ella una entrevista, era quien sabe para ofrendarle, quizás una vez más, sus frases apasionadas. Y bajó llena de interés por saber lo que le diría, por oirle hablar, por verle, en fin; y ahora volvía á encontrar al mismo hombre de antes, tímido, parco de palabras y de gestos; al hombre inculto que no sabe alabar la belleza, ni buscar frases adecuadas para felicitar á una joven por la elegancia de su traje... Y colérica y arrepentida volvió á inquirir ya con deseos de que concluyese la entrevista :

— ¿Entonces se va usté?

— Sí, señorita; me voy, pero antes de irme he querido verla para...

Iba á decir « para verla una vez más », pero se detuvo. Y añadió con acento indiferente :

—... Para devolverle, personalmente, estos papeles, sus cartas...

Metió la mano al bolsillo del gabán y le alcanzó el paquetito que ella se apresuró en coger con un movimiento tan vivo, que se sintió avergonzada de su presteza. Y no sabiendo agradecer, humillada, repitió por la tercera ó cuarta vez la pregunta :

— ¿De veras se va usté siempre á Europa? ¿Es que vendrá usté á despedirse de casa antes de irse? Mi papá...

— No, señorita, no vendré y le ruego presentar en mi nombre mis respetos á su familia. Adiós, señorita Elena.

Y le tendió Ramírez la mano, serio, y no sin cierta emoción.

— ¿Y cuándo volverá usté?

Ramírez se encogió de hombros, sin responder. Entonces ella le estrechó la mano tendida, deseosa de acabar y le dijo llamándole por su nombre :

— Adiós, Carlos. Mándeme postales y... no sea usté tan raro : es un consejo de amiga.

Ramírez, bruscamente, dió un paso atrás, cogió con flojedad la mano de la joven é imprimiéndola sin quererlo, un sacudón, se alejó con indiferencia. La señorita Peñabrava, al verle partir así, quedóse un instante perpleja; hizo un mohín desdeñoso y, recogiéndose la falda del vestido, comenzó á subir apresuradamente las gradas, satisfecha de llevar consigo sus cartas.

Atravesando Ramírez el zaguán, vió que Clotilde le esperaba en la puerta, y al llegar á su lado, oyó el mozo el precipitado palpitar del seno de la muchacha :

— ¿Endeveras siempre se va usté, niño Carlos?

El tristísimo acento de la criada impresionó profundamente á Ramírez.

— Sí, Clota; adiós.

— Y...

Cortóse la frase de la muchacha é inclinando la cabeza, sollozó de veras, con toda su alma lacerada de tristeza.

— ¡ Son malos con usté, pobre niño Carlos !

— Es la vida, Clota, la mala.

— No, niño... Á usté todos le querían antes y aura nadies le quiere; antes tenía usté amigos y aura no los tiene... Son las gentes, las malas...

Los sollozos cortaban su voz; y quería echarse en brazos de Ramírez, estrecharle el cuello y no se atrevía : y lloraba lentamente, con pena honda é inconsolable.

El periodista se sintió triste hasta las lágrimas y, en su dolor, experimentó una especie de alivio y una secreta alegría al encontrar al fin á alguien que compadeciera su situación y comprendiese el inclemente abandono de su vida trunca y rota. Y por el ser que le daba ese consuelo, sintió despertarse en su alma una gratitud y una simpatía

profundas. Le abrió los brazos y cayó en ellos, gimiendo, la muchacha.

— Sí, pobre Clota, tienes razón : la vida no es la mala, somos nosotros que la hacemos...

— ¡ Clotildéeee ! — vino hasta ellos, imperiosa, la voz de la señorita Peñabrava : había oído los confusos gemidos de la doméstica y quería impedir que entrase en ninguna explicación con Ramírez. La muchacha se estremeció en todas sus fibras. Atrajo al joven hacia su seno robusto y estrechándolo fuertemente contra él, con un vigor extraordinario, le dijo entre sollozos :

— ¡ Adiós, pobre niño Carlos !

Y escapó á la escalera, sonándose las narices...

XV

Lentamente trepaba la cuesta del Alto de Lima el famélico animal, como si el anonadamiento de su caballero se hubiese comunicado á sus músculos envejecidos por ocho años de ruda labor primero en el ejército y después en la policía, y andaba á tientas, desconfiado de la blandura del suelo, hecho un lodazal en esa primera *zeta* del camino con el agua que resumía del cerro y rebasaba de una rústica pileta de piedra en forma de cono invertido.

Caravanas de borricos y llamas, iban y venían en trajín incesante disputándose á empujones los bordes del real camino y de los cuatro senderos abiertos en el flanco de la suave y desnuda pendiente. Pastaban en ella, haciendo rodar pedruzcos, flacos y raquíticos rebaños de ovejas lanudas, barrosas y con el vellón cubierto de estiércol seco. Los pastores indios, niños de ambos sexos, jugaban ó se espulgaban sentados sobre alguna prominencia que dominaba la parduzca senda. Á lo largo, y de trecho en trecho, se extendían sembríos de patatas, en plena madurez haciendo resaltar sus tonos amarillentos en la nota gris del yermo.

Ramírez, con las flojas riendas en una mano y metida la otra en la comisura del chaleco, sordo á las burlas y provocaciones de los policiales ebrios que le conducían, por

orden gubernamental, á la frontera, miraba, distraído y caviloso, el panorama extendido á sus pies.

Ahora iba de cara á la ciudad.

Reclinada en un rincón de la inmensa quiebra, al pie de cerros desnudos y barrosos, agrietados los unos, de curvas atormentadas los más, rodeada por ellos en sus tres costados, los techos rojos de las casas, ponían una gran mancha sobre ese uniforme color gris del vasto paisaje. Algunos techos de calamina, y el verde de los jardines y parques, rompían de trecho en trecho con notas de vivo color la inmensa mancha roja de la ciudad, sobre la que se erguían los campanarios blancos de las iglesias. Entre ellos, hacia el Norte, y como un símbolo, venciendo á todos en altura, las dos torres chatas é inconclusas del convento de los Jesuítas, se destacaban, claras, contra el fondo de un monte cortado á pico sobre su base, y surcado por grietas, en forma de abanico desplegado... Hacia el Oeste, casi á sus pies, sobre una plataforma mirada hacia la ciudad, alzábase el cementerio con su ancho portalón de piedra y sus callecitas blancas y arboleadas, cuajadas de huecos simétricos, igual á la enorme estantería de una biblioteca. Casitas de indios, terrosas y bajas, aparecían fuera de los muros de la necrópolis, rodeadas por campo de cultivo y quizás con arbolillos enclenques de oscuro follaje...; hacia el Este, en una serranía limitada por otra más elevada y abrupta, crestas y columnas arcillosas y blancas fingían escuadrones de gigantes corriendo al asalto de la ciudad roja....

Breve fué la visión.

Dobló la bestia el recodo del camino, y el desterrado, de espaldas á la urbe, miró la senda que en una sola curva va hasta la cumbre señalada por un pilar de piedra blanca. Pobres matas de hierbas oscuras medraban á los bordes del

camino y tan llenas de polvo cual si esas oquedades que han forjado á la raza en molde de tristezas haciéndola hostil al ensueño, no pudieran producir sino flores de tierra... Saltando sobre la arista hecha por el cielo y la llanura bruscamente desgajada en ese punto y arranque de la depresión en la que se alza la ciudad y sigue hasta chocar con la muralla de los Andes, veíanse aparecer los más elevados picos de la Real Cordillera, cuyo cuerpo aun queda oculto y uno de los cuales ostenta la purísima forma de un seno de virgen, así combado, así redondo...

... Subía lentamente el menguado animalucho. Su oscuro y flaco corpachón, temblaba bañado en sudor y llevaba caída la cabeza, pendientes y yertas las largas orejas, hundidos los ojos y anchamente abiertas las fosas de la nariz. Con calma y tiento ponía las patas en los huecos dejados por los guijos desbarrancados, y al levantarlas, tropezaba en los que acribillaban la senda haciéndolos rodar por la pendiente. Y el caballero, al verlos correr, por asociación de ideas, pensaba en extrañas cosas y comparaba sus sentimientos é ilusiones, á esos guijos derrumbados...

¡ Así, así mismo rodaron por su pecho, yertos, después de haber vivido en su corazón ! Su vida era eso. Camino acribillado de pedrusco, inundado de polvo y basuras !...

La emoción púsole lágrimas en los ojos. Y la tristeza, una de esas tristezas que, como el sarro, se prenden del alma y la ensucian, arrancóle una mueca dolorosa de los labios.

Alzó la cabeza. Por el cielo diáfano, vibrante en claridad, volaba, en lo alto, un cuervo : era un punto en el espacio. El sol, un sol de mayo, claro, rutilante, buen sol inmenso, al ponerse, proyectaba ancha sombra sobre la honda quiebra iluminando la ciudad con sus postreros rayos.

Llegaron á la cumbre; y, de súbito, se presentó la llanura inundada de sol, infinita, desnuda y rota en la lejanía por las suaves siluetas de cerros azulados por la distancia, y hacia la derecha por la cadena de los Andes que se alarga, blanca y nevada, hasta perderse de vista en el horizonte.

Detuviéronse los policiales al pie del pilar para acinchar más á las cabalgaduras y beber un trago de alcohol. Ramírez bajó de la suya y abandonando las riendas en manos del soldado que los acompañaba, dió las espaldas á la pampa y se acercó al borde de la quiebra.

Era la primera vez y quizás la última que veía el paisaje desde esa altura. Las ocasiones que por ella anduvo en excursión campestre, pasó de largo, con la indiferencia de las cosas vistas desde la infancia.

La quiebra era un desgarre brusco de la llanura y se extendía á sus pies amurallada de los costados por cerros pardos, grises ó rojos y surcada en medio por otros cerros de igual color, agudos, inaccesibles é inclinados en un mismo sentido cual si fuesen encrespadas olas batiendo una gigante roca. Anchas playas, que á esa distancia tomaban aire de menguados senderos, corrían por la base de estos desnudos montes y se perdían detrás de otros, todavía más elevados. Cerrando la quiebra y destacándose sobre la confusa aglomeración de cumbres, señoreando el paisaje, levantábase el Illimani mostrando sus tres picos casi simétricos y su ancha base armoniosa. Desde esa altura, y al verlo erguido allá en el fondo y límite de la cuenca, dijérase ésta una zanja hecha á propósito para poner á las claras los contornos gallardos de esa montaña de sin igual esplendor : con los escombros extraídos de la zanja se habían hecho los cerros agrupados á entrambos lados de ella. Poniendo albo festón á la magna obra y á la izquierda

del Illimani, el Mururata lucía su cima bruscamente mutilada, recordando la leyenda del Inca Huaina-Capac, según la cual, envidioso el Inca de la belleza de este cerro, superior á la del Illimani, su preferido, de un hondazo le desgajó la cumbre que fué á dar al otro lado de los montes, en las proximidades del desierto de Atacama, donde brilla mutilado y en forma de cono (el Sajana)...; avecindando con el Murutara y ya en los comienzos de la zanja, el Huaína-Potosí mostrábase hosco y sañudo con sus cimas vertiginosas talladas en prismas locas y aristas duras; luego el Sorata lanzaba al cielo, en alarde de desafío, sus incomensurables cumbres, más altas que las nubes, libre de su oscuro abrazo, potente, fantástico; y, por fin, á derecha é izquierda, extendiéndose hasta perderse de vista en el lejano horizonte, saltaban los demás picos de la Real Cordillera, bajos unos, lisos otros, rugosos los más, y todos albos, todos bellos, ostentando la inmaculada blancura de su eterna nieve tinta en rosa á esa hora con los reflejos del sol poniente y brillando cual diamantes engastados en metal negro...

Luces dispersas comenzaban á brillar en algunos repliegues de los montes indicando humanas habitaciones ó caseríos indígenas, invisibles desde esa altura. Las azuladas columnas de humo se levantaban poniendo alegre raya en el fondo oscuro de los montes. Y el silencio, un silencio profundo, solemne, tornaba sagrada la visión del yermo...

La tristeza de Ramírez se hizo más honda delante de ese espectáculo magnífico y desolado, sobre todo á la vista de la ciudad acurrucada discretamente en el rincón de la quebrada, cual ave en el hueco de un surco, á las amenazas del vendaval.

Mucho había sufrido en ella y se iba ahora con el alma

sorda á la clemencia y usado de cuerpo, porque, más que vejez, fueron penas y sinsabores que tiñeron de gris sus cabellos y arrugáronle la frente poniendo encima sello de preocupaciones...

Y pensó :

— « ¡ Si fuera una tumba ! »

Esta idea le traía preocupado desde hacía mucho rato. Humillado, herido, agraviado, de buenas ganas hubiese querido él que fuese eso, para, desde la altura en que se encontraba, poder arrojar muchas paletadas de tierra, pero muchas, y luego aplanarlas con el tacón de su bota, pisando duro, fuerte, sin reposo, hasta dejar encima tierra sólidamente petrificada donde nunca más pudiese germinar la hierba...

De pronto el tintineo de una campanita se extendió cristalino y melancólico por el valle, oscurecido ya por las sombras de la noche. Eran las campanitas del cementerio que doblaban. Entonces en la memoria de Ramírez surgió el recuerdo de su madre, el solo gran amor que no había derramado hieles en su alma. Y el lamentable cuadro de su entierro, saltó á sus ojos, vivo, palpitante, cual si datase de ayer.

También entonces caía la tarde y se hundía el sol entre celajes rojos. Los enterradores, ansiosos de descanso, hacían lo posible por terminar, cuanto antes, la faena. Ramírez, de rodillas, recitaba, loco de dolor, oraciones aprendidas en la infancia por boca de su madre, — y cuando se puso en pie, vió que estaba solo, solo, solo. Ni un pariente, ni un amigo que en sus oídos vertiera palabras de consuelo ó de piedad... Y así había vivido desde entonces, huraño, solo, defendiéndose de los unos, atacando á los otros, sin quien supiese comprenderle y llegado á esa edad en que la falta de afecciones nos hace

egoístas y desconfiados el egoísmo de los demás...

Cruzó los brazos sobre el pecho y se encogió de hombros con resignación... ¡ Era la vida !

¡ Tan, tan tan tin;
tin, tin tin tan !...

Plañían dolorosamente las dos campanitas del cementerio.

Y Ramírez pensaba :

— « Amar, luchar, pasar.... sí, siempre. Al través de las edades, por sobre los acontecimientos, entre el perenne ritmo de la vida, amar, luchar, pasar, constituyendo nuestra vida no más que una sombra sobre el espacio infinito del tiempo... »

¡ Tan, tan tan tin;
tin, tin tin tan !...

Los toques funerarios seguían difundiéndose en toda la extensión de la quebrada y llegaban, claros, sollozantes hasta la altura. Ramírez, los ojos persistentemente clavados en el cementerio blanco y verde, buscaba con avidez el punto en que su madre dormía el último sueño. Cuando le pareció haberlo descubierto, quiso arrodillarse, mas el temor de dar que reir á los brutales conductores le detuvo. Inclinó la cabeza y sollozó presa de emoción incontenible :

— ¡ Suelo ingrato !

Dos lágrimas brotaron de sus ojos y se deslizaron, lentas, por sus mejillas.

— ¡ Ché ! ¡ Parece que se duerme ! — dijo uno de los conductores señalando con el gesto á Ramírez y guardando en la alforja la botella de aguardiente casi vacía. El soldado se acercó con disimulo al prisionero, púsose á mirarlo con impertinencia, y al verlo llorar, se retiró sobre

la punta de los pies y dijo á sus superiores en voz baja y todo alarmado :

— ¡ Está llorando !

Entonces uno de ellos soltó brusca carcajada y el otro, frunciendo el ceño y medio compasivo, añadió :

— ¡ Que se friegue ! Pa'eso no se hacen regoluciones... ¡ Arriba monos !...

Ramírez subió sobre la flaca cabalgadura, dirigió una última y rápida mirada al cementerio y espoleando los sudorosos hijares de la mula, emprendió á galope por la rutilante llanura, ocultando á los policiales ebrios las lágrimas que le escaldaban las mejillas...

FIN

Chartres. — Imprenta Ed. Garnier, 69. 12. 11.

IMP. HERBERT CLARKE, 338, RUE SAINT-HONORÉ, PARIS